David Lema
LOS MUERTOS TAMBIÉN GRITAN
ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1. Diario de Santiago Insua: los muertos también gritan
2. Campana a muerto
3. Diario de Santiago Insua: El cabo Ramón Trillo
4. Con los fardos en la mano
5. Diario de Santiago Insua: mejor no ver
6. Castijo
7. Diario de Santiago Insua: Rapacollóns
8. Pirófita
9. El Charcutero
10. Diario de Santiago Insua: el soplón
11. Todo se sabe (o eso se dice)
12. Diario de Santiago Insua: la costa, nuestra
13. Diario de Santiago Insua: la costa, nuestra (II)
14. Papá
15. Diario de Santiago Insua: caída
16. Qué demonios
17. Nadie se iba a extrañar
18. Diario de Santiago Insua: de un pasado sucio nadie sale limpio
19. A Xunqueira
20. Los desnudos
21. Diario de Santiago Insua: ¿qué van, a matarme?
22. Borraxeira
23. Despiece
24. El día de dos asesinatos
25. Cuentos
26. ¿La verdad? ¿Qué es la verdad?
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

¿Se puede querer más y salir indemne? Creerte invencible termina traicionándote.

En el fin de la tierra conocida, allí donde la bruma del mar esconde pueblos enteros y los muertos descansan en cementerios que miran al océano Atlántico, aparece el cadáver de un yonqui en una noche de invierno. Pese a que los indicios recogidos por el forense apuntan a un asesinato, el caso no se investiga.

El sargento de la Guardia Civil Santiago Insua dirige la Operación Arnela, una investigación contra el narcotráfico cuyo objetivo es acabar con el reinado de los dos señores de la droga locales: Castijo de Dios y Mangana. Sin quererlo, sus últimos descubrimientos acaban en tragedia y en un diario cuyo contenido se desconoce. Él, sin vida.

Con el tranquilo pueblo de pescos más alterado que por un temporal del norte, la sargento Carla Traba se traslada a Fisterra para intentar esclarecer un caso en el que descifrar cuanto antes tanta muerte será esencial para mantenerse cuerda. La investigación está rodeada de niebla y ella no soporta la *borraxeira* , esa bruma espesa y baja que nace en el mar y se come la tierra. En la Costa da Morte todo se sabe; sin embargo, nadie hace nada para cambiarlo. Cada uno le contará su verdad, pero ¿qué es la verdad si desde la verdad también se puede engañar?

DAVID LEMA

LOS MUERTOS TAMBIÉN GRITAN

A Meli, a Marta
y a la mamma

1

Diario de Santiago Insua: los muertos también gritan

8 de febrero

Yo pensaba que los muertos no gritaban. Y así lo creí durante mucho tiempo, exactamente hasta que a Celia le dio por estudiar tanatopraxia. No lo hizo por vocación profesional, ni siquiera por tradición familiar, un motivo que, al menos, le habría restado un poquito de macabro a la decisión. Aunque seamos sinceros, solo un poquito. Celia se metió en ese mundillo por pura desesperación: sumaba treinta y nueve meses en el paro comiéndose la cabeza y las paredes de casa. En ese tiempo había cambiado por quinta vez la disposición de los muebles, ¡hasta habíamos comprado algunos nuevos! asumiendo el riesgo que una reforma, por pequeña que sea, conlleva para la estabilidad de la pareja; las ventanas estaban limpísimas porque no paraba quieta con el paño; le daba un uso de profesional al gimnasio casero que había montado en la planta baja y no se despegaba de las noticias, donde, ay, los medios de comunicación no dejaban de publicitar, a través de reportajes siniestramente esperanzadores, las bondades de limpiar y extirpar las entrañas de los muertos para después maquillar sus cadáveres. Para ponerlos guapos. Para ejercer de técnica en Tanatopraxia y tanatoestética.

Recuerdo muy bien tres cosas de cuando entonces.

La primera: nunca he utilizado tantos eufemismos como en aquella época (y eso que antes de entrar en el Cuerpo —mi primer teniente decía que a la Guardia Civil la llamamos cuerpo porque cabeza no tiene— me había apuntado a Filología). Tuve que eliminar de mi día a día preguntas de rigor que se hacen las parejas, tipo «Cómo te ha ido la mañana, cariño», o «Qué has hecho hoy». No es que me asustara la muerte, qué cojones, pero no estaba preparado para escuchar dos días seguidos cómo la mujer con la que compartía cama le enchufaba a un fiambre un tubo por la caja torácica para extraerle a saber qué coño de líquidos. «No sabes cómo huele», me

decía, con una sonrisa que adornaba esos labios finísimos, dulces —la besaría ahora mismo— para evocarme la impresión de aquellos efluvios. Y, claro, yo no quería saberlo, aunque ya lo sabía. Ella podrá corroborarlo porque aquello sí acabó costándonos la relación después de once años de divertimento: creo que estuvimos un tiempo sin hacer el amor. Hacer el amor; los eufemismos: Celia y yo follábamos. Y muy ricamente. Como si fuéramos animales. También tuvimos una hija.

Miro por la ventana y llueve. Dentro de casa tampoco se está bien. Mamá no deja de *rosmar* y escuchar sus gruñidos de fondo me está poniendo de los nervios. Qué coño le pasará a esta mujer, a veces me produce escalofríos. Bueno, sí sé lo que le pasa: que no se aguanta ni a ella misma. Pero supongo que eso, a su edad, ya tiene mal remedio. Que la aguantemos el resto, pensará, como ella nos aguantó a nosotros muchos años. Al menos Lara ya duerme.

Que los muertos gritaban lo aprendí más tarde. Celia me llamó y, sin darme tiempo a reaccionar, antes siquiera de que yo pudiera negarme, se soltó a contarme lo que acababa de pasar. Estaba muy asustada y todavía en periodo de prácticas en el tanatorio de L'Hospitalet, así que acepté la conversación sin mostrar resignación, respiré como si estuviera a punto de subir la carretera del faro en bici tras una jornada maratoniana de sesenta kilómetros por el monte, y me dispuse a escucharla con atención. Incluso con mucho cariño.

Sus jefes la habían mandado a casa. Tenía que tranquilizarse, pues del susto que se había llevado las piernas todavía le bailaban claqué y bailar claqué no está bien visto en los tanatorios. La cosa fue que tras clavarle el tubo de extracción a una anciana —ella dijo *vieja* , no anciana—, la *vieja* se puso a gritar ¡de dolor!, aseguraba Celia. Admito que en ese momento dejé de liar el cigarro. Yo ya me había encontrado con algún muerto que todavía estaba muy vivo; en el pueblo aún hoy me recuerdan la historia de aquel ratero del descampado de Mallas: llovía tanto ese día que se había formado un riachuelo en la finca donde lo habían enterrado, en una caja cutre pero muy bien cerrada, hecha de un sucedáneo de madera. El agua bajaba con fuerza, como cualquier día de agosto normal en Fisterra, y descubrió una parte del ataúd. Así pudimos encontrar a aquel pobre diablo. Y salvarlo, aunque fuera por poco tiempo. El tipo estaba inconsciente y casi ahogado; aun así, ya en la ambulancia fueron capaces de reanimarlo. A los pocos días le descerrajaron un par de tiros en el pecho. El muerto, cuando estaba vivo, no había querido revelar nada: «Venía dando un paseo y me caí en la caja» fue la única confesión que articuló para explicar qué *carallo* hacía ahí dentro. Era un desgraciado. Supusimos que estaría ligado con los cárteles de

Castijo y Mangana, pero una vez más no pudimos demostrarlo.

Los narcos nos siguen sacando mucha ventaja. Hoy tampoco he dormido bien y eso que ya llevo dos días tomando las gominolas que me recetó el médico. Fui a su consulta porque el insomnio me está preocupando. Le pedía algo *heavy* , le insistí en que si no descansaba de un tirón iba a confundir el café con el matarratas. Y me dijo que no, que empezáramos poco a poco, y que estas pastillitas son de extractos naturales de melatonina. Dice que no crean adicción y que a la mañana siguiente no te dejan medio sobado. No te jode: para quedarte medio sobado antes hay que dormir.

Vuelvo a Celia —ojalá pudiese volver con ella—. Con la vieja gritando y el tubo de extracción clavado al lado del esternón, Celia pegó un pequeño brinco y se cayó al suelo, arramplando de paso el material de higienización que descansaba sobre la mesa metálica, una de esas mesas que hacen tantísimo ruido cuando chocan contra algo o apoyas encima cualquier herramienta. Tras el estruendo, un trabajador de la funeraria entró en el cuarto, le preguntó qué le pasaba, se rio de ella. Le explicó que lo ocurrido era normal, que, al pincharla, el aire que todavía pululaba por el cuerpo de la anciana había acariciado a mucha velocidad las cuerdas vocales y que por eso le parecía que la pobre señora, la pobre muerta, le estaba hablando desde ultratumba. La arropó, a Celia, no a la señora, a la que siguieron drenando, y le dijo que se fuera a casa a descansar. Durante mucho tiempo, la anécdota formó parte de nuestro repertorio común en las quedadas con amigos, cuando entre cerveza y cerveza se escuchaba un «Pensé que estaba viva, ¡que estaba viva!». Así la recordaríamos todavía meses después, con muchas risas, pero ella, ella afligidísima. Con Celia me lo pasé bien. Estaba enamorado de su ambición rubia.

Cuánta gente piensa que está enamorada y se conforma con decirlo. A veces me quedan escritas unas cursiladas *caralludas* .

Me vino a la cabeza todo aquello esta tarde, cuando el forense entró en el cuartel. Estaba contrariado, qué novedad, y me allanó el despacho barritando, como siempre que viene cabreado, hablando ya antes de abrir la puerta, a través del cristal en el que le veo la cara, su cara de hombre que lleva demasiados años intentando dejar de fumar con un éxito más bien escaso.

«Este muerto no habla, Insua, ¡este muerto *ghrita* », me *cagho* en *alghún* Dios!», * me asaltó, pronunciando con su *gheada* tan propia de Fisterra, donde ciertas ges suenan incluso más fuertes que las jotas.

—Qué dices, Blanco, no sé qué cojones me estás contando.

A la hora de tratar con Blanco existen dos opciones: o se le habla con palabras que rezuman testosterona o acabas pidiéndole perdón

por haberte saltado la dieta, por la colonización española de América y por el pelo que le falta en la coronilla, aunque él dice que es la zona de nacimiento del remolino. La jueza de Corcubión, con la que de vez en cuando coincido a la hora del café en el Fogata, lo desprecia. En el Fogata ya no sirven pincho de tortilla con el café. Y eso sí que es despreciable. Supongo que es por la inflación. Los precios están por las nubes. Pero a lo que iba: Blanco es un tipo de un rigor profesional casi sagrado, pocos pormenores escapan a esas manos de dedos puntiagudos y a esos ojos entornados que le funcionan como la lupa de un sabueso. «Coño, sargento, lo del puto yonqui en la playa del Corveiro», continuó, regalando a su cara un poco más de una calma que dejaba ver las arrugas de sus años en lugar del enfado.

No sabía de qué me estaba hablando. Últimamente he estado revisando documentación pasada de la Operación Arnela, por comprobar si algo relevante se me había pasado por alto, porque es obvio que de algo no me estoy dando cuenta, y el resto de las *cosiñas* que ocurren en el pueblo..., pues *laissez faire* . O sea, sabía que Cañón, la *borralla* esa, apareció muerto ayer. Alvariñas y Soares me dijeron que se había pasado con las drogas, que le petó la patata y que tenían que detallarme algo más, pero como durante todo el día me fui de compras a Coruña con Lara, que quería un uniforme nuevo para el colegio, les contesté que, si no era urgente, ya hablaríamos del asunto.

Y me había olvidado.

Al final, de lo que se trataba era de un yonqui de mala fama muerto en Fisterra por sobredosis... Psé, no estaba yo para ocuparme de ciertas rutinas de despojos que tantos años después siguen queriendo arruinarse la vida y la de su familia. Me apenaba Marifé. La llamé y fue muy escueta: con sus pacientes no habla de su vida privada. El caso de Cañón no se iba a investigar más allá. Normal. Ni Alvariñas, ni Soares, ni Ramón ni yo podemos perder el tiempo con un toxicómano enganchado a la heroína que se pincha en las membranas de los dedos de los pies como si eso fuese a ocultar la cara de cadáver con la que se paseaba por la Langosteira. Blanco lo sabía, pero Blanco estaba realmente enfadado. La conversación siguió algo así:

—Sargento, el cuerpo estaba repleto de cortes, hostia.

—Vamos a ver, Blanco: si apareció en el medio de las rocas del Corveiro será lógico que presente tales heridas. Alvariñas y Soares se encargaron de la inspección ocular, así que, si hubieran percibido algo fuera de lo común, me habrían informado.

—Al carajo —bufó—. A ver, es cierto que muchas heridas, y sobre todo contusiones —se arrancó a explicar Blanco con un tono profesoral que solo exhibe en los momentos importantes y al que, al

parecer, había yo dado pie con mi respuesta de escolar—, guardan relación con lo que dices; pero el cuerpo también presentaba muchos cortes de arma blanca y no parecen autoinfligidos...

Blanco me cae muy bien. Lo sabe y creo que se aprovecha de eso. En seguida me tiró encima de la mesa fotos del cadáver con agilidad y desprecio.

—Para que me entiendas de una puta vez: tiene un golpe grande en la cabeza, de una roca, seguro, pero los cortes son en su mayoría heridas de arma blanca, Insua. Y no creo que se las haya hecho él. Voy a citar a Alvariñas y Soares en el juzgado.

Su tono, pero sobre todo sus insinuaciones, me cabrearon. Cada vez aguanto menos que me lleven la contraria. Soy demasiado joven para arrastrar ya este defecto. ¡¿Me parezco a mi madre?!

—¡¿Otra vez?! Ya sabes en qué va a acabar eso: en nada. Blanco, no me toques los cojones. Ha sido muerte súbita. Si hasta tú lo habrás podido comprobar. —Ahí me pasé un poco, sus buenas capacidades no merecían semejante impertinencia.

Y acabé con mi frase típica:

—Bueno, ¿sabes qué? Haz lo que te salga del nabo.

El forense, admitiré en su descargo, aún tenía muy reciente la última golfada que, la verdad, había sido gorda. Un hombre que *disque* era de Carballo había aparecido muerto en el puerto. Llegaron los de la Policía Judicial y, antes de entrar en la casa, una casa viejísima que más bien parecía un cobertizo, ya estaban afirmando que se trataba de un suicidio, que no había nada que ver ahí. Días después, Blanco llamó a la patrulla, les enseñó el cadáver y, metiéndole la mano por un agujero no natural del cráneo, les espetó con su sorna habitual: «Mirad que hacerse esto a uno mismo es muy difícil, *pailanes* ». Lo peor del caso es que no había nada oscuro detrás más que la desidia de aquellos agentes que no querían pasarse unos días envueltos en papeleo. Fue bastante... sonado. No recuerdo si les aplicaron algún tipo de multa disciplinaria. Las vacantes de policía judicial son de libre designación y, en fin, ya se sabe qué pasa con los dedazos, que a veces se meten donde no se deben.

Blanco quiso decir una última frase:

—Sargento, las cosas hay que hacerlas bien, da igual que os dediquéis a...

Enseguida lo interrumpí.

Lo eché sin amabilidad del despacho, llamé a Soares y a Alvariñas por teléfono para que estuvieran prevenidas de la citación del forense y les pedí que se presentaran en el cuartel a primera hora de mañana.

Después de acostar a Lara y de leerle el cuento Disney de cada

noche —ayer volvimos a *El Rey León* —, saqué la bici de la furgoneta y me fui a despejar. Haber pensado en Celia, en esos ojos grises e hirientes como la hoja de una espada, en su voz rasgada, en su cara pecosa y en ese culo de hierro no me había hecho nada mal, pero tampoco nada bien, porque Celia siempre dolía. Mañana la llamaré con la excusa de que Lara quiere hablar con ella y organizar un fin de semana para visitarla en Barcelona. Quizá en Carnaval.

Por cierto, la tercera cosa que aprendí de aquella época de Celia y la tanatopraxia fue por qué pese a los sustos, a los olores y a los muertos vivientes, mi exmujer se había aficionado a su nuevo curro: el último día de clase del curso al que se apuntó, el dueño de la funeraria y director del centro de estudios, un madurito interesante, canoso y de buenos hombros, quien más tarde le ofrecería trabajo y un dormitorio con más muebles que el que acabábamos de reformar, aparcó su Ferrari en la entrada. El máster de Celia, de cinco días de duración, le había costado seis mil euros. Eran veinte estudiantes por hornada. Eso daba para muchos bollos.

2

Campana a muerto

Las cenizas de Santiago Insua las iban a esparcir por el mar de Fisterra por deseo expreso del sargento. Aun así, y después de mucho insistir la madre del difunto, el cura había accedido a oficiar una misa en la iglesia. Las campanas doblaban con la parsimonia propia del tañido a muerto, acompañando el día nublado a un ritmo gris. En esa parte de Galicia todos saben que se acaba el mundo, al menos se sabe desde los romanos, pero nadie tiene ni la más remota idea sobre por qué cuando hay un entierro, nunca sale el sol.

El féretro con la urna —la madre no concebía una despedida sin ataúd— era de gama alta y lo sujetaban seis hombres vestidos con el uniforme de diario de la Guardia Civil. Desde el fin del terrorismo de ETA es muy raro ver a agentes enterrando a compañeros, pero la madre de Insua se lo había pedido al cabo Ramón Trillo y este no supo decirle «no» a la señora que tantas veces le había cocinado la cena. Seis guardias del puesto se presentaron allí, con guerrera verde con divisas metálicas sobre las hombreras, pantalón recto, camisa y corbata del mismo color. Unos se cubrían con prenda de cabeza y otros no, unos con guantes negros y otros blancos: hacía tanto tiempo que no se engalanaban de diario para asistir a un entierro que se habían olvidado de las ordenanzas. Y ninguno quería repasarlas.

Cargaban con la caja, cubierta por una bandera de España —también encargo de la madre—, hasta el coche fúnebre, porque no lo iban a enterrar en el cementerio contiguo a la iglesia de Nosa Señora das Areas, un auténtico caos de camposanto, bastante apañado en su entrada, pero destartalado conforme se sortean las tumbas que brotan del suelo entre los hierbajos. Detrás de los portadores sollozaba una señora, de negro absoluto, alma lo que más, agarrada como por unas esposas imaginarias a una niña a la que habían vestido de luto y que no sabía adónde mirar; simplemente deambulaba guiada por los tirones que le pegaba de vez en cuando su acompañante. Lo que se oía de fondo, en medio de un silencio de sepulcro, era llanto de madre, y ningún llanto se escucha más que ese, por bajito que caigan las lágrimas.

—*Filla* , * la que va ahí es la madre de Insua. Y la de al lado, la

pequeñaja, es su hija. Creo que no tiene más de ocho añitos.

—¿Y dónde está la madre de la niña?

—En misa dijeron que de viaje en Estados Unidos. Y que la vieja no quiso esperar por ella.

Carla Traba y su padre contemplaban el desfile del cortejo por el camino de tierra desde el lateral de la capilla del siglo XII , la típica mezcla de estilos románico y gótico construida en granito. En ese lugar está sita la puerta principal de la iglesia, en dirección hacia la carretera. Traba se quedó examinando a la niña, sus ojos perdidos en un mar de fondo, revueltos. Sus manos eran tan pequeñas todavía que la que estaba entrelazada a la de su abuela apenas se veía. El pelo, cortito, a la taza, rubio de tanta pureza, le caía por la frente hasta las cejas. Siempre se ha repetido que para suicidarse hay que reunir valentía porque en el momento de quitarse la vida a uno mismo el cuerpo se rebela por un automatismo, así que para callarlo hay que exceder las fuerzas naturales. Pero los únicos pensamientos que atravesaban la cabeza de la recién graduada sargento Carla Traba le repetían lo cobarde y egoísta que había sido su predecesor, Santiago Insua: matarse y abandonar a una pequeña que para caminar no necesitaba esposas, sino faros. Y el suyo se había apagado, yacía roto.

—Pa, ¿sabes lo que concluyó la psicóloga sobre el sargento Santiago Insua cuando la entrevistaron tras el accidente? ¿Todo lo que él le había dicho? —le preguntó Traba a su padre, para después lanzarle la respuesta que ya sabía.

—Qué más da, *filla* . Está muerto. Lo importante seguro que es lo que no dijo.

Cuatro días antes

MUERE EN UN ACCIDENTE EL SARGENTO DE FISTERRA ,
SANTIAGO INSUA

El sargento de la Guardia Civil Santiago Insua, responsable del puesto de Fisterra, fue hallado muerto la pasada madrugada. Según fuentes del Cuerpo, el uniformado se despeñó con su coche en la carretera del faro, en el monte do Facho, en dirección al pueblo. No hay más implicados en el accidente. Cuando los servicios de auxilio llegaron al lugar de los hechos, no pudieron hacer nada por salvarlo, puesto que el agente llevaba varias horas muerto a consecuencia de un fuerte traumatismo craneoencefálico y de otro torácico que le habría afectado al funcionamiento de los pulmones. El aviso lo dieron dos peregrinos que regresaban del cabo.

Este periódico ha podido saber que el sargento Insua no se encontraba de

servicio en el momento del accidente. Su coche cayó por la ladera del monte y la cantidad de árboles que allí hay evitó que el vehículo acabara en el mar. Aunque fuentes oficiales del caso no lo confirman, no existen evidencias de que el sargento hubiese perdido el control en la carretera, por lo que los investigadores estarían trabajando también en la línea del suicidio.

Santiago Insua, de 39 años, dirigía desde hace siete el puesto de reciente creación de Fisterra. Su designación coincidió con una época en la que aumentaron las descargas de droga en la Costa da Morte. Divorciado, deja una hija de ocho años.

Las cenizas del sargento Insua las iban a tirar al mar desde el cementerio del arquitecto César Portela —otra vez por deseo expreso de la madre: ya que no iban a enterrar a su hijo, al menos quería que tuviera cerca un cementerio, por si su alma necesitase de una tumba para reposar—.

El cementerio de Portela es salvaje. No es un cementerio al uso, no hay un recinto que lo delimite, no hay fosas en la tierra, ni siquiera lo adornan imágenes religiosas, salvo las que guardan la minúscula capilla que se instaló en su día. Está compuesto por grandes bloques de granito, catorce cubos grisáceos, paganos, vaciados por delante, que descansan en la ladera mirando a la ría de Corcubión y al monte Pindo, el Olimpo de los celtas, un pueblo indoeuropeo que es posible que se estableciera en Galicia en la prehistoria. Cuando se construyó el cementerio, la idea era que los muertos disfrutaran de buenas vistas, aunque no fuesen nunca más a abrir los ojos. El cementerio está vacío, sucio, descuidado, abandonado. Cada bloque de granito tiene dibujadas, más bien grafiteadas, cucarachas en sus frontales. Nadie se quiere enterrar allí. Se rumorean ciertas leyendas sobre el descanso eterno pervertido en un cementerio tan moderno, tan innovador. La única verdad constatable —y seguro que esta es la causa por la que no se utiliza— es que tiene un acceso terrible, flanqueado por un sotobosque desatado, pinos sin control y un desnivel digno de la etapa ciclista más montañosa del Tour de Francia.

Al silencio que acompañó el rito fúnebre le siguió el desfile de respetos. Traba y su padre se acercaron y la de negro no los miró ni a través del velo de luto que vestía.

—*Filla* , es normal, somos unos extraños para ella.

Carla asintió.

—Papá, si quieres, vete yendo para el coche, voy a hablar con el cabo, que mañana empiezo de manera oficial.

—Vale, pero no te pongas muy intensa.

—¿Y luego?

—El hombre no tendrá el cuerpo para tu ímpetu.

Y no lo tenía. El cabo de la Guardia Civil Ramón Trillo era quien

había recibido la llamada de los peregrinos, la mano derecha del sargento Insua y, por qué no, un amigo. Un hermano.

Mientras plañideros y plañideras cumplían con su papel al aire libre y las cenizas volaban, el cabo se había separado del grupo y ahí estaba, como si esperase que un pintor lo retratase, mirando al mar lleno y silbando *Negra sombra que me asombras* , el poema de Rosalía de Castro que tanto y tan bien se ha cantado. Iba por la segunda estrofa:

> *Cando maxino que es ida ,*
> *no mesmo sol te me amostras ,*
> *i eres a estrela que brila ,*
> *i eres o vento que zoa.* *

De perfil, con esa nariz achatada de boxeador demasiado castigado en el ring y ese cuello grueso cual tronco de árbol centenario, Ramón Trillo ganaba mucha presencia.

Cuando reparó en que su nueva jefa se le acercaba, tiró el cigarro al suelo, un autorreflejo juvenil de lo más estúpido, y se saludaron.

—Cabo —le dijo ella tendiéndole la mano para un apretón.

—Carla —contestó con dos palmadas que retumbaron en su hombro, musculado pero minúsculo al lado de semejantes zarpas.

—Siento mucho lo de Insua. Si lo desea, no tiene por qué hacerme mañana las presentaciones. Cójase el día libre, habrá tiempo de sobra.

A Carla Traba la muerte de Insua le había interrumpido sus vacaciones en su pueblo natal. Conocía a ambos, a Insua y a Trillo, muy superficialmente, porque para alguna operación ejecutada en la zona les había solicitado información. Información que, la verdad, nunca había sido de ayuda.

El cabo la escudriñaba con desconfianza. Al final, la sargento Traba le parecía una sabionda y otra vez le habían impuesto a alguien de fuera, aunque eso tampoco era cierto. Insua había trabajado muchos años en Barcelona, pero era oriundo de Fisterra, y Traba había nacido en Corcubión, a escasos diez kilómetros de allí. Era una sargento recién graduada que acumulaba tiempo logrando méritos para regresar a Galicia tras años de servicio por España adelante y éxitos trabajados en la ECO, la unidad especializada de la Guardia Civil contra el crimen organizado. Tres motivos, el profesional, el personal y la casualidad, motivaron su rápida designación por los superiores de la Operación Arnela para suceder a Insua en la investigación.

—Te lo agradezco *oh* —le dijo sincero a la sargento—, pero no te preocupes. Cuanto antes estés al día, antes podremos seguir con esta

mierda. Además...

Y se encendió otro pitillo.

—¿Además? —le preguntó Traba, impaciente y con los brazos cruzados, como si fuese la guardaespaldas de una discoteca. Todavía no se había acostumbrado a respetar los tiempos de habla de los lugareños, y eso es lo primero que se debe aprender cuando se llega a un destino nuevo.

—Además se lo debemos.

El sargento Insua llevaba más de siete años en Fisterra centralizando las operaciones contra el narcotráfico. Traba pensaba que el cabo, lo que quería decir, es que ya era hora de acabar lo que él había empezado. Siete eran ya muchos años detrás de dos narcos locales sin conseguir más avances que alguna detención de camellos de poca monta y un solo registro visual: el de Castijo de Dios. Al capo lo habían fotografiado, tiempo atrás, saliendo de un restaurante de la zona, en cuyo interior quedaban comiendo menú de tres platos dos empresarios que se dedicaban al negocio de las autoescuelas y de los congelados. Y había sido detenido en alguna ocasión por delitos menores antes de saberse que reinaba en la cúspide de una red criminal. Del otro cabecilla solo conocían su apodo: Mangana.

—Se lo debemos porque fueron ellos. Ya lo he dicho —finiquitó Trillo, como si se hubiese pronunciado con todo lujo de detalles y no hiciese falta añadir nada más que una pausa elocuente. Se acarició con la mano izquierda su abdominal único y volvió a mirar al mar.

—Disculpe, cabo, no le entiendo.

—Que fueron ellos, ¡ellos mataron a Insua!

Esta última frase la expulsó demasiado alto. Tanto que, seguramente, si no hubiera sido por el viento que empezó a soplar en aquella explanada de tierra, cuya polvareda se metía en los ojos provocando más lágrimas que las que ya caían, se habría montado una verbena de las caras, más incluso que las que contratan a la Orquesta Panorama, la más emblemática de Galicia.

—Cabo, qué dice, usted mismo investigó el accidente. Fue un suicidio.

La pausa del cabo no se acababa.

Seguía sin mirar a su superior y Carla no entendía a dónde quería llegar. No es que no comprendiese sus palabras, sino sus intenciones. ¿Qué demonios estaba diciendo Trillo cuando las cenizas de su sargento, de su amigo, de su hermano de otra madre todavía estaban mezclándose con la espuma de las últimas olas que embestían como toros bravos las rocas?

Ramón Trillo negó varias veces, cabizbajo.

—No me estoy explicando bien, discúlpame *oh* , Carla. Ya desvarío. Hace mucho calor, hostia. El dolor es muy profundo y ahora... —al hombre grande, robusto, de habla ruda, le asomaban las lágrimas por unas cuencas ojerosas— ahora estoy vacío, solo tengo recuerdos.

La nueva sargento se ablandó, aceptó la excusa, aunque solo porque el contexto no era el adecuado, e intentó aprovechar la ocasión para confraternizar un poco con su cabo echando mano de la dulzura que le había transmitido su padre, dulzura que ella no había heredado por necesidad, pero, por necesidad, repartía.

—Mi padre, cabo, dice que los recuerdos siempre son lo que más pesa. Aunque sean bonitos. Pero también dice que eso, al final, es en lo que consiste vivir: en tener tiempo para crear momentos que con los años convertiremos en recuerdos.

Y ahora fue ella la que le propinó un par de palmadas en la espalda a su subordinado. Era casi quince centímetros más alto y, aunque su forma era más bien redonda, conservaba la espalda de quien fuera mozo de carga durante demasiada juventud. La complicidad de Traba le sacó una sonrisa de empatía a Ramón Trillo.

—Los padres siempre creemos que sabemos de lo que hablamos, Carla. ¿Tienes hijos?

—No —respondió seca y haciendo un esfuerzo por que no pareciese que para mirar a los ojos a Trillo debía estirar el cuello como una niña frente a un adulto. Con su metro setenta y nueve no tenía complejo de altura, pero Trillo le parecía un gigante.

—Ni falta que hace, aunque ya los tendrás. *Vémonos mañá* .

Traba se despidió de él. Se dirigió hacia el coche y alcanzó a su padre cuando este todavía subía la pista arcillosa que da acceso al cementerio de Portela, y lo arropó con el brazo al tiempo que le propinaba un ligero coscorrón.

—Que no soy tu bastón —le dijo el hombre con gracia, mientras fruncía sus cejas negras, pobladísimas—. Oye, antes de ir a casa, ¿te importa parar en la tumba de tu madre? Tengo unas flores en el maletero.

—Pensé que eran para la viuda de Insua.

—No, son para tu madre.

Y no hubo más palabras en los quince minutos de trayecto de cementerio a cementerio.

A Carla no le gustaba el camposanto de Corcubión y mucho menos visitarlo con su padre, así que una vez más lo esperó en el coche al lado de la verja alta que protege el lugar. Lo dejó irse con sus andares pesarosos y cuando lo vio cruzar el paso de peatones, se

recostó en el asiento. Sabía que tardaría un rato. Mientras tanto, le daba vueltas a las palabras del cabo Ramón Trillo, a ese «Ellos mataron a Insua», y concluyó que simplemente pertenecían a un hombre herido, regurgitadas en el momento menos oportuno. No la perturbaban y no merecía la pena escucharlas en su cabeza durante más tiempo. Ya hablaría al día siguiente con él. Lo que sí le molestaba era el tuteo con el que la trataba.

Su padre estaba de vuelta, abrió la puerta llorando, una vez más, como en cada visita a una tumba que se había ocupado temprano, y le dijo lo de siempre: «Por tu madre no pasan los años, *filla* , los viejos aquí ya somos nosotros».

—Bueno, pa, unos más que otros.

Forzó una risa que le costó una contracción oscura en el pecho, se repuso, le dio un beso en la frente, un beso que solo puede ser de cariño, y arrancó. En la radio comenzaba a sonar una canción de Rubén Blades, *Cuentas del alma* , esa dichosa canción: «Y mi madre le ha temido a la noche desde el día que se fue mi papá. Hoy la miro y comprendo que ella aún piensa que las cuentas del alma no se acaban nunca de pagar».

Ni en cien vidas ganaría su padre lo suficiente para saldar el dolor de su alma.

3

Diario de Santiago Insua:
El cabo Ramón Trillo

11 de febrero

Hoy vino el cabo Trillo a cenar a casa. Mamá estaba encantada, y eso que todas las noches, antes de despedirse de él, siempre le grita: «Ramón, é millor terche en foto que darche de comer». * Se lo dice por lo caro que sale darle de comer. Lo quiere más que a mí, no tengo pruebas pero tampoco dudas. Creo que le recuerda a su marido, o sea, a mi padre, y en el fondo lo entiendo, porque el cabo tiene cincuenta y dos años pero parece que nació dos décadas después de la época que le correspondía. Es un bonachón que ha heredado la costra popular de la que se han intentado deshacer las nuevas generaciones desde finales de los 90: machista y faltón, dos defectos que él cree cualidades sociales y que sin embargo lo convierten en un viejo verde; desprecio a la intelectualidad y con un respeto desmesurado hacia un valor que, en su escala, destaca por encima de cualquier otro porque es el único con el que lo machacaron de pequeño: el trabajo físico. Antes de meterse a guardia, había pasado su adolescencia en un internado y, al salir, buscó trabajos para intentar mantener a una familia cuyo padre se había volado la cabeza en el baño de su casa cuando él tenía dieciséis.

Hay una frase de Jules Renard que tengo grabada desde pequeñito: «Cuántos han querido suicidarse y se han conformado con romper sus fotografías». Renard fue lectura obligatoria en el colegio. No sé por qué escribo esto ahora, no quiero hablar de ello. No quiero recordar las fotografías que he roto, ni las veces que me he recortado de alguna. Hoy me he levantado medio bien, con la cabeza casi despejada, he estado con gente como si no me pasara nada y no tengo ninguna necesidad de empantanar el día justo antes de meterme en cama. Lara es feliz. Yo también. Hoy voy a dormir. O no. Son las dos de la madrugada y es hora de acostarse, porque mañana tengo que madrugar. Pero aquí sigo. Estoy demasiado lúcido como para malgastar el tiempo durmiendo, así que voy a seguir saboteándome a

mí mismo. Qué más da, ya me arreglaré mañana, que para eso tengo el día libre.

A veces, cuenta Ramón que cuando se mira al espejo todavía ve los ojos verdes de su padre, la media melena que heredó y cómo una bala le entra por la frente y le sale por la nuca tiñéndole el pelo de un rojo pasión y sangre. Pero eso es otra historia, como tantas hay por aquí. Antes, cuando yo solo venía a Fisterra de vacaciones, los paisanos de los bares siempre me decían, mientras bebían su tercer licor de café de la sobremesa, que este es un lugar *caralludo* para vivir, y yo, que bebía con ellos, no lo discutía, pero añadía: «*Caralludo* sí, pero qué cantidad de traumas guardáis por cada metro cuadrado, colegas».

Creo que la razón de tanta tragedia es que siempre llueve, incluso cuando parece que no llueve.

Creo que está lloviendo otra vez. Febrero es insoportable. Bueno, y marzo, abril, mayo, junio, medio julio, medio agosto, salvemos septiembre y vuelta a empezar en octubre, noviembre, enero...

A veces, si salimos de trabajar a la misma hora, invito a Ramón a casa. Me llama la atención la facilidad con la que algunos pasamos tiempo libre con gente del trabajo. Desde que Marifé me recomendó escribir el diario, y ya hace demasiado, me di cuenta de que Ramón aparece en la mayoría de las páginas. Bueno, lo cierto es que hay que darle un poco de cariño al hombre, que últimamente no está pasando por un agradable momento familiar: ha tenido problemas con la madama del Pompón. El jueves se dejó más pasta de la que le cabía en la cartera (y eso que suele llevar buenos fajos) y no tenía dinero para pagar todo lo consumido. Lo consumido, ay, lo consumido. Pues al tipo no se le ocurrió otra excusa para zafarse de la situación que acusar a Churches de inflarle la cuenta. Churches, Leyre, es la venezolana de tetas estratosféricas que rige el club con mano de hierro y faldas de seda, como si en vez de un puti dirigiese un país, y la cosa no acabó bien porque la tercera mujer de Ramón, la pobre Elsa, que tiene el cielo ganado, se enteró de en qué consistía la cuenta. Ya le he dicho al *paspán* este que no lo juzgo, que allá él dónde meta la polla y sus valores, pero por lo menos podía haber escogido un puticlub que no operase a la entrada del pueblo. Aunque, en honor a la verdad, sus clientes dicen que es un hostal. Y así lo constata su licencia de explotación.

Ya lo sabe todo el pueblo. No que él es un mujeriego y putero insoportable, que eso también: dos divorcios y descendencia como la de antes, tan numerosa como para trabajar en una granja, pero «*Unha cousa, Moncho, é que che ghusten as mulleres* —le dijo mi madre

mientras cocinaba—, *i outra o que fixestes* ». * Al final, ser la comidilla de Fisterra tiene sus riesgos y puede hacer que el primer plato de la cena se te atragante porque mamá te señala con el dedo y sin siquiera mirarte te suelta: «*Ramón, home, non che sei, pero cada un ten que paghar polo que fai máis polo que lle fan* ». *

De repente, como si viera mi cara de reprobación, mamá se giró y, con una calma propia del mayor asesino que haya existido en este planeta, me clavó un cuchillo suavemente: «*Que pensas, que teu pai non o fasía? I era un home magnífico. Magnífico* ». **

No sé si Ramón Trillo es un hombre magnífico. Tampoco tuve nunca claro si mi padre lo fue. Pero los dos me cayeron siempre muy bien.

4

Con los fardos en la mano

Para defender la ría de Corcubión en aquellos siglos, cuando los atracos se hacían por mar y se consideraban invasiones y no hurtos menores, se construyeron cuatro castillos. Uno de ellos fue el castillo del Soberano, levantado en el pueblo de Camariñas, a treinta y cinco kilómetros de distancia. Sus restos solo los recuerdan los más viejos del lugar porque en los años cuarenta fue desmontado para dejar hueco a las obras del puerto. La segunda fortificación, el castillo de San Carlos, se erigió en Fisterra, en la boca de la ría, y hoy los adolescentes lo asaltan algunas noches de verano trepando por su muralla semiderruida, creyéndose corsarios con botellas baratas de ron Negrita en mano, para hacer botellón en su explanada interior, que sobrevivió al asalto francés durante la guerra de la Independencia. Los dos castillos que guardan más misterio están emplazados frente a frente, separados por poco más de un kilómetro en línea recta a la altura en que comienza la ría desde el mar, cada uno en una orilla. La vertiente sur, en la parroquia de Ameixenda, la preside el castillo del Príncipe. Parece una residencia veraniega que hace olvidar que en su día estaba dotado de doce cañones y que lo guardaban ochenta y ocho soldados. Hoy tiene un precio en el mercado inmobiliario de cinco millones de euros, se extiende por casi dos mil metros cuadrados de superficie y data del siglo XVIII . Y al otro lado, en paralelo, resiste el castillo del Cardenal, en las afueras de Corcubión. Se rumorea, nadie vivo lo ha constatado, que trescientos años atrás estos dos fortines, proyectados durante el reinado de Carlos III, permanecían ligados entre sí por medio de unas cadenas de hierro submarinas, como una especie de anclas terrestres. De este modo, cuando un barco enemigo trataba de adentrarse en la ría, los protectores de los pueblos recogían esos grilletes y elevaban desde el fondo del mar una barrera que no solo era indestructible, sino que atravesaba por la mitad las embarcaciones extranjeras. Ni los registros antiguos permiten conocer con exactitud la cantidad de vidas que allí perecieron.

La sargento Carla Traba desconocía la historia, y ahora su padre se la repite cada vez que ella va a correr desde el centro de Corcubión hasta el castillo del Cardenal, unos diez kilómetros ida y vuelta si se

alarga la carrera hasta el Faro C, una ruta preciosa que bordea por el asfalto la cara norte de la ría y transcurre por Punta do Cabalo, Punta das Mariñas y Punta do Seixo.

—Pa, últimamente te repites mucho —lo vaciló, atusándole con delicadeza el pelo blanco que le cubría toda la cabeza salvo los dos islotes frontales del lateral.

—¿Qué dices?

—¿Tampoco escuchas?

—*Filla* , a ver si piensas que estoy sordo porque quiero.

Y ahí quedaba la conversación, a medio camino de la risa y llamando a la preocupación. Hacía varios años que la sargento Traba solo visitaba Corcubión en vacaciones, aunque, tras la muerte de su madre, apuraba más escapadas para ver a su padre. Traba no gastaba de esa morriña que se le presupone a la mayoría de los gallegos como un estigma idiota, decía ella, por su identidad. ¿Identidad? Qué narices es eso de la identidad. Mi identidad, pensaba Carla, son los míos, y por eso la enfermedad de su pa había sido el motivo decisivo para no rechazar el trabajo que le había ofrecido el mando en Fisterra. Ya bastante se había equivocado con su madre. El día que le diagnosticaron aquella infección pulmonar no quiso decir no al trabajo en Sanlúcar de Barrameda. Cuarenta y ocho horas después, Traba estaba sentada a los pies de la cama de un box de Urgencias en Santiago de Compostela, su padre a la derecha de su madre, dormida, sin responder a estímulos, con oxígeno para retrasar la muerte que se avecinaba y un cartel en la puerta en el que se leía AISLADA POR CONTACTO . Al menos, dijeron los médicos, había muerto sin dolor. Lo más doloroso para Traba era la esperanza insultante que había creado su padre pese a la evidencia de muerte. Cada vez que se acercaba a la cama y apoyaba la mano sobre la frente de su mujer, decía: «Ya tiene mejor cara». El médico había sido claro: «Hay un 99 por ciento de posibilidades de que muera».

Por primera vez, además, Traba se situaría al frente de una operación, que tenía un fin, pero que, como las guerras, ni las meigas sabían cuándo podría acabar.

La tarde del entierro de Insua, tras acompañar a su padre al cementerio de Corcubión donde reposa la tumba de su madre, la sargento necesitaba soltar adrenalina. Corrió hasta el Faro C a un ritmo de atleta, exhalando unos jadeos que evidenciaban que no estaba controlando bien la respiración. Daba igual, porque con la fuerza que impulsaba sus piernas podría recorrer varios kilómetros sin cansarse. De regreso, Carla Traba dejó la camiseta en la caseta de los socorristas, vacía todavía a esas alturas del año, cogió uno de los

bañadores de repuesto que siempre guardan en el armario del fondo y se pegó un chapuzón en la minúscula playa de Quenxe, detrás del museo naval, que desde hace años se derrumba por el paso del tiempo y la falta de cuidados.

El agua de la primavera desvirgada estaba friísima. Ya era deshora, pasadas las nueve de la noche, el sol estaba más que oculto, pero las farolas del paseo la iluminaban como a la figura que aparece entre la penumbra de la escena teatral: el foco la alumbra y proyecta tras sus pies la sombra mesiánica de quien viene a salvar al público de la oscuridad. Para limpiarse los restos de salitre que el mar le había adherido al cuerpo, Traba subió por la rampa de las duchas, donde los chavales se agolpan en verano después de las pachangas de vóley-playa.

Y ahí estaba.

No era la primera vez que desde la terraza del Fogata, un restaurante edificado sobre la playa y construido antes de que se promulgase la ley de costas que hoy lo declararía ilegal, como toda la edificación que rodea el arenal, no le quitaba ojo una silueta. Un hombre.

—¿Có-cómo está el agua? —balbuceó el joven desde la barandilla del Fogata, apoyado sobre sus brazos y con una pierna cruzada tras la otra.

—Lo siento, llevo prisa.

Es la respuesta tipo que Traba dispara ante los intentos de flirteo no deseados y que acompaña con un anudado de coleta, que recoge su largo pelo moreno en alto, lo que le confiere una imagen de malhumorada y cree que así expresa con un movimiento que en ese instante se ha acabado el ligue infructuoso.

El problema, su problema, es que sus pómulos, tan redondos como prominentes, siempre colorados, pocas veces le regalan el gesto de dureza que pretende mostrar con su carácter. Eso sí: pocos desconocidos se atreven a hablarle porque su cuerpo, que con el bañador rojo de socorrista aun destacaba más, es imponente. Desde que preparó la oposición a guardia civil, cinceló a conciencia unas piernas ya por genética interminables, y que ahora empiezan en unos gemelos fibrosos y acaban en una cintura finísima y un abdomen plano, no marcado pero fuerte, que se ensancha a medida que crece la espalda. Su rostro, estrecho en la barbilla, se forma de manera gradual bajo una nariz larga y delgada, y unos ojos abiertísimos, curiosos en una piel blanca, que preservan el marrón de su madre en lugar del gris de su padre.

En esa ocasión, además, era verdad que el tiempo apremiaba:

Traba quería ducharse, despedirse de su padre en el kiosco, que en verano no cierra hasta que el último paisano deja de picar pipas en la plazoleta, y descansar, porque mañana le esperaba un día de más de veinticuatro horas y una conversación pendiente por esas palabras del cabo Ramón Trillo que todavía retumbaban, aunque quería restarles importancia: «Ellos mataron a Insua».

—Me llamo Andrés —escuchó Traba mientras se alejaba del Fogata a recoger su ropa, envuelta en una toalla—, encantado de conocerte.

A él le había gustado el anudado de coleta y a ella se le escapó una sonrisa.

—Cabo, pase, tenemos que hablar.

Ramón Trillo entró en el despacho de la nueva sargento, que hasta dos días era el de su amigo, ese hombre que ya no existía más que en la memoria y en esos anillos que el tiempo poco a poco va evaporando. Antes de que Traba se sentase, el cabo comenzó a explicarse.

—Claro, Carla, pero no te tomes así lo de ayer, mujer, no hay de qué asustarse. Es solo que...

—¿Qué quiso decir con que lo mataron ellos? —lo cortó Traba después de sentarse tras la mesa, hasta arriba de papeles—. ¿Me está insinuando que tiene sospechas de que al sargento Insua lo asesinaron los narcotraficantes?

El cabo Ramón Trillo dejó escapar un suspiro. Carla había nacido en la Costa da Morte, pero, tras tanto tiempo fuera, no era capaz de asimilar el sosiego, la templanza, la circunspección con la que hablan los vecinos de la zona, casi siempre graves, como si se estuvieran confesando ante el mismo cura que los confirmó cuando eran niños y niñas recién despertados sexualmente y desbordados de vergüenza. Tras volver a inspirar, mirando hacia el cielo, como si pudiese atravesar con la vista el techo avejentado del cuartel, y como pidiéndole fuerza al Cristo, el patrón del pueblo, Trillo concluyó que había dudas sobre el significado de sus palabras, así que contestó como mejor supo.

—*Non oh* , sargento —nunca antes la había apelado por su rango, lo que Carla percibió como una muestra de que, por vez primera desde que se conocían, le iba a hablar en serio o, al menos, sin tratarla como a una menor de edad—, lo que mató a Insua fue el puto estrés, el agobio, el trabajo, esta vida de mierda que se emperra en marcarnos unos objetivos que están por encima de lo que valemos, o que nos marcamos nosotros mismos, y lo que empieza siendo una meta

profesional acaba convirtiéndose en un infierno personal.

El cabo hablaba con una elocuencia inusual. Se movía por ese despacho minúsculo y con paredes blancas de gotelé. Inquieto, no dejó de gesticular hasta que encontró en una esquina una caja de cartón con algunas pertenencias de Santiago Insua que todavía no había retirado. Se agachó, no sin dificultad, y cogió un marquito con una fotografía del sargento y su hija. La miró como si estuviese contemplándolo por última vez. Santiago Insua era un hombre de complexión ectomorfa: delgado, pecho plano pero ancho, de brazos larguísimos y finos pero de muñecas potentes. Su peinado, de corte militar, casi al ras, con la zona de las patillas y la nuca bien despejadas, apenas dejaba ver el pelo negro que le nacía. En la foto llevaba a su hija Lara al caballito por una playa. Se reía, con su boca pequeña abiertísima: estaba intentando agarrar a Lara de las manos mientras la pequeña le tapaba los ojos.

Ramón Trillo le enseñó la fotografía a Traba.

—A esto me refería: le quitó horas de la infancia de su hija, de su ocio, eliminó cualquier posibilidad de buscar una mujer, o un hombre, carallo —aquí Ramón Trillo fue incapaz de no reírse, pero recobró bastante rápido la compostura—, lo atormentaba por la noche, con muchas, muchas horas de patrulla, de papeleo, de desconfianza, de ningún éxito, porque, como sabes, el éxito aquí solo se consigue cuando todo acaba, y eso que las cosas, bueno, las cosas no habían empezado tan mal...

Lo que le narró a continuación a Carla Traba había acaecido hacía ya siete años:

A las cinco y diecisiete minutos de una mañana de noviembre, noche cerrada, chubascos dispersos, una humedad en el ambiente del cien por cien, la patrulla de la Benemérita de Muxía recorría su ruta habitual por las aldeas que escapan de las carreteras generales. El copiloto del vehículo llamó al sargento Insua.

—Sargento Insua, soy Benítez, del puesto de Muxía, venga corriendo a la playa de Arnela, ¡los tenemos, los tenemos!

—Benítez, voy a toda hostia, pero iré en coche, que es muy temprano para correr. Avise a todos los puestos cercanos y que también vayan en coche.

El agente estaba emocionado y ni atendió al rutinario chiste malo que Insua contaba cuando estaba nervioso. Desde la infinidad de curvas que se cruzan formando pasarelas angostas por el patio trasero de Muxía —Cuño, Lourido, Xurarantes—, tan pronunciadas que hacen dudar a uno sobre si en verdad la civilización ha evolucionado y, sobre todo, si se ha instalado en la Costa da Morte, Benítez había

divisado luces en una pequeña cala que responde al nombre de playa de Arnela.

Existe un arenal con el mismo nombre en Fisterra, pero tiene otra historia.

Por entonces se sabía que unos camellos locales empezaban a tejer relaciones con narcos sudamericanos. Así se instaurarían Castijo de Dios y Mangana. Los puestos de la Guardia Civil del área no disponían de ninguna unidad especializada, pero se habían organizado para tratar de darles caza. Todavía abrasaba en el imaginario social un pasado caliente: si estas familias incipientes en el mundo del tráfico de estupefacientes se llegaban a establecer, si conseguían acumular cierto poder, podría reavivarse aquella época en la que las viudas lloraban por las noches porque sus maridos habían desaparecido en el mar, arrastrados por las corrientes o naufragados en las escarpadas costas, y las madres sin hijos se manifestaban en las calles por el día porque sus hijos se habían ahogado en la droga.

El propio agente Benítez sabía qué era eso que el mar no devuelve y la heroína roba. Con catorce años, durante unas vacaciones escolares, acompañó a su padre a *desmallar a sardiña* . Vivían en Combarro, en Pontevedra, y faenaban ese día familiar en punta Udra, en la ría de Aldán. Mientras una lluvia fina adornaba esa noche de cuento de niños, una mole, una embarcación de 243 toneladas, partió en dos su barco casi por la mitad. Benítez se tiró por la borda y su padre, atrapado en el naufragio, apareció dos días después. Sin vida. Ese día su hermano mayor no los había acompañado, como ninguno desde hacía tres años, cuando su madre lo descubrió muerto en su cama con el brazo picado.

Ni Insua ni Trillo estaban de servicio cuando los avisó Benítez para intervenir en la playa de Arnela, pero ya entonces eran los encargados de centralizar los movimientos que pudiesen guardar una relación con el narcotráfico en la Costa da Morte. Tras la llamada de Benítez, el sargento se levantó de la cama de un salto, bebió de un sorbo una taza mediana de café, como si se la estuviera metiendo en vena, y condujo en dirección al Barril, donde el cabo Trillo continuaba desde la noche anterior contando historias para no dormirse con Eligio, el director de la autoescuela, y Manel, el empresario de los congelados. Subió al coche a su compañero medio beodo y le parafraseó las palabras de Benítez: «Ya son nuestros, Ramón». Trillo se sentó con más rapidez de la que le permitía su cerebro en el asiento del copiloto, antes de cerrar la puerta, vomitó, y arrancaron hacia Arnela: era un hombre nuevo y listo para lo que pudiera ocurrir.

A la playa de Arnela solo baja quien sabe bajar. La cala se

encuentra a desmano hasta para los vecinos del lugar y el acceso, una vez se abandona el laberinto de carreteras secundarias, lo conforma una pista pedregosa de casi un kilómetro de longitud, adosada a unos baches que impiden a coches sin tracción a las cuatro ruedas alcanzar la playa sin desperfectos. Insua y Trillo se plantaron allí en menos de quince minutos, con uno de esos Nissan Patrol de la Guardia Civil que parece que en cualquier momento pueden volcar, pero son muy estables. Al frenar, Trillo volvió a vomitar a los pies de la patrulla de Muxía que los esperaba.

—Nosotros también lo echábamos de menos —le soltó Benítez mientras se limpiaba, con su propio pantalón, las gotas de vómito de las botas—. Hemos avisado al resto para que se vayan colocando. Supuestamente tenía que estar ya aquí la patrulla de...

—Da igual, vayamos. Ya saben cómo proceder —zanjó Insua.

Desde la parte de arriba del camino, donde aguardaba Benítez, no se otea la playa como desde las curvas, así que para comprobar si lo que habían descubierto era una descarga o una fiesta en la playa, a los agentes no les quedaba más alternativa que descender a oscuras hasta el arenal, sin más luz que la que les ofrecía la noche. Y a pie, para así no llamar la atención.

La cautela era providencial. A Trillo le dieron de nuevo arcadas, respiraba con dificultad y se cayó de un tropiezo, cubriéndose de lama y lodo.

—No quiero ni un ruido, ¡hostia! —susurró Insua, y ayudó a su compañero a levantarse del suelo. Los chistes se habían acabado.

Una vez empieza el descenso a Arnela por el pasillo que forman los pinos, la cobertura es nula, la humedad se recrudece. En su tramo alto la bajada es amplia, pero, a medida que se recorren metros, la vegetación, frondosa, se come al caminante entre *toxos* —una especie de arbusto bajo y espinoso—, ortigas, *fieitas* —helechos— y más maleza verde. Los agentes pisaban más lento de lo normal porque tenían miedo de lo que podrían encontrase cuando, al mismo tiempo, esperaban ver a los novísimos, que era como llamaban a Castijo y a Mangana antes de llamarlos Castijo y Mangana. Históricamente, la playa de Arnela, cercada por dos acantilados majestuosamente altos de tierra de un marrón intenso, resguardada como un paraje secreto que solo deja disfrutar de las vistas del horizonte y del cabo Touriñán —el punto más occidental de Galicia—, era un enclave habitual de descargas, y a los guardias les costaba creer que los novísimos fueran a reutilizar los escondrijos que ya se habían descubierto años atrás.

Los agentes recorrieron sin sobresaltos casi todo el kilómetro de la pista acompañados por un orballo constante y los jadeos de Trillo,

pero la intervención se complicó en la recta final. Desde la playa se tiene una visión cristalina de quien quiere llegar sin ser invitado y los narcos habían colocado a un hombre cubriendo el acceso. Apostado tras una roca grande, dio la voz de alarma con cuatro silbidos al distinguir a los uniformados.

La descarga se paró.

Los integrantes huyeron campo a través y la patrulla de Muxía, la primera que detectó que los habían descubierto, se lanzó a perseguir a dos de ellos.

—¡Me cago en la hostia, estos hijos de puta se escapan!

Insua, que había intentado atrapar al guardián, que corrió hasta una finca plagada de eucaliptos y por allí se perdió, bajó a la playa exhausto tras casi un cuarto de hora de carrera. Su compañero Ramón Trillo permanecía inmóvil en la orilla del mar. No daba crédito a lo que veía. La borrachera que le atormentó durante la bajada se le sanó en un instante.

—*Non me fodas, me cago en la cona* . * Qué mierda hace esto aquí.

—Mierda, Ramón, no te precipites. ¡Vamos, vamos!

La lluvia cesó. En la arena empapada había un camión, pequeño, de esos de no más peso que 3500 kilos de masa máxima autorizada, con el maletero descubierto por arriba y una lona de calidad, impermeable, para taparlo. Los dos agentes caminaban con dudas por la arena, con los ojos vidriosos por el agua de lluvia y el sudor que todavía les caía por la frente. Querían acercarse más antes de esbozar lo que pensaban. El camión pertenecía a la empresa de congelados de Manel. El compinche de batallitas nocturnas de Trillo podría estar implicado en la descarga.

Dentro del vehículo había una zódiac con el motor fuera borda trucado, roja, con bandas negras. A gritos —ventaba con cierta fuerza —, Insua reclamó a la patrulla de Muxía que volviera. A esas horas, con esa oscuridad, entre *toxos* y pinos, con una pendiente demencial, consideraba improbable encontrar a nadie, pero también sabía que era imposible que alguien saliera de allí sin ser visto. Los agentes habían logrado una detención.

—Al resto de desgraciados los cogeremos desde arriba, el equipo estará colocado. Y ya hablaremos con tranquilidad. Acabemos antes con esto.

Apilaron los fardos con Trillo profiriendo tacos como música de fondo mientras las patrullas a las que había advertido Benítez esperaban a lo largo de las carreteras que limitan con la playa de Arnela. Fue amaneciendo, Insua mandó conducir el camión a la comandancia, a Coruña, y, mientras subían a la entrada de la pista, los

compañeros ya habían detenido a otros dos participantes en la descarga; estaban desesperados. Llevaban horas vagando por los terrenos, débiles, agotados, arañados, embarrados, golpeados a consecuencia de las caídas que habían sufrido y con los pantalones calados hasta la entrepierna. En plena noche y sin conocer absolutamente límite alguno del terreno, orientarse en esa selva era una lotería.

—Santiago, necesito meterle algo al cuerpo—dijo Ramón Trillo, que se había sentado en la carretera con la cabeza hundida entre las piernas y el pelo cayéndole por delante de la cara.

E Insua y él fueron a desayunar al pueblo cercano de Os Muiños, mientras el resto de guardias continuaba con el operativo. Apuraron cada uno su pincho de tortilla y su café. Hablaron del camión de congelados.

En Arnela ya eran ocho los detenidos, todos cortados por el mismo patrón, con idéntico perfil: extranjeros que, con dificultad, apenas manejaban el idioma y que, aseguraban, estaban allí por vez primera.

—No había nadie cubriendo el perímetro de la descarga —dijo un guardia tras meter en la parte trasera de su Patrol a uno de los arrestados.

—¿Puede ser que los hayan vendido? —preguntó Benítez, extrañado.

—O incluso que querían que los cogiéramos.

Así se lo transmitieron a Insua. Aquellas detenciones, pensaba el sargento, eran muy raras. Había indicios que apuntaban a que alguien deseaba que esa descarga no prosperase. Entonces, ¿no había sido una casualidad que los descubrieran?, se preguntaba mientras volvía a Fisterra. Y más extraño aún fue el jaleo que se armó en los días siguientes: tras reseñar y grabar en el sistema informático los detalles del operativo, los archivos desaparecieron. Se borraron. Y no se recuperaron.

Aquí comenzó la Operación Arnela.

La descarga era de hachís.

Ramón Trillo apenas entró en detalles para describirle a Carla Traba lo ocurrido aquel amanecer de noviembre, pero sí lo necesario como para que la nueva sargento intuyera que aquellas detenciones fueron recibidas como un éxito por el Cuerpo. Pese a todo.

—Y desde entonces, Carla —continuó Ramón Trillo—, así estamos; no solo no hemos avanzado, sino que esto está descontrolado. Ya habrás visto la...

—Sí, ya he leído la prensa de hoy —le respondió la sargento Traba mientras, encima de su mesa, abría el periódico local por la página once, la primera de la sección de sucesos. Dio un par de golpes suaves con sus dedos índice y corazón sobre la noticia.

—Se refiere a un aviso que recibimos hace unas semanas. Recorrimos a pie todo ese tramo y encontramos cuatro o cinco fardos. No pillamos a nadie. Descubrimos lo ocurrido: el barco en el que llevaban la droga se averió, quedó a la deriva y tuvieron que tirar el material por la borda. Estamos totalmente en fuera de juego, Carla, y, lo que es peor, se ríen de nosotros *oh* . El artículo que ha escrito el tal Guimareu este es para aparecerle en casa y encerrarlo un par de días en el calabozo, después de darle una buena *malleira* . *

CON LOS FARDOS EN LA MANO , *por F. Guimareu*

Supongo que hoy habrá muchos vecinos que se estarán corriendo una juerga criminal a costa de la inoperancia de la Guardia Civil. Y lo de criminal, como saben, no es una exageración. Según informa hoy este periódico, el pasado miércoles, si usted se encontraba por la mañana dando un paseíllo con su perro, con su pareja, con su amante, con sus hijos o disfrutando de la soledad, simplemente cavilando en los *biosbardos* por el paseo marítimo, se habrá podido encontrar con un regalo inesperado: fardos de droga.

Algunos paseantes, sin duda más madrugadores que los agentes de la Benemérita, hicieron su trabajo y dieron aviso a la Guardia Civil que, claro, seguramente estaba ocupada en muchas más cosas que en poner freno a tanto desenfreno. Se les ve pasar su tiempo libre en muchos bares y en no menos hostales. Ya saben a lo que me refiero. Eso sí, una vez llegaron al lugar de los hechos, con el uniforme enfundado, cumplieron con su trabajo con un celo encomiable: entre tres agentes detuvieron a un paisano que se había adueñado de un fardo y pretendía quedárselo. «Esto non é delito», parece ser que les decía el marinero, que acaba de llegar de faenar y estaba fumándose un cigarro antes de irse para casa, «no es delito porque é para consumo propio».

Delito, en fin, es el dinero público con el que los contribuyentes de Fisterra, de Galicia y de España entera financiamos la escuadra que se creó en Fisterra hace siete años para combatir el narcotráfico en la Costa da Morte y que desde entonces tiene en la detención de esta mañana su máximo logro, dado que...

Mientras Traba y Trillo discutían sobre el artículo de prensa, la agente Soares irrumpió en el despacho a trompicones, con el flequillo cayéndole por la frente, como si se tratase de un parche fucsia que le escondía la mitad del ojo izquierdo. Apoyándose contra el marco de la puerta, atrajo la atención de sus dos superiores con un grito:

—¡Tenemos un cadáver! Madre mía, no se lo van a creer.

5

Diario de Santiago Insua: mejor no ver

15 de febrero

Hoy me he levantado contrariado. Hace días que no respeto mucho aquellas pautas del médico sobre disminuir las cenas copiosas y amanezco saboreando el café de la noche anterior y con el estómago como si tuviera un mono dentro tocando la batería con sus paredes. Me duele el pecho, del ardor que me sube. Creo que eso me cambia el humor, lo del estómago, no lo del mono. Puede ser, también, que ande un poco agobiado, estresado, pero tampoco ayuda a relajarme que mi señora madre insista en emparejarme con medio pueblo.

Salí con la bici a primera hora. Hay una ruta hasta Sardiñeiro muy sencilla. Serán treinta kilómetros ida y vuelta, mayormente por caminos, tan solo tiene una bajada técnica de piedras de granito fijas en el suelo, de unos cien metros. El recorrido es muy llevadero con subidas y bajadas sin dificultad. A veces me gustaría no volver. Empezar a rodar y a rodar y acabar dando una puta vuelta al mundo, pero parar justo antes de llegar a casa. Ahí descansaría un poco, no mucho tiempo, para no acomodarme. Lo justo para liar un cigarro, fumármelo y volver a arrancar en sentido contrario. Y volver a parar justo antes de llegar a casa. Así eternamente. Después de divagar con la tontería, pienso en Lara, así que entro en casa, me ducho, me pongo el uniforme y al curro. Amo a esa enana revoltosa. Hoy ha dejado el salón con todos sus juguetes tirados por el suelo. Le tendré que echar una bronca para que mamá no me la eche a mí.

Ayer tuve una cita concertada con Maika. Ya la conocía, claro, de repostar en la gasolinera. La verdad es que es maja y tiene una figura preciosa, que la veo casi todos los días machacándose en el gimnasio del Pescador. Me pone cachondo, está buenísima. Pero... no sé, no me apetece hablar de mujeres; en cambio a ella vaya si le apetecía hablar: que si Cañón no era mal tipo, que qué pena que se hubiese suicidado, que sí, que se metía, pero, joder, que era de aquí, del pueblo, *dos nosos* , no de esos que vienen de fuera para ponerlo todo perdido. Que sus padres estaban destrozados, que dejaba también una hermana, que había intentado desengancharse trabajando en el Covirán de la

esquina, que... Bah. Le hice ver, ya a partir de la tercera copa de vino y mientras me liaba un cigarro, que eso siempre da un toque de hombre interesante, como de malote de serie, pero no americana, sino británica, que los británicos suelen ser más finos; pues le hice ver que Cañón era un desgraciado. Que camellito sí, pero que a saber a cuántos chavales le habría vendido su mierda. Que pensara en que su hijo se estaba metiendo un piquito que le había conseguido Cañón, que, eso sí, era un *dos nosos* . Que pensara en sus padres o en esa hermana, en cómo recibirían cada llamada de la policía porque habían encontrado al malnacido ese tirado y colocado debajo del *cruceiro* que hay antes de bajar para el Tira do Metal. O en esas adolescentes que al salir del colegio y subir Escaselas arriba para volver a su casa en pleno invierno se lo encontraban y cambiaban de acera corriendo por el miedo que les daba pasar por su lado. Y, por supuesto, que a Cañón lo echaron del Covirán no por ser un mierdas, sino porque cada día de trabajo era una botella menos de whisky en el expositor. Hay reinserciones que no son muy posibles.

Después nos fuimos a su casa y me rentó echar un polvo. Fingí complacido, porque en verdad estaba a otra cosa. Seguro que ella también.

Maika me hizo pensar demasiado, y no en ella. Desde el ventanal de su habitación, en San Martiño de Arriba, uno se siente Dios con su creación a los pies: viendo las maravillas del paraíso de Fisterra y suponiendo las miserias que se esconden en las calles. En las casas. En las habitaciones. En los dormitorios. En el mío. No paro de darle vueltas, porque el caso de Cañón tiene lagunas. Al fin he hablado con Soares y Alvariñas del tema. Ellas aceptan que existió la sobredosis, pero ahora me dicen que no está claro si fue un suicidio, hay que joderse. «Entonces, ¿por qué cojones hicisteis...?».

Me respondió la agente Soares, que no quería callárselo más. Soares es muy guapa, aunque este pelo de colorines que se me pone ahora no me gusta mucho, parece una de estas *otakus* , los frikis de la cultura japonesa que se disfrazan de sus personajes favoritos de *anime* , manga y videojuegos. Incluso tiene ciertos rasgos faciales orientales que no sé de dónde salen porque sus padres, si no recuerdo mal, son más portugueses que los gitanos de Madeira. El color del pelo cambia, dice, según su estado de ánimo. Hoy tocaba azul oscuro, así que intuí que había vuelto a llorar por culpa de su noviete. Un día de estos lo detengo y lo mando para la cárcel de Teixeiro.

«Nos llamó el cabo Trillo con una orden: no se va a investigar, es un yonqui que ha muerto por sobredosis, nada más». Fue lo que me dijo. Quedé flipado, pero mantuve la compostura. Cuando me lo dijo,

estábamos a la entrada del cuartel y yo quería evidenciar que ya lo sabía y que simplemente estaba poniendo a prueba su responsabilidad conmigo. «¿Y los cortes de los que habla el forense?», le pregunté. «Blanco nos llamó hecho una furia, ya sabe cómo es, sargento. Le fuimos muy sinceras y, después de debatir un buen rato con él, también nos confesó que no era capaz de confirmar al cien por cien cuál es la causa de la muerte. El mar le destrozó bastante el cuerpo. La sobredosis, como le he dicho, existió, y el vejestorio de Blanco no se atreve a certificar que los cortes le provocasen la muerte. No nos va a citar al juzgado. Ni al cabo Trillo. Dice que lo deja en sus manos».

Les seguí haciendo preguntas, casi de protocolo, pero la verdad es que no atendía a sus respuestas porque la que yo quería oír, en verdad no la quería oír. ¿Por qué el desgraciado de Ramón todavía no me había comentado nada?

—Sargento, tiene pinta de un ajuste de cuentas. El cabo nos pidió discreción y nos dijo que ya hablarían ustedes. No quería que se relacionase la muerte con algo más grande porque, como no nos va nada bien, pues por no hacer más sangre de la debida.

Soares es leal, de confianza y, por lo tanto, ingenua.

Esa no era la razón. Y ellas no la querían ver. Supongo que es mejor así.

Son las tres y media de la mañana. Y sigo despierto. Voy a cambiar la silla. Creo que es demasiado cómoda y por eso no muevo el culo de ella. ¿Y si me pongo a estudiar inglés? Así sí que podría irme de aquí.

Con Lara, claro.

6

Castijo

Durante los ciclos de mareas vivas, el flujo del océano es demoníaco, las corrientes arrastran a lo más profundo del mar con una tensión agudísima, con una fuerza de atracción letal que se produce cuando la Tierra, la Luna y el Sol están alineados. Entonces las aguas se tiñen de un color rojizo, como el plomo, como el óxido, y ni la espuma ocre que continúa adornando las olas es capaz de ocultar que la costa parece un baño de sangre que apesta a frescor marítimo.

Cuentan los marineros a los más pequeños, para que durante esas semanas que persisten las mareas vivas no se les ocurra arriesgarse con un baño sin su consentimiento, que hace milenios se creía que dichas mareas de sangre se producían cuando en el cielo Dios infligía un castigo a un ángel que, cegado por uno de los pecados capitales, asesinaba a un hermano. La sangre de la marea —seguían los marineros narrando la historia mientras a los niños cada vez se les abrían más los ojos— era la sangre derramada de la víctima celestial y brotaba desde las profundidades del mar para no manchar el cielo, el paraíso, de impurezas; al tiempo, Dios aplicaba al fratricida la condena eterna: el destierro, vagar por el mar en forma humana como un náufrago a la deriva al que nunca rescatarían porque, aunque se escucharan sus gritos de desesperación entre las olas, su cuerpo y su nave eran invisibles al ojo de un mortal.

Así era el castigo divino, el *castigho de Dios* , que se decía en Fisterra.

El cadáver del narcotraficante Castijo de Dios había aparecido en la Lobeira grande, en el corazón de la ría de Corucubión, recuperado una tarde de mareas vivas. Un grupo de jóvenes que había navegado hasta el islote, de unas tres hectáreas de superficie rocosa granate y apenas diez pies de arena virgen, se zambullía al mar desde el pequeño muelle, compitiendo entre ellos a ver quién sabía tirarse mejor de cabeza. O eso dijeron a las autoridades, cuando los trajes de neopreno y el material que guardaban en su embarcación náutica mostraban que estaban buceando y pescando con arpón. Y ninguno tenía licencia.

Habían encontrado el cuerpo en el medio de las rocas de casi dieciséis metros de altura que cercan la Lobeira por su orientación sur. Cuando Soares, Trillo y Traba llegaron a la zona, ya se había corrido la voz, y los curiosos se agolpaban para esperar su regreso en el puerto de Corcubión, el más cercano en tierra, que desde hace años cuenta con un pantalán deportivo y un club náutico. Los vecinos querían asistir al traslado del cadáver del narco más buscado como si aquello fuese un espectáculo público de entrada gratuita, las sobras de la ejecución de un criminal o la repatriación austera del héroe caído. Para muchos de la zona, con seguridad, Castijo de Dios había sido una cosa por la mañana y otra por la noche.

Los agentes trataban de disuadir a los curiosos altavoz en mano, pero cada consigna policial sumaba un nuevo espectador civil que hasta ese momento no se había dado cuenta de lo que ocurría.

—Dicen que hay un muerto en la Lobeira —comentaba un anciano, haciéndose el despistado, sentado en la marquesina del autobús en desuso que está al lado del muelle.

—Y dicen bien —le contestaba otro—. El sobrino de Eulalia lo contó en el bar mientras estábamos jugando al dominó.

—Pero ya sabes que ese *rapaz* miente mucho —e hizo un gesto con el bastón para reafirmar su adversativa.

—*Disque* era un narcotraficantes de *eses* .

—Ah, *pois que tanta paz leve como descanso deixa* .

En la Lobeira, Ramón Trillo saltó de la lancha a dos metros de tierra, cuando todavía no se había ni atado el cabo, como si temiese que nunca fuese a atracar. El día era soleado y tranquilo, pero la mar, a medida que se salía de la ría, se picaba, hacía saltar demasiado a la embarcación y a los tripulantes podía revolvérseles el estómago, como fue su caso. Una vez en el islote, el guardia se giró hacia la sargento Carla Traba con una mueca de conmoción y se sentó a una distancia prudencial del cadáver: la mínima para examinarlo pero la máxima para no acercarse demasiado.

—Sí que es Castijo, *carallo* —farfulló.

Y se pasó la mano por la frente.

La Policía Judicial ya se había encargado del procedimiento de la identificación del cuerpo, roído de pies a orejas por los peces. Aun así, a falta de los análisis pertinentes y con el rostro hinchado y demacrado, el agente de la Judicial Benítez lo había reconocido. Fue él quien mandó avisar al equipo de Trillo. El cabo hizo las presentaciones entre la nueva sargento y Benítez, hace años en la patrulla de Muxía y hoy en la Policía Judicial, y le recordó que había participado en el famoso operativo de la playa de Arnela.

—Vaya memoria tiene usted, Benítez —le soltó Traba—. Hacen falta más que dos buenos ojos para reconocer aquí a un fugitivo que se ha dejado ver tan poco.

—Tengo que reconocer que lo conocía demasiado bien, sargento —le respondió.

Al cabo Trillo se le atragantó la saliva mientras escuchaba a su compañero.

—¿Qué quiere decir? —siguió Traba.

—Tengo que reconocer que hace años me obsesioné un poco con él, sargento —contestó. Y Traba vio en el rostro de Benítez que no mostraba vestigios de duda al pronunciar cada una de esas palabras.

Habían desplazado el cadáver de Castijo desde el agua a la rampa que da acceso a la antigua vivienda del farero, un edificio más resistente que el tiempo sito en el centro del pequeño islote, muy de moda en los últimos años entre los lugareños, que se escapan con sus embarcaciones recreativas —desde chalanas a lanchas— hasta la pequeña playa de la Lobeira para alejarse y distinguirse del maremoto de turistas que inunda el resto de arenales. En breve, dicen, hasta la Lobeira se masificará y ya apenas quedarán restos de esa Galicia ignota que los visitantes acaban llamado Galifornia, una mezcla equivocada de California y Galicia, como si ese combinado fuera posible.

Traba se acercó al cadáver decidida.

—Un problema menos —expuso Trillo, que seguía sudando. No le había sentado nada bien ese viaje en barco.

La sargento negó con la cabeza con una leve caída de párpados, una reprimenda gestual al cabo: el problema no había hecho más que empezar. El cuerpo de Castijo de Dios había recibido varios tiros, de un primer vistazo concluyó que parecían descargados por la espalda, y una bala le había atravesado la cabeza. Una de las enseñanzas que se le habían grabado a Carla Traba desde su instrucción en la base de Baeza es que solo un tipo de persona disparaba a la cabeza: los asesinos con graves desórdenes mentales. La guardia empezó a hilar los últimos hechos: días después de la muerte del sargento Insua —el hombre que debía acabar con el reinado de Castijo y Mangana—, uno de los capos de la droga aparece tiroteado. Las casualidades, pensaba ella, solo existían en el amor; y ni siquiera eso, porque cuántas veces para encontrar el amor hay que buscarlo y después, para que funcione, trabajarlo. Ya lo había escrito su chilena favorita, la mágica Gabriela Mistral, pero con un poquito más de arte: «Dame la mano y danzaremos; dame la mano y me amarás».

La sargento había estudiado la ficha de Castijo antes de arribar a

la Lobeira con Soares y Trillo a su lado, para darle el contexto que necesitaba, primero en el despacho, luego en el barquito en el que se desplazaron hasta el islote.

«José Folgueiras, vecino de Muxía, nacido hace sesenta y un años, alias Castijo de Dios. En paradero desconocido». Su identificación se logró poco tiempo después tras la descarga interceptada en la playa de Arnela, según le había explicado el cabo Ramón Trillo, hacía siete años.

—Con los diez negritos encerrados, bueno, alguno era café con leche, se me ocurrió enseñarles unas fotos de camellos locales que ya acumulaban antecedentes, aunque no todos por posesión ni tráfico de drogas. De hecho, creo recordar que ninguna *oh* . Esos cabrones siempre se las apañaban para...

—Cabo, no se líe, por favor.

Otra vez lo interrumpía.

—Bueno, el caso es que una de las caras que enseñamos era la de Folgueiras y uno de los negros, espantado como si hubiese visto a su suegra revivida, lo señalaba una y otra vez y gritaba, según me dijo Insua, «Todo ha salido mal, me va a matar». Hablaba en francés.

—*Il va me tuer?!* —se interesó la sargento. Hablaban casi a gritos para hacerse escuchar por el sonido de la lancha, las olas y el mar.

«Otra espabilada con idiomas —pensó Trillo—. Al menos esta está buena».

—Sí, bueno, algo así. *Pois* este Folgueiras tenía un taller un poco clandestino en una aldea de Muxía. De estos que supuestamente no dan servicio pero siempre están abiertos. La primera vez que lo vi en persona fue en el Hospital de Cee, traía un brazo que daba *noxo* , medio carcomido por la gangrena, pensé que se lo rebanarían como a un *porco* .

—¿Cómo?

—Él no dijo nada, claro, pero lo que había pasado cantaba a que lo habían rajado y lo habían retenido para evitar que fuese atendido. ¿Por qué? A saber. Pero los médicos de Urgencias tuvieron que llamarnos por protocolo al advertir signos de violencia.

Traba lo miraba, pensativa, y arqueó las cejas girando la cabeza hacia la agente Soares.

—¿Y el incidente del que hablaba, Soares?

Contestó Trillo justo antes de que Soares abriese la boca. Si hablaba, no pensaba en el mareo.

—La rapaza lo pilló con una tranca monumental pasando el cruce de Berdeoias, en el que coges para Santiago o para Coruña, dependiendo adónde quieras ir, y, además de retirarle el carné porque

reventó el alcoholímetro, le cayó una buena multa por soltarle a Soares que no le costaba nada pegarle un par de tiros.

—Era un pobre diablo, nadie lo tomaba en serio —quiso añadir la agente Soares—. Llevaba guantes de cuero en la guantera, lo que era raro, sí, pero ni un arma. A saber cómo funcionaba esa *cabeciña* .

—¿Y dónde le perdimos la pista? —preguntó una vez más Traba.

—La última noticia que tuvimos de él —continuó Soares, ante el cansancio que ya exhibía el cabo Trillo en el barco. Se tuvo que sentar dentro del pequeño camarote para que el mar dejase de golpearle la cara— fue... pues hará... —Miró hacia Trillo, que se había tumbado y ocupado toda la habitación con su corpachón—. Lo del Escort, ¿no, cabo?

Este asintió y la agente continuó. Necesitaba la confirmación de su superior: Traba era su nueva jefa, pero la confianza se la debía a Trillo.

—Se vio envuelto en un tiroteo cuando salía de su taller y se cubrió detrás de un vehículo, un Ford Escort, matrícula BZ, que había aparcado en la entrada. El Escort parecía literalmente un colador; de hecho, cuando llegamos aún salía un poquito de gasoil por un agujero. No explotó de milagro. Ahí verdaderamente entendí por qué dicen que los Escort son tan duros. Más tarde se detuvo a uno de los sicarios que lo asaltaron, sudamericano, no me acuerdo de qué país. Apareció herido en un hombro en un hospital de la provincia de Pontevedra. Es decir, Castijo se había defendido, pero tampoco en esa ocasión hallamos ningún arma. En el interrogatorio se hizo el loco, repitiendo incoherencias sin ton ni son, como si estuviera en estado de *shock* , y nunca más volvimos a verle el pelo.

Tras acabar su explicación, la agente Soares recibió una llamada y Carla, con un gesto, le concedió permiso para cogerla mientras el cabo Trillo trataba de incorporarse con las manos entrecruzadas apoyadas en la barriga saliente.

La sargento asimilaba la información que le acababan de suministrar, apuntando con una letra de médico ideas clave en una libreta de tapa gruesa con motivos de barcos antiguos, mitad naufragados mitad a medio construir, y las hojas en blanco, ni cuadriculadas ni rayadas. Había estudiado Informática, adoraba los ordenadores, pero le encantaba, en las noches de insomnio, buscar el sueño entre las notas manuscritas de sus casos. Repasando lo que acababa de apuntar, vio que había rodeado dos palabras: «Identificación CASTIJO». Abrió de nuevo el expediente del narco y se quedó un buen rato mirando su fotografía.

—Esta no es una foto de prontuario.

Un ojo del cabo Ramón Trillo se abrió, cansado, como movido por el desprecio.

—*Que dis* , Carla.

—Cabo, ¿dónde se tomó esta fotografía de José Folgueiras?

Era una fotografía casual donde se veía a Castijo de Dios en la calle, con una cazadora acolchada negra con capucha, un polo a rayas blancas y azul oscuro, y su cara de hombre corriente. Pelo ni muy largo ni muy corto, con un bigote que no superaba la comisura de los labios y una perilla poco recortada.

—Ah —articuló el cabo—, es que a veces no se te entiende un carajo *oh* .

—¿Dónde es? —inquirió la sargento.

—En la salida de un restaurante de Sardiñeiro, aquí, al lado de Fisterra, es un pueblo que...

—Sí, cabo, ya sé dónde está Sardiñeiro.

—*Pois* es en un restaurante donde se come de puta madre, el Bar Adentro, cuando quieras te llevo allí.

—¿Y cómo disteis con él en el restaurante?

—La verdad es que después del tiroteo en el taller, a Soares le mosquearon bastante las evasivas de Castijo y tratamos de..., cómo dijo ella..., «de apretarle los huevos un poco».

La sargento Traba no entendía por qué al cabo había que sacarle las palabras como si se tratase de un detenido en un interrogatorio, le desesperaba. No comprendía la parsimonia con la que actuaba, una parsimonia que, creía, superaba con creces el tópico gallego. ¡Coño!, gritaba su cabeza, la investigación en la que lleva enfangado siete años acaba de dar un vuelco del demonio con el asesinato de uno de los narcotraficantes y ahí estaba, despatarrado en el camarote. Pero se contuvo, su padre ya le había hablado varias veces de él. Además, acababa de morir su amigo. Siguió preguntando.

—¿Y qué pasó? —dijo con el mismo tono con el que se le pregunta la lección a un niño por vigésima sexta vez.

—*Pois* ... —Al cabo se le ahogó la voz, iba a nombrar al antiguo sargento, y decidió hacerlo en presente—. Santiago y yo tenemos dos muy buenos amigos, Manel y Eligio, uno tiene un negocio de congelados y el otro de autoescuelas, y quisimos probar suerte.

—Continúe...

—*Xa von* , Carla, *xa von* . Dios santo, qué prisas. Te digo que por entonces Santiago ya estaba en Fisterra y él y Soares andaban muy obsesionados con el tema de las drogas.

La agente Soares volvió a atender a la conversación.

—El caso es que a Santiago se le ocurrió tirar de esos dos

empresarios con los que tenemos relación, Manel y Eligio, para ver si Folgueiras escondía algo. Les pedimos a esos dos cafres que quedaran con él, que se interesaran por su taller —el cabo había cogido carrerilla—, que le dijeran que buscaban un sitio barato pero seguro donde reparar sus coches y camiones, que le remarcasen lo de seguro, en plan para que hicieran notar que tenían mercancía que no podía ser descubierta.

—¿Y?

—Y nada. El tipo les siguió la corriente, se pidió una mariscada, bebió godello, licor café y tres cubatas de Beefeater con Coca-Cola, *agg* , hay estómagos hechos para todo —al cabo le dio una arcada—, y les dijo que su taller ya no funcionaba. A tomar por culo y nunca más lo vimos. Hasta hoy.

—Por cierto, cabo —apuntó Traba repasando su bloc de notas—. ¿Por qué había un camión de Manel en Arnela?

—*Pois* lo interrogó Santiago, para que no hubiese conflicto de intereses porque él y yo éramos íntimos, y quedó claro que se lo habían robado. *Aínda* que durante un tiempo yo mismo me ofrecí a hacerle un seguimiento, totalmente extraoficial, porque necesitaba estar seguro de que Manel no tenía implicación alguna. Y la verdad es que estaba limpio.

—Está bien.

—Carla —dijo Trillo tras medio minuto de silencio.

—Dígame, cabo.

—No me hables más hasta que esta puñetera lancha del demonio llegue a la Lobeira, por favor.

Y salió del camarote para vomitar.

El cuerpo de Castijo estaba desnudo.

Quien lo hubiese tirado al mar se había tomado la molestia de eliminar cualquier pista sobre su asesinato más allá de las evidentes. Blanco, el forense, lo examinaba como si estuviese en un museo observando un cuadro abstracto, uno de esos cuadros que nunca se sabe por dónde comenzar a mirarlo más allá del centro, pero en los que, aun así, se cree ver la motivación del artista. Si los trazos son vertiginosos, se habla de rabia, frustración, enfado; si son sutiles, de felicidad, bienestar, relajación; y si se trata de un par de tiros...

—Asesinato. Esto pinta mal —concluyó Blanco, serio y de cuclillas frente al cadáver, mientras guardaba una de sus herramientas en su bolsa de trabajo.

Traba lo miró, estupefacta, con los ojos aviesos. No podía creer que esas fueran las primeras palabras del especialista, pero no lo

conocía, así que no quería excederse con una respuesta mal medida que pudiera causarle al profesional una primera impresión de escasa empatía. En su carrera había aprendido que, inesperadamente según ella, la gente que trabajaba con muertos era tremendamente sensible, y más cuando se trata de su curro.

—Sí, no había mucha duda, ¿no?

—Usted debe de ser la nueva sargento, encantado —le respondió el forense con cierto retintín y levantándose para estrecharle la mano —. Quiero decir que, si usted se fijase mejor, sabría que estamos ante un asesinato cometido a sangre fría. Aunque necesito analizarlo con más calma, y ajustar el efecto que el mar ha podido provocarle al cuerpo, la víctima no parece presentar ningún tipo de rastro de forcejeo. No hubo pelea. Un tiro en la nuca primero y, una vez la víctima en el suelo, otro más en la cabeza y un tercer disparo en el tórax. Me recuerda a los cobardes de ETA. Este sujeto no se esperaba que lo matasen. Y, disculpe si me estoy precipitando, pero ya le voy diciendo que el hombre murió el mismo día que el sargento Santiago Insua.

7

Diario de Santiago Insua: Rapacollóns

18 de febrero

Ayer no supe cómo abordar a Ramón. Nos encontramos en el cuartel, antes de salir a cenar; él venía con un palillo entre los dientes, así que supuse que se habría tomado la última cerveza en el Barril, que suele acompañarse con pincho y da comienzo a su turno de trabajo. Le tocaba de noche, lo que significa que, si todo iba bien, saldría a las seis de la mañana. Cuando hace horario nocturno, se pasa durmiendo la mayor parte de las horas hasta que su compañero de guardia se cansa y le pide que lo cubra un rato. Como la noche había sido tranquila, eso quería decir que sobre las doce del mediodía volvería al Barril. Y allí lo esperé: tenía que aclararme por qué había ordenado que no se investigase la muerte de Cañón. Por qué no me había contado nada. Yo quería que me lo aclarara y, al tiempo, tenía miedo de que me lo aclarara. Somos amigos, y los amigos nunca queremos saber nuestras verdades, al menos no las que puedan acabar con la amistad.

Celia decía que la amistad no existe y, a veces, yo la creía. Solo a veces. Al final, los que hemos vivido tanto tiempo fuera de nuestra casa, o entre tantas casas, creemos saber lo que es la amistad, porque siempre tendremos la puerta abierta para quien quiera pasar. Quizá por necesidad. Ahora entiendo la amistad como una herida abierta, visible, como un corte largo en el medio de la palma de la mano. Así, cuando piensas que la estás alcanzando, que la estás consolidando y que siempre será tuya, que ya no podrá marchar, cierras el puño con mucha fuerza, para que no se vaya nunca más, para no dejarla escapar; pero, al apretar, el dolor de la herida es agudísimo y te obliga a abrir la mano de golpe, y sientes que la amistad se escapa, aunque siempre estará ahí, porque la herida no desaparece.

Ramón, con su distinguido compendio de taras, había conseguido cicatrizarme esa herida y ahora yo le iba a insinuar si tenía algo que ver con la muerte de un yonqui hijo de puta.

Le pedí a mamá que se quedara con Lara, que no me acordaba por qué narices hoy no tenía colegio. No le gustó mucho la idea. Y a mí,

ahora que la recuerdo, tampoco.

—*Non me dixestes que hoxe non traballabas* ? —me preguntó sin preguntarme—. *Pois cuida da túa filla, que xa se está criando sen nai como pa telo que faser tamén sen pai* . *

Nunca ha superado mi divorcio. Sabe lo que es ver crecer a un hijo sin ninguna compañía. A veces creo que se enfada conmigo porque no paso tiempo con Lara. Otras, que se enfada porque lo tiene que pasar ella. Un día la veo como el ser más generoso del planeta y otro como la madre más egoísta. Yo qué sé. Le dije que solo era un momento, me miró como solo miran las madres, y me fui temprano al Barril. Lara todavía dormía, tapada hasta arriba con su manta de dibujitos de Buzz Lightyear.

No había ni un borracho por la calle. ¿Cuándo fue la última vez que me cogí una melopea? Igual me venía bien perder el sentido. Paré en la farmacia de Marcial a comprar más gominolas de melatonina. Lo que más me gusta de este suplemento es el nombre, porque en verdad me las tomo como gominolas. No sirven para nada más que para entretenerme.

Antes de que Ramón hiciese su entrada rutinaria en el bar, saludando a gritos desde la puerta, se pasaron a tomar el café de la mañana Eligio y Manel. El café con unas gotas de licor, claro. Apenas nos saludamos con un gesto, nuestra relación nunca volvió a ser la misma desde aquello. Había también una mesa repleta. Debían de ser turistas, porque O Queixeiro entró por la puerta de atrás del bar con su ropa de agua empapada. No llovía ni una gota, pero siempre que hay clientes extranjeros, extranjeros del resto de España, coge un barreño de plástico, lo llena de marisco, se moja con la manguera que tiene en el patio trasero y entra en el restaurante como si acabase de pescar centollos, mejillones, percebes, un rodaballo o un jabalí. Todo junto. Todo fresco. Los turistas, ay, pican. La verdad es que ni ellos ni yo damos crédito.

Ramón llegó. Habían pasado horas desde el fin de su jornada pero todavía vestía el uniforme. Gritó algo que parecía un saludo hacia los paisanos y se sentó en una mesa de la entrada, la que tiene encima las nasas colgadas del techo y, en la pared, además de las moneditas que decoran todo el restaurante, hay un cuadro de los voluntarios de la época del Prestige. Aquello fue una desgracia. Todavía recuerdo las historias sobre las tres mareas: la marea negra, el fuel que tiznó y destruyó el paisaje y la fauna; la marea blanca, el ejército de voluntarios que viajó a Galicia en marabunta para limpiar el chapapote de las rocas; y los que mareaban, los cuatro tontos de siempre que tiraban sus redes y barcazas viejas al mar para después

solicitar subvenciones.

Saludé a Trillo desde la esquina.

—Coño, Santi, qué raro verte aquí a estas horas. ¿Ya *fuistes* a darle a la manivela al gimnasio? Como sigas poniéndote tan fuerte, al final hasta me voy a sentir mal yo por trabajar con tanto mimo este abdominal único.

Lo dijo mientras acariciaba su panza como si fuese la de una embarazada y, mientras tanto, pedía una cerveza al Queixeiro. Lo adoro. No sabía ni cómo empezar, así que no dudé: «Ramón, ¿qué mierda está pasando?». Y, al revés de lo que yo traía programado, no se hizo el tonto ni un momento. Se sentó en la silla de madera, todas las sillas le quedan pequeñas, y arrancó:

—Siento mucho lo de Cañón, *meu neno* . Pensé que nadie se fijaría *oh* , pero ya se tuvo que meter el espabilado de Blanco, ¿no?

—Necesito que me lo cuentes todo —le solté. Uso demasiado la palabra «todo», como si solucionase algo cuando no sirve para nada. Nada, monta tanto tanto monta.

—Pero ¿por qué carallo me miras tan serio? —me dijo. Y así seguimos:

—Ramón...

—Dios santo, Santiago, que ceno en tu casa todas las semanas, que nuestras hijas van juntas al colegio, que... ¿No estarás pensando que...?

—No estoy pensando nada. Solo quiero que me digas por qué hostias has parado la investigación de un asesinato. Es que no entiendo nada, puñetero cabeza vacía. Siete, siete años llevamos con esta mierda, ¡joder!

Ahí levanté un poco la voz, pero cerca solo estaba Manolo O Queixeiro detrás de la barra limpiando el mismo vaso de todos los días —«Tiene que parecer que estoy ocupado por si viene Maruxa», dice el desgraciado—. Ramón se puso muy nervioso, apoyó su codo izquierdo encima de la mesa, se tapó un poco la boca con la mano, como si fuésemos una pareja de futbolistas que en verdad no comentan la jugada que acaba de suceder en el campo, sino que están hablando de las cervezas de después, y empezó a largar uno de esos *speeches* con los que a veces sorprende tanto a la gente que no lo conoce, porque piensan que es un gañán sin nada dentro más allá que sus instintos primarios de dinosaurio de antes del meteorito, de los que ya debían estar extinguidos.

—Mira, *fillo* , me lo pidió una amiga, ¿entiendes? —y acompañó la palabra amiga de un gesto con los dedos que emulaba unas comillas, mientras miraba para todos los lados—. A ver, no es una

amiga *oh* , me la follo, Santi, que te lo tengo que contar todo, *carallo* . Resulta que esta A-MI-GA es familiar directa del puto yonqui ese, del Cañón, que ya ves tú la mierda que me importa a mí, pero resulta que me lo pidió por favor, que dijo que le iba a hacer mucho daño a su familia saber que lo habían asesinado y, total, no íbamos a averiguar nada, coño, no me costaba un carajo cumplirle el favor...

No quise saber quién era la amiga. Y tampoco me lo habría dicho. Era pensar en que había una mínima posibilidad de que se estuviese follando a mi psicóloga y me llevaban los demonios.

Yo sabía, en fin, que Ramón estaba muy quemado con el curro. Siete años son muchos para una misión en la que no se consigue ni un solo avance, pero alterar de esta manera una prueba tan, tan importante... Coño, que habían matado a un tipo. Hombre, sí, es cierto que era borralla, pero también un tipo, joder. Me imaginé a Maika la noche anterior, sin sujetador, tumbada en su cama y hablándome todavía de lo buena persona que era Cañón. Para no decir nada de lo que arrepentirme, aguanté callado mientras Ramón empezaba a beber. Me miró con cara de «Santi, dime algo» y le respondí:

—Joder, Ramón, esto es muy grave. —Y me suelta su «Bueno *oh* ». Que no pasaba nada, que se retomaba la investigación y listo, que total ya estaba pensando en dejarla, a la AMIGA, no a la investigación:

—Ahora mismo hablo con Soares y Alvariñas, que estarán encantadas de retomar el caso. —Y se quedó tan pancho.

Tengo grabada mi respuesta, que como siempre acabó con un «yo me ocuparé»:

—No es así, Ramón, hostia, que parezco Blanco. Las cosas no se pueden hacer como nos sale de los cojones porque después pasa lo que pasa. En fin, yo me ocuparé.

Y me dio una de sus caricias en los hombros que casi me desencuaderna.

Debo reconocer que el tipo no estaba muy preocupado, así que, por lo menos, deseché mis peores presagios: que Ramón estuviera metido de alguna forma en el asesinato del mierdas ese. Hay que admitir que la coartada que me soltó, pese a que era un poco rebuscada y superficial a la vez, cabía dentro de lo que esperar de él. Si no, ¿por qué iba a parar un tiempo la investigación y retomarla días después?

En fin, tomamos un par de aperitivos. Y nos reímos.

Cuando volvía a casa deambulando por la recta de la Anchoa, mucho más tarde de lo que esperaba, mucho más tarde de lo que había prometido, me encontré a mamá y a Lara disfrazada de...

—De *meiga* , papá. Me hizo el disfraz abuela.

Estaba muy bien hecho. Un rato antes, me envió un mensaje Celia preguntando por la niña. «Dice mamá qué tal estás, enana». Tienen ganas de verse. No hemos podido organizar el viaje a Barcelona para que abrazase a su madre porque yo no podía ir y no me gusta mandar a la niña sola en avión. No se ven desde Navidad. Y tienen que verse.

La abuela ni me habló y siguió andando para delante con su ropa negra, sus zapatos gruesos y su moño gris bien amarrado a la cabeza. Creo que tiene celos por todo lo que sigo haciendo por Celia. Es increíble. Un día le dije que no era ni la mitad de todo lo que he hecho por ella y me soltó una hostia que retumbó en Coristanco. Cogí a Lara por el *colo* y nos fuimos para casa, a una distancia prudencial de mamá, para que no me abrasara con su mala hostia, mientras Lara me describía los disfraces que había visto en el centro:

—El que más me gustó fue el de Olaf, papá.

—¿Cómo? ¿Había alguien disfrazado de Oficina Europea de Lucha contra el Fraude?

¿Le contesté eso? Sí, era un chiste tan malo que casi ni pillaba yo mismo.

—Qué dices, papá. Estás loquito. Olaf, el muñeco de nieve.

Me reí y le di un beso en la frente. Me estoy dando cuenta de que el día no ha ido tan mal. Hoy, cien por cien, voy a dormir.

Sí, era Carnaval y se celebraron los concursos de comparsas, que en los últimos años han cosechado mucho glamur en Fisterra. Vienen asociaciones de la comarca entera a participar, porque los primeros premios suman quince mil euros. Este año ganaron los Rapacollóns, me contó mamá cuando le pillamos el paso y dejó de hacerse la enfadada. Rapacollóns es un club deportivo poblado de adolescentes que no tiene piedad con nadie que colocan en su diana. Cuando el alcalde estuvo inmerso en la Operación Orquesta, de la que salió no culpable, que no es lo mismo que inocente, representaron una escena en la que se lo veía contratando a la orquesta más famosa de toda Galicia para las fiestas del Cristo, diciéndoles que no tenía dinero para pagarles, mientras detrás de él unos obreros simulaban que le construían la mansión en la que vive en lo alto de Fisterra, con vistas a Mar de Fóra. «Antes muertos que chorizos», se leía en las camisetas, parafraseando el «Antes mortos que escravos» de Castelao.

No voto a ningún partido desde que soy mayor de edad. No tiene nada que ver con la indignación, con la rebelión adolescente, bla, bla, bla. Simplemente me da igual, porque todo seguirá funcionando. Igual de bien e igual de mal.

Rapacollóns escogió otra vez a la Guardia Civil para burlarse de nuestro trabajo, pero en esta ocasión creo que se coronaron. En su

representación, que me contó Maika mientras tomábamos una copa después de acostar a Lara, emularon aquella descarga en Arnela que se hizo tan famosa.

Los narcos llegaban a la playa dentro de una zódiak de los colores de la Benemérita. Y mientras bajaban a la arena, cantaban, al estilo de un tal Antonio José: «Yo te traigo fardos de abril, / cortaditos vienen, / para que veas colores». Después, llegábamos nosotros a Arnela, tropezándonos y rodando por el suelo y, una vez recuperábamos la verticalidad, en lugar de detenerlos les respondíamos a ritmo de reguetón de Cali y el Dandee: «Yo te ayudaré, / nos sentaremos juntos frente al mar / y de tu mano podrás descargar». El chimpún, el cénit, el éxtasis de la obra se produjo cuando a uno de los narcos, despistado, se le caía un fardo y un agente le llamaba la atención: «Hombre, por favor, que me ensucia usted la playa, buen ciudadano. Yo se lo subo, caballero». Y acababa en algo así:

—Pero si tienen muchas maletas más, qué se van ¿de crucero?

—Sí, muchas gracias, señor agente. Pero no vayan tan rápido, tenemos que ganar un poco de tiempo, que vienen ahora unos compañeros. Llegan tarde y traen más maletas.

—Sin problema, ¡ciudadanos de bien! Déjenme que los ayude. Todo por la patria.

Y se pusieron a ayudarlos.

Se pusieron a ayudarlos... para ganar tiempo. ¿Y si...?

JODER.

8

Pirófita

El eucalipto es una especie de árbol que se ha extendido por Galicia de manera imparable en las últimas décadas. Bueno, no se ha extendido él solo, lo han plantado. Hoy abarca más de 425.000 hectáreas de monte en la comunidad, cuando las estimaciones de la Consejería de Medio Rural para dentro de diez años situaban su ocupación en torno a las 245.000 hectáreas; es decir, se ha superado casi la mitad de las previsiones con una década de antelación. Como todo lo que no importa en esta vida, la siembra extensiva del eucalipto acumula tantos defensores como detractores. La crítica se centra sobre todo en que su expansión desplaza las plantaciones de árboles autóctonos. Los eucaliptos crecen más rápido que los carballos o los pinos y, por tanto, se pueden talar mucho antes y así los empresarios —y también multitud de particulares que han decidido dedicar sus pequeñas fincas al plantío— venden la madera cortada que, aunque es de fibra torcida, sirve para la construcción y la carretería.

También dicen que los eucaliptos ayudan a propagar los incendios.

Lo cierto es que es un árbol que produce más material en el sotobosque que otras especies y si las plantaciones no se limpian, si no se cuidan, si no se desbroza, esa vegetación contribuye a la expansión de los fuegos porque se quema a un ritmo veloz. De igual manera sus copas tan altas, que en España se dejan crecer hasta los veinte metros (pueden llegar a los cien), convierten sus hojas en una especie de cerillas volantes que, con las condiciones adecuadas —treinta grados de temperatura, una humedad relativa menor del treinta por ciento y la velocidad del viento superior a treinta kilómetros por hora—, pueden recorrer kilómetros encendidas y originar nuevos fuegos a distancias de otra manera improbables. Pero es incoherente decir que al eucalipto le viene bien el fuego: ¿para qué le vendría bien el fuego a un árbol? Dicen los ingenieros de Montes que la gente se confunde porque el eucalipto es una especie pirófita, un término que en multitud de ocasiones se tergiversa, se le da la vuelta, se manipula. Como si pirófita significase pirómana. Que una planta sea pirófita quiere decir que está adaptada a sobrevivir después del fuego. Y

algunas, como el eucalipto, incluso pueden rebrotar desde sus propias cenizas.

Esa tarde, la calor y la humedad no eran agobiantes, pero la sargento Carla Traba se ahogaba. Sacó su inhalador del bolsillo del cortaviento Nike violeta que le había regalado su padre y le pegó dos chupadas, dos inspiraciones profundas de corticoesteroides que le abrieron los pulmones y le oxigenaron las ideas.

Hay tardes de primavera que el bochorno en el ambiente no es consecuencia de un elemento atmosférico, sino que lo produce uno con sus propios pensamientos, que anudan una soga al cuello con delicadeza, ajustándola cada segundo unos centímetros más. Y Traba no se sacaba de la cabeza las mismas preguntas, una y otra vez.

La culpa del sofocamiento, además de las carpetas que la esperaban amontonadas en la mesa de su despacho, se la atribuía a una novela que había leído en sus escasos ratitos libres. Estaba ambientada en la región de Aquitania, en la Francia del siglo XII , y desnudaba de una forma sórdida y quebradiza la esencia del ser humano, eso tan terrenal y que tantas veces se ha excusado en los designios divinos: amor, poder, traiciones. Guerra.

Su memoria peleaba una vez más con el final de esa dichosa página que había subrayado y marcado con un pósit de color azul. El azul lo usaba para destacar las ideas que le parecían luminosas. El extracto empezaba así: «Ante un suceso improbable, inesperado e incomprensible, pregúntate: ¿a quién favorece?».

Lo que pasaba no tenía sentido.

Que Santiago Insua muriese, ¿a quién favorecía? ¿A quién favorecía que muriese un sargento de la Guardia Civil? No, mejor dicho, ¿a quién favorecía, tras siete años sin lograr ni un solo avance de relevancia en su investigación contra el narcotráfico, que Insua se hubiese suicidado? El suicidio, pensaba Traba, era una hipótesis cada vez más improbable, por mucho que así se hubiese dictado. ¿Y si al fin descubrió una pista sobre la trama y se hizo obligatorio darle pasaporte de manera encubierta? Existían muchos métodos para simular suicidios que escapaban hasta a las técnicas de los forenses más avezados.

Y seguía con las preguntas. Improbable, incompresible e inesperado.

Que Castijo de Dios apareciese tiroteado en un islote había sido inesperado. Tras la muerte del sargento, el capo se había desecho de su principal perseguidor. ¿A quién favorecía que hubiese emergido de entre los peces? ¿A su competencia criminal? ¿Acaso no formaban los llamados novísimos parte de la misma sociedad? Pero, sobre todo, le

perturbaba una pregunta: ¿cómo vincular el asesinato del narcotraficante con la desaparición de Insua?

Aquello era incomprensible.

En resumen, el asesino o los asesinos se habían cargado a dos hombres que maniqueamente estaban enfrentados en el cosmos, ese cosmos geométrico, implacable, que no hace distinciones entre el bien y el mal, la ley y el crimen, la víctima y el verdugo. Aunque, bien pensado, el sargento y el capo también eran dos hombres que se necesitaban. Sin uno quizá no existiría el otro. Sin el capo no haría falta el sargento, y si no hubiese sargento, seguramente no habría multitud de capos. Quizá esto último no tenía sentido, pero la pregunta se reducía a eso, a una cuestión tan sencilla de formular como tan compleja de responder: ¿a quién favorecía la desaparición del orden y del caos? ¿Quién poseía el poder, la influencia y la urgencia de erradicar de la ecuación una relación parasitaria que existe desde el principio del universo?

La asaltaban rostros. Y muchas nubes.

Traba paró a mitad de carrera, antes de llegar al Faro C, en la recta irregular donde varios aficionados a la pesca suelen arrimar el coche contra un terraplén para bajar a las rocas por la ladera y tirar allí la caña. Paró, apoyó las manos en las rodillas y el sudor comenzó a gotearle desde la cabeza hasta el suelo como si fuese una fuente. Dio media vuelta con el sol todavía colándose entre las hojas persistentes y olorosas de los eucaliptos con los que se repobló casi toda la zona después del último gran incendio, del que hacía ya unas décadas.

Tras confirmar el laboratorio que el cadáver de la Lobeira era el de José Folgueiras, alias Castijo de Dios, la sargento había comido con su padre en la terraza de casa, en el patio delantero donde está ese jardín pequeñito que se esconde de la carretera general. Es un remanso en el que se escuchan los coches pasar pero no se ven, porque los tapa un muro de piedra granítica, una verja gris marengo y dos palmeras tan crecidas que sus ramas ya chocan con los cables de los postes de la luz. No es la primera vez que, cuando hay temporal, el alumbrado falla, porque las ramas hacen sufrir a alguna conexión con su peso y tamaño, y el padre de Traba acude al ayuntamiento de Corcubión a pedir ayuda para que las poden. Siempre tiene que volver al día siguiente.

—Tanta muerte, *filla* , ¿no tienes miedo?

—Pa, como dices tú, los muertos ya están muertos, no van a hacernos nada.

—Los muertos no, pero los muertos dejan vivos. Y esos son los más peligrosos. No se habla de otra cosa. Hasta ha venido la prensa a

preguntarme cosas al kiosco, como si yo fuera un policía —sonrió—. Dime, ¿crees que *os mortos* están relacionados?

—Pa, ya sabes que...

—Sí, sí, solo digo que es mucha coincidencia —se esforzó en decir. Sabía que su hija nunca hablaba de sus casos con él. Decía que porque no podía, que no lo permitía no sabía qué norma interna, pero la única razón verdadera era que no quería preocuparlo de más—. Quizá el pobre de Santiago Insua no estaba tan perdido como parecía en su investigación —insistió—. ¿Por qué no vas a hablar con su madre? Los padres sabemos siempre mucho más de lo que hablamos.

Y se rio otro poquillo.

—Pa, no sigas...

Pero claro que siguió. Y a Carla le producía ternura. En el fondo, simplemente le estaba suplicando que se cuidara, que vigilase sus espaldas, que permaneciese atenta. Alerta.

Tras dejar en el aire reposando otra de tantas de sus frases irónicamente inocentes, de esas que señalan al culpable sin querer señalarlo, el padre de Carla Traba se levantó de la mesa de madera en la que comían. Se notaba que estaba recién barnizada porque, aunque se mostraba vieja, el color era intenso. El hombre se acercó al manzano más cercano y cogió dos reinetas para el postre, grandotas y achatadas. No es que estuvieran en la época de esplendor de las manzanas, que llegaría al final del verano, casi en el otoño, pero ya olían riquísimas.

—Lo que no entiendo*, filla* , es que, con el caso que tienes, no os ayuden más.

—Pero que no te preocupes, pa, somos suficientes. Ya sabes que nunca estamos sobrados de medios y que por eso se alargan las investigaciones. Pero cerraremos este, te lo prometo —le dijo mientras se levantaba para echarle una mano y que volviera a la mesa, ofreciéndole su brazo para que se cogiera de ganchete. ¡Como si una promesa valiese de algo!

Hoy su padre había trabajado en la huerta, intentando cuidar los pimientos con un mimo excesivo, porque la última vez no le habían salido muy buenos, y estaba extremadamente cansado. Pero sacó fuerzas para una penúltima pregunta. Siempre las tenía, las fuerzas y las preguntas.

—Oyes, *filla* , qué te iba a decir... ¿No sería bueno que te fueras a vivir sola? Desde lo de Martín no has vuelto a...

Y bum.

La pregunta había cogido por sorpresa a Carla y su cabeza ya había pasado de Aquitania a la maternidad, mientras dejaba atrás el

castillo del Cardenal corriendo a buen ritmo. Hacía tiempo que su padre no le insistía en algo que no le corregía el humor: tener hijos. Y, por supuesto, para ello antes debía independizarse, para así poder conocer a alguien, para después enamorarse, para después casarse, desde luego, para así poder formar una familia, para así... Sabía que su padre era un hombre de bondad, de candor, pero también de desconcierto. Abierto de mente hasta la médula, descreído de cualquier religión, ¿por qué se obsesionaba con la descendencia? ¿Por qué convertía a su hija, una mujer solitaria y joven, en sospechosa? ¿En sospechosa de qué?

Traba trató de serenarse, de extinguir su incendio interior.

De centrarse.

De seguir corriendo.

Su padre llamaba a la muerte cada vez más alto, cada vez escuchaba más sus gritos. La preocupación desmesurada por el trabajo, la insistencia en disfrutar del tiempo libre, la obstinación por un nieto. Muerta su mujer, había dedicado los primeros meses del luto a preparar una habitación para cuando su nieto o nieta que no existía fuese a visitarlo. «Era lo que quería tu madre». Lo repetía como si ella fuese una antigua monarca de los Borbones y el reino clamase por un heredero. Y así había intentado recuperarse de su muerte, manteniendo viva una ilusión que no era la de él, sino de quien lo había ilusionado toda su vida.

Pero qué empeño tan estúpido, se repetía Carla, si a su padre nunca le habían gustado los críos. Incluso así, mucho más allá de las no razones de su padre, de su empoderamiento, de sus valores feministas, de su libertad para poder elegir, pensar en hijos le provocaba una angustia tremenda, existencial. Y de existencia: si no daba a luz a un niño o a una niña, ¿qué futuro quedaba para su apellido? Era el dichoso fin de raza, como la familia de los Panero. Y eso le hacía sufrir. Pero ¿qué decía el poeta en aquel documental?: «He comprobado que la gente que sufre no tiene por qué ser buena, generalmente son más malos que la quina». Su padre sufría. Pero sí que era buena gente. Ella era hija única y eso la había obligado a sopesar en alguna ocasión que, quizá, estaba obligada por algún tipo de mandato social y también extraterrestre a dar otro Traba al mundo, a proteger el legado familiar. Demasiado pensamiento envenenado para tan poca carrera por Corcubión, tanto que ni se había dado cuenta de que se encontraba de vuelta en la playa de Quenxe y, en lo alto de la terraza del Fogata, la esperaba Andrés.

—¡Vaya día, sargento! —le gritó asomándose a la barandilla—. Creo que hoy te vendría bien una caña, ¿no?

Y vaya si le vendría bien.

—Hoy me has pillado de buen humor —mintió. Pero esa era la intención, buscar el buen humor.

Se soltó la coleta, fue al baño a empaparse la cara con un poco de agua dulce y salió a la terraza del Fogata. Desde que lo renovaron, hacía ya varios meses, parecía un restaurante de esos pitiminíes que cobran diez euros por un pan que ni siquiera has pedido. Siempre está hasta arriba de clientes porque las vistas desde esa terraza de ensueño que solo mira a la ría atrapaban a los turistas hasta que el sol se pone y quema el cielo como si el astro rey derramase lava sobre las nubes.

Andrés es sumamente atractivo. Ni muy alto, ni muy bajo, no llega la altura de Carla Traba; con una barba cuidada a tramos: un afeitado apurado rodeando la nuez marcada al que siguen diferentes grados de largo hasta formar una perilla y un bigote compactos; es una barba negra azabache, aunque en las mejillas le brotan dos islotes rojizos. Moreno, con un pelo casi ondulado que le cubre las orejas, exhibe unos ojos cristalinos, azul *mentireiro* , que versa la canción, engatusadores.

Sin saber muy bien cuánto tenía que ver la charla con su padre con lo que iba a suceder, Carla Traba se acomodó en una mesita.

—¿Siempre acosas así a las mujeres? —le soltó al chico, que, pese al envite, reaccionó con naturalidad. Y pidió una cerveza Estrella Galicia.

—No creo que una sargento de la Guardia Civil hubiese subido hasta aquí si la estuvieran acosando.

—Bueno, mi trabajo es calibrar si hay peligro o no para la sociedad.

—Pues descanse, sargento, ¡que soy totalmente inofensivo!

Y ambos rieron.

Comenzaron hablando del cuerpo de Castijo. Toda la Costa da Morte se había enterado de que había aparecido en la Lobeira porque, aunque todavía no se había publicado en los periódicos, las lanchas de la Guardia Civil están atracadas en el puerto de Corcubión, así que el cadáver alcanzó tierra por donde el club de vela, en el puerto deportivo. Tras los trámites obligatorios, Traba había ordenado al cabo Ramón Trillo y a Soares que se fueran a descansar: «Mañana comenzaréis a trabajar como nunca hasta ahora lo habéis hecho», les había advertido tras firmar el último papel de las diligencias obligatorias. No era soberbia, solo era la verdad. Aunque no se lo habían tomado muy bien.

Al percatarse Andrés de que la conversación ya no era del agrado de la sargento, cambió el paso.

—Así que tu padre es el del kiosco.

—¿Cómo lo sabes? —respondió Carla un poco contrariada. No le gustaban los que sabían cosas de ella que ella misma no hubiese contado. «Defecto del animal», solía decir.

—Me lo dijo él cuando fui a comprarle una revista esta mañana.

—Pues ya le tuviste que estar hablando durante un buen rato, porque no suele contar nada.

—Lo estuve acosando también.

Dos veces la misma broma. Andrés perdía puntos.

—¿Y eres de aquí, Andrés?

—No, qué va, pero vivo aquí muchos meses del año. Compré una casa un verano que vine de vacaciones.

—Qué bueno. ¿Y a qué te dedicas?

—Por Dios, sargento, pero ¿qué es esto, un interrogatorio?

—Perdona, perdona...

—¡Quizá en la segunda cita!

Y Carla Traba se sonrojó.

Siguieron un buen rato simulando un interrogatorio pacífico solo con polis buenos en el que Traba cada vez se sentía más cómoda y Andrés respondía con cierta gracia y con muchas sonrisas. Cuánta falta le hacía eso a Traba, pero el día todavía no había dicho sus últimas palabras.

Una nube de humo se había levantado por la zona del hotel El Hórreo, en la entrada de Corcubión que linda con Cee. Hacía muchos años, ese hotel había sido el símbolo del progreso por antonomasia: capital extranjero para su construcción y puesta en marcha, grandes eventos empresariales, bodas de matrimonios de hasta cien kilómetros a la redonda se celebraban allí, convenciones internacionales, charlas sobre *coaching* ... El Hórreo era sinónimo de glamur, de pasta, de nivel. De Gucci, de Chanel, de cocineros con estrellas Michelin. Hoy perecía derruido por el abandono y cubierto de musgo hasta su torre más alta. No daba ni para montar un mercadillo.

Traba se desplazó por un automatismo profesional hasta el lugar, pero no sin despedirse amistosamente de Andrés, que para algo el chaval había logrado atravesar una barrera que pocos habían tumbado con tanto cariño en los últimos años. Una vez alcanzado el origen del suceso, la sargento calibró que el humo era más escandaloso que peligroso el fuego.

En la Rúa de San Antonio, donde está situado el puesto de la Guardia Civil de Corcubión, un vecino se recolocaba una gorra naranja con publicidad del Bonsái, el que fuera uno de los *pubs* más emblemáticos del ocio nocturno de la zona. No hacía tantos años que

en el pueblo fronterizo de Cee se acumulaban cada sábado miles y miles de verbeneros en busca de fiesta, música, alcohol, sexo, drogas y peleas. El botellón previo a los *pubs* se celebraba en la explanada del mercado municipal, donde cada domingo amanecían paquetes de pipas Facundo vacíos, botellas de destilados a medio beber, cristales y algún charco de sangre. Delegaciones de gañanes de municipios vecinos, desde Camariñas a Fisterra, pasando por Santa Comba y Muxía, se citaban en la puerta de la Slava —la única discoteca que allí se levantó— con bates de madera, barras de aluminio y cadenas para empantanar cada fin de semana de salidas nocturnas. Ahora de aquella movida solo resisten dos locales, cuatro borrachos y una nostalgia conmovedora. Aquello había sido una mierda, pero había sido su mierda.

Carla miraba para el paisano de la gorra con publicidad del Bonsái. Tenía unos setenta años y se secaba el sudor de la frente con un pañuelo sucio y cara de alivio. Había quemado en su finca los restos de un limonero podrecido por la peste y, al levantarse un poco de viento, las chiribitas, las pavesas, habían alcanzado el monte, donde dan la bienvenida los eucaliptos. En Galicia existe un uso tradicional del fuego, no solo para eliminar residuos agrícolas, como pueden ser los restos de una vendimia, o forestales, los restos de una tala de pinos, sino para deshacerse de matorrales y demás vegetación que invade los caminos o abraza las casas. Y las negligencias producidas por estas prácticas constituyen, datos en mano, el principal motivo de los incendios en la comunidad: representan el 34,36 por ciento de los fuegos intencionados.

El propio vecino, al que le caería una buena multa por realizar la quema sin permiso, había ayudado a sofocar el pequeño fuego con el trabajo de dos agentes que se encontraban en ese momento en el cuartel, sito al final de la misma calle. Era un edificio feísimo de cuatro alturas. Traba se presentó. Era innecesario, porque qué guardia civil no se había enterado de su llegada y del terremoto que la había acompañado. Sin saber muy bien por qué, como si respondiera a un presentimiento, comenzó a exponer las impresiones de las muertes del sargento Insua y de Castijo de Dios a esos compañeros.

—¿Ustedes conocían al sargento Insua? —preguntó.

—Claro —respondió uno, escueto, el más delgado, mientras recogía el hacha del suelo con la que había talado el único eucalipto que no se aguantaba ya en pie y que obstruía visiblemente el camino.

—Al principio no tenía dudas de que se hubiera suicidado, pero ahora... ahora... —Y Traba calló, había hablado de más.

—Sargento —se adelantó el otro agente ante el silencio de Carla

—. Puede confiar en nosotros. De hecho, colaborábamos con Trillo e Insua en los últimos meses. Hacía tiempo que por propia voluntad habíamos hecho nuestras pesquisas en la Operación Arnela. Poco antes de la muerte de Insua habíamos preparado conjuntamente una pequeña intervención. Estábamos convencidos de que habíamos encontrado algo gordo.

Y Traba recordó al instante por qué los conocía. Decidió volver a ser ella, a recuperar el tiento:

—¿Una intervención?

—Sargento, ¿por qué duda de que Insua se suicidara o muriese a causa de un accidente? Parece evidente. Y se han encargado de la investigación sus propios compañeros. Incluso las razones que se han expuesto, con informe psicológico incluido. Estaba consumido. Según su psicóloga, había manifestado en varias ocasiones la intención de quitarse la vida.

Si Traba quería información de ellos, debía compartir.

—Simplemente, es que la muerte de Castijo ha despertado miles de teorías, agente —les explicó mientras tocaba un tronco de eucalipto carbonizado—. El informe forense sitúa su asesinato en el mismo día y mismas horas que la muerte de Insua.

—Comprendo —dijo mientras se abrochaba el primer botón del polo verde del uniforme—. Así que usted considera que ambas muertes podrían estar vinculadas. ¿Y por qué? —quiso saber—. No le veo el sentido, así, de primeras.

—Eso es lo que todavía se me escapa. Las teorías que manejo son peregrinas, salpicarían a mucha gente y no puedo compartirlas si no tengo ni una mísera prueba.

Traba sabía que no estaba hablando con dos cualquieras. Recordó que el mando de la Operación Arnela le había advertido de que en Corcubión, externos al equipo de Insua, había unos guardias que con su beneplácito habían realizado buenos servicios por su cuenta, que trabajaban bien. Cosas menores, pero bien. Incluso ponían sus coches particulares (la Guardia Civil les había denegado uno camuflado) y horas de su tiempo libre. Ya habían detenido a cuatro o cinco camellitos de la zona.

—¿Cuál es esa operación que tenían preparada? —quiso saber Traba ahora, dirigiéndose a ellos con la autoridad inherente a su rango. Los agentes comprendieron al instante que era momento de cuadrarse.

—Un registro a la casa del Charcutero, sargento, un chorizo de Fisterra de toda la vida. Y perdone por el chiste malo, así lo solía presentar el sargento Insua, que era muy dado a estas ocurrencias que

resultan graciosas de lo horribles que son. En fin..., empezamos a andar detrás del Charcutero porque una vez, en una pequeña redada que tuvimos que hacer en el Parchís, lo encontramos en un reservado poniéndose fino, hasta atrás, casi con los pantalones bajados y presumiendo de que Mangana era su hermano. Mangana sabe quién es, ¿no? El otro capo de la droga con Castijo. —Traba asintió—. Evidentemente —continuó el agente—, el chorizo estaba demasiado colocado. La verdad, mi sargento, es que ya lo teníamos todo atado de puta madre para entrarle en la casa. Presentamos varias denuncias administrativas contra yonquis que habíamos visto salir de casa del Charcutero porque los habíamos pillado con droga, y la jueza de Corcubión, que es bastante escrupulosa y nunca hace la vista gorda, nos había dado luz verde para entrar en su casa. El plan lo habíamos pergeñado con Insua, Trillo y Benítez, un antiguo compañero de la patrulla de Muxía que ahora está en la Judicial.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué no se llevó a cabo?

—No lo sabemos —siempre respondía el mismo guardia—. Supuse, la verdad, que usted estaría al corriente y que habría decidido esperar.

Pero el cabo Ramón Trillo no le había dicho nada. ¿De qué le sonaba Benítez? ¿De la descarga en Arnela que dio inicio a la operación? ¿No es el guardia que había avisado a Trillo y a Insua de que había luces en la playa? El mismo que había identificado el cadáver de Castijo en la Lobeira.

Traba se volvió a atar la coleta y permaneció unos segundos mirando los efectos que había causado el pequeño incendio. Los árboles apenas se habían quemado y el muro medianero, que a su vez constituía la pared del cubierto de un vecino, se había tiznado de negro, estaba *acarbonado* . Nada que no arreglase una capa de pintura, eso sí. Los pocos eucaliptos que se habían chamuscado miraban a la mujer desde arriba con cierta altivez.

—Agente —quiso saber Traba—, y estos eucaliptos, así de quemados, ¿hay que talarlos?

Respondió el delgado, el que había empuñado el hacha.

—Seguramente no haga falta, mi sargento, el eucalipto es una especie pirófita. Si no se quema mucho, sabe adaptarse para sobrevivir después del fuego.

Y ahí estaban las claves. De la vida y, por qué no, también del caso.

Sobrevivir.

Adaptarse.

Después del fuego.

—Tengo un plan.

9

El Charcutero

—¡Abra la puerta! ¡Último aviso! ¡Vamos a entrar!

La Guardia Civil naufraga en Fisterra

A las 22:05 de la noche de hace dos días, un despliegue contundente de la Guardia Civil realizó una operación de registro por posible tráfico de estupefacientes en un domicilio de Fisterra. El operativo, dirigido por el área de investigación del municipio, contó con la presencia de una patrulla del puesto de Corcubión, el apoyo de una unidad de los Grupos de Reserva y Seguridad (GRS) y una pareja de la Policía Judicial.

Según ha podido saber este periódico, casi veinte uniformados se presentaron en la casa en cuestión y, tras anunciar su llegada de manera insistente al inquilino de la vivienda, se procedió al derribo de la puerta principal mediante un ariete. En el interior de la casa, en el salón, encontraron al que sería el único detenido tumbado en el sofá viendo en el televisor, con el volumen a setenta, una repetición de un partido de fútbol entre el Deportivo de la Coruña y el Valencia. «*Non os oín, carallo, qui están disindo que non xoga Donato* », * fue la respuesta que, según fuentes policiales, les dio el detenido una vez esposado.

Tras realizar el pertinente registro, no se hallaron evidencias que relacionaran al arrestado, J. T. L., con el tráfico de estupefacientes. Pese a ello, este periódico ha podido saber que J. T. L. cuenta con varios antecedentes por cargos menores y se creía que podía formar parte de una red minorista de narcotráfico. De hecho, este tipo de operaciones policiales suele realizarse tras presentar en el juzgado pertinente pruebas casi irrefutables de la comisión de un delito. La jueza de Corcubión telefoneó personalmente a...

La operación del Charcutero había fracasado. Y eso que se había dispuesto el tablero con la meticulosidad de un ebanista. Se decidió, por ejemplo, que el día del registro fuera entre semana, y la hora, ya entrada la noche, para asegurarse así de que el camello, que solía madrugar para trabajar en su charcutería, estaría en casa. Él solo atendía en la tienda cuando necesitaba efectivo, y no le debían de ir bien las cosas porque llevaba varias jornadas laborales detrás del mostrador de su local de paredes blancas en la calle del Ayuntamiento

de Fisterra. Se sabía porque la patrulla de Corcubión había retomado su seguimiento un par de días antes por orden de la sargento Carla Traba. Se había dictaminado que solo ellos, el grupo de la Operación Arnela, el mando y el resto de agentes del puesto de Fisterra, estuvieran al tanto de la intervención. Que no se comunicase ni palabra sobre el objetivo a los GRS ni a la Policía Judicial, que estos se limitarían a ofrecer apoyo. Había que darle a la jueza el convencimiento, la confianza absoluta de que nada iba a fallar. La ejecución de la maniobra estaba tan a favor del éxito como aquel penalti que decidió el campeón de la liga de fútbol profesional española en 1994. Entonces, el serbio Miroslav Djukić asumió la responsabilidad de lanzar la pena máxima ante la ausencia de Donato, que era el lanzador habitual. El condicional gol le daría la victoria y el título de liga a su equipo, el Deportivo de La Coruña, por primera vez en su historia. Pero la única historia que se acabó escribiendo es más que sabida: el Dépor empató ante el Valencia sin goles, se dice que Djukić falló el penalti y que el error le regaló la liga al Fútbol Club Barcelona, que para ganarla necesitaba que los gallegos no sumaran tres puntos. Sin embargo, poco se habla de que no solo Djukić falló el penalti: también se lo paró el guipuzcoano José Luis González. Lo que demuestra que hay consecuencias que dependen de la voluntad de uno, pero no todas, porque en el mundo trabajan otras muchas voluntades más allá de la de uno mismo.

Carla Traba entró en su despacho abriendo la puerta con un movimiento seco que hizo tambalear su acristalado. La respiración del cabo Ramón Trillo, apoyado en una estantería de cinco niveles de aluminio y polipropileno azul, cargada de paquetes sin abrir, y las miradas de las agentes Soares y Alvariñas, que la esperaban allí por orden directa suya, eran el único rumor que en ese instante se imponía al silencio que cargaba un ambiente de error, de otro error, del enésimo error, que a la vez implicaba una nueva oportunidad perdida, más palos de ciego. Pero esa vez también aparecía de fondo cierta sospecha de engaño, de traición.

La sargento Traba había reunido a su equipo tras dejar en libertad sin cargos al Charcutero, que no había tenido que soportar el castigo menor de aguantar una noche en el calabozo porque no se había encontrado nada contra él que lo incriminase, ni en el más insignificante de los delitos. Sobre las cinco de la madrugada, el chorizo estaba de vuelta en su chéster, el típico sofá acolchado con los brazos curvados y un respaldo bajo a la misma altura, viendo el partido repetido: «Voy seguir con Djukić, que ahora ya te perdí el sueño», había dicho en el cuartel a modo de despedida de los agentes.

El televisor era de al menos setenta y cinco pulgadas.

La coleta del pelo de la sargento estaba atada en lo alto de la cabeza. Carla Traba estaba enfadada.

Horas antes, el mismo día del registro, tras encerrar a J. T. L. en el calabozo, quiso interrogar ella sola al detenido. Y así lo hizo. Dentro de la celda permanecía sentado, inmóvil y sonriente, un hombre escuálido, vestido con un chándal a rayas negras y blancas de mercadillo, marca falsificada Naik, barbilampiño, distinguible entre cientos como él por una cicatriz en la mejilla de una rugosidad nada desdeñable, seguramente de un filo corto, y unos ojos achinados que, graciosos, reflejaban que en su casa no se había encontrado prueba alguna que lo relacionase con el narcotráfico. Él sabía que podía hablar y sonreír como sonríen y hablan los que no tendrían nada por lo que sonreír y todo por lo que callar: con un cinismo interpuesto para hacerle a su interlocutor todavía más desagradable el momento en el que comprueba su fracaso. Por encima del chándal, cubría su obscenidad descarada un delantal de loneta, el típico de carnicero, manchado de restos de carne cruda, como si viniese de desollar un cerdo y no de aguardar el registro recostado en el salón de su casa.

—¿Por qué no abrió usted la puerta cuando le advertimos del derribo inminente? —lo había saludado Carla Traba a través de los barrotes de la celda de un calabozo en un estado amorfo e indefinido, con material de oficina tirado por los rincones y cajas de cartón para guardar mantas. Dentro del habitáculo, un colchón tipo colchoneta.

—*No te sé* , chica, tenía muy alto el volumen del *tilivisor* — hablaba con un acento gallego cerrado, oriundo, y pestañeaba dirigiendo los ojos hacia cualquier rincón menos al rostro de Traba. Si por un instante enlazase contacto visual, aunque simplemente fuese por un segundo, se quemaría por el fuego que ardía en esos iris marrones transparentes y limpios en sus intenciones que se movían al ritmo de unas llamas imaginarias.

—¿Cómo sabía que íbamos a registrar su casa? —continuó Traba.

—Pero *qui dis* . *

—Su vivienda estaba literalmente vacía, señor Touriñán, no tenía usted ni ropa en los armarios, más allá de la que llevaba puesta. Nos estaba esperando. Cómo demonios lo sabía.

—No había nada en casa porque *estou* de mudanza. Justo *mañán* , bueno, hoy, me cambio de piso para uno de mi prima, la que vive en Mar de Fóra, que lo deja libre y me...

—¿Es usted el Charcutero? —lo interrumpió la sargento.

—Sí, chica. ¿No vistes que tengo la tienda debajo de casa? Juan Touriñán, charcutero para servirla. Solo corto embutidos, eh, pero me

gusta vestir el delantal de carnicero, dame *profesionalidá* . De hecho, ahora mismo debería ir casi a abrir la tienda, pero voy a tener que echarme una siesta antes, ¿y quién me va a pagar estas horas que hoy pierdo?, ¿la Guardia Civil?

Aquello era una pared. «Qué narices estoy haciendo —se preguntaba Carla—, cómo me puede chulear de esta manera un fulano cuyo único mérito en la vida habrá sido heredar la charcutería de sus padres y cargarse a su clientela». Pero bueno, ya contaba con esa posibilidad: no habían hallado ni un gramo de droga y el detenido no iba a colaborar descubriéndoles el porqué. Así que había que soltarlo y continuar con el plan que se le había ocurrido tras el incendio de los eucaliptos. Además, la prepotencia del detenido confirmaba su gran sospecha: estaba metido en el ajo. Pero antes de tratar de resurgir de las cenizas como un árbol pirófito, quiso disparar una última bala:

—Juan Touriñán Lourido, no se da cuenta de la gravedad que reviste la situación. Está usted detenido por su posible vinculación con una red de narcotraficantes. Se han acumulado pruebas contra su persona que nos han permitido registrar su casa. Un delito de drogas relativo a sustancias que causan grave daño a la salud, con agravante de reincidencia, depósito de armas de guerra, pertenencia a organización... Dígalo de una vez: cuál es su relación con los cárteles de Castijo y Mangana.

—Pero ¿el Castijo ese *non morriu?* —contestó J. T. L. sin ningún ánimo de colaborar y sin moverse del rincón de la celda donde se había acomodado sobre la colchoneta, haciéndose hueco como si pretendiese dormirse, como los perros cuando buscan espatarrarse pese a que el sitio es más pequeño que ellos.

—No juegue más conmigo. Señor Touriñán, dígame ya qué...

El detenido, por fin, la miró a los ojos. Traba calló. Y J. T. L. se rio una penúltima vez. En la media hora que había durado el interrogatorio, nunca había resultado un personaje tan anónimo y, a la vez, tan reconocida su actitud en un perfil de claro criminal.

—Señorita sargento —dijo levantándose y agarrando los barrotes, no con fuerza, sino acariciándolos como un sádico que se relame tras ejecutar una crueldad refinada.

Traba ni se inmutó.

—Dígame —pronunció, sin escapar al reto de su mirada.

—Quiero un abogado.

—Esto no es una película, señor Touriñán.

Carla Traba le abrió la celda y lo dejó ir.

Poco antes de la charla entre policía y detenido, la jueza de

Corcubión había llamado a la comisaría. «No encontramos nada», le explicaron con cierto pavor. Cuentan aún hoy las leyendas que su cabreo parecía de tal calibre que desde el otro lado del teléfono uno podía componer su retrato sin miedo a equivocarse en ningún detalle: tirada en la cama, con unos rulos amarillos en el pelo, los mofletes hinchados y su collar de perlas: una estampa general parecida a la de la política del Partido Popular de Valencia Rita Barberá, y gritándole al teléfono como si el aparato se tratase de un crío de siete años. «¡Para esto me hacen ustedes reactivar la orden del registro! ¡Qué hostia! ¡Qué hostia!», repetía. Y era verdad: el tortazo había sido descomunal, al menos de cara a la galería. En cambio, de cara a los esquemas de la sargento, el naufragio en la casa del Charcutero constituía una derivada con la que también contaba. Eso sí, formaba parte de un plan que nunca habría querido poner en marcha.

Lo que ocurría en el puesto de la Guardia Civil de Fisterra era extraño. Desde la inusual anarquía organizativa —en la comisaría ni se reseñaba a los detenidos—, ni el cabo Ramón Trillo ni las dos agentes rasos que formaban parte de la Operación Arnela habían compartido con ella demasiada información durante esos meses. Solo le habían facilitado informes imprecisos, vagos, y lo obligado por las muertes del sargento Santiago Insua y del novísimo Castijo de Dios. Es decir, sus subordinados solo habían respondido a sus preguntas. Y por eso mismo la sargento iba a seguir preguntando.

Tocaba hablar.

Tocaba apretar.

Tocaba seguramente herir.

Al entrar en el despacho donde la esperaban, Carla Traba mostraba un gesto grave y cansado, pero sabía que el trabajo, que su verdadera misión, había empezado en ese registro malogrado, fallido en lo que se refería a recabar pruebas pero revelador a la hora de continuar las investigaciones. La sargento inspiró hasta lo más profundo desde detrás de su mesa para tratar de acumular el aire necesario y enarbolar sin detenerse, frase a frase, capítulo a capítulo, el discurso que había preparado en su cabeza. No iba a ser fácil. Los tres, Ramón Trillo, Soares y Alvariñas, la escudriñaban como si fueran un jurado popular.

—Bien —arrancó Traba pausada—, desde que he llegado a este puesto, he ido transmitiendo al mando lo que ocurre, pero sin entrar en conjeturas, solo detallándole los hechos que, por naturaleza y definición, únicamente son objetivos. Los acontecimientos más relevantes, y creo que en esto estaremos de acuerdo los aquí presentes, han sido tres. Primero, el asesinato de Castijo, un hombre a quien se le

había perdido la pista desde hacía más o menos siete años. Aun así, pese al tiempo transcurrido, el cabo Trillo lo reconoce cuando se recupera el cadáver. Y, antes que él, el agente de la Judicial Benítez hace lo propio. Entiendo que no se olvida una cara así por muy desfigurada que esté. De hecho, después certificarían la identificación en el laboratorio. Segundo punto, que el informe forense sitúa la muerte del capo el mismo día y a horas próximas al suicidio —le costó pronunciar la palabra suicidio— del sargento Insua. Ya saben ustedes del rigor y la fiabilidad del forense Blanco, así que ni les voy a explicar las implicaciones que conlleva esta relación. Tercero, que tras recabar pruebas para realizar una operación de registro que, según los compañeros de la patrulla de Corcubión, iba a resultar fructífera, el detenido, el Charcutero, nos espera en una casa vacía, en la que no hay más que un sofá y un televisor. Según he podido saber, el cabo Trillo y el antiguo sargento Insua decidieron ya en su día que esta operación no sería satisfactoria pese a las pesquisas y, a la luz de lo ocurrido, acertaron. Nos costará recuperar la confianza de la jueza de Corcubión, trataré de ocuparme yo misma. Antes de exponerles mis conclusiones, que ya les he ido deslizando, quiero que me comenten sin ningún tipo de cortapisa cuáles son sus impresiones sobre los casos a los que nos enfrentamos, analizando primero los hechos más recientes.

La sargento se dio cuenta de que su reflexión había caído como un ladrillo, muy pesada, pero también consistente, como la primera piedra sobre lo que poder construir algo. Y se puso en pie la agente Soares, a la que el uniforme hacía más ancha de lo que en realidad era:

—Mi sargento, a grandes rasgos veo una posibilidad que serviría para cerrar lo ocurrido en el caso del Charcutero. Si, como nos han explicado usted y el cabo Trillo, ya se perseguía a este personajillo —pronunció la palabra *personajillo* sin ningún rastro de desdén— desde hacía bastante tiempo, lo más lógico es que alguno de sus puñeteros compinches o de los clientes a los que se había detenido tras salir de su casa lo hubiesen avisado y estuviese prevenido. Al final, aunque desconozco los motivos, porque conmigo no se han compartido —esto sí lo dijo con tono de despecho—, se ha actuado con mucha tardanza.

Al cabo Ramón Trillo no le había gustado la última parte de la respuesta y, con su pachorra rutinaria, se disponía a hablar desde la silla en la que se había sentado, recostado y con la barriga en pompa mientras fruncía el ceño. Pero la respuesta sí había sido del agrado de Carla, que justamente aguardaba una contestación similar y, por supuesto, no iba a respetar los tiempos de Trillo. No lo había hecho

hasta el momento, como para empezar en esa parte de la obra. Así que tomó la palabra para replicar a la agente, que esa semana se había teñido el pelo de amarillo. Ya le habían explicado a Traba que el color de la melena de Soares dependía de su estado de ánimo: en psicología, el amarillo se relaciona con la felicidad y la fuerza, pero también con la ira y la traición. En cualquiera de los casos, con la intensidad.

—Bien visto, Soares. —Traba se levantó de su silla y se sentó en la parte delantera de la mesa, apartando una pila de carpetas ocres—. Pero esta teoría me parece desfasada. No, perdón, no me lo parece: está desfasada. Quiero decir que cobraría sentido si Touriñán no nos estuviese esperando tirado en el puñetero sofá de su casa. El Charcutero podía saber que estábamos detrás de él y por ello haber limpiado el piso, de acuerdo. Recuerden que, según la patrulla de Corcubión, la situación era tal que en esa casa debimos haber encontrado droga, básculas y material para cortarla: ¡era un pequeño laboratorio! Incluso algún arma. Y no hemos podido ni incautar un portátil ni un triste teléfono móvil, porque el desgraciado ese... —hablaba con la frustración del interrogatorio—. Y, encima, nos vacila haciéndose el sordo cuando entramos en la casa con el volumen de un partido de fútbol ¡repetido! Del falso interrogatorio al que lo he sometido, prefiero no hablar. En fin, también entra en la lógica que el detenido no se haya mostrado colaborador, por supuesto, pero lo que ha ocurrido aquí supera todo ello: nos estaba esperando justamente a esa hora, Soares. Touriñán solo se ha salvado esta noche. Su arrogancia al responder a mis preguntas ha delatado que sí está implicado en algún asunto turbio, evidenciando con sus evasivas que sí tenía secretos que esconder. Pero centrémonos. ¿Qué conjeturas nos quedan, pues?

—Tiene razón —respondió Soares. Se estaba poniendo de su parte —. Aunque también podemos pensar que la patrulla de Corcubión se equivocó.

Soares era muy leal con los suyos y, por tanto, en numerosas ocasiones pecaba de una ingenuidad casi infantil.

—Bueno, es una posibilidad —habló por primera vez Alvariñas. Traba no le había escuchado la voz salvo el día que se la presentaron. Era muy callada—. Pero los de Corcubión contaban con el respaldo de la jueza, que no da luz verde a ninguna operación si no está más que atada.

—Y, en su día —le tomó el relevo Traba—, el cabo aquí presente le dio validez a las pesquisas de los compañeros, aunque después decidiese no actuar.

Carla Traba escudriñó a Ramón Trillo, invitándolo a intervenir

con un arqueo de cejas. Pero la agente Soares, que llevaba tantos años en la Operación Arnela como el más veterano de ese despacho, estaba entrando en combustión.

—Mi sargento, ¡pero lo que está usted insinuando es gravísimo! ¡Joder! ¡¿Quiere decir que uno de los dos de Corcubión está metido en la mierda?!

—Soares, despierte ya —le respondió pausada—. Eso no tiene sentido. A santo de qué. Se trata de profesionales que no forman parte del equipo y que por su propio sentido del deber tomaron la iniciativa. ¿Por qué me iban a comentar si no sus avances extraoficiales? ¿Por qué se los iban a reportar a Trillo y a Insua? Y les diré más: los jefes ya me habían hablado de ellos y de su buen hacer por su cuenta, contraponiéndolo, ya lo saben, al escaso acierto de esta unidad.

—¿Y los grupos de reserva? ¿Pudieron haber sido ellos? No es la primera vez que se da una fuga de información en una unidad de atención —acertó a preguntar la joven agente, que no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer en esto, pero que poco a poco se iba dando cuenta de lo que su sargento la iba a obligar a expresar, aunque ella no quisiera.

—¡No diga tonterías, Soares! ¡Eso es imposible y usted lo sabe! —El tono de la conversación se endurecía y Traba golpeó con fuerza varias veces la mesa mientras hablaba—. El equipo de apoyo viene de Coruña, casi no tiene ni idea de dónde va a actuar hasta el momento del registro y, en esta ocasión, ni siquiera le comunicamos el motivo de la intervención. Solo se les había reiterado que necesitábamos refuerzos porque se nos podía negar el acceso a una vivienda, y que se trataba de un delincuente que podía formar parte de una red criminal.

Carla Traba estaba a punto de explotar. Había perdido los estribos en la última respuesta. Gesticulaba y gritaba a Soares mientras Alvariñas y el cabo Trillo contemplaban la conversación como si fuera un debate político televisado entre un moderado y un extremista. Y ella era la radical. «Pero ¿por qué coño no quieren ver lo que pasa?», se preguntaba enfadadísima para sus adentros mientras continuaba rebatiendo a Soares. Si a ella un recién llegado le hubiese insinuado en cualquiera de sus operativos que alguien en su equipo era un corrupto, solo contemplaba dos opciones: o saltar a defenderlo como una energúmena poseída por algún tipo de engendro, o abandonar la charla para pasar a la acción y dedicarse en cuerpo y alma desde ese mismo momento a investigar quién le había clavado lentamente ese puñal por la espalda. Pero la agente Soares estaba optando por una tercera vía que, como se ha demostrado a lo largo de la historia de España, siempre parece la más racional, por elocuente y ecuánime,

pero nunca ha contado con demasiados adeptos pese a su buena prensa, y apenas ha servido para resolver conflictos fuera de un reservado de restaurante.

La sargento no dejaba de mirar al cabo Trillo, al que se le habían pasado las ganas de hablar. Ahora le surgía una duda... ¿Y si se estuviese excediendo? Quizá esa ausencia de ira e indignación en los agentes del cuartel de Fisterra suponía que la unidad estaba limpia, y que después de siete años de dedicar su vida a un trabajo estéril y desagradecido, ella había aterrizado allí con paracaídas para ensuciar sus nombres con conjeturas. Y que justamente por ello Soares actuaba así: por no faltarle al respeto a un superior, había optado por buscar alternativas a sus acusaciones. O, Dios, también podía ser, esperaba que no... ¿Estaban todos untados? No podía ir a asuntos internos sin ninguna prueba.

Su cabeza era un polvorín.

Su discurso había saltado por los aires.

No sabía cómo continuar.

Había perdido la calma que tanto la definía.

¿Le iría grande dirigir un equipo?

¡Y el cabo Trillo seguía callado!

—Hay otra posibilidad, mi sargento —la salvó Soares de su autoexplosión, aprovechando un instante de silencio para sentarse a su lado en la mesa—, que haya sido un mochuelo, una cabeza de turco, una maniobra de distracción. Que nos hayan colocado al Charcutero delante de nuestras narices porque, al fin y al cabo, ¿qué importancia tiene? Quiero decir, ¿qué mejor manera de enturbiar la investigación sobre la muerte de Castijo que con una operación fracasada? Porque, seamos sinceros, ¿qué podría tener que ver este sujeto con... —se le hizo un nudo en la garganta tan real que le costó reanudar la frase— con la muerte del sargento Insua? —«¡No ha dicho suicidio!», pensó Traba—. ¿Y con el asesinato de Castijo? Mire, mi sargento, sea quien sea este fulano, nos lo han iluminado con tres focos a pie de pista, y lo han hecho a través de los agentes de la patrulla de Corcubión, de los que no quiero dudar de su credibilidad ni honestidad, simplemente apunto que lo han hecho de esta guisa porque están fuera de la unidad, y seguramente pensaron que así sería más fácil intoxicarnos, como evidentemente está ocurriendo. Mientras nosotros realizamos un despliegue enorme para entrar en esa casa vacía y nos quedamos todavía más despistados que antes, ellos...

—*Eles nada* , hostia!!! * —Sin que las tres mujeres con las que compartía habitáculo se percatasen, el cabo Ramón Trillo se había levantado y no paraba de caminar de un lado al otro del despacho,

meciendo su corpachón contra la puerta, a la que propinó un puñetazo que sonó como solo sonaría la voz de un dios tronante contrariado. El cristal se agrietó.

De repente, el cabo alzó los brazos, como si en sus manos portase la llave de toda puerta futura, y gritó:

—*Foi un chivatazo, me cago na cona!!! Un puto chivatazo* !!!

Hasta el silencio enmudeció.

Y Traba apretó un puño. Un puño de amarga victoria.

No es que supiese a ciencia cierta que un topo estaba dinamitando la Operación Arnela, pero los antecedentes invitaban a pensar mal. Demasiado tiempo, demasiados errores. La conversación que mantuvo con los agentes de Corcubión, tras el pequeño fuego que se había originado en el pueblo, había dado alas a su idea: forzar la situación con una estrategia de guerrilla, pequeñas incursiones emocionales en los ánimos de su equipo para ver si hacían mella en ellos y así se acababa destapando alguna esencia. Al fin y al cabo, con una intervención como la que hicieron en casa del Charcutero, no tenía nada que perder más allá de una reprimenda de sus superiores por los efectivos desplegados, y el enfado de la jueza por una firma malgastada, así que decidió que reactivar el registro solo podía tener consecuencias positivas.

Independientemente de cómo acabase, se ganaba el favor de la patrulla de Corcubión, hombres en los que sabía que podía confiar a ciegas. Si salía bien y encontraban un pequeño laboratorio, por supuesto sería un éxito. Por no obviar otro punto importante: al hablarle del Charcutero al cabo, Traba le demostraba a Ramón Trillo que ella solo llevaba unos meses en su puesto y él toda la vida, sí, pero que pese a ello ya había descubierto algún secreto, o al menos información que él no había compartido. Carla Traba era su sargento, le iba a decir sin decírselo, y lo era por algo. Además, al decidir que el registro se haría, comprobaría el grado de colaboración de Trillo y vería cómo encajaría el guardia su primera orden, una orden que contradecía su criterio, puesto que él había decidido tiempo atrás abortar la operación.

Y, por último, el engranaje más arriesgado de cuadrar y, por tanto, más revelador: si el caso del Charcutero fracasaba, estaba obligada a tensar la cuerda y ver por dónde se rompía.

Casi nada. La cuerda se había roto por un soplón en la Guardia Civil.

10

Diario de Santiago Insua: el soplón

23 de febrero

Me puse a planchar. Casi quemo el pantalón. ¿Quién plancha un pantalón vaquero? Me enchufé los cascos y la música a tope, no quería escucharme más. Hablé con las voces de mi cabecita y les pedí, por favor, que se callaran. Que si no creían que ya tenía bastante. Pero una, la más rebelde, la que tiene un tono de tubo de escape, seguía taladrándome.

He abierto la ventana, pero ni el vendaval que quería empujar la pared con poco éxito era capaz de llevarse las palabras. Por eso estoy escribiendo otra vez.

1. Mi amigo es un soplón.

2. Ramón Trillo es un chivato.

3. El cabo de la Guardia Civil de la patrulla de Fisterra es un corrupto.

4. Mi amigo Ramón Trillo, cabo de la Guardia Civil del equipo de investigación dedicado a combatir el narcotráfico en la Costa da Morte, colabora con los capos de la droga a los que perseguimos desde hace siete años.

Fue Marifé quien me recomendó escribir los pensamientos negativos y desordenados en un diario para luego rebatirlos, organizarlos y hacerlos desaparecer a través de la razón. Empecé a acudir a la psicóloga cuando me dejó Celia por el milloneti de las funerarias porque yo no me veía capaz de criar a una niña que solo me recordaba cómo su madre me había engañado. Bueno, en verdad no me había engañado, simplemente me había dejado, pero no quería verlo así. Entonces llegaba la noche, no podía dormir, salía con la bicicleta a dar un voltio, me duchaba, me sentaba en el escritorio y, a eso de las tres y media de la madrugada, me ponía a escribir lo que me atormentaba, como si yo fuese un escritor al que habían venido a despertar las musas:

1. Celia me dejó, y me dejó por no poder darle la vida que merecía.

2. Lara me recuerda a ella, que se fue, que nos dejó. Solos.

3. Aún no he cumplido cuarenta años y estoy acabado.

El ejercicio, me explicó la psicóloga, tenía como objetivo ahuyentar la toxicidad de la cabeza, expulsar las malas vibraciones. No para buscar siempre las salidas, simplemente para no perderse en un callejón y poder seguir caminando, para que no me encerrara en una *escape room* y me comiera la llave maestra. Al parecer, cuando uno deja constancia visual, escrita, de lo destructivo que puede ser su pensamiento y lo lee, y lo vuelve a leer, y lo relee una vez más, se produce un proceso cognitivo según el cual cualquier tormento se empieza a teñir de un ridículo insoportable, hasta el punto de pensar que peor estarán los huérfanos de África con esas barrigas de desnutrición severa. Y en esa conmutación tan demagógica como real en la que se sustituye lo fatal por lo irrisorio, uno se olvida de los adjetivos que engalanan o estropean y se centra en los hechos. ¿Para qué? Para tratar de remontarlos.

Me llevó meses recapacitar y exponer tres conclusiones tan sencillas como estas:

1. Celia no me dejó por ser yo un muerto de hambre. Celia no me dejó porque no nos quisiésemos. Lo de Celia se acabó porque ella ansiaba estabilidad, un hogar, olvidarse de mudarse de una ciudad a otra persiguiéndome por mi trabajo, como si yo fuese un criminal en potencia y ella la policía que debía mantenerme en el carril. Pero yo no le podía dar esa normalidad porque quería más a mi ambición que a ella. En el fondo, había sido yo quien la había dejado hacía tiempo.

Es una puñetera paradoja que esa estabilidad solo la consiguiese en Fisterra, justo cuando lo dejamos. Aunque, bien pensado, no creo que ella aguantase la amargura existencial imbricada en esta dichosa zona como las tejas en un tejado. Pese a la tanatopraxia, Celia era viva. Y aquí se es demasiado ceremonioso con la muerte.

2. Lara fue un error. No fue un error que naciera, Dios, no, qué alegría, fue un error que se concibiera. Ninguno quería hijos entonces, pero cuando se supo embarazada no quisimos dar marcha atrás, ojalá la hubiésemos dado antes, bromeábamos. Y sí, Lara se parecía a Celia, me recuerda que se fue, pero también que yo estaba dispuesto a luchar en los juzgados porque se quedase conmigo durante la mayor parte del año porque, ay, se parece a Celia, sí, esa melena rubia solo puede ser de ella, pero cuánto se parece a mí. Celia, bendita Celia, accedió a que Lara estudiara toda la educación obligatoria a mi lado. A cambio, ella la disfruta en vacaciones. Creo que mamá la odia por eso.

3. Acabo de cumplir treinta y seis años y, si tengo en cuenta la esperanza de vida media de este país, todavía me quedan cinco décadas por delante. Nada hay más objetivo. Así que me dejo de

tonterías y me digo a mí mismo, amigo, si eso no es futuro, que resuciten ya mismo los del Club de los 27, con Amy Winehouse a la cabeza, que me gusta mucho, y me lo digan.

Pero ahora escribo y no soy capaz de espantar los malos pensamientos. Porque quizá, hostia puta, quizá son los hechos.

1. Mi amigo es un soplón.

2. Ramón Trillo es un chivato.

3. El cabo de la Guardia Civil de la patrulla de Fisterra es un corrupto.

4. Mi amigo Ramón Trillo, cabo de la Guardia Civil del equipo de investigación dedicado a combatir el narcotráfico en la Costa da Morte, colabora con los capos de la droga a los que perseguimos desde hace siete años.

Al revés, no solo no se esfuman tales premisas silogísticas, sino que no sé cómo actuar porque se me mezclan con buenos recuerdos. Como cuando nació Ana, su última hija. Entonces ya llevábamos trabajando juntos un tiempo y me había tocado ir a Coruña a renovar no sé qué documentos, y en el Hospital Materno estaba ingresada Elsa a punto de dar a luz, aunque no salía de cuentas hasta tres días después. Por entonces el jaimito de Ramón se había apuntado a un curso de percebeiro en Lira, decía que estaba aburrido de la Guardia Civil y que prefería trabajar solo dos meses al año y hacerse de oro. No sé quién le había contado esa milonga sobre los percebeiros, pero se la creyó. Eso sí, solo durante un tiempo: hasta que lo arrastró una ola y le dio un buen susto. Pero ahí estaba, a la busca del percebe mayor mientras su mujer soportaba las contracciones previas al parto.

Ojalá esto solo fuera un susto. Me duele bastante la cabeza. ¿Y si me la arranco?

Entre Lira y Coruña hay noventa kilómetros por la carretera más rápida, que sorprendentemente no es la que incluye el tramo de autovía sino la que sube por las Paxareiras y hace la mitad del recorrido por la montaña. Normalmente, el trayecto se transita en una hora y media de coche. A Ramón Trillo ese día le llevó una escasa. Elsa se puso de parto y lo llamaron. Se metió a toda hostia en el coche, con el neopreno empapado y sin cambiarse ni siquiera los escarpines que calzaba, inundados por la marea. Ya se sabe que los mejores percebes están donde más rompen las olas, porque según Google los percebes no tienen hemoglobina y utilizan las olas para coger oxígeno, y como las olas más espumosas y frías son las que más oxígeno transportan en sus aguas, por eso los mejores percebes son los que residen en las zonas más frías y donde las olas rompen contra las rocas.

Aquel día de parto en pleno junio parecía el jodido diluvio universal y al llegar a Coruña Ramón se enredó en un atasco monumental. Es cierto que el cabo es un tipo despierto pese a su apariencia de Baco somnoliento, pero posee un sentido de la orientación horrible. Y ahí estaba él, en los alrededores de la plaza de María Pita, una heroína de la defensa de Coruña en 1589 contra la Invencible inglesa. Conducía con un neopreno húmedo y por copiloto llevaba un conejo rosa enorme, que parecía el del anuncio de pilas Duracell. Se lo habían regalado sus compañeros del percebe para su futura hija. Digo que estaba cayendo la monumental, Ramón más perdido que un hijo de puta el Día del Padre, frase que en su caso no es un chiste de mal gusto, hasta que vio aparcada una patrulla de la Policía Local. Se bajó, dejando su coche en el medio de una avenida principal, y se dirigió hacia los locales con su neopreno con capucha y los escarpines. Yo habría pagado por ver la escena en directo y no haber escuchado mil veces el final de la anécdota: los agentes lo acabaron escoltando, a él y a su conejo rosa, hasta el hospital, y asistió al parto como un campeón. La niña se llama Ana Lluvia.

Era como una gota cálida de tormenta.

Y fue preciosa desde que empapó este mundo.

¿Cómo no iba a querer yo a este hombre?

Dios. Me estoy volviendo loco.

Trillo es un corrupto. Ahora lo veo claro. Estoy seguro de que hace tiempo que colabora con los capos, querría sacarse un dinero extra para las manutenciones de sus hijos y sus exmujeres. Eso me cuadra. Me cuadra mucho. Es un cabo, así que su sueldo es relativamente bajo pese a su antigüedad, pero sus vicios son desproporcionadamente altos. Deudas de juego, cartas, mujeres, alcohol... Todavía me acuerdo de cuando casi pierde el coche en una partida de póker en el Yoko Ono. Me gusta el Yoko Ono, es un bar cojonudo. Por primera vez en mi vida, busco en el Spotify música de Yoko Ono. Bah.

No puedo obviarlo, pero tampoco sé qué mierda hacer. En verdad, hace tiempo que lo presiento. Esa noche en bici, por ejemplo. Qué rara. Libraba y pasé a deshora por el mirador cuyas vistas dan a la cala de Talón. Había luces, lo llamé, por pura rutina en realidad, él estaba de guardia, y extrañamente me dijo que eran unos chavales de fiesta en un barquito de recreo. Noche de San Juan, mucho movimiento y golfeo en exceso. Que ya se había ocupado, me dijo. Pero qué iba a saber él, si cuando le tocaba guardia de noche no se movía del cuartel a no ser por una urgencia. Al día siguiente, detuve a Cañón por andar borracho en el medio de la carretera de la Anchoa.

Había estado de fiesta... en la cala de Talón. En fin, este era uno de tantos flecos que habían quedado deshilachados, flecos por resolver, y que ahora se me amontonan.

He dejado la plancha encendida. Adiós pantalón.

En la sesión de terapia, hoy estuve a punto de contarle a Marifé mis dudas, mis males y malos presentimientos. Los psicólogos están obligados a guardar el secreto profesional, ¿no? Y yo solo quería tener una visión sobre cómo actuar más allá de lo que marca el protocolo. Porque una cosa es llevar una investigación policial y otra es encerrar en la cárcel a tu mejor amigo. Pero para que Marifé lo entendiese, debería empezar por el principio, por lo que había ocurrido en Arnela, por la investigación posterior a Manel, por el camión de congelados, por lo que decidimos hacer, por lo que ocultamos... Acabar con su hermano. ¡Preguntarle si se estaba follando a Ramón! Y me di cuenta de lo absurdo que era esta idea tan peregrina.

En seguida pensé en esa serie de televisión que se puso de moda hace unos años, *Los Soprano* , en la que el protagonista, un mafioso de la hostia, le detalla sus negocios y sus problemas maritales y paternofiliales a su terapeuta, amparado, creía él, en el secreto profesional. Es una serie muy divertida y me acuerdo de una crítica que publicó en prensa un periodista que a mí me gustaba mucho leer y que murió jovencísimo dejando hijos, una mujer encantadora, una hermana encantadora, una madre encantadora, amigos, más hermanas, más amigos... En fin, vaya descanso de los justos. Se llamaba David Gistau y escribió: «Cuando le ofrecieron encarnar a Tony —el protagonista *de Los Soprano* —, James Gandolfini —el actor que le daba vida— no estaba seguro de que fuese a funcionar. Dijo que no sabía a quién iba a interesarle la vida de cuatro gordos de Nueva Jersey justo cuando causaba furor la sofisticación liviana de cuatro tías buenas de Manhattan, las de *Sexo en Nueva York* . Pero *Los Soprano* fue un éxito. ¿Por qué?, pues porque esa familia encontró su estilo de vida en la vulgaridad con hijos en la edad del pavo, antidepresivos en el neceser, consultas a la báscula después del helado que no debía comerse de postre y los típicos problemas de fontanería. *Los Soprano* eran como usted y yo —concluía Gistau—, eso sí, con el detalle de la pistola en el bolsillo. Así era Tony Soprano, un gordo feliz con recados normales y una pistola en el calzoncillo».

Así podría haber sido yo, pero así era, joder, así era el puto Ramón.

11

Todo se sabe (o eso se dice)

Un viernes de madrugada, ni muy tarde ni muy temprano, a esa hora en la que las preguntas ya no buscan respuestas sino besos apagados y sexo encendido, surgió de una esquina de la calle un hombre con un arma de guerra, un kalashnikov. El hombre estaba solo y pedía ayuda.

El hombre que portaba un kalashnikov pedía ayuda.

No vagaba esquivando los bombardeos de Siria ni los misiles de Ucrania, caminaba empuñando el subfusil por la plaza de la Constitución de Corcubión, deambulando entre los coches aparcados en la avenida, renovada hacía unos años con un empedrado gris que simulaba una calzada romana.

Una vecina grabó la escena desde la ventana de su vivienda, como si se tratase de un vídeo casero filmado en una guerra, donde el que graba suelta gritos intermitentes mientras se quiere esconder del fuego cruzado pero a la vez desea verlo, así que el resultado es un vídeo a medias: se alternan imágenes de la pared blanca al gotelé de una casa con los morteros destrozando y cavando agujeros en las calles. En la grabación del del kalashnikov, se distinguía cómo varias personas, varios civiles, se acercaron al hombre, que estaba vestido con pantalón de camuflaje y una camiseta de tirantes azul con un logo blanco sobreimpresionado de un delfín debajo del cual se leía «Tenerife». Quienes se aproximaban a él a esas horas de la madrugada no parecían tenerle miedo, tan solo querían saber qué le pasaba, porque, claro, el hombre del kalashnikov estaba pidiendo ayuda.

Al día siguiente, después de que la policía lo detuviese, en el pueblo solo se preguntaban dos cosas. Una, por qué la Guardia Civil había tardado tanto en llegar. Lo cierto es que esa noche solo estaba de guardia la patrulla de Laracha para toda la zona de la Costa da Morte, y se encontraba a setenta kilómetros de distancia, en su cuartel. Se hicieron las típicas bromas: que si habían bebido demasiado en el Pompón; que si, ya borrachos, se habían dormido viendo una serie de policías en el Patrol; que si estaban leyendo un libro en... La otra cuestión sobre la que se preguntaban las gentes de Corcubión, y de veinte kilómetros a la redonda, es si el kalashnikov estaba cargado o no, porque qué huevos habían tenido los vecinos que

se acercaron al hombre que llevaba el kalashnikov y que pedía ayuda.

A nadie parecía interesarle, pensaba ahora la sargento Carla Traba, por qué ese hombre había llegado a aquella situación. Recordaba la anécdota mientras miraba la plaza de la Constitución desde el piso al que se había mudado. Al final había hecho caso a su padre, al menos en lo referente a la vivienda. Era un tercero izquierda en el que seguía siendo el edificio más alto del pueblo desde que se empezó a construir para arriba y no solo en horizontal. Los techos de las habitaciones también eran altos, pero no tanto como para decir que eran antiguos y lo mejor, sin duda, las vistas al fondo: la ría de Corcubión, con las luces preciosas del paseo marítimo al caer la noche y con el único incordio visual de la fábrica de ferroaleaciones sita en el pueblo vecino, que ensuciaba el paisaje con una horrenda brutalidad y que tanto había dado de comer a los lugareños desde mediados del siglo pasado.

De la historia del kalashnikov me enteré por pa antes que por la prensa, creo que yo estaba en Coria del Río, acabábamos de detener al Señor del Guadalquivir, una operación de éxito con la que no se contaba. Lo llamé, porque siempre le interesaban las historias que no le puedo detallar, y él me respondió con la suya propia: la del kalashnikov. Me sorprendió que ni a pa, que era curioso por naturaleza, le interesara saber más allá de por qué la Guardia Civil había tardado tanto en actuar —«No hay con quien contar, *filla* , y no lo digo por ti, ¿eh?»—. Tampoco escuché una palabra sobre la carnicería que podría haber causado ese loco si el subfusil hubiera estado cargado. En el kiosco no se hablaba de otra cosa.

—Pero, pa —le había preguntado yo—, ¡a ninguno os interesa saber por qué ese hombre andaba con un arma de guerra en medio de la plaza del pueblo! ¡Si hasta se metió en el bar de la Chouza!

—*Home, filla* , todo se sabe.

—¿Cómo que todo se sabe?

—Este trabajaba para la familia esta, los del cártel.

—¿Los de Mangana?

—Esos, Carla, esos.

Y punto.

Siempre me había parecido impresionante la impunidad con la que las familias de la droga hacían y deshacían a su antojo en Galicia. ¿Por qué si todo se sabe nada se cambia? En ese instante estaba empezando a darme cuenta.

El hombre del kalashnikov fue detenido con catorce mil euros encima en efectivo. Estaba pidiendo auxilio porque decía que lo perseguían sus jefes. Cuentas pendientes. Cuando lo trasladaron al

puesto de la Guardia Civil, lo cierto es que no había razón alguna para proceder a su arresto. Los agentes no habían visto todavía el vídeo y él se había desecho del kalashnikov en el puerto. Aun así, la patrulla que lo retuvo fue capaz de llevarlo al cuartel de la localidad sin detenerlo. ¿Por qué habría aceptado el hombre acompañar a los agentes? «Seguramente porque pensó que ya habían dado con el alijo», había explicado un agente a la prensa.

Lo que había pasado se supo más tarde.

A mediodía del sábado, una planeadora a la que el día anterior habían intentado detener en Fisterra, pero se había dado a la fuga, apareció varada en la playa de A Barda, en el municipio de Ponteceso, a más de cincuenta kilómetros de distancia. Llevaba un alijo de 1,7 toneladas de cocaína procedente de Sudamérica. Ochenta y cinco fardos de droga con una riqueza media del 83 por ciento y que fue tasada, según el tribunal que juzgaría el caso, en 159.040.029 euros. Nunca se pudo vincular al hombre del kalashnikov con aquel alijo. Y se lo ingresó en un psiquiátrico.

Todo se sabe. O eso se dice. Pero poco se hace.

Lo primero que convenimos después de la charla sobre el registro en casa del Charcutero fue empezar de cero. El cabo Ramón Trillo confesó, delante de Soares y Alvariñas, que ya había debatido con el sargento Insua sobre la existencia de un topo en el puesto, o cercano a él, que estaba saboteando la investigación. Que habían intentado localizarlo, pero que les había sido imposible. Que incluso habían realizado seguimientos a las propias Soares y Alvariñas, que habían intervenido sus teléfonos con el plácet de la jueza, y que no habían encontrado nada. Se habían centrado en lo positivo, entre comillas, claro: que hubiese agentes corruptos podía implicar que algún uniformado conocía el *modus operandi* de Castijo y Mangana, y que le ponía cara a este último, todavía un anónimo para ellos. La confesión del cabo Trillo me pareció valiente. Y desde entonces decidí cambiar mi actitud con él y, por extensión, con el resto. Dejé de hablarles como una superior para tratar de establecer una relación de compañerismo, no amistosa pero sí leal, que en el fondo es lo único que importa en esta vida: ser leal, ser fiel a aquellos con los que peleas.

Para no intentar asustar a su unidad, Trillo e Insua habían guardado ese secreto y lo habían intentado solventar por sí mismos. Eso dijo el cabo. En ese instante, las cuatro personas que estábamos en ese despacho decidimos hacer lo propio. Trillo me había mostrado confianza, así que yo también le di un voto de la mía. Y ese fue el

primer paso: les admití que desde que había aparecido el cadáver de Castijo tenía la convicción de que el sargento Santiago Insua no había muerto en un accidente de coche y que, por supuesto, no se había suicidado. Que eso no implicaba negligencia en sus actuaciones a la hora de cerrar el caso. Era verdad, no se lo estaba diciendo por cumplir. En una charla demasiado larga, por dura, con el forense Blanco, me había explicado meridianamente que no había pruebas fehacientes que indicaran un suicidio, pero tampoco un asesinato. Que la causa de la muerte había sido la acumulación de golpes que se había propinado al despeñarse por la carretera del faro.

Les comenté que iba a reabrir la investigación, que el forense estaba de acuerdo, y que esa era la línea a la que quería que dedicasen sus esfuerzos a partir de ya mismo: intentar vincular las muertes de Castijo y del sargento Insua. Que entendía que iba a ser doloroso, por sus años de servicio juntos y por su amistad, pero que pensaran que lo hacíamos por motivos profesionales, eso lo primero, y también personales: no podíamos dejar la muerte inesperada de un guardia sin investigar hasta el final. Como tampoco había pasado tanto tiempo desde su entierro, no iba a resultar muy difícil explicar a la prensa que la muerte de Castijo había abierto una nueva vía de investigación. Además, eliminar la sombra del suicidio solo recuperaba buenas lecturas, empezando por la más evidente: iba a propiciar que la hija de Insua, aquella pequeña que parecía un fantasma encadenado, no creciese a tropiezos por la vida preguntándose por qué, por qué se había suicidado su padre, con una mezcla de rabia y de dolor autoimpuesto. Ahora lo primero que tocaba, aunque solo fuese por una cuestión de ética y cortesía, pasaba por hablar con la madre del sargento Santiago Insua, aquella mujer a la que yo solo había visto en el entierro de su hijo. Y ella ni me había mirado.

El cabo Trillo, hundido en la silla, maleado por el estrés que había soportado él solo hasta ese momento, me dijo que no se atrevía a darle él la buena noticia, que habían mantenido una relación muy cercana y que, tras pasar el trago de explicarle a una madre que su hijo probablemente se había suicidado, no encontraría ahora las fuerzas suficientes ni necesarias para escarbar en una tumba que ni siquiera existía. Iría yo, pues. El cabo me recomendó: «Ten cuidado, con una mano te cuida y con la otra te da una hostia». Lo que en su argot de cromañón significaba que era una buena señora.

La casa del sargento Santiago Insua está en la entrada de Fisterra a la derecha, subiendo por Escaselas arriba, en Hermedesuxo. Es una finca un poco elevada que había heredado su madre por descendencia familiar. La historia no era agradable: divorciado, muerto joven, su

padre se había colgado cuando él era pequeño. Una causa por la que el suicidio de Santiago Insua ganaba sentido para muchos, como si su final estuviese diseñado por una genética torpe y no cupiese esperar otro desenlace. Hacía poco había leído un artículo en el que citaban a la presidenta de la Asociación Americana de Psiquiatría y esta vinculaba los suicidios a los antecedentes mentales. En los casos en que los trastornos no estaban probados, apuntaba que existían pero que no se habían descubierto. Un poco como Dios, vaya. También insistía en el componente hereditario, en que hay una predisposición al suicidio en personas con familiares suicidados. Que explotan ciertos genes y bum.

La casa era una especie de bungaló, con el tejado muy picudo, con teja rojiza y revestida de una madera que, a la vista estaba, se saneaba periódicamente. Al visitante lo recibía una especie de porche del mismo estilo que el resto de la casa y una barbacoa oxidada pero que no adolecía de desuso. Eran unas doscientas hectáreas de finca con un césped natural cuidado y cortado al raso.

Había decidido ir a media mañana para no toparme con la pequeña Lara, pensando que estaría en clase. Me destruía de la pena ver a esa niña. Pese a que el verano ya había arrancado, todavía no estaba de vacaciones escolares. El cabo había explicado que Celia, la exmujer de Santiago Insua, había estado de visita. Que no se llevaba muy allá con su suegra, más bien que la odiaba. Y que el sentimiento era mutuo. Pero que, por el bien de la niña, había decidido que acabaría en Fisterra el curso. A Celia la abuela le parecía una vieja cabrona, pero una vieja cabrona que había cuidado de la nieta casi desde su nacimiento. Cuando acabara el curso, eso sí, Lara se iría a vivir con su madre a Barcelona.

A quien me encontré saliendo en el instante en que yo entraba en la casa de Santiago Insua fue al cabo Ramón Trillo:

—¿Cabo?

Fui incapaz de contener el asombro. Las ojeras que vestía el cabo Ramón Trillo podía llevarlas de mochila. No había pasado una buena noche.

—Hola, Carla. Al final, decidí que tenía que venir yo *oh* . No te dije nada porque no sabía si me atrevería a pasar de la puerta. De todas maneras, te está esperando. No te preocupes *oh* , la bronca ya me la comí, así que a ti te va a tocar un poco el papel de consolación, seguro que se te da bien. —Qué machista—. Le dije la verdad —continúo Trillo—, bueno, *díxenlla* a medias: que su hijo no se ha suicidado y que quizá se trata de un accidente. En fin, trátala bien, piensa que puede ser tu padre.

Me dio una palmada en el hombro y se marchó cabizbajo. Nunca había sido tan concreto, nunca lo había visto así de abatido, ni en el entierro del sargento hace ya meses.

Le correspondí asintiendo con la cabeza. En verdad, ya nos estábamos saltando los protocolos porque de eso se solía encargar la Policía Judicial. Así que qué más daba.

La mujer me esperaba bajo el dintel de la puerta.

—Ola, *filliña* , pasa, pasa.

«Piensa que puede ser tu padre», me había dicho el cabo Trillo. Como para no, si hasta me llamaba *filliña* .

Manuela Elisa solo hablaba gallego, aunque se le entendía muy bien. Seguía de luto, como aquellas mujeres para las que el negro representa la entrega absoluta a su hombre ya desaparecido. De hecho, vestía el negro desde la muerte de su marido, hacía ya décadas. Eso sí, la ropa era nueva. La familia debía de ser acaudalada porque mantener estas prendas casi victorianas en tan buen estado supone un gasto considerable.

Tenía un moño plateado y unas orejas que destacaban por puntiagudas. Me llamó mucho la atención la forma de sus pupilas, más estrechas que esféricas. Casi verticales. Como si fuera la cara de un gato salvaje y a la vez doméstico. Con Manuela Elisa traté de aplicar el protocolo que seguíamos cuando vamos a informar a un familiar de que la víctima podría haber sido asesinada; sin embargo, en seguida caí en que con esa mujer no había protocolo que valiese. Más que el suyo.

—*Ques algho de beber* ? —me preguntó cuando ya me había servido café y unas galletas Fontaneda—. *Sabes? Cando volviu pa Fisterra, xa non che estaba ben. O sea, ben, enténdeme. A cabesa sempre lle funsionou, pero estaba triste. Eu nunca quixen que se metese de verde, pero qui lle iba a disir. Ghuardia sivil, en fin. Seu pai matouse cando era mui rapas e despois do internado pois quixo axudarme e nada máis fásil que meterse na polisía. Entonses nin che fasían as pruebas esas, os psicotécnicos. Empesou de tráfico, pero en seghida o deixou porque disía que había que ser muy cabrón. En fin, pobre Chago …* *

—¿Chago?

—*Si, nena, si. Chago, Chaguito, diminutivo de Santiago. O nome puxémosllo polo apóstol, pero bueno, non nos saliu mui cristiano. En fin. Que non fagho máis que falar e seghuro que ti me ques preghuntar algunha cousa .* *

La madre de Santiago Insua me había roto los esquemas. Durante un tiempo, años atrás, estudié un curso de perfilador psicológico y desde entonces siempre me había resultado de ayuda. Intuir cuáles

pueden ser los sentimientos y las motivaciones del interlocutor —órdenes, costumbres, caprichos— da una ventaja a la hora de tratar con él, a la hora de llevarlo a tu terreno, a la hora de conseguir respuestas. Pero, la verdad, no tenía ni idea de cómo identificar ese carácter que hablaba desde lo más profundo de su pena para no ocultarla.

—Le acompaño en el sentimiento, Manuela Elisa...

—Manola, Manola...

—Le acompaño en el sentimiento, Manola, no quiero molestarla mucho, solo quería anunciarle lo que ya le ha comentado el cabo Trillo: creemos que su hijo no se suicidó.

Manuela Elisa se quitó los zuecos que se había calzado para recibirme a la entrada y se puso unas zapatillas. Negras también.

—Ai... ese pillabán de Ramón... É un bo home, quéroo coma un fillo máis. Seu pai tamén se matou, sabes? Pero... A vida son dous días i el sempre vai polo terceiro. Mira, filla, non che vou mentir. É un alivio. É un alivio saber que non se matou, que seguramente foi un accidente. Esa carretera do faro é muito con ela i a veces o meu Chago iba con demasiada prisa ... *

Quizá el cabo Ramón Trillo no le había desvelado que estábamos vinculando la muerte de su hijo con un asesinato. A veces sí que parecía que tenía algo en la cabeza.

—Díxome que ao millor me fasías unhas preghuntas, pero eu pouco che vou poder axudar. Bastante teño con cuidar ahora da meniña. Sabes? —Hablaba sin derramar una lágrima. Era de esas mujeres que creen que llorar es síntoma de debilidad—. *Pensei que non podería seguir adiante, porque nada hai máis antinatural que che morra un fillo, ese dor crávaseche aquí* —se propinó un par de golpes en el pecho que a mí realmente me habrían dolido— *e non sae pa fóra. Pero vela sorrir a ela... dame algunha forza .* *

—Espero que puedan... disfrutar de este tiempo que les queda juntas...

—Por que o dis ? **

—Disculpe, Manola, no era mi intención entrometerme. El cabo Trillo me ha explicado cuál es la situación. Que en unas semanas la pequeña se irá con su madre.

—Bueno, xa veremos, xa veremos! A meniña ten que estar onde sexa felis. Ao millor é sua nai a que ten que vir paiquí. I faser alghún sacrifisio con ela, que en eso consiste ser nai, non? ***

Manuela Elisa sonrió, pero solo con los labios. No era una mujer débil.

—¿Cómo está Lara? Más allá de lo obvio. A veces es complicado

reincorporarse a la vida, al colegio. ¿Le habían dicho que...?

—*Que seu pai se matara? Non queira Dios, filla. Ela, bueno, pois está un pouco triste. Comigho lévase ben, hai que disir que xa estábamos acostumbradas a estar soíñas. Bueno, soíñas, a ternos a nos, porque Chago non che estaba muito por casa. Non porque andara por ahí fasendo o can como Ramón... pero bueno. I a nai ...* —negó con la cabeza— *pois víaa de ves en cando, cando podía, que é unha muller mui traballadora e independiente. Dixéronme que estaría ben que levase a Lara a un psicólogo pero ...* *

Manuela Elisa se levantó. Estábamos sentadas alrededor de la mesa de la cocina. Había cuatro sillas de madera, pero ella usaba una de plástico. Cogió la italiana, me hizo un gesto con la cara para que apurase el primer café que me había servido, y puso más. Se sentó. Cruzó los brazos. Agachó la cabeza un momento y volvió a hablar.

—*Sabes quen che pode axudar? A súa psicóloga .* *

—¿Marisa? —Me equivoqué a propósito. Qué rápido había cerrado Manuela Elisa la reflexión del duelo. Aproveché para tratar de averiguar hasta qué punto la madre era conocedora de ciertos aspectos de la vida de su hijo.

—*No, Marifé chámase. Eu díxenlle que non fora, porque a min esas cousas... Nin que meu fillo estivera tolo! El estaba ben. Sabes? Estaba un pouco triste dispois do divorcio pero... Eu casi prefiro que o mataran, non me entendas mal, eh, filliña, pero que o mataran quere dicir que polo menos non se lle cruzou algho na cabesa, que era unha persona normal .* **

Decidí que no era el momento de ponerme a explicarle a una anciana de más de ochenta años que la psicología nada tiene que ver con la anormalidad. Que la estabilidad emocional carga con muchas variables, que el psiquiatra y el psicólogo se han convertido en los médicos y consultores de familia en medio mundo salvo en España, que... En fin, no era tiempo para clases de espabiladita moderna. Tenía delante de mí a una madre sin un hijo. Su tez era blanca, pero no de un blanco pureza, sino un blanco espectral. Un blanco arrugado por una memoria que el tiempo no podría acabar, como un Quijote en busca de lo que ya no existe, como no hay dolor que la muerte no consuma.

Lo cierto es que ya había decidido hablar con la psicóloga, pero me resultaba interesante saber por qué la madre del sargento tenía tan claro que esa visita debía producirse. Su informe había sido clave para determinar que el sargento Santiago Insua podía haberse suicidado, pero cómo demonios sabía ella eso.

—Señora Manola, ¿por qué dice que vaya a hablar con la psicóloga de su hijo?

—Bueno, supoño que é o normal, non? Ela lle poderá dicir o que lle pasaba pola cabeza. Un día, cando o fun buscar ao seu despacho pa sear, vin que estaba escribindo algho. Que fas? A carta dos reis maghos?, preghunteille . —Y se rio mientras tosía a la vez—. *E díxome que no, que eran cousas de loqueros. Pero era algho que fasía muito, escribir* . *

Ya en ese momento me resultaron muy interesantes las palabras de Manuela Elisa: ¿sobre qué estaría escribiendo el sargento Insua?

—Eso si, díghalle da miña parte a esa Marifé que eu xa sabía que meu fillo nunca se mataría . *

Y siguió rumiando algo en un gallego tan cerrado y tan bajito que ya no pude escucharla más.

Me acabé el café, el tercero, la señora me obligó a comer una galleta y me despedí de ella. Y me acordé de pa.

Ahora que lo pensaba, no visitaba a papá desde que me mudé. A esas penas solo le dedicas reflexión cuando las revisas desde el sosiego futuro, como uno de esos capitanes *a posteriori* que se creen valientes pero, en verdad, solo actúan con la cobardía de quien no ha movido un dedo cuando se requería un héroe y, una vez este ha caído en su viaje, critican que no lo hiciera de otro modo. Me acordé de aquella respuesta que me había regalado en el entierro del sargento Insua, cuando le había preguntado si sabía lo que había concluido la psicóloga cuando la entrevistaron tras la muerte: «Qué más da, *filla* . Está muerto. Lo importante seguro que es lo que no dijo».

Quizá lo importante lo había dejado escrito.

Llamé a pa mientras caminaba de vuelta al cuartel. Tenía que firmar un par de documentos antes de ir a comer con Andrés en Corcubión. Ese fue el primer día que lo dejé dormir en casa, a Andrés, no a pa. Quizá ese día tampoco fue tan bueno. En fin. Le comenté a papá que le había hecho caso, que había ido a hablar con la madre del sargento y que me había dado mucha pena, no por los sentimientos que enseñaba, sino por todos los que no quería dejar salir. Y me sorprendió lo que me dijo antes de colgar.

—Me alegro, *filla* , te parecerá una tontería, pero seguro que ella ahora puede dormir mejor por las noches.

—Bueno, eres muy optimista. Con esa pequeña a su cargo... aunque sea por poco tiempo. Es una pena que se lleve tan mal con la exmujer de Insua. No concibo que no esté con ellas para ayudarlas. También te digo que para rozar los ochenta años se conserva estupendamente. Si no fuese por que viste de luto, podría parecer una señora de sesenta y cinco.

—¿Y te vio?

—¿Qué dices, pa?

A veces ya no sabía cuándo el chocheo era o no de tratamiento médico.

—Digo que si te reconoció, *filla* , acuérdate de que la saludamos en el entierro del sargento.

—No, la verdad es que no. Recuerda tú que entonces ni nos miró a la cara.

Y se hizo un extraño silencio.

—¿Y esta vez? —soltó.

—Esta vez qué, pa, estás demasiado misterioso incluso para ser tú.

—Digo que si te miró a la cara, a los ojos.

Y no. No lo había hecho.

Papá era un excelente perfilador. Pero también un paranoico de categoría.

12

Diario de Santiago Insua: la costa, nuestra

28 de febrero

No estoy orgulloso de lo que hice, pero lo que hice tenía que hacerlo y no podría haberlo hecho de otra manera aunque me propusieran un mejor hacer.

Esto ya es de todo menos un diario, al menos no uno sobre mí. Dónde están esas entradas en las que escribía sobre lo que comía, sobre que en el gimnasio he levantado cincuenta kilos de *press* de banca, de que me ha visitado el tío Luis, de que hoy hace un calor de locos y de que si será culpa del cambio climático. O de que simplemente me he dedicado a archivar los papeles en el despacho después de hacer un trámite asqueroso en Hacienda. De que se está celebrando el All Star de la NBA y no hay ni un jugador que conozca. Quiero volver a ver baloncesto. Echo de menos la aburrida normalidad. La normalidad la controlo, pero esta normalidad me está dominando a mí.

Ayer sabía que Ramón estaba realizando un seguimiento en Muxía. Se trataba de los dueños de una embarcación que, creíamos, podría ser una de las que transportan la droga desde el barco nodriza hasta las costas gallegas. Había sido el propio Ramón quien había dado con la pista. Qué ironía, siempre hemos trabajado bajo la teoría de que el material que movían Castijo y Mangana se transportaba por la ruta africana, aunque su origen fuese Sudamérica, y que, una vez en tierra, alguna organización del norte de Europa se encargaba de distribuirla. Son conjeturas, sí, pero bastante probables a tenor de nuestros escasos avances.

Hasta el momento no habíamos conseguido más que detener a camellos. Algunos eran «dos nosos», que diría la otra, como la rata de Cañón. Pero también estaba aquel ecuatoriano herido de bala que encontraron en un hospital de Pontevedra y un par de serbios malnacidos que arrestamos en el Parchís por trapicheo menor y hostias mayores y que, a buen seguro, formaban parte de

organizaciones minoristas que dependían de la actividad del tráfico de droga a gran escala. Aparte estaban los negros de Arnela.

Aprovechando que el cabo debía estar en Muxía, me metí en su casa. A nadie sorprendería el verme por ahí porque Lara y María iban a la misma clase y muchas veces las traía yo de vuelta del colegio. Aún faltaba una hora para comer, pero quién se iba a fijar en eso. Además, la casa lleva en obras desde hacía unos meses, así que todavía era más fácil pasar desapercibido. Antes de entrar llamé por teléfono a Elsa para cerciorarme de que no estaba, a esa hora de los miércoles suele bajar al mercado de abastos y le pedí si me podía comprar no sé qué para la cena, que a mí no me iba a dar tiempo. Todavía no me había respondido que sí cuando fui directo a la bodega que Ramón tiene en una especie de sótano en el cobertizo adosado, donde a veces jugamos a las cartas mientras vaciamos botellas. Detrás de un cuadro en lienzo de Chaplin, que Elsa había pintado cuando todavía no era una esclava de su hogar, sabía que había una caja fuerte. En realidad no era una caja fuerte, sino una especie de cajón empotrado cerrado con llave.

Lo abrí con pericia.

Y ahí lo encontré.

Una libreta con anotaciones manuscritas de nombres, fechas y cantidades; dos móviles, 4.235 euros en metálico y unos 104 gramos de hachís.

Busqué con ansia entre criminal y detectivesca los números correspondientes a ambos teléfonos, registré los apuntes, saqué unas fotos con mi iPhone y traté de devolver cada objeto a su sitio. La verdad es que me puse un poco nervioso y no fui capaz de cerrar el cajón, pero no estaba forzado, no llamaría la atención. Colgué el cuadro y hui con los nervios de un puto caco.

Todavía me quema el pecho. No sé si de los ardores o de la ansiedad.

1. Mi amigo Ramón Trillo, cabo de la Guardia Civil del equipo de investigación dedicado a combatir el narcotráfico en la Costa da Morte, colabora con los capos de la droga a los que perseguimos desde hace siete años.

Esa misma tarde tuve terapia. No sé qué pensaría Marifé de mí, porque estuve ausente total. Le comenté que tardaría bastantes días en volver porque debía resolver unos asuntos que no me dejaban ordenar mi cabeza. Y era cierto. Aun así, lo poco que la escuché me vino de perlas para hundirme todavía más en la miseria. A los dos nos gusta mucho la filosofía y, cuando las sesiones no avanzan, tratamos de empujarlas parafraseando extractos de obras que, creemos, pueden

ayudarme. La de esa tarde... Joder, a veces me da miedo cómo me conoce esta mujer: «Tanto la virtud como el vicio están en nuestro poder. En efecto, siempre que está en nuestro poder el hacer, lo está también el no hacer, y siempre que está en nuestro poder el no, lo está el sí, de modo que si está en nuestro poder el obrar cuando es bello, lo estará también cuando es vergonzoso, y si está en nuestro poder el no obrar cuando es bello, lo estará, asimismo, para no obrar cuando es vergonzoso». Aristóteles, *Ética para Nicómaco* .

Por la noche tomé la decisión, ni bella ni vergonzosa, de intervenir los teléfonos del cabo Ramón Trillo. Sabía cómo hacerlo de manera extraoficial, me debía un par de favores un tipo de delitos tecnológicos. Conocía de sobra que esas escuchas carecían de cualquier validez legal; al revés, eran ilegales porque se harían sin intervención de un juez. Pese a ello, constituían la vía más rápida de determinar si Ramón estaba... No quiero volver a escribirlo. Y también me podían ayudar a salvarlo. En fin, cosas de la ética.

13

Diario de Santiago Insua: la costa, nuestra (II)

17 de marzo

La primera llamada que recibió en uno de los teléfonos que guardaba en su sótano me lo confirmó. Era un tal Gabino, parecía del norte de Europa por el acento. Hablaban de un barco nodriza, el Vaduz, que por lo que entendí era el que transportaba el cargamento. Todavía se encontraba lejos del punto de acceso al que otras embarcaciones más pequeñas acudirían para traer el depósito a la costa. Cometí el error de aprendiz de no grabarlos.

O quizá no quise grabarlos.

Por lo que pude intuir, Gabino no era quien enviaba la droga, sino el que se encargaba de distribuirla por España una vez la mierda tocase tierra. ¿Qué pintaba Ramón en todo esto? Facilitar el desembarco de los narcotraficantes en un punto concreto del litoral, donde habría de ser descargada en condiciones que facilitaran la impunidad de la operación.

—No te preocupes *oh* , saldrá como la última vez.

El tal Gabino no parecía muy convencido, pero el hijo de puta de Ramón hablaba con seguridad. A saber cuántos años llevaba aprovechándose de su condición y valiéndose de nuestro sudor en la Operación Arnela. Poseía capacidad de sobra para conocer los lugares donde desembarcar posibles alijos y para estar al tanto de la actividad de las fuerzas policiales encargadas de la represión del narcotráfico. Ramón Trillo era el perfecto encargado de coordinar el operativo criminal, el *maître* ideal para poner en bandeja la seguridad y el confort a la actividad ilegal.

La mala hostia me caldeaba las entrañas.

No sé dónde residía el tal Gabino, pero quedaron para verse en el polígono de Vimianzo al día siguiente a las once y cuarto de la noche.

Me pegué a Ramón desde el desayuno en el cuartel. No me separé de él, quise ser su sombra. Insistí en comer con él, en que me acompañase a recoger a las crías al colegio; por la tarde, en sus

tropecientas salidas al Barril, me pedí cinco cafés mientras él se bajaba cañas. Mi intención no era que desconfiara de mí, no lo iba a hacer de ninguna de las maneras, solo quería que supiese que yo siempre iba a estar ahí, aunque, claro, cómo lo iba a saber. A las diez de la noche lo dejé solo. Fui a Corcubión y le pedí a uno de la patrulla su coche particular. Ni siquiera preguntó por qué. Estos chicos sí que están por la causa.

Cierro los ojos para recordarlo todo con nitidez. Lo veo todo negro. Normal.

Antes de ir a Vimianzo, Ramón giró hacia Muxía, donde sacó fotografías de una lancha. Joder, así que este era el seguimiento que estaba haciendo el día anterior: buscar una planeadora con la que ampliar alguna flota. El cabo Trillo miraba hacia los lados, desconfiaba de los alrededores como si se supiera espiado, regresó al coche y, al tomar la avenida principal, se paró en el arcén justo a la entrada de la rotonda. Me hizo dudar, pero enseguida recuperé la calma y supe que se trataba de una maniobra disuasoria, un guiño preventivo para desalentar y desmotivar a posibles seguidores: «Si me estáis siguiendo, paspanes, sé que estáis ahí». Pero no sabía nada.

Arrancó y se piró al polígono.

No me atreví a entrar en el espacio industrial donde se había citado con Gabino. A esas horas sería una estupidez por mi parte porque cualquiera de los dos me vería en semejante explanada. Así que decidí esperarlo a la altura de la gasolinera contando con que, si volvía a Fisterra, no lo haría por otro camino. Y así fue.

Me llamó Lara. Quería saber por qué no la había acostado y decía que me echaba de menos. Debía de ser cosa de su abuela porque el chantaje emocional no es su estilo y no la arropo cada día desde hace años. Lo que ha pasado, ya lo sé yo, es que llevo todo el día fuera de casa y esta ha sido la manera escogida por mamá para recriminármelo. A veces mi madre es bastante hija de puta. Reformulé el cuento de los tres cerditos a mí manera y Lara se quedó dormida.

Apenas quince minutos después, Ramón ya me estaba sobrepasando a la altura del Castillo de Vimianzo. Arranqué, y en la salida del pueblo, no me pude creer lo que hizo: paró en el puti club. Ya me daba igual. Aparqué el coche a su lado bloqueando la puerta del burdel, salí, me saludó con su efusivo «Oh» sin extrañarse lo más mínimo de verme y le pegué un puñetazo en su puta nariz de rata. «La costa no es nuestra», le grité mientras él sollozaba de dolor como un cerdo encharcado de sangre, recordándole lo que me decía la sabandija cuando quería animarme porque no dábamos una en la Operación Arnela. «Así que la costa es nuestra, ¿eh?, hijo de puta». La

costa era suya, coño.

14

Papá

—Escucha: debes prometérmelo.

—¿Por qué?

—Porque de esto depende que lo de hoy salga bien.

—Por supuesto, sargento Traba, dígame. Sabe que puede contar conmigo. No la defraudaré.

No aguantó la risa. A mí también me hacía mucha gracia cuando me trataba de sargento. Al principio apelaba a mi categoría para vacilarme, como aquel día que nos conocimos en la playa de Quenxe. Bueno, que nos conocimos. Mejor dicho que él quiso conocerme, yo me até la coleta y lo aparqué como solo se aparca un coche de tercera mano: dejándolo atrás con un leve giro de cuello y sin ningún tipo de remordimiento, que para eso tiene 250.000 kilómetros. Por muchos ojos azules y pelazo que tuvieran, no me apetecía soportar a pesaditos que hablan a mujeres desde la barandilla de un bar. De hecho, lo único que me apetecía cuando los veía era detenerlos.

Ahora creo que me sigue tratando de sargento porque me resulta sexi, y lo sabe. Bastante sexi.

—Que te vas a comportar, prométeme que no vas a ser muy pesado, que no lo vas a freír a preguntas porque ya te aviso de que cada pregunta sobre su vida conlleva aparejada una anécdota de seis capítulos de una hora de duración. Y si a su intensidad tengo que añadir la tuya, me voy yo sola a la sesión vermú y os dejo ahogados en el medio del mar. Ah, ¡y ni se te ocurra llamarme sargento delante de él! —lo avisé con el tono de autoridad acorde a mi categoría profesional.

Le devolví la sonrisa. Claro que no me iba a ir sola a la verbena: peor que aguantarlos a los dos sería dejarlos en una conversación mano a mano cuyo desenlace, a buen seguro, pasaría por recordar los episodios más ridículos de mi niñez y adolescencia. Y no estaba dispuesta. Al menos todavía no.

—Te lo prometo —asintió Andrés mientras cruzaba los dedos delante de mis ojos, para mostrarme con su encantador descaro que mentía. Con lo que le gustaban las historias, anda que iba a dejar escapar esa oportunidad—. Ya sabes que puedes confiar en mí. Pero

date un poco de brío —me apresuró mientras miraba el reloj de su móvil—, que no llegamos para ver los barcos.

Habían transcurrido ya tres meses desde que decidimos reabrir la investigación sobre la muerte del sargento Santiago Insua con mucha más pena que gloria. Abril, mayo y junio habían sido estériles. Ni una pista. Ni un rastro. Julio no iba a mejorar y cada vez llegaban más turistas que se enteraban de la historia que les contaban en bares, supermercados, la lonja y hasta en el chiringuito de la Langosteira: «Al menos hace sol, *filla* », me consolaba pa.

La reapertura no había sido recibida con entusiasmo por el resto del cuartel de la Guardia Civil de Fisterra. Una parte de los agentes consideraba que estaba manchando la memoria de Insua pese a que les expliqué que se trataba de conseguir el efecto contrario: limpiarla. Otros compañeros pululaban nerviosos porque no conocían las causas de la decisión pero las intuían: convivían con, y quizá contaban sus secretos a, un chivato.

En el pueblo el runrún era constante pese a la cura del tiempo: dos fiambres en una semana. No es que el sargento Insua fuera muy popular, pero a ver quién se resiste al cotilleo de que no se suicidó y de que su muerte podría estar relacionada con la aparición del cadáver de un narcotraficante en la Lobeira.

Tengo que admitir que incluso a los superiores de la Operación Arnela les resultó rara mi determinación sobre la muerte de Insua. Argumentaron, con razón, que el cadáver ya no era más que cenizas esparcidas por el mar y que pocas comprobaciones forenses se podrían realizar para evaluar unas hipotéticas novedades empíricas del caso. Podían estar tranquilos: por desgracia, no había novedades. La psicóloga que lo había atendido durante los últimos años, y que constituía la siguiente base en la que hacer una parada para continuar con la línea de investigación, disfrutaba desde hacía tiempo de unas vacaciones en el extranjero tras haber asistido a unas conferencias en Berna sobre psicodrama. «Cuando la acción desvela lo que la palabra oculta», se titulaba el foro suizo, a modo premonitorio. En su día, apenas había intercambiado con la psicóloga nada más que unos escuetos wasaps y, muy solícita, ella quedó en escribirme cuando se reincorporase a la consulta y encontrase un hueco en su agenda.

Sobre mis buceos en los papeles del despacho, ni que decir tiene que no hallé rendija alguna por la que colarme: la búsqueda del topo (si es que existía) era hasta el momento infructuosa, y aunque el cabo Ramón Trillo, las agentes Soares y Alvariñas y yo estábamos más en sintonía desde la detención fallida del Charcutero, nuestra bienvenida relación no implicaba una mayor operatividad policial. Al menos, eso

sí, aproveché los días para revisar las carpetas acumuladas y desordenadas de la Operación Arnela y ponerme al tanto de la información oficial disponible.

En resumen corto: la muerte del sargento Insua seguía sin dilucidarse; del asesino de Castijo nada se sabía; Mangana, el otro capo de la droga, era el apodo de un fantasma; la frustración, en fin, era enorme; así que por primera vez en... Dios mío, a saber en cuánto tiempo, por primera vez decidí volcarme en mí.

En los míos.

En lo que importa.

—Oye, ¿cuál es el barco de tu padre? —me preguntó Andrés.

—El Mariquiña I. —Cómo se iba a llamar si no Mariquiña.

—¿Y ese nombre? ¿De dónde viene? —quiso saber.

—Así llamaba pa a mamá cuando estaba cariñoso o socarrón, para pedirle un beso o para chincharla. Desde que murió, papá ha convertido cada aspecto de su vida en un museo donde cada pieza lo obliga a recordarla. El barco, Mariquiña; las flores de casa, orquídeas, sus preferidas; la comida de los domingos, caldo, como era costumbre... —Evidentemente no le iba a revelar a Andrés que pa incluso había reformado una habitación de su casa para unos hipotéticos nietos porque ese era el sueño de mi madre: que yo fuese madre.

Andrés parecía nervioso, ansioso por conocer a papá. Desde que me mudé, lo nuestro se había... No se puede decir consolidado, pero sí establecido. Al final tenía razón pa, a quien todavía no se lo había presentado: me vino bien centrarme en mi intimidad. El día anterior hablamos por última vez como padre e hija. Eso sí, por teléfono, como si viviésemos a una distancia de quinientos kilómetros y no de quinientos metros, pero es que en eso consistían nuestras últimas conversaciones. Me echó en cara que el trabajo me estaba absorbiendo, que no iba a solucionar yo en siete días lo que durante siete años no se había limado; que ya no nos veíamos, que quería saber más de mí, que mudarse no era una excusa para que lo olvidara sino para que yo pudiese hacer mi vida, de la que él quería forma parte. No había contradicción en su discurso, solo amor, soledad y mucha verdad. Pa llevaba años luchando contra sí mismo. No es que le hiciese falta compañía, simplemente es que le faltaba mamá. Son muchos los marineros de carácter difuso, que rozan las sombras y sortean la vida, que enganchan días de recogimiento de fraile con sobremesas de cantantes flamencos. Cuando regresan del mar tras largas travesías, parecen no necesitar más que un cigarro y una esquina de un bar, de un cuarto, de un sofá, en la que macerar sus

pensamientos, como si el cariño de los demás no fuese con ellos. Pero en el fondo lo quieren, simplemente no lo exigen. Y no les hace falta porque mientras no se queden solos saben que siempre tendrán a alguien esperándoles en el puerto. Por todo esto, en un gesto que ni de broma supuso que yo me estaba ablandando, sino que era una muestra de que siempre estaría en el puerto para él, decidí que era un momento oportuno para presentarle a Andrés, el único habitante del mundo que había logrado evadirme del laberinto del día a día y que desde el principio había acertado, y aceptado, no preguntarme más sobre los casos. De vez en cuando hasta venía conmigo a correr al Faro C. Bueno, muy de vez en cuando.

Andrés y yo bajábamos por las escaleras de madera torcidas que unen la iglesia de Corcubión con el Cormorán, una taberna oscurísima con cierto encanto y bastante suciedad en la que los vecinos despiden las noches de juerga cuando el resto de bares baja la persiana a una hora decente. Casi era mediodía. A las once se había oficiado la habitual misa, que ese año contó con la coral Airiños de Quenxe, y la procesión había corrido a cargo de la banda municipal de Cee, formada por jovencitos y jovencitas de la zona que tocaban de uniforme como podían una marcha triunfal, donde los metales comienzan fortísimo para que después los releven los suaves instrumentos de viento madera. No sonaba muy desafinada.

—*Carla, muller, que non chegas pra ver a teu pai ca Virxe do Carme* —me espetó Matilde en la puerta del Cormorán, que regenta desde hace cuarenta y siete años, al verme pasar. *

—Sí, sí, ya lo sé...

Era 16 de julio y, como cada año, se celebraba en Corcubión el Carmen la fiesta en honor a la patrona de los marineros. Se celebraba en Corcubión y en la mayoría de pueblos de costa del país, desde la bahía de la Concha en San Sebastián hasta el cabo de Creus. Además de las procesiones por tierra, en el día grande de la fiesta las cofradías de pescadores cumplen con la bellísima tradición de pasear a la Virgen por las aguas de sus mares, convirtiendo los barcos en preciosos altares y acompañando el viaje con ofrendas florales en memoria de los marineros engullidos por el océano.

—¿Dónde esperamos a tu padre, en el pantalán? —preguntó Andrés.

—No, que allí seguramente va a concentrarse mucha gente —le dije—. Creo que es mejor que veamos la procesión desde el arenal del paseo marítimo, enfrente del kiosco. Se ve un poco peor, sobre todo hoy, que está la marea alta, pero así nos agobiaremos menos. Desde que apareció el cadáver de Castijo, parezco una famosa huyendo de

los *paparazzis* . Y cuando pa atraque ya nos acercamos a la cofradía para encontrarnos con él. Dijo que ya se había ocupado, así que no sé qué tiene pensado para después.

Cuando se jubiló, pa se compró un barco cabinado, especial para salir a pescar él solo sin necesidad de ayuda. Según me contó el día anterior, había ido el lunes. Poca gracia me hacía, pero como para decirle algo encima de que lo tenía abandonado. «*Filla* , qué bien se estuvo. Sobre las diez de la noche el viento tornó sureste, lo que hace que el mar se pique, ya sabes, estaba un poco peligroso, pero es que ese momento es muy favorable para la pesca de la lubina, que normalmente está bajo los lunares espumosos de la rompiente. Disfruté como un niño». Y pescó un par de robalizas. Suspiré, pero pensé que mejor esas aficiones, en verano —en invierno se lo tenía prohibido, si iba al menos no me lo contaba—, que cuando navegaba por el Caribe al lado de ciclones o en aguas de Mozambique, donde los guerrilleros de la zona subían al barco para llevarse el pescado de la carga: «No venían a hacernos daño, solo estaban hambrientos. Eso sí, asustaban», contaba en cada cena de Navidad.

Andrés no iba a dar crédito con tanta historia.

Los barcos que escoltaban a la Virgen ya arribaban a puerto y las bombas de palenque típicas de la festividad resonaban como si la Armada Invencible nos estuviese invadiendo. Apenas había atracadas en el pantalán dos o tres embarcaciones pequeñas, el resto habían salido. No hubo más incidencia que algún mareo por el calor de vecinos de determinada edad. Veintiocho grados y sin viento en Corcubión: temperatura tropical para Galicia.

Pa fondeó la lancha en una boya, emocionadísimo; la dejó engalanada, ya la despejaría de flores más tarde, se subió a un bote y, tan pronto llegó a la orilla de la playa, empecé con las presentaciones.

—Qué bien, *filla* . Cuántas ganas tenía yo de esto. —No se refería a verme, claro, sino a Andrés—. Qué contenta estaría tu madre.

—No empieces, pa...

—Bueno, venga, tienes razón: hoy voy dejar el pasado dormir. He reservado para comer en la de Pepe. Te gusta el pulpo, ¿Andrés?, a quién no. Hace uno a la brasa con *queixo do país* que te chupas los dedos. Pero antes querréis ir a bailar un poco con la orquesta a la sesión vermú, ¿no? Venga, vamos, pero no bebáis mucho, que uno tiene que conducir. Bueno, si queréis tomar un par, ya conduzco yo, que no me importa. Así que por eso me hacías tantas preguntas aquel día en el kiosco, ¿eh, Andrés? Porque querías información confidencial sobre la sargento.

Y nos empezamos a reír cuando pronunció la palabra sargento.

Hacía muchos años que no veía a pa tan entusiasmado y locuaz. Con lo acostumbrada que me tenía a las frases escuetas y ambiguas. Ni siquiera parecía él. Incluso ya no semejaba un hombre misterioso envuelto en la bruma, sino un padre normal. Eso sí: demasiado corriente para lo que yo estaba habituada.

Estábamos bebiendo el primer vermú, que en el pueblo se sirve llenando vasos de tubo hasta los topes, y se puede pedir rojo, blanco o mezclado, que es algo que incomprensiblemente parecen no entender fuera de Galicia: un vermú mezclado consiste en mezclar el rojo y el blanco a partes iguales. Les contaba la anécdota cuando me sonó el teléfono. Era el cabo Ramón Trillo.

Según me había dicho la noche anterior, cuando nos despedimos en el cuartel, él también aprovecharía el día libre porque en Fisterra pervive mucha tradición con la Virgen del Carmen. «Mañana que nos cubran los de Muxía *oh* », me soltó, dándome a entender que nadie de los nuestros se iba a encargar de las guardias. Sus hijas querían ver la procesión y las llevaría de paseo mientras en casa, su mujer, Elsa, preparaba una comida para no sé cuántos invitados. «Es que para nosotros es como la fiesta grande, viene casi toda la familia», me había explicado. No le cogí el teléfono, pero insistió tres veces. Le respondí y...

Al final, pa y Andrés se quedaron solos. Ni me acuerdo a día de hoy si fueron a comer a la de Pepe o si a Andrés le gustó el pulpo a la brasa. Sí tengo grabado que me juré que nunca más iba a cometer el error, el crimen, de tomarme un respiro sin dar por concluido un caso. Aunque eso significase anteponer cualquier otra vida a la mía.

15

Diario de Santiago Insua: caída

18 de marzo

De Ramón hacía tiempo que desconfiaba. Y ahora ya sabía el porqué de sus actos, de sus engaños, de sus enigmas. Lo que no me imaginé nunca —quizá por su ingenuidad, quizá por nuestra cercanía, quizá por la cantidad de veces que las he defendido ante el forense o la jueza— es que Soares y Alvariñas también estuvieran metidas en el ajo, con lo que les huele el aliento y yo sin olérmelo.

En fin.

Que ni siquiera lo hubiese sospechado cuando he pasado a su lado los últimos siete putos años de mi vida, entregados a esta causa sin ningún premio y tantos sinsabores: distanciarme de mis amigos, volver a vivir con mi madre, separarme de Celia... En realidad, las circunstancias cobraban ahora una lógica bastante aplastante. ¿A quién sería más fácil de convencer para emprender un contubernio de tal envergadura? ¿Quién iba a conocer mejor la zona donde operaban los narcotraficantes sino ellos? ¿Quién podría establecer relaciones más cordiales, más próximas, con quien hiciese falta, desde otros agentes a camellos locales? Al final, de puertas para adentro, yo solo era visto como un jefe impuesto y ellos para el pueblo y alrededores eran los guardias de Fisterra, *os nosos* .

Estoy hasta los huevos de esa expresión, *os nosos* . Puto chovinismo irracional: ¿por qué ser considerado de aquí es más importante que una valía de verdad?

La operación tal y como la conocía hasta el momento, tal y como la había enfocado, había autoimplosionado. A mí solo me quedaba dar un último paso: revelar a los superiores de Arnela mi descubrimiento y poner mi puesto a disposición de otro que supiese ordenar este caos. Quizá debería volver a Barcelona. O irme más lejos.

Pero ¿cómo había estado tan ciego? No podía seguir al frente por mucho que pusiese el grito en el cielo. No, yo no.

Ramón había tratado de tranquilizarme mientras esperábamos en Urgencias para que le recolocaran la nariz en su sitio. Sufría una pequeña desviación. Se la partí y el daño en el cartílago le produjo tal

acumulación de sangre que los médicos temían que la lesión provocase un bloqueo nasal y, con el tiempo, una deformidad permanente. Le drenaron la sangre como pudieron y tiene que volver a una revisión la próxima semana. ¡Pero a saber dónde estaremos la próxima semana, joder! Y el tipo, ahí sentado en la sala de espera del hospital comarcal, con la nariz ensangrentada, me pedía que me calmase, ¡como si siguiese siendo mi amigo y no hubiese traicionado mi confianza! Me soltaba que ellas ya lo sabían, que lo habían aceptado a cambio de que las dejase participar de cierta manera, que debía comprender que no me lo podían decir —«Home, xa, fillo de puta» (me salió en un gallego autóctono impropio de mí), por la cuenta que os traía—, pero que, tal y como estaban las cosas, aceptaron tan oscuro encargo porque era la única manera de buscar alguna vía alternativa y solucionarles el futuro.

El futuro.

Me confesó que en el caso de que se les torciera el invento incluso habían debatido pedir el traslado a algún pueblo perdido en el interior de Castilla y León, donde sabían que nadie iría a pedirles que rindieran cuentas. Ramón tenía visto el municipio en cuestión: Tábara, una localidad de Zamora que conocía porque hacía años ardió por un incendio que se había originado en Losacio. Se quemaron más de 35.000 hectáreas, era el segundo fuego más destructivo de España a día de hoy. Me sorprendió que hasta lo hubiese discutido con su mujer, la pobre y abnegada Elsa, a la que nunca cuenta nada más que la hora a la que llegará a casa para que le tenga la comida preparada. Ella estaba de acuerdo.

—Bueno, ya sabes cómo es *oh* . Me dijo: «Monchiño, si eso nos va a traer cuartos, me parece bien, si no, ya te vas alejando de toda esa porquería que se va a hacer contigo o sin ti. Y en unos años nos marchamos».

Nunca le había gustado vivir en este trópico de la niebla que es Fisterra. Pero, ¡coño!, no sabía que estaban tan mal de pasta. Daba igual, ¡eso no era excusa! ¿Y todo lo que habíamos hecho juntos hasta el momento? Claro, hostia, el camión de Manel en la playa de Arnela. «Se lo habían robado». Se lo habían robado, mis cojones. Y todavía decidí creerme las excusas que me había dado cuando fuimos a desayunar esa mañana.

Verás cuando se lo cuente a Benítez.

Le pedí al cabo Trillo que reflexionara. Que acabase ya con esto. Que le contase a su mujer la verdad. Le di una semana. ¿Por qué una semana?

No lo sé.

Supongo que para aclararme yo.

Tuve que pedir cita urgente con Marifé. Si hecho cuentas de la pasta que me he gastado en la psicóloga durante los últimos años, me podría comprar un Ferrari o un equipo de fútbol. Quizá el Celta, para ver si lo desciendo y por fin el Dépor vuelve a ser el primer equipo de Galicia. Al menos conservo cierto humor.

En la consulta traté de detallar la situación en la que estaba atrancado laboralmente sin entrar en pormenores. No podía. Y Marifé me escuchaba como si hubiese enloquecido, como si mi carácter hubiese cambiado radicalmente de un día para otro, como si no entendiese por lo que estaba pasando.

Vaya psicóloga. Y venga con sus jueguecitos filosóficos: «No hagas a los otros lo que no quieras que te hagan a ti» es uno de los principios fundamentales de la ética. Pero es igualmente injustificado afirmar: «Todo lo que hagas a otros te lo haces también a ti mismo». Erich Fromm, *Ética y psicoanálisis* .

¿Que no haga qué? Ahora van a saber lo que es bueno. Si la responsabilidad, como no se cansa de recordarme, es saber que cada uno de mis actos me va construyendo, me va definiendo, me va inventando, ahora voy a elegir lo que quiero hacer. Ahora voy a jugar yo. Y me dan igual las consecuencias.

Que caiga quien caiga.

¿Y ese ruido? Creo que Lara está teniendo una pesadilla. Yo también.

16

Qué demonios

—Cabo, qué pasa con tanta llamadita. No lo he escuchado porque estoy en medio de la verbena, pero ya le dije ayer que no quería saber nada de usted hasta mañana —respondió Carla Traba al teléfono, medio en broma y, sin embargo, con mucha seriedad.

—*Carla, tes que vir, me cago na cona* . *

El que no bromeaba era el cabo Ramón Trillo.

Carla Traba se despidió de su padre y de Andrés. Los dejó en un mano a mano con una relación sin estrenar y vermús mezclados recién servidos en la verbena que se estaba celebrando en Corcubión con motivo de la Virgen del Carmen, la patrona de los marineros. Iba a ser su primera vez juntos. De los tres.

Tendría que esperar.

La sargento huyó casi sin mediar un ligero adiós, corriendo hasta el garaje entre la música farandulera y decenas de puestos de feria; enganchó su moto, que no desempolvaba desde que se había estrenado en el cargo, le acababa de llegar; ajustó su casco negro marca Arai a la cabeza y enfiló a velocidad de multa la ruta hacia Fisterra. Surcó las curvas de Amarela; con su chupa de cuero de colores vivos parecía una piloto de motociclismo profesional, con la diferencia de que en su tramada no la aplaudía a la derecha el público y a la izquierda no la jaleaban desde los talleres de los mecánicos: lo que Traba dejaba atrás eran eucaliptos y casas bajas con tejados específicos para los climas lluviosos. La primera curva al abandonar la parroquia de Amarela le rememoraba su adolescencia. Ahí, justamente enfrente de Aluminios Lado, había sufrido su primer accidente en coche, pero de aquello hacía ya más de veinte años. Ahora no le gustaba tanto la velocidad y si le gustaba, hacía para que no se le notase. Además, en defensa de aquella salida de la carretera por la que su padre no le prestó el coche durante tres meses, siempre recordaba que aquel había sido un día de condiciones climatológicas horribles, de esos de ciclogénesis explosiva por la que no hay que salir de casa. Ella salió y casi acaba debajo del puente.

Ya a medio camino de Fisterra se veía que el camping de Estorde estaba hasta arriba de peregrinos que cargaban con sus tiendas de

campaña para hacer una última noche antes de recorrer los kilómetros finales de la prolongación Xacobea, que es la que culmina el camino de Santiago en el faro. Según algunos escritos antiguos —crónicas del siglo XII , que son las primeras que documentan este tramo—, en el faro se levantó un cruceiro donde los peregrinos deben abandonar el calzado que tanto tiempo han acumulado y quemar sus ropas. Así, el caminante se desprende de lo material y purifica con el fuego el pasado que arrastra y del que se quiere deshacer, la única manera de empezar una nueva vida.

Cuando Carla Traba atravesó el pueblo de Sardiñeiro aún retumbaban los ecos de las bombas del Carmen y, nada más entrar en Fisterra, en la recta de la Anchoa, fue adelantando coche a coche para que el tráfico no la entorpeciera. Para llegar al Corveiro, desde donde la había llamado el cabo Ramón Trillo con urgencia, tuvo que encender el GPS porque todavía no controlaba los rincones menos conocidos de Fisterra.

El cabo Trillo la esperaba en la bajada a la playa del Corveiro, una playa que, pese a mantener su virginidad casi intacta de la voracidad constructora, cuenta con unas detalladas y agradecidas escaleras de pizarra que facilitan el acceso desde su parte más alta.

El cabo, inquieto, no paraba de moverse justo en la zona en que se acumulaba la arena, en el último escalón. En cuanto vio a la sargento, tiró su cigarro al suelo, como acostumbraba: no le gustaba fumar delante de ella. Y pisó la colilla con cierta ferocidad.

—Pero ¿está seguro de que es él, cabo? —lo saludó Carla Traba, que con las prisas ni se había cambiado el calzado. Vestía tacones, unos *shorts* y un top rojo de lunares blancos, atado bajo el pecho con una lazada. Con el calor que hacía, decidió dejar la chaqueta de la moto en la maleta trasera.

— Coño, Carla —le espetó mientras remataba a la pobre colilla y la examinaba a ella de abajo arriba—, a no ser que tenga un hermano gemelo ese muerto que está ahí destrozado es el chorizo del Charcutero.

—¿Qué ha pasado? ¿Sabemos?

—Ni idea, casi acabo de llegar. De momento están las rapazas con él.

—Pero ¿lo han asesinado?

—Carla oh, que *non sei che digo* .

En una sola conversación de sesenta segundos, Carla Traba había recordado por qué la exasperaba tanto el hombre panzudo de nervio vago en quien debía confiar: porque nunca arreglaba nada.

—Cuándo lo encontraron, cabo —preguntó sin interrogantes, a

modo de orden.

—Unas horas antes de que te llamase por teléfono, *foi un* de aquí el que nos avisó, O Pintxo. Se acojonó y fue corriendo al cuartel. Dice que lo encontró porque todos los días a las siete de la mañana suele pasearse por la playa desnudo.

La sargento arqueó las cejas.

—¿Es nudista esta playa? —preguntó Traba mientras se descalzaba.

—Mejor no preguntes oh. El caso es que el tipo no encontró a nadie en el cuartel. Ya te dije ayer que hoy todos nos cogíamos el día libre. Y lo encontré yo a él porque estaba gritando *polo* Camiño dos Herbais: «¡A mí la Guardia Civil, a mí la Guardia Civil!». Está zumbado. Lo vi cuando la procesión del Carmen bajaba por la calle Andrade y estaba montando un jolgorio de la hostia. Me acuerdo que, hace años, cuando reformaron la iglesia, se pintaron los techos de aguamarina. La gente estaba enfadadísima y él, en medio de una misa, acusó al cura de construirse una casa con el dinero que los feligreses habían donado para los apaños. El fulano está *jamado oh* , pero no iba a...

—Cabo, por favor...

—Sí, perdona, *xa sabes* que me lío *oh* . Están Soares y Alvariñas con una inspección ocular mientras llega la Judicial y el forense aún tardará media hora.

Alcanzaron la playa. Ella delante, escoltada por él. Los andares graciosos de una sobre la arena movediza contra la pachorra pesada del otro. Todavía permanecía tumbado o bañándose algún despistado o curioso a quien no habían ahuyentado los gritos de la otra vecina que, cuando bajó con su perro a la playa, se había encontrado el cadáver antes de que llegase la Guardia Civil. Cuando los agentes la interrogaron, les dijo que se había alejado en seguida del cuerpo, pero un primer repaso visual al cadáver mostró que el perro, un divertidísimo border collie bicolor, negro y blanco, que respondía al nombre de Baloo, había pasado un rato entretenido con la pierna caduca del Charcutero, que presentaba unos cuantos mordiscos.

Ahí estaba.

Carla contempló esa cara desfigurada, chupada. No se le había olvidado desde aquel interrogatorio detonante de muchos cambios de actitudes y de cierta humillación. En verdad, las diferencias entre el rostro tranquilo del cadáver que tenía enfrente y la sonrisa cadavérica que se había mofado de ella cuando lo detuvieron apenas existían. Y esa cicatriz. Hacía por lo menos más de un par de meses desde la intervención en la casa del camello que los había esperado en su sofá

a la hora precisa del registro viendo un partido de fútbol repetido en su televisor con el resto de la vivienda vacía. El hombre al que no habían podido ni incriminar en un simple y parcial desacato a la autoridad ahí yacía, con la misma cara de hijo de puta pero en una pequeña cala, como si se tratase de su salón.

La sargento saludó a las agentes Soares y Alvariñas y se giró para apresurar con un gesto el paso de Ramón Trillo, más torpe que de costumbre al caminar sobre la arena.

—Cabo, fíjese qué cantidad de cortes, ese del cuello parece mortal. Eso no lo provocan los golpes contra las piedras.

—Hostia, Carla, no, ¿otro asesinato? ¿Como el de Castijo? ¿No crees que ya tenemos bastante? —le contestó, como si se lo estuviese recriminando y achacando a ella.

—No sé si tendrán relación, pero basta ya de casualidades en este pueblo. Más enigmas para nuestra investigación. Y esto no se acaba, cabo, no. Si no hemos ni empezado. Tengo que volver a hablar con los superiores, el caso nos está sobrepasando. Quizá necesitemos algún tipo de refuerzo. Ahora mismo hay tres cadáveres en el armario, no se olvide de la muerte de Santiago Insua. A ver cómo gestionamos la información con los vecinos. Por lo que entiendo, si el que encontró el cadáver es un botarate, a estas alturas del Carmen ya se habrá enterado medio pueblo y hasta los feriantes de las atracciones para niños. En fin. ¿De dónde era el Charcutero? ¿De Fisterra?

—Sí *oh* . Acuérdate de que la charcutería ya la regentaban sus padres. Aunque cuando la tenían ellos era una carnicería. De hecho, podría decirte que fue una de las carnicerías que más clientela fidelizó por la zona porque hará cosa ya de... de cuarenta años —dijo mientras contaba en su cabeza mirando al cielo— compraron unas parcelas en Lobelos, en la entrada de Vilanova, ¿sabes? Y montaron allí un matadero. La carne más fresca era la de ellos.

—Y el muerto ¿qué hizo con ese matadero? —quiso saber Traba.

—Tan pronto se jubilaron sus padres lo cerró.

—¿Sus padres están vivos?

—Creo que sí.

—Pues habrá que tomarles declaración. Qué le parece si vamos los dos esta tarde.

—*Mellor mañán* * *oh* . Busco la dirección y te la dejo encima de la mesa. O les pido que se acerquen al cuartel.

La sargento accedió.

El cabo se separó un poco del cadáver, nunca los había soportado. A punto estuvo de arrancarse con uno de sus discursos bíblicos, pero los pocos vivos que había en la playa se sobresaltaron y giraron la

vista hacia el acceso al Corveiro porque el ruido tremebundo del coche del forense Blanco había perturbado la poca paz que ahí solo guardaba el muerto.

—Carla, mejor pensado, tengo que marchar *oh* , que dejé a las niñas solas enfrente del Covirán, y ya sabes que hoy tenemos fiesta grande en casa —se apresuró a decir el cabo Trillo—. Al menos voy a llevarlas a la comida. Elsa *vaime* matar si no. Y si me necesitas para algo ya vuelvo más tarde, total, este no va a escapar—finiquitó Trillo, refiriéndose al cadáver.

—Sí, no se preocupe, cabo, le informaré por la tarde. Disfrute de la familia.

Ahora mismo solo la molestaba. Ramón Trillo se marchó por el camino corto, encaramándose a las desgastadas rocas del fondo del arenal, por donde limitaba con una finca poco cuidada donde hacen pellas los chavales del instituto público. En el otro extremo de la playa, por las escaleras, ya bajaba el forense Blanco, rodeado de imaginarias nubes negras. Y eso que el sol pegaba fuerte.

El cadáver del Charcutero se encontraba al final de la cala, en su parte más occidental. El cuerpo todavía descansaba sobre un colchón de arena porque la marea no había completado el ciclo de subida, movimiento en el que la playa resguardada del Corveiro, sita en una esquina de Fisterra en dirección al faro, se convierte en una alfombra de grava bañada por un oleaje moderado. Son apenas veinte metros de longitud por treinta de anchura, de la que únicamente saben disfrutar quienes llevan anclados ahí su existencia entera. ¿Por qué? Porque son los únicos que la conocen.

—Soares, Alvariñas, ¿cómo lo ven? —les preguntó Carla.

—Poca cosa, sargento. Muchos cortes, varios golpes en la cabeza...

—¿Creen que lo mataron aquí?

—No sé —respondió Soares—. De lo que hay poca duda es de que no ha sido muerte natural.

«El humor gallego», pensó Traba.

—Por cierto, sargento —añadió Alvariñas—, hay un coche mal aparcado en lo alto de la carretera. Estamos ya comprobándolo, pero no es descabellado pensar que está a nombre de Juan Touriñán Loureiro, alias el Charcutero. No estaba cerrado.

—Bien. Habrá que cotejar la matrícula. Y acuérdense también de averiguar si finalmente este pobre hombre se mudó, si se cambió de piso. Recuerdo que una de las excusas que me soltó para justificar que su vivienda estaba vacía era que se iba a vivir al piso de una prima.

—Claro.

—Una curiosidad, por cierto: el cabo Trillo me acaba de decir que la familia tenía un matadero que ahora pertenecía al Charcutero: vayan ambas mañana a hacerle una visita por si...

—¡No, *me cagho en alghún Dios* ! ¡*Vosoutras* otra vez no! ¡*Fusca, fusca* !

El forense Blanco las había alcanzado y forzaba ademanes exagerados contra las agentes para que se alejasen del cuerpo, como si estas lo fueran a intoxicar, como si ya lo hubiesen hecho. Estaba colérico. Además, a consecuencia de la lesión crónica de su pie, la cojera y su aspecto mientras caminaba por la playa le conferían una apariencia ciertamente terrorífica. Alvariñas y Soares no dudaron y se alejaron del lugar sin protestar.

—Mejor nos vamos, sargento —le dijo Soares a Traba antes de que llegase el forense.

—Pero ¿qué ocurre?

—Que a veces no nos soportamos.

Había que peinar y proteger la zona para expulsar a los curiosos que empezaban a agolparse. Las agentes decidieron que era el momento oportuno para emprender la tarea.

La sargento Carla Traba ya había chocado contra el carácter del forense en otras ocasiones, pero la violencia con la que se había dirigido a Alvariñas y Soares carecía de exculpación. Profesional, por supuesto, pero sobre todo educacional.

—¿Qué demonios hace, Blanco? —acertó a farfullar Traba una vez superado un minishock debido a la virulencia del forense—. ¿Acaso está beodo?

—Mire, sargento —la altivez de Blanco no mitigaba—, ya veo que lleva aquí un tiempo pero no le cuentan ni media hostia. Ni falta me hace ver el cadáver, puedo darle ahora mismo mi informe: contusiones severas, el cuerpo rajado, y alguna de las heridas no tendrán apariencia de ser fruto de los choques con las rocas ni autoinfligidas. Me pongo en modo profeta y adivino que entre las membranas de los dedos de los pies encontraremos pinchazos y en el posterior informe toxicológico... ya se imagina, ¿no? Drogas. ¡Y otra vez en el puto Corveiro, hay que tocarse los cojones! Como le dije a Insua en su día, este muerto no habla, Traba, ¡este muerto *ghrita* !

A Carla Traba el personaje la agobiaba, pese a que le encantaba su acento, pero no entendía qué estaba pasando, a qué demonios se refería el forense.

—*Non me mires así, cona* —continuó Blanco. A ver, dónde está el patán de Trillo. ¿Por qué no le ha contado lo que pasa? *Merda* , es que les voy a empapelar a todos. Estas dos ni tenían que estar en activo.

Por qué le habría hecho caso al sargento Insua, por qué lo habría dejado en sus manos. No hay nada peor que dejar algo en las manos de un muerto.

Había sido suficiente para la sargento. Traba tiró los tacones al suelo y lo señaló con un dedo índice acusador.

—Forense, primero, discúlpese. No le voy a tolerar que se dirija en ese tono insultante, no sé a qué estaba acostumbrado usted antes de mi llegada, pero aquí nos tratamos con profesionalidad y...

—Pero usted, usted es que no tiene ni idea, verdad, ¿sargento? ¿Y por qué está así vestida?

Traba intentó no ruborizarse.

—¿Qué es lo que tengo que saber, Blanco? Ilumíneme de una vez, puñetero maleducado—le respondió, recuperando la compostura tan solo a medias.

—Mire, no es el primer muerto que quieren enterrar en esta misma playa. Eso sí, la última vez se trataba de un yonqui y ahora de un camello, ¿no? Eso debe de ser lo que llaman el ascensor social o la evolución de la especie. ¡Quizá esto es el darwinismo!

Las ironías de Blanco eran exasperantes. Le pedí, por favor, que si tenía algo que contar más allá de sus diatribas de mandril lo hiciese ya. Y vaya si lo hizo. Ahí, en unas aguas de cristal con olas arañadas, parecidas a las que en ese día embrutecían la costa, a principios de año se halló el cuerpo de un yonqui, un tal Cañón. El cadáver estaba mucho más castigado que este, había pasado mucho más tiempo en el mar, pero las heridas, en un vistazo preliminar y ya más serio del forense, guardaban similitudes.

Por entonces se dictaminó que había muerto a consecuencia de una sobredosis, aunque según me dijo el forense se acudió simplemente a la causa más probable: el cuerpo estaba demasiado maltratado. La inspección ocular la habían llevado a cabo las propias Alvariñas y Soares, y Blanco, inconforme con su análisis, amenazó con llevarlas a juicio. Por lo que me contó, más tranquilo cuando lo obligué a hacer su trabajo antes de que me explicara la historia con palabras y no con gritos, no era la primera vez que señalaba a las agentes, al cabo Trillo y al sargento Insua por negligencias. En verdad, me confesó, eran sospechas que nunca se habían materializado y que en cada ocasión el equipo siempre se defendía con el escudo de la Operación Arnela, pero habían ido demasiado lejos con sus....

—El cabo lo sabía —concluyó Blanco mientras seguía observando el cadáver—. En dos días le enviaré el informe, Traba.

—¿Qué sabía? —El aspecto del forense era peculiar. Con los pelos largos y grisáceos, tanto los que todavía nacían alrededor de la

coronilla como de la barba, que le caía casi hasta la altura de la boca del estómago. Parecía un hombre honesto. Había trabajado en el País Vasco en los años del plomo. Tenía oficio, y olfato.

—Sabía que ese hombre, Cañón, no se había suicidado. No me lo dijo a mí, claro, pero cómo no lo iba a saber.

Siguió detallándome lo ocurrido en aquel caso. Me puso en antecedentes sobre quién era aquel yonqui: Rubén Ramos, treinta y un años, soltero y sin hijos. «De aquí de siempre». Pero no le interesaba su historia sino advertirme de que eso que estaba ocurriendo, los asesinatos de Cañón y del Charcutero, no eran una casualidad. Misma playa, misma profesión, mismas marcas. Incluso había acertado con el detalle de las membranas de los pies, los estigmas de pinchazos. Quien lo hubiese matado quiso hacerlo pasar por drogadicto. Cañón quizá lo era, pero por lo que yo recordaba el Charcutero era un tipo infame, mediocre, sí, pero con la cabeza bien clara. Cuando lo interrogué no percibí indicio alguno de que consumiera sustancias estupefacientes.

Al comparar los casos, no era difícil observar el mismo modo de obrar en los asesinatos y, quizá, eso mismo escondiese un mensaje, un aviso para navegantes. ¿Un mensaje de quién? Durante el interrogatorio, el Charcutero había hecho una broma sobre la muerte de Castijo... Y otra pregunta igual de importante: ¿para quién podría ser el aviso?

—¿Y cómo se cerró la investigación de Cañón? —seguí preguntándole al forense.

—Sargento Traba, ¿me ve cara de inspector?

La respuesta de nuevo la tenía Trillo. ¿Por qué cuando el camino se torcía siempre esperaba al final el cabo Ramón Trillo?

—Por cierto, sargento. Los padres de Cañón ya han muerto, pero sigue teniendo una hermana. No sé cómo se llama, pero es la única psicóloga que hay en el pueblo. No debe de ser tan difícil dar con ella.

O quizá sí.

—¿Marifé? —pregunté un poco anonadada.

—Ya le digo que no lo sé.

—¿Sabe usted que esa mujer trataba al sargento Insua?

—Bueno, eso se dice, a mí siempre me extrañó mucho que Insua, que en paz descanse, ojalá de tantas veces que lo mencionamos volviese a la vida...; le digo que siempre me extrañó que Insua fuese a terapia. Es algo de lo que me enteré tras su muerte.

—¿Por qué dice eso?

—*No te sé. Parecía un home moi feito* . *

Capullo.

Dejé al forense en la playa y llamé diecisiete veces al cabo Trillo.

No me cogió ni una. Me quedé sentada en la moto, contemplando el mar. No sé si habría paz para los malvados, pero ahí supe que no la habría para mí.

Sonó el móvil y descolgué a toda prisa.

—¡Cabo! Ahora mismo en el cuartel, no quiero ni una de sus excusas de telepredicador.

—Dis... disculpe... ¿Carla? —preguntó una mujer.

Y miré la pantalla del móvil.

—Soy Marifé, la psicóloga. Solo quería decirle que estoy de vuelta en Fisterra y que cuando quiera podemos vernos.

17

Nadie se iba a extrañar

LA OLA DE CALOR DEJA EN ESPAÑA 460 MUERTOS

El Instituto de Salud Carlos III, dependiente del Ministerio de Sanidad, estima en 460 las muertes atribuibles a las altas temperaturas registradas en los seis primeros días de la ola de calor que afecta a España desde el pasado viernes. Este julio está siendo uno de los meses más calientes que se recuerda en los últimos setenta años, desde que comenzó la serie estadística.

Según el Sistema de Monitorización de la Mortalidad Diaria, las defunciones observadas y estimadas por causas atribuibles al exceso de temperatura tuvieron su pico máximo el domingo, con 223 fallecidos.

Las temperaturas más extremas se están dando en numerosos puntos del país, a norte, sur, este y oeste. Cinco comunidades están en alerta roja y otras siete, en aviso naranja.

Según ha recomendado Protección Civil a este diario, los ciudadanos deben limitar la exposición al sol, no ir a la playa en las horas centrales del día y evitar la actividad física prolongada en las mismas, beber abundante agua u otros líquidos y tomar comidas ligeras y regulares, así como protegerse la cabeza, utilizar ropa de colores claros y...

El ventilador del techo giraba a cámara rápida e incluso así estaba comenzando a sudar. El calor que cargaba el ambiente era insoportable para esas horas del atardecer en la costa gallega, pero ningún punto de España estaba escapando a esa horrorosa ola de calor que, cuando respirabas, parecía que tragabas una bocanada de infierno sin ni siquiera poder mordisquearla.

Noté cómo se deslizaba una gota de sudor por mi gemelo derecho, que todavía tenía arenas adheridas del paseo en la playa del Corveiro, y me vino otra vez a la cabeza el rostro demacrado del Charcutero. Ni siquiera me había quitado los tacones que me había calzado para la fiesta del Carmen, lo que me hizo recordar que solo habían pasado unas horas desde que estuviera con pa y Andrés a punto de tomar un vermú y ahora... Ahora parecía que estuviera viviendo en un día diferente. La verdad es que mi estampa, con el sudor, los tacones, las arenas y esos *shorts* que solo sacaba del armario cuando quería marcar

culo, no era muy profesional. Aun así quería aprovechar el tiempo, por eso cuando Marifé me llamó le pregunté al instante si nos podíamos ver, y aunque todavía no me había dado su aprobación ni facilitado su dirección, ya me despedía del forense Blanco con un gesto sin colgar el teléfono y sin saber a dónde debía dirigirme para llegar a mi nueva cita.

El techo de la sala de espera era abovedado, pero al tener muy poquitos metros cuadrados de superficie transmitía estrechez, ahogo; no era la sensación ideal para relajar a un paciente que acude a ver a su psicóloga. El ventilador no paraba de girar y girar, y en la típica mesita de cristal transparente que adornaba el centro de la habitación, parecía nueva, había un montón de revistas. Por encima de todas ellas, destacaba una de cine, *Fotogramas* , que dedicaba ese número a analizar un clásico de la gran pantalla: *Apocalipsis Now* , la película de Coppola. Empecé a leerla mientras esperaba por Marifé, que me había abierto la puerta de la consulta pero me había pedido que le concediera unos minutos antes de hablar. La revista estaba ilustrada con las míticas escenas de la película en las que los helicópteros estadounidenses atacaban la aldea al ritmo de *La cabalgata de las Valkirias* de Wagner. Y prometo que, mientras giraba y giraba el ventilador, yo notaba a mis espaldas girar y girar las hélices de los helicópteros y el napalm combustionando. Lo dicho: no era muy relajante.

La llamada de Marifé no entraba en mis planes. En mis planes solo concebía asaltar la casa de Ramón Trillo con una recortada, irrumpir en medio de esa comida familiar y exigirle de una vez que parase de contemporizar, que soltase todo por esa boca. Otra vez me enteraba por terceros de que me ocultaba información. ¿Qué había pasado con el tal Cañón? Pero como el cabo no me cogía el teléfono, y llamar a los tanques podría ser considerado por alguien como que me estaba excediendo en mis competencias, aprovechar la baza de la psicóloga para intentar avanzar en... en algo, no estaba de más.

Por algún extraño motivo, Marifé aparecía ligada a varias ramas de la investigación. Según el forense Blanco, era hermana de Cañón, un yonqui que apareció muerto hacía un tiempo en la misma playa del Corveiro donde acabábamos de encontrar al Charcutero y, lo más importante, el cuerpo de aquel presentaba las mismas heridas que el de este. Podían estar relacionados. Además, tras la muerte del sargento Santiago Insua, se solicitó a Marifé un informe en calidad de su psicóloga personal: señalaba que el paciente había tenido pensamientos suicidas. Este hecho se utilizó como prueba determinante para dictaminar que Insua se había quitado la vida tras

no encontrar indicios de homicidio y ni alguna evidencia de que pudiese haber sufrido un accidente en la carretera del faro. Y, por último, había un tema que me resultaba muy interesante y que no había comentado con nadie más que con la madre del sargento: las notas que, según Manuela Elisa, la madre de Santiago Insua, el sargento escribía por recomendación de su psicóloga.

Pese a que Fisterra entera estaba de fiesta, Marifé me atendió a los quince minutos de llamarme. Me citó en su consulta, que estaba en el piso inferior de su vivienda, en un edificio de tres alturas en la calle que baja al puerto, Rúa Alcalde Fernández, al lado de la autoescuela de Eligio. Abrió la puerta con una voz muy delicada pero a la vez histriónica, como si fuese de dibujo animado de los que siempre están huyendo de los problemas, como si alguien la hubiese dibujado así.

—Buenas tardes, Carla —y me estrechó la mano—. Siéntese en la *chaise longue* , por favor.

—Como si fuese una paciente —me salió decirle.

Se sonrojó un poco. Parecía timidísima.

—Discúlpeme, pero tengo mi casa del piso de arriba en reformas y tampoco me parecía de recibo atender a la Guardia Civil en ella.

Su despacho irradiaba sensaciones brillantes, la luz que esperas ver tras encontrar la salida de la cueva de la sala de espera. La decoración, luminosa: ni una columna; una amplitud respiradora con las paredes cubiertas por una biblioteca que rodeaba la habitación y con los tomos intencionadamente colocados y distribuidos según alturas, colores y antigüedad. Destacaba entre ellos un refranero del Quijote que no me resistí a abrir, no sin antes pedirle permiso, porque parecía el más antiguo, dentro de una vitrina de madera oscura con una pequeña cristalera: «No hay memoria que el tiempo no acabe, ni dolor que la muerte no consuma», se leía en la página que seleccioné el azar. ¿Dónde había leído antes esta frase?

Me senté en la *chaise longue* y detrás de la silla de Marifé, la típica de psiquiatra que muchos ciudadanos solo conocen por el cine, colgaba un cuadro con otra frase pretendidamente motivadora: «Deja de darle vueltas a todo y sonríe». Debajo del mensaje bailaban mareadas dos peonzas animadas como dos personas. Era un cuadro de Míster Wonderful, esa marca que crea productos con mensajes que, según dicen, contagian felicidad y alegría.

Marifé me miraba con unos ojos grandes dentro de una cara regordeta.

—Pues usted dirá... ¿sargento?

—Sí, soy la sargento Carla Traba. Encantada de conocerla por fin en persona, Marifé. Llevo ya varios meses en el pueblo, qué extraño no

habernos cruzado y siendo además usted tan famosa.

—¿Sí? Bueno, no sé, acabo de regresar de otro viaje y no hay muchos psicólogos por aquí y menos mujeres. Que sean mujeres, quiero decir. Además, siempre que tengo un hueco me voy de aquí, no me gusta mucho Fisterra más allá de que tengo un buen trabajo y de que aquí vive... vivía mi familia.

—Muchas gracias por llamarme tan pronto ha llegado.

—Supuse que sería por algo importante.

—¿Sabe por qué estoy aquí, Marifé?

—¿Porque quiere algo de mí?

En ese momento no parecía tener muchas luces. Pero al menos tampoco me pareció que estuviera psicoanalizándome; solo preguntaba y respondía.

—En verdad, hay varias cosas que me gustaría tratar con usted. La primera tiene que ver con la muerte del sargento Santiago Insua.

—Con el suicidio —me corrigió.

—Con la muerte, sí. Estamos reabriendo la investigación porque hemos hecho descubrimientos que muestran indicios claros de que el sargento no se quitó la vida. Sabrá que entonces fue muy importante su informe en la decisión final sobre la causa de su muerte.

—¿Ah, sí?

—Sí, en su informe usted alertaba de las tendencias suicidas del sargento. ¿Qué había pasado?

—Disculpa, Carla, ¿verdad? Perdona que te tutee, es que no te voy a poder hablar de nada de eso.

—¿Por qué no tomó cartas en el asunto? —traté de provocarla, tenía que tirar abajo la barrera rápido.

—De verdad, sargento. Lo siento, pero lo que quise decir ya lo escribí entonces. Y lo hice porque consideré que era mi obligación como profesional.

Me levanté de la *chaise longue* y me acerqué a la ventana, desde donde se veía la pequeña rotonda del puerto. Hablé sin mirarla, medio en farol, como en una mala mano de póker.

—Marifé, no me gustaría tener que regresar, ya no a su consulta, sino a su casa con la autorización de un juez. Todo lo que me diga ahora quedará entre nosotras, si vuelvo otra vez, no. Y sabe que podré pedirle acceso a la historia del sargento alegando que usted en su día no advirtió a su familia de que Santiago Insua era un peligro inminente, ya no solo para su propia integridad física, sino para la de su familia.

Vaciló un momento y volví a mirarla. Se pasaba la mano por la nuca, cabizbaja.

—Pero... ¿por qué dices eso? —Estaba realmente sorprendida, descolocada—. Sabes que yo hice ese informe porque me lo pidió expresamente Moncho, ¿no? —«¿Moncho?», me pregunté mientras Marifé seguía hablando—. Además —añadió—, es que todo lo que pueda decir ahora no va a ir en provecho de Santiago, así que sabes lo que significa la facultad de abstenerme y negarme a darte información por eso, ¿no?

Se había puesto muy nerviosa. Había repetido dos veces una misma estructura sintáctica, ¿no?

—Tranquilícese, Marifé. Si no la estoy acusando de nada, solo quiero intentar demostrarle a una madre que su hijo no se cansó de vivir, y a una hija, que su padre seguía pensando en ella. Vamos por partes: ¿quién es Moncho?

—¿Quién va a ser Moncho? El cabo, el cabo Ramón Trillo.

No podía ser verdad. Si aquello fuese una novela policíaca estaría llegando a ese momento de la trama en el que todas las dichosas pruebas conducen a un solo asesino y, al final de la misma, se produce un giro inesperado.

—Marifé, tengo que decirte algo —la tuteé también—. Vengo de la playa del Corveiro. —Se quedó petrificada en la silla—. Conozco lo que ocurrió allí y hoy...

—¡No, no sabes nada! ¡Y yo ni siquiera sé quién eres de verdad ni qué narices haces aquí! Por favor, te pido que te vayas —se había levantado como poseída, le temblaba hasta la punta de la nariz y me señalaba la salida con un dedo que no paraba quieto por el nervio—, y te pido que dejes en paz a mi familia.

—Marifé, por favor, escúchame...

No se movía, pero no me volvió a gritar. Me acerqué a ella.

—Quiero decirte que hoy hemos encontrado a un hombre muerto entre las rocas del Corveiro, como hace tiempo encontramos a tu hermano. Se trata del Charcutero de Fisterra y tiene... —dudé sobre si compartir esta información—, tiene las mismas heridas que sufrió tu hermano entonces. Unas heridas que fueron provocadas, no el resultado de desgarramientos autoinfligidos. Es como si... —empezó a llorar y seguí apretando— los cortes, los mismos pinchazos, querían hacerlo pasar por un... por un toxicómano, cuando no lo era. Yo creo que hoy hay algo más y que entonces, que entonces también lo hubo. ¿Qué pensaban? ¿Que nadie se iba a extrañar? —La última pregunta, en verdad, no iba para ella, que seguía sollozando—. Todo lo que me puedas contar de la vida de tu hermano, cualquier pequeño detalle, no te lo devolverá, pero podría servirnos para intentar resolver este crimen y quién sabe si incluso el de tu hermano.

—Mi hermano se suicidó, sargento —articuló Marifé en un hilito de voz.

—El forense nunca estuvo de acuerdo con eso, Marifé —calmé mucho el tono, empecé a hablarle como una madre a un hijo que ya se ha dado cuenta de su error—, pero es cierto que tampoco pudo corroborar lo contrario. Al final, sabe casi al 90 por ciento que murió de una sobredosis, pero una sobredosis que pudo ser inducida, dado que parecía que había sido víctima de un ataque físico gravísimo. Y seamos sinceros, Marifé, ¿no crees que son muchos suicidios? Y perdóname la falta de tacto. Vengo a hablar aquí contigo sin orden alguna porque quiero sinceridad, quiero que me ayudes y quiero ayudarte.

—El cabo Trillo vino a mi casa a consolarme, ¿sabes? Fue un suicidio.

—Pero...

Y me hizo un gesto con la mano para que parase de hablar. Para que me callase.

De uno de los pocos huecos en la pared que la librería dejaba al descubierto, colgaba su diploma: licenciada en Psicología por la UNED, la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Según me había dicho el chino que regenta el bazar que hay en su soportal, expresándose en un gallego normativo como pocos vecinos de la zona, la joven Marifé siempre había querido salir de casa, escapar de la desgracia y sabores amargos que para su familia suponía tener un hijo drogadicto. Nunca lo consiguió. Lo más lejos que estuvo de marchar del hogar familiar fueron sus estudios a distancia y por eso, decía el chino, «*agora ela viaxa sempre que pode. Normalmente di que asiste a eventos sobre tratados de ensino psicolóxico, mais eu teño o convencemento de que solo trata de fuxir* ». *

—¿Sabes, Carla? —dijo, recomponiéndose y volviéndose a sentar. Yo también regresé a la *chaise longue* frente a ella—. El suicidio suele ser la consecuencia de la interacción de muchos factores. Los manuales desarrollan siempre la depresión como principal factor de riesgo, pero... a saber. Las razones dadas incluyen enfermedad mental, sentimientos de desesperanza, sentirse como una carga para los demás e incapacidad para hacer frente a diversas tensiones de la vida. Traumas infantiles, el alcohol. Los propios antidepresivos que se recetan... o simplemente algo en la cabeza hace clic y se apaga la luz. Es un laberinto. Y yo no desecharía con tanta prepotencia el condicionamiento sobre el suicidio de varias personas: hay un fenómeno que se llama el contagio del suicidio y, como te habrás dado cuenta, se refiere a que la existencia de un caso puede llamar a su

imitación o propagación en una comunidad, una escuela o un lugar de trabajo. Además, los suicidios muy publicitados pueden tener un efecto muy amplio en el ciudadano. Por otra parte, solo en alguna ocasión se puede uno acercar a lo ocurrido realmente, porque una de cada seis personas que se suicidan deja una nota que suele proporcionar las claves para explicar su conducta *a posteriori* . Pero ¿qué hacemos con las otras cinco personas que no dejan una nota? ¿Tenemos que pensar que se suicidan sin más?

Una nota... ¡Los escritos! Marifé me pareció tonta al principio, pero ahora pensaba si estaba jugando conmigo porque quería atraerme hasta ese instante de la conversación. Aunque creía que no estaba preparada para hablar de Cañón porque la reacción al recuerdo de su hermano no fue dramatizada.

—Entiendo lo que me quieres decir, Marifé —busqué congraciarme un poco más con ella—, no quería reducir las causas que pueden llevar al suicidio, ni mucho menos despreciar la epidemia silenciosa que es, que mata a más gente en España al año que los accidentes de tráfico. Hablas de notas: cuando conocí a la madre de Santiago Insua, se le escapó que su hijo escribía por recomendación de su psicóloga.

Puso cara de «Ya te he dicho que no te puedo decir nada de la terapia».

Le puse cara de «por favor».

Suspiró.

—Sí, es un ejercicio que le recomendé hace ya muchos años —soltó, finalmente.

—¿Años?, pero ¿desde cuándo tratabas al sargento?

—Casi, casi desde que llegó aquí. Carla, no hace falta que te diga que esto no puede salir de mi consulta...

—Por supuesto, continúa.

Y me explicó unas pautas que le había dado al sargento Insua para gozar de sana estabilidad emocional. Dijo que hay que desdramatizar las penas, que no siempre es fácil. Tópicos. Lo interesante: que su intención es que el propio paciente caiga en la cuenta de que no tiene tantos problemas. Que, es más, la mayoría casi se los ha inventado. Para eso, lo redirige a través de una serie de modelos de conductas, le recomienda libros y, quia, lo obliga a escribir. Me dijo algo así como que lo que más cuesta en sus terapias es enfrentarse a la tinta, a la palabra escrita, porque tenemos la sensación de que lo escrito nunca morirá, de que si se cuida puede permanecer hasta la eternidad, porque pensamos que aguantará para siempre. «Una equivocación como tantas otras», rio. Simplemente no

nos damos cuenta de que lo que escribimos en un papel podemos tacharlo, borrarlo, arrugarlo, romperlo, tirarlo, e incluso reescribirlo. Y que lo mismo ocurre con nuestra historia.

No sé, veo mucha parafernalia en la estrategia, pero quizá un día lo intente.

—En verdad —continuó Marifé en su momento de mayor relajación de nuestra larga cita, que ya pasaba de la medianoche—, nunca pensé que Santiago se pudiera suicidar. Era un hombre feliz, feliz con su trabajo, feliz con su hija; con sus taras, sí. Pese a ellas me parecía que no hacía más que remontar las adversidades. Pero... de repente algo cambió. Mire, —volvió a tratarme de usted— Santiago no me enseñaba las cartas que escribía, en eso también consistía el ejercicio: me contaba sus avances, pero no su proceso de revelación completo, porque parte del éxito de esta terapia radicaba en que él avanzase por sí mismo, sin decirle yo qué camino coger. Pero sí hubo una página que me enseñó, poco tiempo antes de matarse, y la añadí a su archivo.

Como Marifé ya intuyó cuál era la siguiente pregunta que le iba a hacer, se levantó hacia un mueble de donde cogió un fichero. Ni siquiera me dejó formular la petición.

—Como le digo, en las consultas hablábamos de incidentes relacionados con la rutina, de alteraciones que puede sufrir cualquiera: divorcios, problemas en el trabajo, la educación de su hija sin la figura materna, la figura de su propia madre... Estaban todos bastante limados, casi solucionados. Pero en los últimos días sentí que trataba de revelarme algo con metáforas. Y cuando me enseñó este folio... Es cierto que ya llevaba varias consultas exhibiendo una actitud muy rara, nerviosa, desconfiada, como si algo hubiese trastocado su mundo, ¿sabe? Y desde ese día... Por eso, cuando me vino a preguntar la policía dije que nadie se iba a extrañar si el sargento se había acabado quitando la vida, porque...

Siguió hablando pero ya no la escuchaba. Vi que mi móvil, que había silenciado y dejado encima de la cornisa de la ventana hacía no sabía cuántas horas, se iluminaba. Era muy tarde y me estaba llamando Andrés. Lo guardé en el bolsillo.

Marifé me entregó la página de lo que parecía un diario.

18

Diario de Santiago Insua: de un pasado sucio nadie sale limpio

20 de marzo

«De un pasado sucio nadie sale limpio», me dijo.

Recuerdo que ya era madrugada cuando dejé a Ramón solo en el hospital. Nos lo montamos con el de Atención de Urgencias para que no registrase la entrada ni la lesión como consecuencia de una hostia. El celador era el de Carnés, al que conozco porque es marido de la concejala de Cultura de Cee. Quería llamar a la Guardia Civil para dar parte de la entrada en Urgencias y hasta al cerdo de Ramón le dio la risa.

Tras discutir con el cabo Trillo, tras escucharlo, tras ni siquiera creerme durante un momento que podríamos mantenernos como si no hubiese pasado nada —algo que solo pasaba porque yo hiciese la vista gorda— me fui para casa. Lo que más me jodió es que quiso involucrarme en sus negocios y a su oferta, increíblemente, seguí dándole vueltas dos días después. A él le pedí que se cogiera un par de días de asuntos propios.

Agarré la bicicleta y empecé a rodar. Solo quería despejar la cabeza.

Pedaleé por el paseo marítimo desde la playa de Calcoba, recorrí el puente de madera, cada vez más vieja, cada vez más rota, cada vez más inútil. Dejé atrás el Trébol y llegué a tocar la arena de la Langosteira. Subí hasta la carretera general por el Tira do Metal, miré por los ventanales para ver si distinguía a quién se estaba dando un homenaje de marisco, pero las luces del restaurante ya estaban apagadas. Hoy no habrían tenido fiesta. Alcancé el puerto metiéndome por las callejuelas de la zona baja y apenas había rastro de un alma. Era tarde. Cada vez pedaleaba más fuerte sin saber muy bien hacia dónde me dirigía hasta que... hasta que acabé en el Corveiro. Joder, el puto Corveiro, ni siquiera había solucionado el caso de Cañón, ¡y todo por su culpa! Enganché la bicicleta y la tiré contra un muro. No aguantaba tanta rabia. Empecé a correr, si alguien me vio supongo

que le parecería un loco. Seguí sin mirar atrás, sobrepasé el cementerio asqueroso de César Portela —ojalá nunca me entierren dentro de esos bloques de hormigón, yo quiero que me incineren y tiren mis restos al mar— y llegué al faro, jadeando como una alimaña acorralada que ha intentado revolverse de sus depredadores. No se veía el horizonte más allá de tres metros porque la niebla lo espesaba todo, incluso el mar. Sabía que estaba ahí porque se escuchaba a las olas naufragar. Tenía su encanto. Me acerqué al borde del acantilado, qué liberador. Pero más liberador iba a ser mandarlo todo a la mierda.

«De un pasado nadie sale limpio —me dijo Ramón—, al menos si no se intenta lavar». Poco hay que hacer. Y por eso mi pasado, mi presente y mi futuro deben acabar esta misma noche.

Tampoco hoy iba a dormir.

19

A Xunqueira

—¡Pero si este día...!

A la sargento Carla Traba se le escapó una exclamación cuando releyó la fecha que encabezaba la entrada del diario de su antecesor. Se la señaló a Marifé.

—Sí, poco después de escribirla lo encontraron despeñado en la misma carretera —confirmó la psicóloga—. Esa tarde acudió a la consulta, fue la última vez, y ya se puede imaginar, Carla, el estado de nerviosismo en el que se desarrolló la sesión. Comprenderá que aquí lo tenemos que dejar, ahora sí que no te voy a contar más, ya me he excedido. Además —añadió mirando su reloj de pulsera, un reloj dorado de esfera chiquita que destacaba muchísimo en su brazo grueso— es muy tarde.

—Hay algo muy extraño en esta carta. ¿No es demasiada casualidad que justo en la que te entrega, la única, nombre a Cañón?

—Creo... creo que era su manera de invitarme a hablar. Cuando Rubén murió, Santiago me llamó. Lo despaché rápido. No confraternizo con los pacientes, por mucho tiempo que llevemos juntos.

—¿De qué podría querer hablar?

—No lo sé. ¿Desahogarme?

Traba comprendió que no merecía la pena seguir.

—¿Y le comentaste al cabo Trillo la existencia de esta entrada del diario?

—Por favor, sargento, la duda ofende.

La psicóloga se levantó de su silla, esta vez con amabilidad, e invitó y acompañó a Carla Traba a la salida, donde el ventilador de techo de *Apocalipsis Now* ya había dejado de girar. Esta guerra también había sido larga.

—Buenas noches, Marifé, y muchas gracias por tu ayuda —se despidió la sargento al tiempo que le estrechaba la mano. Marifé no respondió nada más, pero apretó los labios e inclinó la cabeza en un gesto entre la aprobación de su charla y la gratitud por el desahogo, por haberse desecho de un peso del que, pensaba, no podría nunca soltar algo de lastre.

Después de cerrar la puerta, una puerta blindada lisa, con una mirilla y un pomo dorado por la cara exterior, muy nueva en comparación con el resto del edificio, la psicóloga la abrió de nuevo.

—Sargento, perdone, ¿quién era el Charcutero?

—¿Cómo que quién era? —respondió extrañada Traba—. El charcutero de Fisterra.

—Ya, bueno, ya le he dicho que no suelo hacer mucha vida por aquí más allá de la laboral.

—Juan Touriñán Loureiro.

Se calló.

—¿Puede volver a entrar, Carla? No quiero decirle esto en la escalera.

Invitó a la sargento a su casa, a la que subieron por unas escaleras internas. Sí que estaba haciendo algunos cambios en el piso. Marifé preguntó a Traba si le apetecía tomar algo y preparó dos infusiones: una tila para ella, un *rooibos* para Carla. Y para ambas un pedazo de queso *gruyère* recién traído de Suiza, donde había asistido a su última convención.

—Esto que te voy a contar —seguía cambiando el tratamiento, del usted al tú. La psicóloga no se sentía cómoda con el formalismo pero el otro tratamiento le sonaba y resultaba demasiado coloquial al tratarse su interlocutora de un agente de la ley— fue poco antes de Navidad, tres meses antes de que se suicidara... de que muriera... de que lo asesinaran. Ya no sé.

—¿Al sargento Santiago Insua?

—No, no, a mi hermano. —Suspiró—. Esa tarde habíamos comido juntos. Pese a que me quería distanciar de él, solíamos hacerlo al menos una vez a la semana. Sería un yonqui pero era mi hermano, sargento, y yo siempre quise ayudarlo. Le daba algo de dinero, pero había veces que se lo acababa de regalar y al día siguiente ya venía pidiendo más. Cuando la escena se repetía, sabía que se había vuelto a drogar, que lo había gastado todo en eso que tomaba, fuera lo que fuera. Y volvió a pasar ese día. En diciembre, sí, no tengo duda de que fue entonces. Me pidió una cantidad desorbitada: cinco mil euros. ¿Se había vuelto loco? Mira, ni siquiera pensé en para qué lo querría, que pudiera ser para saldar un pufo o qué se yo. Estaba tan acostumbrada a sus idas de olla que ni reflexioné sobre ello. Le dije que no, que de ninguna manera. Piensa que cuando le soltaba algo era como mucho trescientos euros, así que no le iba a dar más dinero al menos en una semana. Y solo me contestó: «Vale». Me sorprendió, pero parecía que no le importaba. Eso, o me respondió sin hacer mucho caso a lo que yo le decía, como si me escuchara como quien oye llover, porque por

la tarde, mientras yo ya estaba cerrando la consulta ese día, oí unos golpes en la puerta.

Un diciembre

Pasaban ya las ocho y treinta y cinco de la tarde cuando sintió el primer ruido. Marifé Ramos se preguntaba quién narices estaría golpeando la puerta en vez de llamar al timbre de su consulta, más cuando había acabado con su última cita programada a las ocho en punto. Ni un minuto más allá de la hora estipulada era su máxima con los clientes. Si no, sabía que, por su manera de ser, el negocio no le sería rentable porque le regalaría horas y horas a cada paciente.

—Rubén, ¿qué haces aquí? —le preguntó mientras lo identificaba a través de la mirilla.

Parecía cabreado.

—¿Dónde está mi dinero? ¿Ya no me quieres ayudar más? ¿Es eso?

La psicóloga abrió un poco la puerta y Cañón la empujó de un golpe con las dos manos. Marifé logró esquivar el movimiento violento de la puerta, que provocó un estruendo contra la pared al carecer de tope.

—¿Qué dices, Ru? ¿Estás drogado?

—¡Que no me hables así! ¿Dónde está mi dinero?

—Estás empezando a asustarme. Tranquilízate o vete.

Pero Cañón se empecinaba y seguía gritando.

Al constatar que no podía contener a su hermano, la psicóloga aprovechó un instante en que este había retrocedido para cerrar la puerta de un golpe mientras Rubén gesticulaba como un energúmeno.

—Vete a casa a pegarte una ducha fría y cuando te relajes, si eso, hablamos —le dijo Marifé desde el otro lado, casi gimiendo de la preocupación, pero con toda la autoridad posible que podía emanar de su voz.

Rubén Ramos seguía jurando en arameo y la vecina del piso de enfrente, una señora enjuta y con una chepa prominente, se asomó al rellano para ver qué estaba pasando.

—¡Métase dentro, vieja! —le gritó él.

—¡Voy a llamar a la policía! —contestó la vecina, quien, por el sonoro portazo que pegó, no dudó ni tres segundos en regresar a su piso.

Y en seguida Marifé volvió al pasillo de la escalera, enganchó a su hermano por un brazo y lo metió dentro de casa. Se disculpó con la vecina y le pidió que no llamase a nadie, que ella se encargaba. Nunca

había visto a Rubén en semejante estado. Lo que más le importaba era calmarlo y convencerlo de que se fuera a casa con tranquilidad. Pero estaba desbocado.

—¡Por qué mierda no me quieres ayudar! ¡Por qué! —insistía él una y otra vez.

Y ella, harta de escuchar esas palabras después de todo lo que había hecho por él, le sacudió un tortazo en un movimiento desesperado. Su brazo era enorme comparado con el cuerpo tísico de su hermano, que de la impresión por el golpe en la cara se cayó en el recibidor encima de la mesita de cristal que hacía las veces de sala de espera de la consulta de la psicóloga. El cristal se rompió y Cañón se cortó el brazo. Desconcertado, humillado, paró de gritar y empezó a llorar. Ella se acercó a ese hombre que hacía ya tiempo atrás que no era un hombre, sino un monstruo infantil dominado por las drogas.

—Le debo mucho dinero, hermanita, mucho —farfulló.

—Pero ¿qué has hecho?

—Nada, nada. Se me fue de las manos, pensé que podría sacarme unos buenos cuartos y ahora no sé qué hacer.

—¿A quién le debes tanto dinero y por qué? Cuéntame, anda, no te preocupes.

Cañón farfulló algo indescifrable.

—... y me llevó al matadero de Juan, de Touriñán, el de la charcutería, como si me estuviera amenazando.

—¿Qué dices Rubén? ¿De qué me estás hablando?

—...

—Y ya no se le entendió más o no quiso hablar, Carla. Al día siguiente volvimos a comer juntos, porque nunca había pasado algo así. Necesitaba ver... que seguía vivo. Y él actuaba con normalidad, como si no hubiese ocurrido. Supuse que el día anterior estaría pasadísimo y cuando se lo comenté a Moncho me dijo que no me preocupase.

—Entiendo... Disculpa que te haga una pregunta más, Marifé, y ya te dejo descansar tranquila: ¿qué relación tienes con el cabo Ramón Trillo?

—Bueno, digamos que estuvimos... arrimados.

—Comprendo. —Traba se levantó, le agradeció su sinceridad y se fue.

Las olas de calor en Galicia no suelen aguantar de madrugada y en la calle la temperatura ya había descendido hasta los diecinueve grados. La visita a Marifé había sido fructífera en términos policiales para

Carla Traba: había descubierto que el sargento Santiago Insua, un hombre que se caracterizaba por tener una imagen de temple profesional y tranquilidad en sus relaciones personales, había sufrido un *shock* que lo había llevado a liberarse, a poner fin a su pasado, presente y futuro, significase esto último lo que significase. «Para mí —pensaba Traba—, tales palabras no implican en modo alguno intenciones suicidas, pero es cierto que quien lo trataba y conocía desde hacía años era su psicóloga y no yo, y poco después de aquella última visita el sargento apareció muerto».

Tampoco le parecía una casualidad la posible relación entre Touriñán el Charcutero, su matadero y Cañón, el hermano de la psicóloga. Yonquis, camellos y amenazas. Los elementos coincidían. Y en el ojo del huracán, en el dichoso centro del choque de placas tectónicas, otra vez, el cabo Ramón Trillo. Lo más relevante es que cabo y sargento habían discutido por unos negocios y habían acabado en Urgencias, uno de ellos herido.

Respiró.

Carla Traba suspiró y miró al cielo, estrelladísimo en la noche cerrada. No se quedaba a contemplarlo sin ninguna intención más que disfrutarlo desde que tenía diecisiete años, el último verano que había pasado en Corcubión con su pandilla. De los de entonces ya no quedaba ni en el pueblo Martín, aquel jovencito de pelo alocado a lo Pumuki del que creyó haberse enamorado durante seis años y medio. Por aquella época, recordaba mientras seguía con la cabeza erguida mirando a saber qué explosión de luz originada por la muerte de cualquier estrella, era un chaval espigado, rectísimo tras tener que vestir durante dos años un corsé ortopédico, una carcasa de la que solo podía salir para ducharse porque tenía una escoliosis lumbar de unos cuantos grados.

A Carla el frío le apretó un poco cuando la brisa del mar subía a trompicones desde el puerto, se le coló escalando sus piernas. Maldita la hora en la que no se había cambiado los *shorts* y tacones para ir al Corveiro, y ahora tenía que regresar a Corcubión en la moto, que con las prisas había dejado en la playa. Al menos tenía la chaqueta en la maleta. Caminaba hacia allá, absorta en los veranos de antes, aquellos en los que no había que hacer planes porque los planes se hacían solos entre la obligación de dormir por la mañana, ir a la playa de Quenxe a jugar a voleibol por la tarde y hacer autostop para no perderse ni una noche la verbena más triste del lugar. Qué bellos le parecían entonces los veranos, decía. «Es que hemos nacido para veranear», escribió alguien. Y se acordó de la llamada de Andrés que había visto en la consulta de la doctora. Sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón,

tenía ocho perdidas y varios wasaps. Leyó solo el último mensaje: «Estamos en Cee, en el hospital. A tu padre le dio un golpe de calor. Está todo bajo control, no te preocupes, ven cuando puedas. Un biquiño enorme». Y arrancó a correr.

Al hospital comarcal de Cee se le conoce como Hospital Virxe da Xunqueira. La Xunqueira es la patrona del pueblo, la Junquera, como dicen en castellano. El nombre no es muy original. Tiempo atrás, y no hablamos de siglos, la zona que hoy ocupan el paseo marítimo, la casa de la cultura, la iglesia o el ayuntamiento era tierra de juncos y marismas ganada a la ría de Corcubión, que baña la pequeña playa de la Concha. Los ceenses la llaman ría de Cee y Corcubión. Pobrecitos, piensan los de Corcubión, estos ceenses no aparecen ni en los mapas. Históricamente, la rivalidad entre los pueblos había sido fuerte. La tradición escribe que en esa antigua tierra de juncos y marismas, en esa *xunqueira* —ahora sí nos adelantamos cientos de años a la actualidad—, apareció una imagen de la Virgen venida por mar y que en honor a tal milagro se levantó la iglesia parroquial de Santa María da Xunqueira. El templo religioso fue destruido en la época de la invasión napoleónica y reconstruido en varias tandas, poquito a poco.

El Hospital Virxe da Xunqueira se inauguró con lujos y ceremonia el 16 de octubre de 1997, con el entonces presidente de la Xunta de Galicia Manuel Fraga liderando la comitiva y escoltado por los políticos Romay Beccaría y Hernández Cochón. Hasta la fecha, si un motorista tenía un accidente grave en una curva de alguna parroquia aledaña, como Ameixenda, se bromeaba con humor negro que tenía que esperar tirado en la cuneta a que la ambulancia llegase de la ciudad, de Coruña, del Hospital Juan Canalejo: cien kilómetros de ida, más cien de vuelta, mínimo tres horas de viaje. Cuántos pacientes no pudieron contar su historia por unos minutos. El nuevo hospital de Cee —con casi ochenta camas, quirófanos, sala de partos, boxes de Urgencias y un helipuerto— empezó abarcando una población de unos cuarenta y cinco mil habitantes y supuso una revolución sanitaria para los vecinos, también económica y social.

Sin embargo, hoy ya no se habla de él por el progreso que supuso para el municipio. «Es muy feo, *filla* », le decía siempre su padre a Carla Traba cuando todavía visitaban a su madre en uno de sus múltiples ingresos, «si no mueres dentro, mueres del susto al verlo cuando sales», exageraba pero no mucho. El día de su presentación a los vecinos, la fachada del complejo, compacto por cubos y rectángulos, exhibía un color puro. Se construyó con una piedra no natural, una especie de conglomerado con colas, es decir: pedacitos de

piedras que se pegan unos a otros para hacer la losa como si fuera la típica mesa de tablero. El color original, que ya no se recuerda, era despampanante. ¿Dónde radicaba el problema? En que ese tipo de material requiere un cuidado profundo. Las colas tienden a acumular suciedad y, al montarse con piedritas, entre ellas se acaba instalando basura. En definitiva, un color precioso en las inauguraciones y asqueroso a los pocos años si no se trata con regularidad. Como no se ha hecho, hoy el Hospital Virxe da Xunqueira, teñido de un gris más apocalíptico que los restos de mil colillas en un cenicero, parece un sanatorio mental, escenario obligado de las películas de miedo, uno de esos donde el espectador sabe que se va a cometer el asesinato más tenebroso e, incluso así, entra. El Hospital Virxe da Xunqueira parece una escalinata al averno. Y el padre de Carla Traba siempre fue muy creyente. En Dios y en el demonio.

La sargento ni siquiera apagó su Yamaha MT-09 cuando la atravesó medio tirada a la entrada de Urgencias, en frente del helipuerto. Justo cuando estaba entrando, corriendo, jadeando, tuvo que volver atrás a mover la moto porque llegaba una ambulancia con las señales luminosas encendidas y no podía pasar. Se le cayó la cara de vergüenza al comprobar cómo había dejado su vehículo en un hospital. Se disculpó y preguntó por su padre en Información. La invitaron a sentarse en la sala de espera, donde había dos señores viendo en la televisión una redifusión del programa rosa *Sálvame* y un tercero pegando una cabezadita, e hizo caso omiso al consejo del celador: empujó las puertas abatibles que dan a las consultas de triaje y a los boxes, en una estancia previa al ingreso hospitalario, y se dispuso a buscarlo.

A aquella hora, cerca de las dos de la madrugada, solo se veía a una enfermera en la isla central de la sala con la cabeza sumergida en el ordenador bajo las luces de tubo fluorescentes. La cara de Carla Traba era la de alguien que había sufrido demasiado en ese hospital y sentía un remordimiento en el pecho como si se lo estuvieran agarrando demasiado fuerte por no estar ella agarrándole en ese momento la mano a su padre.

Los encontró, a su padre y a Andrés, desternillándose de la risa.

—¡Hola, *filla* ! —la saludó su padre desde la camilla, donde tenía el gotero de suero enchufado a la vena—. Me decía Andrés que a él, cuando se operó de la rodilla, lo que más miedo le daba era salir del quirófano y no volver a ver la luz. Ya le dije: «Hombre, tenías que pagar las facturas».

Y se volvieron a reír.

—Tu padre es criminal.

Carla miró a Andrés con ternura: ¿cómo había conseguido devolverle este hombre cierta ilusión de vida a su padre? Se acercó rapidísimo a abrazar a quien la miraba tirado en la cama, que tosía y parecía atragantarse a causa de las carcajadas.

—*Filla* , estoy bien —se recompuso su padre—, la médico me dijo que había sido un golpe de calor, nada más.

—¿Y por qué sigues aquí a estas horas?

Le respondió Andrés.

—Estaba un poco aturdido, se mareó y... —el padre lo miró con cara de súplica, pero Andrés siguió hablando— se cayó, se golpeó en la cabeza. Así que quieren hacerle alguna prueba más. En breve volverá a pasar la doctora.

Quien entró enseguida fue la enfermera para echar del box a uno de los acompañantes. Los dichosos protocolos, ya se sabe. Andrés besó a Carla y se despidió del padre dándole un pequeño apretón en el pie derecho.

—Me voy para mi casa, ¿comemos mañana los tres? —quiso saber Andrés.

—No creo que pueda —respondió Carla cabizbaja—, ya te contaré.

—No te preocupes. —Y se fue.

Traba quiso seguirlo, pero un impulso le ordenó no separarse de la cama, mientras su padre discutía con la enfermera sobre a qué hora se podría marchar él.

—Enfermera, disculpe, ¿cuándo van a venir con los resultados de las pruebas que le acaban de realizar?

—El próximo turno ya no es hasta mañana a primera hora —contestó mientras golpeaba con amabilidad la mano del padre, que seguía toqueteando el gotero—, pero dijo la doctora que tan pronto los tuviera se pasaría por aquí. Le calculo que una hora.

—Está bien, muchas gracias. Pa, porfa, estate quieto.

—Si es que...

—¡No hagan mucho ruido! —se despidió la enfermera, casi gritando y llevándose un dedo a la boca cubierta con una mascarilla para hacer «shhhhh».

Carla volvió a abrazar a su padre.

—Bueno, lo importante es que estás bien.

—Andrés parece muy majo. Me alegro.

—Ya lo sé, pa; si no, no te lo habría presentado.

Y ninguno habló más durante un ratito.

—¿Qué hicisteis cuando me fui?

—Poca cosa, en verdad: nos quedamos media hora más en la

sesión vermú, comimos y ya me dio el siroco. Pero mira: el golpe es pequeñito.

Y le señaló un chichón en la parte posterior de la cabeza.

—¿Y te acuerdas de todo?

—Bueno... de casi todo: me acuerdo de la pelirroja de la orquesta, que cantaba fatal pero no se movía mal. Me acuerdo de pedir otro vermú en el puesto de la Comisión. Fuimos a comer, al final no a la de Pepe, porque no quería fastidiarle una mesa de tres siendo dos. Picamos un *raxo* en Casa da Vella. Tomamos un café en la terraza y... y... y me acuerdo de despertarme aquí. Pero que no te preocupes, ya verás cuando venga la médica que todo está bien, es una de estas cosas que solo nos pasan a los que somos mayores y nos creemos jóvenes.

—Me aterra este hospital. ¿Cómo decías cuando veníamos a ver a mamá en alguna de mis visitas?

—Si no mueres dentro, mueres del susto al verlo cuando sales. —Y le acarició el pelo—. Pero yo ya voy a salir ahora, *filla* , y si hace falta me sacas con los ojos tapados. Eso sí, vivo. Escucha, aunque tengas mucho lío, ¿mañana me acompañas al cementerio? Quería llevarle alguna de las flores con las que engalané el barco.

—Claro, pa —dijo Carla secándose una lágrima.

—Venga, anda, cuéntame tú algo: ¿qué pasó?, ¿cómo es que has acabado tan tarde de trabajar en tu día libre? ¡Con lo bien que había empezado!

—Ya sabes que no te puedo... en fin, da igual, si de una cosa te vas a acabar enterando y la otra no es oficial. —Se acomodó a su lado en la camilla y le tocó una mejilla. Le encantaba el contraste entre sus cejas negras, que parecía que no acumulaban tiempo, y su pelo, cuyo descolorido correspondía más a su edad—. Otro cadáver.

—¿Cómo que otro cadáver? —se inclinó.

—Sí, ¿te acuerdas del Charcutero? ¿Al que detuvimos tras registrar su casa? Pues lo encontraron muerto en Fisterra, en la playa del Corveiro.

—Qué me dices, *filla* , ¿en Fisterra? Ahí a principios de un año encontraron a otro drogadicto. Decían que había muerto de una sobredosis pero nadie lo creyó.

—Este no era un yon... Pero, pa, ¿cómo sabes eso?

—Aquí todo se sabe, o eso se dice, ya te lo dije más veces.

—Pero ¿quién lo sabe?

—Todo el mundo, *filla* , claro.

Había regresado el padre críptico, y en ese estado no merecía la pena continuar preguntándole nada. No tenía buena cara, por mucho

que él insistiera en lo contrario. Parecía que le habían caído diez años más encima. La musculatura y la piel que cubren los pómulos se despeñaban hasta las comisuras de los labios, finísimos. Estaba cansado. Era muy tarde, el reloj digital de pared marcaba las tres y veintiuno de la mañana, así que Traba se recostó en el asiento acolchado de las visitas, se cubrió con una pequeña manta y, tras dedicarle a su padre un cariñoso «buenas noches», al fin ganó el silencio. Al menos en la habitación, porque su cabeza empezó a hablarle y a dibujar cómo afrontaría la conversación que debía mantener mañana, no, dentro de unas horas, con el cabo Ramón Trillo.

—¿Y qué relación puede tener con el resto de muertos? —la despertó su padre.

—Qué dices, pa... —le contestó Traba mientras giraba su cuerpo hacia el otro lado del sillón reclinable.

—Que qué relación crees que puede tener la muerte del Charcutero con el resto... —Estaba tan despierto como un niño pequeño esperando por Santa Claus.

—Pa..., ni te he dicho que estén relacionados. No seas tan espabilado. Eso sí que es *top secret* —le contestó Carla con una media sonrisa y una voz que impostaba sueño—. Pero mira —añadió bostezando—, después me llamó la que había sido la psicóloga del sargento Insua, ¿te acuerdas de que te dije...

—... que qué había dicho sobre su muerte? Sí, *filla* . ¿Y qué te contó?

—Pues fue muy interesante, creo que tengo otra línea de investigación, pero tendré que...

Y antes de que acabara su revelación, la médica entró en el box, que no tenía puerta sino un biombo de tres cuerpos que aislaba lo suficiente la estancia si no se hablaba muy alto.

—Señor Traba —saludó, con su estetoscopio colgado al cuello y una redecilla cubriéndole el pelo marrón—, está usted como un roble. El golpe apenas le ha dejado un chichoncillo.

El padre hizo el amago de destaparse.

—Aun así, si le parece, va a quedarse esta noche en observación, para estar seguros de que dormirá como un lirón —le explicó la doctora mientras le guiñaba el ojo desde los pies de la cama.

—Qué va, doctora, me voy ya para casa. Muchas gracias por todo. Ya me quito yo mismo esta *trapallada* , no se preocupe —dijo el padre de Traba mientras se disponía a sacarse la vía él mismo, acción que impidió Carla.

—No, pa, si la médica te pide que te quedes, obviamente te vas a

quedar. No seas pesado. ¿Hay algo por controlar, doctora? ¿El marcapasos?

—¿Qué eres, su hija? Mira qué guapiña —y volvió a guiñarle el ojo al padre—. Bueno, más que nada por el pequeño carcinoma. Prefiero que haga noche aquí, por cautela.

Como le había respondido a Carla Traba su padre el día del entierro de Santiago Insua, «lo importante seguro que es lo que no dijo». Se dice, por ejemplo, que la imagen de la Virgen da Xunqueira apareció en la marisma de Cee escondida entre los juncos por obra y gracia del Espíritu Santo, pero pocas veces se habla de que detrás de tal leyenda divina solo hay los restos de un navío hundido en la costa. Da igual. Hay veces que sobre una mentira se puede construir más vida que sobre una verdad. Al menos hasta que la vida se acaba y tras la única verdad solo aflora la muerte.

20

Los desnudos

Le pedí a la doctora que saliésemos del box de Urgencias en el que mi padre, ahora sin realizar ningún ademán de levantarse de la cama ni de abandonar el hospital, había girado la cabeza tras darse cuenta de que por primera vez en mi vida yo había escuchado la palabra cáncer con relación a su cuerpo. ¿Cuándo se lo habrían diagnosticado? ¿Desde qué día se lo estarían tratando? ¿Cómo no me había dado cuenta? ¿Por qué no me lo habría contado? ¿Cuál era la previsión?

¿Se estaba muriendo?

Él no miraba hacia algo concreto, no había muecas en su cara, ni siquiera escudriñaba la habitación, algo propio de quien no quiere estar en un sitio que ya conoce en busca de un pequeño cambio que, en su mentalidad de agorero, atrajese algún tipo de mal. No. Simplemente no podía permitirse el lujo de mirarme porque en ese instante de revelación no autorizada, de intimidad violada, de secreto mal contado en el descuento de algún tiempo, quizá del suyo, él sentía que el poder de su palabra, siempre su arma, siempre su tesoro, ahora yacía desnuda, minusválida. Y se avergonzaba de tal corpus.

Cuando volví a la habitación después de pedirle a la doctora que me explicase los detalles de la enfermedad, se estaba haciendo el dormido. Tampoco yo quería hablarle. Cogí el libro que reposaba en la mesilla: *Los desnudos* , del poeta Antonio Lucas. Solo hay dos objetos que mi padre llevaba siempre encima: un libro y su navaja. Abrí el poemario por la página marcada:

Eres la memoria de aquellos que has querido .
La fiesta de esos nombres como una estrofa viva .
Pero eres, sobre todo, el miedo de perderlos
sabiendo en esa nada tu misma inexistencia .

Lloré, solo por dentro.

21

Diario de Santiago Insua: ¿qué van, a matarme?

22 de marzo

Acabo de discutir con Maika. Que no le hago caso, dice. Pues claro que no. Y me gustaría. Ya nada sale bien, ni siquiera lo que no tenía que salir bien, porque ya me dirás tú a dónde iba yo con Maika, pero al final sí que podía salir bien. Le he dicho que la quiero. No me ha creído.

¿Me creería si leyera mis labios? Otra cursilada.

Necesitaba serenarme, así que agarré el diario y bajé las escaleras de casa hasta el garaje, donde tengo guardado el viejo Mercedes de mamá. Se lo trajo mi padre de Alemania hace ya muchos años, como regalo por mi nacimiento. En cada cena de Navidad contaba la historia de que había viajado con el tío Luis a la fábrica de Sindelfingen, creo que por entonces era la más grande de la marca en todo el país, para traer ellos mismos el Mercedes y no arruinarse con lo que costaba el traslado. Era un coche robusto, un Mercedes 500 E, una berlina deportiva grisácea con la clásica insignia de la estrella sobresaliendo por encima del capó y unas prestaciones de lujo para la época: tenía hasta paracaídas en una especie de depósito detrás de los asientos de atrás. De pequeño creía que ese paracaídas era una ayuda para frenar. Como venía acompañado de un martillo, en mi mente se construía la siguiente imagen: si el coche cogía mucha velocidad, se rompería la luneta y se desplegaría el paracaídas. Así funcionaba mi cabeza, y no es que ahora hayamos mejorado el sistema.

Siempre me hace mucha gracia recordar la anécdota.

Recuerdo que hubo un tiempo en que se tuvo que reponer la insignia del Mercedes varias veces porque los gitanos de las casas baratas las robaban no sé para qué, porque no las podían vender, y al primero que se la colgó del cuello le dimos una pequeña paliza un grupo de amigos.

A mamá le gustaba decir que lo que ella tenía no era un Mercedes sino un Porsche, porque le habían explicado que ese modelo se había

diseñado y fabricado a medias entre las dos casas, Mercedes y Porsche, así que ella decía que conducía un Porsche. «*Home, fillo, un Mercedes teno calquera paspán que chegha de Suiza tras traballar alí trinta anos sen ghastar un peso en comer, pero un Porsche? Ja, aquí solo o manejo eu* ». *

En fin. Relajarme.

Tengo una técnica infalible para relajarme y no se me ocurre momento de mi vida más idóneo para ponerla en práctica que este. Consiste en repantingarse veinte minutos en el asiento del copiloto, con la mente en blanco, que es un estadio al que solo soy capaz de llegar en ese Mercedes; abro la guantera, recupero el tabaco de liar que guardo ahí como mi tesoro; de hecho, lo repongo semanalmente, y empiezo a hacer el pitillo sin más prisa que intentar que no me descubran, como si fuese un adolescente que está en el asiento del copiloto mientras se hace una paja mirando a las modelos semivestidas de la *Maxi Tuning* . Me fumo el cigarro. Preparo otro y arranco. Siempre arranco sin rumbo, pero siempre llego al mismo sitio: al repetidor del Monte do Son tras tomar un café en el bar Coba. Nunca hay nadie, ni en el repetidor ni en el bar.

Saqué el diario y releí las entradas más recientes. Ahora entiendo la preocupación con la que se despidió de mí Marifé en la última sesión. Qué agresivo estuve, qué peligro arrastraba tanta vehemencia. Si en la consulta me había expresado con la mitad de la fuerza ahí escrita, hasta podría pensar que me querría suicidar. Oye, que igual era una idea a tener en cuenta. ¿Quién no ha pensado jamás en el suicidio? Pero no, ni en broma. Aunque la cosa no era para menos, claro, pero quizá el asunto se podía encauzar. Tenía que darle vueltas a lo ocurrido, sobre todo esta mañana.

Cuando llegué al cuartel, Ramón me estaba esperando en mi despacho. Su propuesta del día del hospital me había cabreado aún más. Pero en cierta manera me hacía creer que todo no era tan negro como parecía, que había salida, aunque no fuese decente ni cierta y estuviera escondida detrás de un callejón que olía a meados porque ahí se había ciscado todo quisqui. Me repitió y amplió su plan.

El cabo estaba sentado en mi silla con su barrigón y las cuencas de los ojos amoratadas por la sangre que se le acumulaba de la lesión en la nariz. Le había propinado una buena hostia. Grabé la conversación con el móvil. La transcribo y la borro.

—Santiago, *meu neno* , escucha. —E intentó levantarse, supongo que para cogerme del brazo, como hacía habitualmente.

—No te me acerques —le dije desde la puerta.

Pero sabía que podía aproximarse y lo sabía porque me conocía, porque por mucho que yo expresara lo contrario, mi intención nunca

iba a ser delatarlo: confiaba en que entre los dos podríamos arreglarlo. Eso no quita que me permitiese exhibir reacciones propias de lo que acababa de descubrir. En honor a la verdad hay que dejar claro que él tampoco me lo reprochaba: cuando un hombre al que le acabas de romper la nariz sigue queriendo hablar contigo es que de verdad quiere contar contigo.

—A ver *oh* , tengo una idea.

—Qué idea vas a tener tú, calavera —le solté—. No deberías ni estar aquí sino en el calabozo. ¡Corrupto! Rata de mierda.

—¿Quieres bajar la voz? —No se inmutaba—. A ver, escucha de una vez *oh* . Mira: va a haber una reunión.

El hijo de perra sabía cómo llamar mi atención.

—¿Una reunión?

—Los novísimos. Están esperando un cargamento, pero no uno cualquiera, de ahí la reunión: está a punto de llegar el más grande de todos de los que me he ocupado hasta el momento, al menos de los que tengo conocimiento. Son casi tres toneladas de cocaína. ¿Recuerdas alguna incautación parecida en los últimos años? Ni de coña *oh* . Según me han dicho, es cocaína con una pureza cercana al 75 por ciento. ¿Sabes cuánto tiempo llevan preparándola? Ni te imaginas.

—Está bien —contesté seco, sin emoción, pese a que se me estaba erizando el vello al atisbar por fin una ventana de oportunidad. Lo vuelvo a escuchar ahora y miro el brazo porque, efectivamente, se me está poniendo otra vez la piel de gallina—. Ve a la reunión, pero será la última vez. Piensa bien qué harás. Preparamos un macrooperativo para ese día y los cazamos. Después ya veremos qué hacemos contigo.

—No, no, *cala oh* * . Y atiende tú de una vez, por Dios santiño. Lo más importante de la reunión es que estarán presentes Castijo y Mangana.

Esa exposición me dejó descolocado.

—¿Conoces a los capos? —le dije.

—O me dejas hablar más de treinta segundos o al final te voy a devolver el puñetazo en la nariz. A mí todavía no me han presentado a esos hijos de puta, pese a que ya llevo infiltrado desde...

No quiso concretar, seguramente por no ahondar más en la herida que me había causado su supuesto doble juego. A saber desde cuándo es un colaboracionista. ¡Si hasta he recabado pruebas! Lo he pillado untado hasta las putas orejas. Billetes, anotaciones, quedadas... Y ahora que lo he descubierto me viene con esta cantinela. Lo que busca es limpiar sus pecados.

Y yo quizá quiera ayudarlo.

—Bueno, lo que digo es que es la primera vez que se exhiben de esta manera, por lo cual estamos ante una buena ocasión para meterte en el sarao y detonarlo de manera controlada desde dentro. Creo que entrar con toda la artillería sería una locura, olvídate de un macrooperativo.

—¿Y qué propones? ¿Qué quieres que haga yo?

—Quiero que vengas conmigo.

—¿Cómo?

—Sí, quiero que vengas conmigo. Yo ya estoy en la ilegalidad, Santi *oh* , pero tú puedes reconducir esto. Hazte pasar por un colaboracionista, le diremos que estás en el equipo, que los protegeremos...

—Como haces tú con Gabino.

Tampoco entró a la provocación.

—¿Y cómo van a confiar en mí? —le pregunté.

—No lo harán, pero es indiferente. No tienen opción. Una, porque vendrás conmigo; dos, porque tampoco dispondrán de tiempo ya que la descarga es inminente. No pueden ponerte a prueba. Vamos a ver, rapaz, vas avalado por mí. —Dejó de hablar, recuerdo que lo hizo con una mueca de dolor—. Lo que te quiero decir es que es importante que tú le pongas cara al cerdo de Mangana, que tengamos identificados a los dos, que sepamos por dónde se mueven y, lo más importante: dónde van a estar el día de la descarga, quieren dirigirla en directo. Lo que propongo es que, cuando se produzca, dejemos que las lanzaderas atraquen, que el material entre a tierra y, cuando crean que la mercancía está segura y se relajen, los pillamos aunque estén en pijama.

Tengo que admitir que el plan me sorprendió.

—¿Y la coca? ¿Qué hacemos? Cuando la descarguen, ya se nos escapará aunque los tengamos a ellos.

—No te preocupes por la droga.

—¿Cómo que no me preocupe por la droga?

Y me desveló lo que yo ya intuía. Que las rutas las organizaba él para poner en marcha la distribución, por lo que sabría exactamente dónde podíamos apostarnos para asaltar a los transportistas y detenerlos una vez tuviéramos a Castijo y a Mangana en un calabozo esperando el juicio de sus vidas. Y de las nuestras. Era un plan de ejecución dudosa, pero de buen diseño y perfecto resultado hipotético: se incauta la droga, se detiene a los camellos y se derroca a los líderes del régimen. Eso sí, no se lo iba a otorgar a Ramón con buenas palabras.

—¿Me estás diciendo —empecé— que me haga pasar por un topo

dentro de la Guardia Civil sin informar a mis superiores? ¿Que participe en una operación de riesgo máximo no solo para mí, sino para todos los que estén inmiscuidos en ella porque me lo recomienda un puto mierdas que ha ayudado a los narcos? Oye, ¿cuánta gente habrá muerto por culpa de la cantidad de droga que tú has contribuido a meter en nuestra costa? ¿Crees que ofreciéndome ahora esto estás limpio de algo? Si esto acaba en alguna ocasión, ¿qué crees que pasará?, ¿que podrás salir de rositas, que nadie te va a pedir responsabilidades? ¿Vas a devolver la pasta que seguro te has embolsado? ¿Cómo resarcirás...?

En este instante, en la grabación se escucha abrirse la puerta del despacho. Entró Soares sin llamar, como siempre. Con un gesto excesivo la mandé para fuera. Cuando salió, fue Ramón quien quiso finiquitar la conversación.

—Mira, chaval. —Nunca lo había escuchado dirigirse a mí en términos tan duros—. Cuando a ti todavía te estaba saliendo tu primer diente de leche, yo ya trabajaba en este mismo cuartel. Cuando tú llorabas pidiendo la teta de tu madre, a mí me pegaron mi primer tiro. Cuando tú jugabas en la Academia a ser guardia zumbándole con una porra a tus compañeros en un simulacro de antidisturbios, el anterior sargento y yo montábamos el primer operativo contra la droga en la Costa da Morte. Sí, a veces hay que mancharse, como te decía el otro día, y lo hago sabiendo que de un pasado sucio nadie va a salir nunca limpio. Ahora tienes dos opciones: creerme y venir conmigo a la puta reunión y cortar las dos cabezas de la serpiente para que deje de poner sus huevos o seguir compadeciéndote con tus mierdas mentales, denunciarme y destituirme de una puta vez. Hagas lo que hagas, me parecerá bien; pero si escoges la segunda, tendrás que explicarle a tu madre por qué no frecuentaré el Pompón en una temporada.

Ya sabía qué había elegido.

La historia de Ramón, en fin, se ahogaba en lagunas, pero qué buena novela no las tiene.

Quizá no era mentira y lo tenía planeado.

Na , imposible. Lo pillé con las manos en la masa.

Quizá en verdad intenta resarcirse. Quiero creerlo. Necesito creerlo. Tengo que creerlo.

Acabé de fumarme el último cigarro en el repetidor de Toba y volví a casa. Mamá me preguntó qué demonios estaba escribiendo, que me iba a quedar la mano tonta, qué había hecho con su Porsche, que mañana le llenase el depósito y que bajase a cenar, que Lara tenía hambre y que era hora de contarle un cuento y meterla en cama. Cuentos. Según Ramón, había tomado la decisión de participar en el

circuito de los novísimos por la frustración de la acumulación de fracasos. Con la intención final de detenerlos.

—¿De verdad me voy a creer que tú, puto gordo, has engañado a toda una red de narcotráfico? ¿Y durante tanto tiempo? ¿Y sin decirme nada? —lo provoqué por última vez.

—No te voy a contar más, Santi, porque no quiero incriminarme a un nivel mayor, bastante pringado estoy ya *oh* . Pero de verdad creo que este es un momento idóneo para actuar y acabar con lo que empezamos hace siete años. Así *que che den polo cu* ». *

Accedí. Como mucho qué me iba a pasar, ¿que me mataran?

22

Borraxeira

Esa mañana, el rocío empapaba campos, carreteras y comercios. Había amanecido a las cinco y siete y el sol había madrugado a las siete y catorce, colándose por encima del monte de la Armada e iluminando de pleno el hospital de Cee. La condensación todavía se adueñaba de las ventanas de los edificios de la avenida Fernando Blanco, una de las calles principales del pueblo. En la plaza de la Constitución —todo pueblo pequeño en Galicia tiene su plaza de la Constitución—, la pastelería de Silvia aún no había abierto la verja, pese a que sus trabajadoras llevaban ya dos horas amasando. En un banco del paseo marítimo había dos chavales sentados. No tenían pinta de haber pasado las últimas horas en casa, al menos no en la suya. Seguramente se les había alargado el día grande de la fiesta del Carmen. O, mejor dicho, seguramente se les había alargado la noche. A esa hora, Carla Traba se levantó del asiento de las visitas del box de Urgencias, donde había permanecido inmóvil la primera madrugada de su vida en la que estando al lado de su padre no cruzó con él ni una palabra.

El cáncer que padecía se lo habían diagnosticado tras una revisión que se hizo porque tenía hematuria, es decir, meaba sangre y sufría al hacerlo, cuando no le había ocurrido nada semejante en sus décadas pasadas. Era un cáncer de vejiga. Se había detectado a tiempo, hacía tan solo unas semanas. El diagnóstico había sido precoz, tras realizarle unas sencillas ecografías, someterlo a una dolorosa cistoscopia y los pertinentes análisis de sangre y orina. Preveían que la primera fase del tratamiento, no muy invasiva, consistente en una resección transuretral para retirar el material canceroso, iba a funcionar. Después, terapia farmacológica. Quizá ni haría falta una cirugía mayor.

Hacía frío.

Antes de que pasara la primera ronda de información de los médicos en el Hospital Virxe da Xunqueira y los facultativos le dieran el alta al paciente, la sargento había ido a su piso para cambiar la moto por el coche, quitarse los tacones y el *short* , vestirse por fin otra ropa, el uniforme, y volver para recoger a su padre. Se despidió amablemente del doctor que los atendió esa mañana y le cedió su

brazo al enfermo para que se agarrara a ella, al menos hasta el aparcamiento. Estaba débil. Una vez dentro del coche, no encendió ni la radio y abrió un ventanilla para que el ruido de la brisa que abanicaba la mañana no propiciase conversación alguna. Arrancó sin más sonido que el de ambiente y a los tres minutos lo dejó en Corcubión en la puerta de casa.

Su padre bajó, abrió la verja que protege el antiguo hogar familiar y cuando se giró mientras le dirigía las primeras palabras en horas a su hija, esta ya se había marchado. «Lo siento», escuchó el viento.

Y él se puso a trabajar en el jardín. Con la camisa blanca del día anterior. Era incorregible.

El sueño no parecía hacer mella tampoco en Carla, no tenía sitio para él. Su cabeza era un polvorín a punto de estallar, intentaba no contaminarse con los descubrimientos familiares y laborales. Había que separar el grano y quizá por eso, por tratar de no pensar en lo uno cuando atajaba lo otro, se había olvidado de preguntar en el hospital acerca de la posible visita del sargento Santiago Insua y del cabo Ramón Trillo sobre la que había leído en la consulta de la psicóloga Marifé. Ya estaba mezclando.

—No te preocupes, Carla, tu padre saldrá de esta. Y no es algo que solamos decir los médicos.

Según esta última frase del doctor, recordaba ahora, podía estar enfadada con su pa porque tendría tiempo para reconciliarse.

Aun así, y como le había prometido unas horas antes, tras dejarlo en casa detuvo el coche a la altura del pequeño cementerio de Corcubión. Eso sí, ella sola.

El rocío había sido el preludio de la *borraxeira* , la niebla de mar que se forma cuando la diferencia de temperatura del aire cargado de humedad con la del propio mar es grande. El efecto visual es curioso: al tratarse de una niebla que se origina en la ría, la sábana blanca, densa y húmeda que forman las nubes bajas y las gotas de agua, no suele tapar más allá de unos metros de tierra, pero hace imposible que desde un extremo de la ría se vea su contrario. El mar desaparece y lo sustituyen las nubes.

Por primera vez en no sabía cuánto tiempo, Carla Traba no se quedó en el coche aparcado frente al cementerio de Corcubión. Bajó entre la bruma que adornaba el barrio de las Hortensias y fue directa a la tumba de su madre. Se acercó todo cuanto le permitió su corazón. Tenía razón su padre: había que cambiar las flores más a menudo, no estaban marchitas, pero apenas gozaban de color. Las asió con delicadeza para retirarlas del pequeño jarrón que ya mostraba alguna grieta. Qué metáfora de lo científica que es la muerte, pensó mientras

tocaba la hendidura. Y, detrás de las flores, quedó a la vista la foto de su madre que habían decidido incrustar en la lápida. La miró, la miró a los ojos, que eran de esos ojos que parece que le persiguen a uno cuando se mueve a derecha e izquierda. Le dio la impresión de que le estaba recriminando el mal trato con el que acababa de reprender a su padre, ese castigo de silencio. Pero ¿por qué esa foto le echaba la bronca a ella, se preguntaba, si quien había sido desleal ocultándole un cáncer era su padre? Se enfadó, por nada más que lo puramente mortal, por nada menos que lo que no se puede controlar, y se fijó en la fecha de nacimiento de su madre: ni siquiera se acordaba, no quería acordase en qué año había nacido para no herirse con lo poco que había vivido.

Se fue, tenía prisa por llegar pero también por salir.

Lo primero por hacer era descifrar al cabo Ramón Trillo. Ese día, al fin, se resolverían las dudas que había ido devanando sin su ayuda, porque él mismo formaba parte de la madeja. Sería una conversación de horas, reprensora, así que antes, para no perturbarlo, continuaría con lo acordado el día anterior en el Corveiro: le tomarían declaración a los padres del Charcutero.

—Soares, ¿sabe dónde está el cabo? —quiso saber la sargento nada más entrar en el cuartel de la Guardia Civil de Fisterra—. No lo encuentro por lado alguno y no responde a mis llamadas. Veo que hoy le tocaría estar aquí con usted, en oficina.

—Ni idea, sargento —respondió encogiéndose de hombros—. La última vez que lo vi fue ayer, en el Corveiro.

—¿Sabe dónde está su casa?

—Sí, claro.

—Bien, arreglo unos papeles y después me acompañará a hacerle una visita.

Carla Traba se dirigía a su despacho cuando dio marcha atrás y llamó a la agente.

—Soares, ¿le puedo hacer una pregunta personal?

La agente se sorprendió. En esos meses nunca había tratado con la sargento nada que no fuese puramente profesional.

—Claro.

—¿Por qué hoy tiene el pelo natural? Disculpe la intromisión. Me han dicho que lo cambia según su estado de ánimo y..., bueno, me ha sorprendido. A lo mejor es que ya no le apetece mostrar tanto sus sentimientos o que...

—No, sargento: simplemente es que se me ha acabado el tinte. No se preocupe, mañana ya vendré como siempre.

Traba se avergonzó un poco pero se rio.

—Claro, cómo no. Por cierto, ¿quiénes son los señores que están sentados en la entrada? —preguntó con rapidez, para cambiar de tercio.

—Los padres de Juan Touriñán, sargento, el Charcutero.

En el pasillo del cuartel, en unas sillas desconchadas que alguna vez mostraron un color azul, había una pareja. Parecían ancianos y estaban demasiado callados, abrazados entre ellos como una escultura de piedra a la que acuden los pájaros para que nadie los moleste. Inmóviles. Ella se distinguía por unas gafitas de cristales muy gruesos que llamaban mucho la atención, porque la montura y el cristal no eran proporcionados, y por un fular con el que resguardaba su cuello. Él llevaba la camisa de cuadros remangada y abierta hasta el medio del pecho. A Carla Traba la pilló desprevenida que, pese a todo, Ramón Trillo hubiese actuado con diligencia y hubiese avisado a los padres del Charcutero para tomarles declaración tras el asesinato de su hijo, como le había prometido el día anterior mientras recogían el cadáver.

—Al menos el cabo sí los llamó ayer. Venga, Soares, acompáñeme a tomarles declaración. Supongo que sin sus colorines sabrá trabajar igual.

Pese a las insinuaciones y acusaciones que el forense Blanco había vertido contra Soares, Carla Traba sentía que con la joven agente tenía eso que ahora se llama *feeling* , es decir: confianza. Y era un sentimiento mutuo. Desde aquella agresiva charla tras la detención del propio Charcutero, en la que Trillo había confesado la existencia de un topo en el cuerpo, Soares respetaba a su superior más allá del rango. Ella, que se había criado en una familia portuguesa nada conservadora, veía en Traba un ejemplo a seguir: su fortaleza, la seguridad que exhibía de cara a los demás y la profesionalidad con la que trataba de afrontar cada situación. Los padres de Soares habían emigrado al sur de Pontevedra cuando ella tenía nueve años y habían anidado en Fisterra tras montar una cadena de hoteles de paso por el litoral gallego.

—Sargento, ¿pregunto yo? —quiso saber, con su pelo negro, sinónimo de *natural* . Y de que se le había acabado el tinte.

—Por supuesto.

Declaración de los padres del Charcutero

¿Pueden ustedes presentarse en una sola frase?

Manuel Touriñán : Me llamo Manuel Touriñán, tengo 71 años, *son* de Fisterra y

estou jubilado.

Lidia Lourido : Lidia Lourido, 68, Fisterra, jubilada.

¿A qué se dedicaban?

Lidia Lourido : Carniceros.

Manuel Touriñán : *Tiñamos* una pequeña carnicería. Empezamos así, en la plaza del pueblo, y como tratábamos muy bien el producto y al cliente, es verdad que en seguida empezamos a despachar a mucha gente. Ahorramos un poco de dinero y en seguida compramos y montamos nuestro propio matadero. ¡Nos hicimos empresarios!

Lidia Lourido : Y un poco esclavos.

Manuel Touriñán : *E pra nada* ... Fueron buenos años, pero cuando Juanín heredó la carnicería y el matadero en el que creció —tenían que haberlo visto jugar en la sala de despiece—, lo cerró y convirtió la carnicería de Fisterra en una pequeñita charcutería. Nos encargábamos de todo el proceso, desde la compra y cría de las reses hasta el envasado y venta del producto final, pasando por la fabricación y ahumado de nuestro embutido más selecto. Ahora estamos jubilados.

¿Cómo describirían a su hijo?

Manuel Touriñán : Un hijo normal, con sus problemas, como todos, pero nada más. Nunca pensó demasiado en sus padres, pero bueno, como le digo, lo normal en los hijos.

¿Señora Lourido?

Lidia Lourido : Un *fillo* normal.

¿Puede ser un poco más precisa?

Lidia Lourido : Era un *can* , un vago. Nunca quiso hacer nada por mejorar. Como les explicó mi marido, la carnicería daba mucho dinero, el matadero funcionaba a las mil maravillas, y ni de eso quiso aprovecharse. Se lo donamos en vida y él lo mató.

¿Su hijo trabajó en algo más durante su vida?

Manuel Touriñán : *Fai* años estaba en un taller, cerca de Muxía, pero no duró mucho.

¿Y le iban bien las cosas?

Manuel Touriñán : Hasta donde sabemos sí. Hay que admitir que, como *di sua nai* , era un *pouco can* , pero no le recuerdo ningún problema. Desde antes de ser mayor de edad, nunca tuvo falta de dinero. Al principio, bien es cierto, trabajaba con nosotros en la carnicería. Y cuando montó la pequeña tienda, pues supongo que supo sacarle partido porque nunca tuvo problemas de *cartos* .

¿Dónde está la nave del matadero?

Manuel Touriñán : En Vilaseco, en la carretera general de Cee a Vimianzo.

Lidia Lourido : Pasando Lobelos.

¿Cuándo fue la última vez que vieron a su hijo?

Manuel Touriñán : El domingo, vino a comer *a* carne *ao caldeiro* .

Lidia Lourido : Lo hace mi madre cada domingo a sus noventa y dos años, aunque sea verano.

¿Lo notaron raro?

Ambos : No.

¿Saben que su hijo podría tener relación con la venta de drogas?

Manuel Touriñán : Sería la primera noticia, agentes.

Lidia Lourido : No me extrañaría.

¿Qué quiere decir que no le extrañaría?

Lidia Lourido : *Pois* que nosotros nunca lo hemos visto, ni *drojado* ni vendiendo nada. Pero en el pueblo se habla, ¿sabe?

¿Qué se habla?

Lidia Lourido : Que andaba *na merda* esa.

¿Saben si su hijo tenía relación con un hombre que responde al apodo de Castijo de Dios?

Ambos : Ni idea.

¿Y con José Folgueiras?

Manuel Touriñán : ¿Ese *non* era...?

Lidia Lourido : Sí, sí; me acuerdo, era el hombre del taller en el que trabajaba. Pero no sabemos nada más de él. ¿Por qué lo preguntan?

Manuel Touriñán : ¿Tienen alguna pista de... de... de quién pudo matar a nuestro *fillo* ?

Por ahora, ninguna. Pero la *borraxeira* no dura siempre.

Tras concluir la declaración de los padres del Charcutero, Traba y Soares los acompañaron a la puerta del cuartel de la Guardia Civil de Fisterra.

—Cualquier novedad se la comunicaremos —tranquilizó la agente a Manuel Touriñán, que era sin duda el que mostraba mayor inquietud por el asesinato de su hijo. Y dirigiéndose a la madre, añadió—: Si se acuerdan de algo que nos pueda ser de utilidad, no duden en llamarnos.

—Si es que tampoco queremos acordarnos, agente —respondió la madre, que intentaba guardar la compostura que se le escapaba al

padre.

En el trayecto hasta la salida sonó el móvil de la sargento. Carla cogió el teléfono y se distanció del grupo: era su padre. Guardó de nuevo el teléfono. Cuando acabó la llamada, trató de contactar de nuevo con el cabo Trillo, que seguía sin dar señales de actividad, y Soares volvió al interior del cuartel.

—Hacía tiempo que no tomaba una declaración tan interesante, sargento —soltó Soares bajo el umbral de la puerta mientras los padres del Charcutero caminaban de la mano hasta el coche. Llevaban tiempo conteniendo las lágrimas y ahora se los oía sollozar desde lejos.

—Tenemos una nueva conexión: José Folgueiras, alias Castijo de Dios, y Juan Touriñán, el Charcutero, se conocían. Por fin se acaban las coincidencias, Soares. Esta muerte podría estar vinculada con la Operación Arnela, cada vez lo veo más claro.

—Estoy de acuerdo. Si me lo permite, creo que deberíamos hablar con el cabo Trillo. Con este avance y lo que él sabe, seguro que podremos dar un nuevo movimiento.

—¿Y qué es lo que él sabe? —preguntó Traba.

—Supongo que más de lo que cuenta.

—Soares, lo acabo de llamar y sigue sin contestarme. Iremos a verlo las dos a su casa. Y mientras me cuenta qué es lo que usted sabe.

A los diez minutos, las guardias se subieron al Alfa Romeo Stelvio que había libre en la cuesta frente al cuartel. Recorrieron los primeros metros del camino recapitulando la declaración de los padres del Charcutero, mientras dejaban atrás, justamente, la que había sido la charcutería familiar. ¿Cómo era posible que ya tuviese un cartel de se vende colgado en la puerta?

—Se les notaba con ganas de pasar página, sargento.

Traba asintió. Dio un sorbo al café que se había preparado antes de salir. Estaba acostumbrada a no dormir por trabajo, un día sin descansar no era nada comparado, por ejemplo, con aquella operación de seguimiento que hizo en Madrid hacía dos años. Casi cuarenta kilómetros de caminata diaria durante tres días sin detenerse para nada más que comer el sándwich. Sin embargo, las noticias médicas sobre su padre pesaban más en el cuerpo que cualquier jornada interminable. Aun así, quiso dominar la situación y disparó:

—¿Qué ocurrió con el asesinato de Cañón?

Soares apenas fue capaz de balbucear una medio frase. Tanto había pasado desde aquello que pensó que estaba más que enterrado.

—Lo que quiero decir, Soares, es por qué no llegó a investigarse. El forense me explicó lo sucedido, y ahora entiendo su reacción de

ayer en el Corveiro cuando las vio a usted y a Alvariñas al lado de un nuevo cadáver en la misma playa. A Blanco le pierden las formas, lo sé, pero parece un hombre honesto.

—Sargento —contestó Soares—, no me gustaría hablar mal de mis superiores, y menos de los muertos.

—No lo haga, simplemente respóndame sin adjetivos por qué se cerró en falso ese caso.

—¿Sabe? —Y sonrió como sonríe quien se está acordando de alguien o algo con cierto cariño—, esa pregunta me la hizo, casi idéntica, el sargento Insua. En fin: ciertamente, sargento, la inspección ocular del cadáver de Rubén Ramos, alias Cañón, la realizamos en su día Alvariñas y yo. —Puso el intermitente para girar a la izquierda y, al acabar la maniobra, continuó hablando—. Cuando dimos parte de lo que habíamos encontrado a nuestro superior inmediato, el cabo Trillo nos dio una orden bastante clara: no se va a investigar, es un yonqui que ha muerto por sobredosis en Fisterra, nada más. Sabíamos que la muerte tenía pinta de un ajuste de cuentas, pero es verdad que el mar le destrozó bastante el cuerpo a ese pobre diablo y ya sabrá que ni el forense Blanco pudo asegurar al cien por cien la causa del fallecimiento. El cabo nos pidió discreción y nos dijo que ya hablarían él e Insua. Si me lo permite, yo quiero creer que él tenía su estrategia y que sabía que aquello podía formar parte de...

—... de la Operación Arnela. Soares, solo quiero que sepa algo. Ayer estuve hablando con Marifé, la psicóloga del sargento Insua. Fue una conversación muy... muy beneficiosa. Le diré que esta mujer era la hermana de Cañón, Rubén Ramos. Que por lo que pude descubrir, Rubén Ramos seguramente le debía dinero al Charcutero, no sé todavía por qué: quizá simplemente era un yonqui que no había pagado sus deudas de droga o, quién sabe, quizá formaba parte de algo más grande. Y también le diré, Soares, que Marifé Ramos tuvo una relación amorosa con el cabo Ramón Trillo.

Soares frenó en seco: habían llegado a la casa del cabo.

23

Despiece

—¿¡Cómo?! A ver si lo entiendo, sargento: ¿me está diciendo que el cabo mantenía una relación con la hermana de Cañón, con la psicóloga de Insua?

—Según ella, sí. Y según el forense Blanco era muy sabido que eran hermanos.

—¿Y que Cañón conocía al Charcutero?

—Bueno, nos basamos en una declaración algo vaga e imprecisa, pero es una hipótesis con la que merece la pena contar.

—Y...

—Sí, dígalo, Soares.

—¿Y que el cabo frenó un posible caso de asesinato porque estaba liado con la psicóloga?

—O porque entorpecía aún más el devenir de la Operación Arnela. Esto es lo que hay que averiguar, Soares. Y quiero que lo haga conmigo.

—Por supuesto.

En ese punto comprendí al instante que Soares estaba limpia. Que su implicación en algo turbio era una sospecha con fundamento, como en su momento desconfié de cualquiera que habitase en ese cuartel, pero incierta.

—Además, Insua y Trillo discutieron poco antes de su muerte. Y sé que acudieron a un hospital.

—¿Los dos?

—Los dos. De hecho, Insua dejó allí al cabo con una lesión.

—Sargento... —dijo Soares, apartando su mirada de la mía, como si me fuese a revelar un hecho sobre el que ya debía haberme puesto al tanto hacía tiempo—. Semanas antes de la muerte de Insua, el cabo Trillo se rompió la nariz. Nos dijo que había sufrido un accidente doméstico. Entré una mañana en el despacho del sargento y los encontré a los dos hablando, con rostros más graves de lo habitual. Me echaron al momento. Era una conversación de la que no querían que formara parte, cuando siempre me tenían al tanto de cualquier nimiedad que ocurría en el cuartel y en cien kilómetros a la redonda. Eso sí, en ningún momento se comentó por allí que quien lo había

llevado a Urgencias había sido el sargento.

—Creo que pudieron discutir y haberse peleado. Pero es solo una teoría.

—¿Cómo se...?

Carla Traba salió del coche y dejó a la agente con la palabra en la boca.

—Ahora no hay más que hablar, Soares. No nos enredemos con las suposiciones gracias a las cuales hemos avanzado en medio día más que en mucho tiempo, vayamos al nudo del laberinto: vayamos a por el cabo que, como dijo antes, tiene que despejar bastantes incógnitas. Muchas le afectan y, siento ser tan clara al hablar porque sé que le tiene estima, no muy positivamente.

Rodeadas por un muro de perpiaño blanco y gris, bruto, robusto, en el jardín de la casa jugaban las hijas del cabo Ramón Trillo. En un lateral de la casona, en el medio de Mallas, a escasos kilómetros de la primera entrada de la playa de la Langosteira, se levanta un porche que entonces todavía estaba en obras. La casa había sido reformada hacía poco tiempo y se notaba que los últimos detalles a pulir se encontraban en ese espacio cubierto que guardaba la entrada principal. Casi todas las casas independientes en la Costa da Morte tienen la misma estructura: jardín más amplio que los montes, porches gigantescos en los que realizar sobremesas hasta la medianoche y edificaciones interiores que parecen mansiones donde puedan descansar los invitados. Para pagarlas, basta con un sueldo estable y, añaden las malas lenguas, si es posible alguna ayudita en negro. La agente Soares saludó a las pequeñas, que se tiraban por un tobogán y se empujaban en unos columpios caseros de cuerda marrón resistente y asientos de metal rojos. Mientras tanto, Carla Traba enfiló directa el soportal para llamar al timbre. Salió una mujer con el susto en la cara, desencajada.

—Buenas tardes, ¿Elsa? —Ya pasaba del mediodía, más de treinta horas en el cuerpo de Traba sin dormir y con emociones diversas guardadas y sin aflorar—. Me presento, soy la sargento de la Guardia Civil Carla Traba...

—¿Está muerto? Ay, Dios... —gimoteó la mujer.

—¿Disculpe?

—*Que si meu marido está morto* ! * ¡Que no sé nada de él! ¡Nada! —dijo Elsa, al tiempo que agarraba por los brazos a la sargento. Traba hizo lo propio y la ayudó a sentarse en un banco de aluminio y estilo clásico, de líneas suaves y con motivos florales en un respaldo abierto. No pegaba mucho con el resto de decoración del porche, de una

madera intensa y rústica.

—Elsa, tranquilícese. Justamente estamos aquí la agente Soares y yo porque necesitábamos hablar con él y somos incapaces de contactar. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Ayer. —Todavía le caían las lágrimas. Se las secó con el delantal a cuadros amarillos y azules que vestía. De la casa salía un riquísimo olor a lentejas—. Vino a traer a las pequeñas después de la romería del Carmen porque celebrábamos una comida familiar en casa y no quería que se la perdiesen, porque vienen sus tíos, sus primos y es una de las pocas veces al año donde están todos juntos. Y él se volvió a ir.

—¿Qué le dijo?

—Que tenía trabajo. Y yo pues le respondí que qué trabajo si era su día libre y me contestó que su jefa, que entiendo que es usted, lo necesitaba para algo.

Soares se acercó a la mujer. Ya se conocían.

—Elsa, tranquila, seguramente no le ha pasado nada, ya sabes que no es la primera vez que se lía trabajando. Se quedaría sin batería en el móvil y es verdad que últimamente tenemos mucho que hacer, seguro que se durmió en el cuartel de Muxía después de su turno. Aún no hemos ido hasta allí, ni siquiera llamado, y sabes que no es la primera vez que ocurre. Tan pronto demos con él le pediremos que te avise.

La sargento Traba miró a Soares, extrañada: ¿a qué venía semejante mentira? Necesitaban información, no convertirse en las niñeras del cabo ni cubrirlo delante de su mujer con excusas de bajo coste.

—Sí, seguro que tienes razón. Perdonad por llorar —respondió Elsa, que empezaba a calmarse mientras acariciaba el pelo de una de las niñas, que se había acercado alertada por los lloros y gritos.

—Mami, ¿por qué lloras?

—Nada, Lluvia, es la cebolla.

A eso venía la actitud de Soares, a tratar de que la mujer recobrase la compostura delante de sus hijas.

—Elsa, ya nos marchamos, solo una penúltima pregunta —dijo Traba—. ¿Su marido suele desaparecer por las noches?

—¿*Meu* Monchiño? No, de ninguna manera —contestó, casi enfadada—. Solo cuando trabaja y lo hacéis trabajar demasiado.

—¿Trabaja mucho el cabo Trillo por la noche? —lanzó Traba con mala baba.

—Bastante, la verdad. Pero bueno, le gusta su trabajo, le gusta ayudar a los demás. Quizá nadie lo ha notado porque no es un hombre

muy expresivo, pero estos meses han sido para él muy duros, muy duros.

—¿Por qué?

—Porque quería a Santiago *coma* un *fillo* y... En fin, solo espero que esté bien.

—Seguro que sí —intercedió Soares de nuevo. Y se giró hacia Traba—. Sargento, tenemos que marchar, ¿recuerda?

Y la sargento asintió.

—Por cierto, Elsa —quiso saber ahora Soares cuando ambas guardias bajaban los tres peldaños que daban acceso a la entrada de la casa—, ¿te acuerdas cómo se rompió la nariz el cabo hace unos meses?

—¿Dónde iba a ser? En el trabajo, claro.

Soares y Traba se miraron tras descubrir otra nueva incógnita: en el cuartel, Ramón Trillo había asegurado que se trató de un accidente doméstico. Se despidieron de la mujer del cabo y de sus hijas.

—¿Qué fue eso, Soares? —quiso saber Traba mientras cerraba el portalón—, ¿por qué me interrumpió?

—Lo siento, sargento, es que esa mujer es una santa, una bendita, me parecía que estaba sufriendo. No tiene ni idea de lo putero que es el cabo, de lo que hace a sus espaldas desde hace muchos años. En el cuartel y en el Barril se dice de todo, ya se imaginará. No quería causarle una preocupación más, si hasta pensaba que su marido había muerto.

—Está bien.

—Tengo que confesarle que estoy muy preocupada por el cabo.

—Sí, yo también —respondió Traba, pensativa, mientras esa vez se sentaba ella en el asiento del conductor—. Pero por ahora solo podemos esperar. Entiendo que, según lo que ha dicho su mujer, es normal que se ausente varias noches a la semana con la excusa del trabajo.

—¿Qué quiere decir?

—No quiero insinuar nada, Soares, más allá de que él le asegura a Elsa que está trabajando y no lo está.

«Lo que más me jodió es que quiso involucrarme en sus negocios y a su oferta, increíblemente, seguí dándole vueltas hoy», había escrito el sargento Insua en la página del diario que la psicóloga Marifé le había enseñado a Carla Traba. ¿En qué andarían metidos el sargento y el cabo?, pensaba mientras lo recordaba.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Soares.

—Usted encuéntrese con Alvariñas, que deje lo que esté haciendo, y vayan cuanto antes a ver el dichoso matadero del Charcutero. Tengo

curiosidad por saber en qué estado está esa nave. Veamos si hay tanto vacío como declararon sus padres.

—¿Sin ninguna orden, sargento?

—No le estoy diciendo que realicen un registro, Soares, solo que se den un paseo por las inmediaciones, que vean si hay restos de alguna actividad reciente. Me resulta extraño que este tipo de especímenes, como el Charcutero, mantengan un inmueble como ese pudriéndose durante tantos años, sin haberlo al menos malvendido.

—¿Y usted?

—Tengo cosas que hacer.

Regresaron al cuartel y Soares y Alvariñas pusieron rumbo al matadero. Carla Traba estaba agotada. Se recostó en la silla de su despacho, bastante incómoda, aunque eso no le iba a impedir que cerrara los ojos un rato. Qué narices había pasado en tan pocas horas. Los vermús, el Carmen, el Corveiro, el cadáver del Charcutero, el golpe de calor de su padre, el cáncer. Dios mío, el cáncer. Tenía que llamarlo, ya bastaba de tonterías de hija enfurruñada. A esas horas seguramente estaría a los pies del frutal, buscando la mejor manzana para el postre. Menos mal que al menos cuidaba lo que comía. Cogió el teléfono y vio el nombre de Andrés. Ni le había dicho que su padre tenía cáncer.

—Hola, sargento, ¿cómo va ese día? ¿Ha podido dormir? —se escuchó con cariño al otro lado del teléfono.

Carla sonrió solo para ella.

—No he podido ni pegar ojo.

—¿Y eso?

—Papá tiene cáncer.

Y Andrés no supo mentir, quizá porque no sabía que tenía que hacerlo.

—Sí, ya lo sé. Pero está bastante controlado, ¿no? No te martirices por no habérmelo dicho, entiendo que es algo muy personal.

Carla Traba cortocircuitó.

—¿Cómo que ya lo sabes?

—Me lo dijo ayer en la comida. Pero que de verdad que no te preocupes. Está muy tranquilo. Dice que no hay riesgo, que sigue todas las indicaciones del médico, que apenas está afectando a su día a día, que sabe que te tiene a ti a su lado, que...

—¡¿Tú eres gilipollas?! —estalló Traba—. ¡Si me lo dijo ayer! ¡Se lo detectaron hace solo unas semanas!

Y tiró el móvil al suelo. Con la funda que lo protegía, el aparato

apenas sufrió un rasguño. Después de llorar, Carla se quedó traspuesta.

—¡Joder, joder! ¡Tienen que entrar! ¡Tienen que entrar! —El hombre intentaba zafarse de Soares, que lo agarraba con fuerza por la espalda, doblándole uno de los brazos, como si le estuviese aplicando una llave de judo. El detenido estaba desatado.

—Señor Somoza, tranquilícese de una vez. O nos dice qué ha visto o comprenderá que nosotras no podemos intervenir.

—*Non podo! Non podo!* *

—¿Hay alguien dentro? —preguntó Alvariñas tras intentar esposarlo por tercera vez.

—*Non podo dicir nada, cona! Non podo dicir que estuven ahí!* ** ¡Tienen que entrar!

El hombre no presentaba herida alguna, llevaba la camisa desabotonada hasta el medio del pecho. De unos cincuenta y pico años, metro ochenta y cinco de estatura y unos hombros tan separados el uno del otro como los faros de un coche, seguía forcejeando con las agentes, a las que les costaba controlarlo. Tenía los tríceps marcados y desarrollados, seguramente a consecuencia de la cantidad de cajas que había transportado en su vida.

—¿Qué hacía usted aquí?

—*Pero non me escoitan! Que* teñen *que entrar* ! * —Y propinó un puñetazo al aire que casi impactó en la cara de Soares.

—Será mejor que nos acompañe al cuartel, señor Somoza.

—¿¡Para qué?! *Pra que me maten tamén* !? **

—¿Cómo que para que lo maten? ¿Cómo también?

—Ay, Dios, *xa o dixen* ! ***

—¿Ya ha dicho el qué?

—*Teñen que entrar, Moncho está alí, morto!* **** —exclamó mientras continuaba pataleando hasta que Soares, con un gesto brusco, logró reducirlo.

—¿Quién está muerto?

Y Manel Somoza se desmayó: Soares le había luxado el hombro.

—Alvariñas, llama a la sargento. Voy a ver qué me encuentro por aquí, adviértela de que vamos a entrar. Esposa a este e intenta recolocarle el hombro, no vaya a ser que le dé por denunciarme. Ah, y avisa a la ambulancia, porque me temo lo peor.

La agente Soares buscó en el maletero del coche la cizalla y rompió el candado de la verja que cerraba el matadero propiedad del Charcutero.

Media hora antes de dislocarle el hombro a aquel hombre, Soares

y Alvariñas habían llegado a la nave cárnica, en Vilaseco. No está ubicada en la carretera general, al borde de la AC-552, sino al final de un sendero que se adentra en el monte Termita. A sus pies, entre un tramo que va del río Castro al *rego* de Matacáns, arranca un camino asfaltado de casi tres kilómetros que serpentea por los terrenos rústicos adyacentes a la parroquia. Ahí, escoltado y escondido, se levanta el matadero. Por el camino, las agentes no habían encontrado nada. Ni a nadie. Pero al llegar a la pista del final, donde ya desaparece el asfalto y gana la tierra y la grava, un coche salió disparado, derrapando, creando una cortina de humo. Soares y Alvariñas le cerraron el paso con su Patrol y obligaron al conductor a salir del vehículo: era Manel Somoza, empresario de la zona que se dedica a los congelados. Parecía poseído, como si estuviese escapando del mismísimo Belcebú. Tras la llave de Soares, media hora después, parecía un bebé dormido. Eso sí, un bebé muy grande.

Alvariñas llamó a la sargento Carla Traba, a quien el sonido del telefonazo despertó de su siesta no buscada en el despacho del cuartel. Tardó en cogerlo. El móvil seguía tirado en el suelo después de la cortísima conversación con Andrés. ¡Su padre le había dicho a él antes que a ella que tenía un cáncer! ¡Si lo acababa de conocer!

—¡Sargento! Debería venir en cuanto pueda, estamos en el matadero —le dijo Alvariñas, con prudencia.

—¿Qué ocurre? —respondió Traba, que todavía no sabía muy bien con quién estaba hablando. En sus escasos veinte minutos de somnolencia, los mismos que separan el cuartel de Fisterra del matadero, había soñado.

—Hemos detenido en la puerta a Manel Somoza.

—¿A quién?

—Manel Somoza, sargento, amigo del cabo, empresario de la zona, el de los congelados.

—¿Al que le encontraron un camión en la descarga de Arnela? —preguntó Traba. Su cerebro se había reiniciado y ya empezaba a funcionar.

—Correcto.

—¿Y qué es lo que pasa? Tráiganlo aquí inmediatamente.

—No, sargento, el hombre se ha desmayado, creo que de la tensión. —Ya le explicaría luego la verdad—. De lo que ha farfullado entendemos que en el interior del matadero puede haber un hombre muerto, un tal Moncho. En el peor de los casos podría tratarse del cabo Ramón Trillo.

—Estoy ya en el coche.

—Perfecto, Soares acaba de entrar en el matadero a toda

velocidad.

Aunque con rapidez, Soares se deslizaba con cautela por los alrededores del matadero. Entró por la puerta noroeste tras dejar a un lado el cajón de noqueo, donde se inmoviliza a determinados animales antes de sacrificarlos. La *borraxeira* que esa mañana inundaba el litoral ya se había despejado y la niebla del mar se difuminaba por la tierra y creaba depósitos de falsa oscuridad en las zonas más húmedas. Soares empuñó su arma reglamentaria y comenzó a avanzar, poco a poco y tratando de ocultar su presencia. Según los gritos del empresario, había un muerto, una condición que no aseguraba que no pululase por allí algún vivo.

A primera vista, Soares se cercioró de que hacía muchos años que el matadero desfallecía. Ni rastro de actividad reciente. Las grandes piletas otrora blancas mostraban un óxido mugriento, y el pasillo donde se aturdía a las reses para luego clavarles el cuchillo conservaba ciertos vestigios de una guerra: la sangre vieja formaba parte esencial de ese suelo, tanto como el material del que estaba revestido.

Soares alcanzó una sala, donde pensó que seguramente se amontonaría el cuero que se desollaba al cuerpo de las vacas, o quizá era la sala de despiece. Todo seco. En esa nave no se partía con una sierra un esternón, al menos un esternón de animal, desde tiempo ha. Aun así, el olor que penetraba las paredes era fuerte. En una de ellas había soldada una señal amarilla que advertía del peligro de los trabajos que allí se hacían: atención, riesgo de corte.

El matadero era de tamaño mediano tirando a grande. Soares calculó que en su mejor momento habría espacio para unas cuantas decenas, o cientos, de bovinos, además de cerdos y ovejas. En la zona donde se lavaban las reses no halló a nadie. Abrió las cámaras de refrigeración, amplias, en ese momento a temperatura ambiente, y las encontró vacías. Aquello era la nada apocalíptica, ni un ruido de rata se colaba entre las rendijas.

En las oficinas de la planta de arriba no sorteó más que mobiliario destartalado, desde mesas corroídas a sillas tiradas por el suelo. Sin embargo, en una especie de despacho encontró una estantería repleta de archivadores: eran los libros de cuentas. Soares se atrevió a sentarse en una silla mugrienta, casi podrida, que recogió del piso.

La contabilidad estaba completísima. Se remontaba cuatro décadas. La agente fue pasando página a página, año tras año, ejercicio tras ejercicio, comprobando con interés cómo los padres del Charcutero habían hecho del negocio una mina de oro. Los gastos eran desorbitados, pero los ingresos daban para cubrirlos y aún sobraba para construirse un castillo. Con el tiempo, el matadero se había

convertido en el principal proveedor de dos grandes supermercados de la provincia de A Coruña, y durante un lustro se amplió con dos naves en Narón, al lado de la ciudad de Ferrol, y en Bertamiráns, en las proximidades de Santiago de Compostela. Así se aseguraban de cubrir las necesidades del territorio al completo. Los dueños se deshicieron de ellas ya en los últimos años de actividad. Las primeras anotaciones sumaban cientos y cientos y cientos de miles de pesetas por año; las del final ya aparecían traducidas a euros.

Soares se quedó absorta entre los libros de cuentas. Repasaba una y otra vez las grandes operaciones y las balanzas. A mucha gente no le entraría en la cabeza que el Charcutero no quisiera continuar con la empresa familiar que habría dado de comer a generaciones enteras. En cambio a ella, que en su día había tomado la misma decisión respecto a la cadena de hoteles de sus padres, sí. ¿Por qué atarse a un mástil con el que ella no quería hundirse?

«Tecnología tratamiento producto», leyó Soares en una página, escrito a mano con una letra en cursiva larguísima. Le hacía gracia que ni siquiera en sus últimos días hubiesen informatizado el sistema. Escuchó el motor de un coche y levantó la vista de los libros. Debía de haber llegado Carla Traba. Llevaba un buen rato en ese despacho buceando a saber por qué. Lo importante, en fin, es que el matadero estaba vacío. Sin rastro del tal Moncho, fuese ese hombre quien fuese. Si es que existía.

Siguió pasando algunas páginas y a medida que cerraba los libros los fue colocando en su sitio. Salió del recinto y recogió la tranquilidad que se había dejado en la entrada. Justo cuando cerraba la puerta, se encontró con la sargento Carla Traba, recién llegada del cuartel. Corría perseguida por el terror en dirección al fondo de la finca. Había hablado ya con Manel Somoza, que había recuperado el conocimiento perdido tras la llave de Soares.

—¡A los corrales, Soares, vamos, vamos, vamos! —gritó Traba al ver a la agente.

Y allí estaba.

Colgado del techo, como si se tratase de un animal al que acababan de degollar o trinchar, como si todavía estuvieran seccionándole los colgajos para después extraerle las vísceras, agonizaba un hombre de espaldas a la puerta. En la sección norte de la finca, detrás de las instalaciones donde se situaban los corrales, había una pequeña cuadra de las de antes: puerta de madera de dos piezas, interior de piedra, las secciones que albergaron en otro tiempo a los animales estaban divididas de manera artesanal y de altura más o menos baja. La cuadra no pertenecía al matadero, era un cobertizo

que se había rehabilitado y que ya estaba allí antes de que se construyera la nave. Cuando los padres del Charcutero compraron el terreno, decidieron dejarla en pie, una especie de recordatorio de lo que habían levantado, de dónde venían y a dónde habían llegado.

—¡Joder, joder, joder! ¡Es el cabo! ¡Soares, llame a los de la ambulancia! ¡Que espabilen!

Carla Traba se precipitó a sostener el cuerpo de Ramón Trillo, que pendía de un gancho cabeza abajo cual cerdo en la matanza. Incluso olía a ese tufo mezcla de orina, sudor y heces que desprende el animal cuando arde la piel tras sacrificarlo. Parte de la ropa parecía quemada, le habían prendido fuego. Estaba amarrado por los pies descalzos. El resto de la vestimenta estaba rajada y en cada agujero del pantalón, por los que asomaba piel al descubierto, brotaban quemaduras y heridas de una profundidad nada esperanzadora. En el cuello, Trillo presentaba otro corte. La camisa, abierta, le caía a la altura de los hombros. Los brazos ni se movían. Traba intentó erguirlo para que parase de acumularse la sangre en la cabeza; el cabello del guardia, otrora gris, se veía teñido de un rojo violento. La sargento abrazó el cuerpo para tratar de poner derecho al menos el cuello y pisoteó el charco que se había formado gota a gota debajo de lo que quedaba de Trillo.

—¡Cabo! ¡Cabo! ¡Dígame algo!

El cabo no parecía respirar.

Al galope irrumpieron Soares, el médico y uno de los dos técnicos en emergencias, que todavía llegaban en ese instante desde la llamada de Alvariñas. Necesitaron la fuerza de los tres para desatar el cuerpo y tumbarlo en la camilla, donde empezaron las técnicas de reanimación sin resultado. Lo subieron a la ambulancia, que encendió las sirenas en dirección al hospital.

Fuera, esposado con los brazos detrás de la espalda y de rodillas, con la cabeza apoyada en el suelo, Manel Somoza se ahogaba entre gritos de lamento y horror.

24

El día de dos asesinatos

«Un guardia civil detenido, un muerto y otro agente en busca y captura». El titular de la noticia no estaba escrito con mucha pericia. Aun así, o quizá por ello, ocupaba la apertura completa de la web del periódico. La intención de su ambigüedad respondía a lo que en el argot periodístico se conoce como *click bait* , una técnica de redacción, por llamarla de alguna manera, escasamente ética en la profesión, que consiste en llamar la atención del lector con titulares sensacionalistas que suscitan morbo por doquier a través de información sesgada. La sargento Carla Traba leyó la pieza con atención. En honor a la verdad, tampoco se había escrito mentira alguna.

—Pa, aquí te dejo la noticia. No está mal. Conociéndote sé que te va a gustar.

Estaban los dos sentados a la mesa del jardín, leyendo el periódico en el *ebook* que su padre utilizaba para devorar los libros más pesados. Lo cuidaba como un tesoro desde que le había tocado en una promoción de una revista de tecnología: «A ver si te modernizas un poco, *filla* », le decía de vez en cuando, porque ella no concebía la literatura en una pantalla.

Al día siguiente de encontrar colgado en el matadero al cabo Ramón Trillo, con el primer rayo de sol, tras acumular cuarenta y ocho horas de una inestabilidad emocional poco dudosa, Carla se presentó en su casa y se derrumbó. Lo abrazó, su pa le respondió con lágrimas, y se reconciliaron.

—Te quiero —le dijo él. Y no hizo falta disculpa mayor.

Hablaron de su cáncer, *«filla* , estoy un poco asustado, pero si ni tú ni yo confiamos, ya te digo que aquí poco se puede rezar a Dios», sobre cómo el tratamiento iba a funcionar, de que la previsión de su doctora era analizar las células cancerosas y de que quizá, aunque no lo hubiese hecho desde el principio, sí que deberían contemplar una intervención quirúrgica mayor como solución final. Se lo contaba mientras recogía con él unas manzanas, cada vez más ricas y vigorosas según avanzaba el verano.

—Quiero hacer un viaje.

—¿Qué dices, pa? ¿Estás gagá?

—En serio. Nunca he salido de Galicia. Bueno, sí, he ido a Portugal a por toallas y de luna de miel a las Azores, pero ya sabes que Portugal no cuenta como extranjero, *filla* . —Carla se partía de la risa—. Puede ser mi última oportunidad para hacerlo. Piensa que... que el cáncer no se arregla.

—Pa, te vas a curar. Ni se te ocurra repetir eso. Pero vale, decidamos un lugar. Y te acompaño.

Fue un momento de promesas pseudocientíficas. No se llegó a hablar de que no se cura el que no quiere, pero poco le faltó. Daba igual. Lo importante, y eso lo sabían ambos, era permanecer juntos, aunque fuese unas horas más, las suficientes para hacer una penúltima comida, un penúltimo baile en una orquesta, una penúltima caminata por el paseo marítimo, una penúltima pregunta sin una respuesta evidente o, claro, un penúltimo beso de cariño.

Sin embargo, de aquello, de aquello ya habían pasado varios días.

—Prefiero que me cuentes tú lo de Trillo, *filla* , que lo haces muy bien. Cuando eras pequeña, siempre le decía a tu madre que ibas a ser escritora, ¡o periodista!

—Qué poco me quieres, pa. Eso sí que es una profesión de mangantes y no la guardia civil.

—Venga, anda, cuéntame. Al menos lo que puedas. —Y le guiñó un ojo.

El cabo Ramón Trillo tardó cinco días en recuperar cierta normalidad tras veinticuatro horas en la Unidad de Cuidados Intensivos y cuatro jornadas sin fin en planta. Las heridas revestían gravedad extrema, desde los cortes esparcidos a conciencia por musculatura y tendones a las quemaduras de segundo grado. Su piel arrasada estaba vendada. El pertinente análisis de sangre detectó una presencia de estupefacientes suficiente como para matar a un caballo de una parada cardiorrespiratoria. Afortunadamente no fue así: el cabo era incluso más tozudo que un potro salvaje. Entre las membranas de los pies tenía pinchazos, pequeños agujeros ordenados por los que le habían inyectado la droga. Nada nuevo bajo aquel sol de asesinatos premeditados, y ya relacionados, como eran el de Cañón y el del Charcutero: no había duda, el cabo había sufrido un ataque similar. A Ramón Trillo hubo que practicarle una transfusión de sangre y aplicarle un alto grado de sedación para buscar su supervivencia. Incluso se barajó inducirle un coma.

Cuando abrió los ojos por completo y dejó de tener la apariencia de un cadáver somnoliento, increíblemente Ramón Trillo no se sorprendió al darse cuenta de dónde estaba. A su lado, sin moverse

salvo para las necesidades más básicas, y solo cuando no aguantaba más, Elsa continuaba apretándole la mano con la misma ansia con la que Gala, la mujer de Dalí, esperaba coger la del pintor cuando ambos ya no fueran de este mundo. A Gala, que murió antes que Dalí, la enterraron en una tumba conectada con otra a la que supuestamente acudiría Dalí cuando su corazón se parase. Así los dos descansarían eternamente entrelazando sus dedos. Sin embargo, por mitomanía u orgullo consciente, Dalí nunca se enterró allí, separándose así de su musa, cuyo verdadero nombre era Elena Ivánovna Diákonova. Elsa era mucho más fiel que Dalí: no se había separado de Trillo, no había dormido, apenas había comido, la habían obligado a beber.

Tan pronto escuché movimiento dentro de la habitación, me asomé al ventanuco de la puerta. Vi la escena, parecía una escena de amor incondicional. En fin. Dejé cinco minutos de cortesía al matrimonio no bien avenido pero que daba el pego en lo que se refería a su unión. Y entré.

Saludé a ambos y el cuerpo me pidió abrazar al cabo.

—Cabo, ya me había dado cuenta de que era un poco vago, pero dormir cinco días seguidos me parece excesivo incluso para usted.

Sonrió.

—¿Cómo se encuentra?

—*Xa ves* , Carla, listo para ir hasta a Lobeira en lancha.

—Al menos conserva el humor.

—Y esta barriga.

Y ahí, no sé por qué, decidí que ya había pasado el tiempo estipulado para la cordialidad.

—Creo que es un buen momento para responder a unas preguntas —le solté, sin muchos miramientos.

Quien me respondió fue Elsa.

—Por favor, sargento, lárguese de la habitación —dijo sin mirarme. Elsa es más joven que el cabo. Tiene la piel lisa, sin una arruga, es delgadita, me recuerda mucho a mí. No entiendo qué hace con ese hombre.

—No te preocupes, Elsa —se adelantó el cabo—. La rapaza tiene buena intención. Es cierto que es un poco intensa, pero creo que le habría caído bien a Santiago.

—Cabo, ¿quién le ha hecho esto? —le pregunté.

—Carla... —Era lo único que decía el guardia mientras su mujer continuaba abrasándome con la mirada. Eso sí, sin levantarse de su vera y sin soltarle la mano.

—Cabo, ¿quién ha intentado matarlo de la misma manera que antes mataron al Charcutero y a Cañón?

—Carla, escucha *oh* ...

—Cabo, si no me responde tendré que...

Y levantó su mano como si fuera una señal de stop. Me pidió papel y boli.

—¿Se está quedando conmigo? —quise saber.

—Escucha *oh* . Dame lo que te digo. Y sal de la habitación.

—¡De ninguna manera! —le espeté—. Tenemos mucho de qué hablar aunque se encuentre débil. Vayamos poco a poco y aprovechemos que los médicos todavía no se han dado cuenta de que ha dejado usted de roncar.

Elsa se puso de pie y me dedicó unos insultos. Me había propasado.

—Y poco a poco te voy a decir todo lo que quieres saber. Bueno, te lo voy a escribir *oh* —siguió él, con un tono conciliador—. Como si fuera una declaración de un detenido. De hecho, es lo que va a ser. Dame un rato. Cómo puedes ser tan farruca incluso cuando sigo medio moribundo en la cama.

—¿De un detenido? ¿Qué dice cabo? Usted no está detenido.

—De momento.

—¿Qué demonios...?

—Carla, por favor.

Le dejé al cabo mi cuaderno. Tras besar a su mujer y agradecerme lo que todavía no sabía que había hecho por él en el matadero, pero intuía, nos pidió a las dos que lo dejásemos solo. Aunque no le hubiésemos concedido el favor, justo en ese instante entró un enfermero que nos echó a patadas. El cabo acababa de despertar de la muerte y, por supuesto, alguien tenía que comprobar en qué estado había regresado a la vida.

—Eres una sinvergüenza —me dijo Elsa. Asentí y no le respondí.

A las horas, el cabo Ramón Trillo me llamó a su habitación. Mientras entraba, su mujer parecía que me estaba lanzando un mal de ojo. De hecho, me empezó a doler algo en un costado. Creo que es media *meiga* , y no lo digo de broma. Era una habitación individual; seguramente por la gravedad de sus heridas, la dirección del hospital había decidido darle privacidad y tranquilidad. Era amplia, tanto que contaba con un sofá azul justo debajo de la ventana, adornada con una maceta y una planta de plástico. Ahí me senté.

—Toma —dijo, escueto.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—Mira, rapaza, no te lo puedo dar más mascado.

Empecé a leer lo que había escrito mientras él seguía llenando hojas que había arrancado del cuaderno. Le fluían las palabras, como

si durante su letargo hubiese aprovechado el estado al que lo habían sometido cual purgatorio para crear unos esquemas mentales que más tarde desarrollaría.

Extracto de la confesión del cabo de la Guardia Civil Ramón Trillo

Extracto quinto

La intención del sargento Santiago Insua era que la reunión con los narcotraficantes se celebrase en un entorno controlado, donde nada pudiese salirse de madre. Sabía, por su veteranía y preparación, que debíamos evitar las aglomeraciones pero sin que ello nos abocase a citarnos en un lugar desamparado en el que los novísimos Castijo de Dios y Mangana pudieran prepararnos una emboscada. Siempre me quedaré con la duda: desde cuándo los narcotraficantes sabían que estábamos infiltrados, desde cuándo conocían que el sargento y yo nos habíamos empotrado en su organización para desmontarla desde dentro. De aquello hacía ya siete años, cuando descubrimos el camión de los congelados de Manel Somoza en la playa de Arnela. El señor Somoza pertenecía a la organización, pero como he escrito antes, le prometimos silencio y una reducción de la pena posterior si nos ayudaba a penetrar en la red criminal.

El sargento Insua decidió que esta primera cita con los cabecillas se celebraría en el aparcamiento situado a dos kilómetros del faro de Fisterra. Es un aparcamiento que nadie utiliza, porque quienes acceden en coche al faro se acercan hasta el final del camino, donde hay una explanada más grande y cómoda para dejar los vehículos. Estratégicamente se trataba de un buen lugar porque allí no se concentraba gente, pero al tiempo sí era un camino transitado, y más en pleno *xacobeo* . De esta manera se aseguraba no poner en riesgo a civiles, pero a la vez, si ocurría algo que escapase a la normalidad, algún paseante o conductor podría fijarse y, si fuera necesario, dar una voz de alarma.

A continuación reproduzco la conversación que mantuvimos esa misma mañana el sargento Santiago Insua y yo antes de que lo asesinaran:

—Santi, creo que lo mejor es que vayamos sin armas —le dije.

—No, no. Ya he admitido ir sin el uniforme, lo que me parece un error, porque nos cubriría las espaldas ante cualquier inconveniente y dificultaría que hagan algo que no tenían previsto: no se puede secuestrar a un guardia de uniforme sin llamar la atención. Pero bueno, lo que no pienso hacer de ninguna manera es dejar mi arma.

—Vayamos al menos con una no reglamentaria —le pedí.

—Está bien.

—Que sepas que ir con el uniforme es una estupidez. Y te diré que me parece raro que hayan accedido a que nos reunamos allí. Recuerda que hasta este momento siempre habíamos escogido escenarios apartados. Es cierto que nunca habíamos tratado directamente con Castijo y Mangana aunque..., no sé. No es que me huela a

chamusquina, pero solo te pido que no hagas cosas que se salgan de lo normal. Déjame hablar a mí, en esto yo soy tu jefe, tenlo presente, o confías en mí o mejor anularlo.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó el sargento Insua.

—Bien sencillo: ponerle por fin cara a Mangana y volver a ver a Castijo. Hacía tiempo, mucho tiempo que esperábamos este momento. Muestra normalidad, no te exaltes. Esta gente, si ve que te emocionas, palmas; tienes que actuar con cierta altivez.

—¿A estas alturas me vas a explicar cómo actuar de infiltrado?

—Céntrate, rapaz. El plan es establecer el operativo de la descarga, darles la seguridad y evitar que duden de nosotros. Es el mayor cargamento que van a traer a la costa en veinte años. Si sale bien, los tenemos pillados por los huevos.

—¿Dónde se va a hacer?

—Le he dicho a Gabino que en Arnela.

—¿Estás de puta broma?

—En Arnela, pero aquí, en Fisterra, no en Muxía.

Ahora les explico por qué. Me pareció una buena idea cerrar el círculo: que lo que había empezado en Arnela acabase en Arnela, pero en la playa de Fisterra, no en la de Muxía, donde se inició esta operación hace siete años.

La playa de Arnela de Fisterra, o Arnela Beach, como reza el cartel que hay en la entrada, está en la parroquia de Duio, en el lugar de Denle, en la cara oeste de Fisterra. Abarca 2400 metros cuadrados de microreserva de duna y acantilado. Está formada por una duna embrionaria y otra secundaria, favorecida la acumulación de arena por las gramíneas, por sus tallos y largas raíces. Otra especie más adaptada a esta zona es el cardo de ribera, pero la planta más singular de la playa es la *Chamaesyce peplis* , una especie cada vez más rara que solo se puede encontrar en las playas mejor conservadas de la costa. Hay muchas gaviotas y *leiteriñas* . El litoral es precioso. No se sorprendan de mis conocimientos *oh* : desde pequeño siempre quise ser ecólogo. Pero no me quiero liar más de lo debido.

Sabía que a los narcos les gustaría el sitio. No hay una luz en la carretera del acceso y el kilómetro de bajada a la playa, aunque está rodeado de vegetación frondosa, se encuentra perfectamente tramado para poder subir con un coche. Se posibilita así una descarga mucho más rápida que en la otra Arnela porque el arenal es menos pedregoso que su playa hermana de Muxía, y la huida, mucho más limpia.

—Me harán caso y llevarán, como siempre, la droga al matadero del Charcutero —le aseguré al sargento Insua.

—Menos mal que impedimos el registro en su casa, habría saltado todo por los aires.

—Ya te dije que tenía razón *oh* . Son muchas cosas, pero allí guardan la mercancía. Dejamos que hagan la operación, que se celebrará en los próximos días; cuando el cargamento esté en el sitio, a los tres días vendrá Gabino a por él.

—El puto lituano siempre está en todas.

—Sí.

—Cuando venga Gabino, lo pararemos.

—Pero sabrán que he sido yo. —Creo que ahí tuvo un poco de miedo.

—No, no tendrán ni idea porque a ellos ya los habremos cogido antes.

Los capos habían accedido a reunirse en el aparcamiento, pero mucho más temprano de lo que nosotros habríamos querido: a las seis de la madrugada. Querían cubrirse, taparse ante cualquier mirada indiscreta. Era normal. El pacto pasaba por que nosotros llegaríamos cinco minutos antes. Ellos nos esperarían a la altura de la iglesia de Nosa Señora das Areas y, cuando viesen pasar por delante el coche del sargento, nos seguirían. Eso era lo tratado, pero ese día por la carretera principal no subió ni bajó ningún coche más que el del sargento Santiago Insua.

Al pasar por la iglesia, despacio, no vimos a nadie. ¿Habrían cambiado de parecer? Aun así, decidimos subir y aguantar en el aparcamiento unos cuantos minutos. Mientras estábamos esperando, ya un poco nerviosos, Gabino apareció caminando. El lituano nos llamó y con un gesto nos guio cuesta abajo hasta la zona de los acantilados, donde al final del sendero esperaba atracada una pequeña chalana, verde a la popa y azul a la proa. Nos hizo montar en ella. Cabíamos los tres con mucha dificultad. Nos rebelamos, porque nos habían modificado el plan, cosa que nunca había ocurrido hasta ese momento, pero no teníamos otra opción. Era eso o qué. Teníamos que tragar. A donde quisiera que nos llevara estarían los putos novísimos. Ni siquiera respondió a los insultos que le proferimos.

Gabino remó hacia una de las pequeñas cuevas que se forman entre los despeñaderos, hacia una que se abría al mar entre vetas de granito rosa. En el interior nos esperaba el narcotraficante José Folgueiras, alias Castijo de Dios. Lo reconocimos al instante pese a que no lo veíamos desde hacía años. Tenía la misma cara de hijo de puta que siempre.

Apenas cruzamos unas palabras. Mantener la calma era providencial. Una vez bajamos a tierra empezó el desastre.

Ocurrió todo muy rápido.

Gabino me cacheó. Yo iba limpio, ya le había dicho al sargento Santiago Insua que no era necesario portar un arma, que de ningún modo se iban a cargar a los dos guardias civiles que durante tanto tiempo los habían protegido. Cuando el lituano registró al sargento, o rapaz..., Insua sacó su arma, los encañonó a él y a Castijo, y los puso contra una de las paredes de la cueva.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —le preguntó Castijo, mientras se separaba de él con las manos en alto y una sonrisa en la cara.

—*Que fas, joder? Que merda fas, rapaz? Joder* ! * —fue lo único que le pude decir yo.

—¡Es ahora o nunca, Ramón, hostia! ¡Demuestra de qué lado estás! —me gritó Santiago.

Quise advertirlo, pero no me dio tiempo. En unos segundos vi cómo un tercer hombre golpeaba la cabeza del sargento Santiago Insua con una piedra y dos hombres más me apresaban por detrás. La pistola del sargento se disparó e hirió a Castijo en la espalda, que se desplomó en el suelo al instante. Estaba muerto.

El hombre que golpeó al sargento Santiago Insua, al que volvió a asestar una pedrada una vez en el suelo, era un viejo conocido nuestro. Hoy, después de mi último error, estará muy lejos: el agente de la Policía Judicial Fabián Benítez, alias Mangana.

Después me forzaron a disparar el arma de Insua contra el ya cadáver de Castijo, para que la pistola también tuviese mis huellas. Uno de los tiros, en la cabeza.

No quise o no pude confesar esto antes.

¿Por qué?

La operación la habíamos montado bajo estricta confidencialidad el sargento Santiago Insua y yo. Confiábamos el uno en el otro, pero ¿quién iba a confiar en mí una vez él había muerto? Se me señalaría, como yo señalaría a alguien en mi situación. Decidí callarme y esperar el momento oportuno.

Ese momento no llegó.

Nada más leer este extracto de la confesión del cabo Ramón Trillo salí corriendo de la habitación del hospital.

—¿Qué pasa, sargento Traba? —quiso saber Soares.

Emití rapidísimamente la orden de proceder a la detención del agente Fabián Benítez, alias Mangana. ¿De verdad no me podía haber dicho esto antes? El cabo, el dichoso cabo, siempre contemporizando.

Regresé a su lado. Me contó que no comprendía cómo alguien con el pasado de Benítez, con una familia maltratada por el narcotráfico, podía haber caído en la tentación. Según la confesión de Ramón Trillo, el agente Benítez, Mangana —el fantasma Mangana, siempre a nuestro lado, siempre sabiendo nuestros pasos, el verdadero topo—, tenía mucha influencia en la Guardia Civil a nivel provincial. Sería difícil averiguar hasta dónde y sobre quién habría extendido sus tentáculos. Habría que arrancar una investigación interna.

Yo no daba crédito mientras leía cada página. ¿Cómo se me había escapado tal trama? Ramón Trillo, el hombre que me parecía que no se enteraba de nada, diseñando y ejecutando un operativo de ese calibre.

—¿Por qué no lo mataron a usted el mismo día que a Insua, cabo? —le pregunté nada más leer el extracto.

—Por dos motivos, Carla. Uno, confianza *oh* . Llevábamos mucho tiempo juntos y se creyeron que al sargento le había dado un ataque de ética. Yo me había ganado más el favor de la organización —me explicó mientras intentaba incorporarse por primera vez en la cama del hospital. Tenía el cuerpo vendado hasta el cuello y en la cara, múltiples puntos de sutura—. Les prometí que, pese a lo que acababa de ocurrir, les cubriría en la descarga, pero la aplazaron. El segundo motivo es el miedo: no podían asesinar a dos guardias. La muerte del

sargento iba a levantar demasiada polvareda. Yo tuve que mostrar sangre de hielo y lealtad, ocultarlo, seguirles el juego por mucho que me doliese. Yo mismo monté al sargento en su coche y... y lo despeñé ladera abajo. Ya estaba muerto.

No sabía que contestarle.

—Cabo, sabrá que lo tengo que detener.

—Lo sé, Carla.

—Pero...

—Pero nada *oh* . Déjame seguir escribiendo, acabas de leer todo y mañana ya me preguntas lo que quieras. Si no te importa, prefiero seguir solo.

—Solo una pregunta más, cabo, y ya le dejo descansar. ¿Por qué acudió al matadero hace cinco días?

—Por la muerte del Charcutero. Juan Touriñán Loureiro era un testigo protegido, una pieza clave en nuestra operación, por eso no quería intervenir en su casa, yo mismo lo advertí cuando preparaste la intervención. Lo siento, en cierta manera yo también era un topo. Cuando lo asesinaron, pensé que se lo habrían cargado por un ajuste de cuentas, eso sí, por uno muy grave, porque acababan de perder su depósito habitual para las descargas. Me cité con ellos allí para ver qué habría ocurrido. Y, bueno, lo que había ocurrido era que nos habían descubierto, sabían que él era un confidente y que yo había intentado mantener el doble juego, como Insua. El día que me encontrasteis colgado como un cerdo me redujeron entre Gabino y otros tres matarifes mientras el hijo de puta de Benítez miraba sin decir una palabra.

—Entiendo. ¿Y Somoza?

—Le envié un mensaje. Le pedí que si al mediodía yo no le había dado muestras de vida, me fuese a buscar al matadero. Carla —dijo acercándose al sofá donde yo seguía sentada—, lo importante de esta historia solo es una cosa: Santiago Insua es un héroe.

Asentí. Por puro compromiso. Había cosas que no cuadraban.

Soares me llamó en ese instante: la casa del agente Benítez estaba desierta; su interior, vacío; su móvil, apagado; su coche, a saber dónde.

Dejé descansar a Trillo, escoltado en la puerta por Alvariñas: estaba detenido, al menos hasta que pudiéramos cerciorarnos de que su declaración poseía cierta veracidad. Le pedí a la agente que no entrase ni saliese nadie más que los médicos y su mujer. Y fue la propia Alvariñas quien lo acabaría escoltando al calabozo el día que Ramón Trillo abandonó el hospital.

—¿Y por qué sigue detenido? —quiso saber pa mientras se comía ya una segunda manzana tras escuchar, otra vez, la primera parte de lo ocurrido.

—Esa es otra historia.

25

Cuentos

Los más escabrosos relatos de miedo los escribieron Edgar Allan Poe, Jan Potocki o Guy de Maupassant. Horror y fantasía que escapan de los márgenes establecidos para entrar en la casa del lector. De pequeña, introducida en las tinieblas literarias por su padre, Carla Traba disfrutaba de esos cuentos de minucioso y obsesivo terror, capaces de convocar a los poderes de las sombras y de manifestarlos. Se sabía de memoria, por ejemplo, *La decisión de Randolph Carter* , el testimonio ficcionado de Howard Phillips Lovecraft, y le encantaba el principio, ese arranque de neurotismo frenético y conmovedor: «Les repito que no sé qué ha sido de Harley Warren, aunque pienso —y casi espero— que ya disfruta de la paz del olvido, si es que semejante bendición existe en alguna parte». La corta historieta narraba cómo el más íntimo amigo de Harley Warren asistía a escasos metros de distancia —y solo a través de la voz— a la muerte en directo del propio Warren, un asesinato cometido por un ente o una jauría de entes no naturales que se deslizaban entre la oscuridad de una cueva. Carter, dolido el día de la confesión ante la policía, no había hecho nada por intentar salvar a Warren, y al día siguiente contó que se había despertado amnésico. Para cualquier investigador avezado, las lagunas e incoherencias relatadas por Randolph Carter en ese cuento evidencian lo que ha ocurrido en realidad en aquella carretera de Gainsville, camino del pantano del Gran Ciprés: Carter ha asesinado a su amigo.

Tras releer la confesión completa del cabo Ramón Trillo, la sargento Carla Traba recordó que una de las características fundamentales del cuento de terror reside en la capacidad del protagonista para presentarse como víctima, pese a que en numerosas ocasiones el contexto lo revela como un esclavo que arrastra una losa de culpa. Trillo no había sido sincero durante demasiado tiempo. ¿Cómo había aguantado siete años semejante historia? Y, cuando decidió serlo, tampoco se había empleado a fondo para entrar en determinadas verdades: minimizaba su relación con Marifé; sus explicaciones sobre por qué no se había investigado la muerte del hermano, de Cañón, eran insuficientes; las versiones que conocían

sobre las circunstancias en las que se había roto la nariz, contradictorias. Su relación con Benítez... Y también estaba la declaración de Manel Somoza.

El empresario seguía detenido desde que encontraron al cabo Ramón Trillo colgado como a un cerdo en el matadero. Somoza se había negado a hablar. Pero ahora que el cabo había despertado, Carla pensaba que podía dar un paso en falso. Y vaya si lo dio, con las dos piernas y hasta el final.

En el cuartel de Fisterra no había nadie más que un agente somnoliento en puertas. Carla entró con Soares y el guardia se cuadró. Ambas habían diseñado lo que querían hacer. No iba a salir mal. No podía salir mal. Saldría bien.

—Sargento, ¿lo llevo esposado a su despacho?

—Sí. Que sepa que no va a salir de aquí en libertad.

Sentaron al hombre en la silla del despacho de Carla Traba, detrás de la mesa y del montón de papeles desgastados que se acumulaban ahí a saber desde cuándo. Ella, que era una maniática del orden, no podía permitirlo. Algún día tendría que ordenarlos. Otro día quizá.

—Señor Somoza, quiero anunciarle que el cabo Ramón Trillo ha recobrado la conciencia. Y ha hablado —empezó Traba.

Siguió Soares ante la falta de reacción del empresario.

—Queremos que sepa que le estamos tomando una declaración oficial, señor Somoza.

—¿Y mi abogado?

—Esta conversación está siendo grabada. Puede empezar identificándose y después...

—No le crean nada. Es su palabra contra la mía.

No dijo más, y hubo un pequeño silencio. El empresario ni quería mirarlas. Jugueteaba con la cabeza sin parar, arriba y abajo, dirigiendo la vista a las carpetas, como si buscara una que dentro encerrase la respuesta idónea para solucionar el crucigrama que tenía delante.

—De momento, usted no ha soltado ni una sola palabra. Y le recuerdo que hay una diferencia: Ramón Trillo es un guardia civil —le espetó la sargento. Y volviéndose a Soares le soltó—: Me voy a preparar el ingreso del señor Somoza en Teixeiro. Tras la confesión del cabo, el juez ha decretado prisión provisional para este hombre hasta que empiece el juicio, que a saber cuándo se celebra. Cuénteme después todo lo que ocurre, agente.

Al empresario se le abrieron demasiado los ojos, y comenzó a mirar intermitentemente a las dos guardias:

—Pero, pero... —balbuceó. Quiso levantarse de la silla con las

pocas fuerzas que le quedaban. Soares se apoyó en su hombro y lo frenó.

Carla Traba no amagó y se fue. Hizo tiempo paseando por el pasillo del cuartel. Salió. Era todavía muy temprano. Pensó que si fumara, ese sería un buen momento para atacar un cigarro y consumirlo hasta sus propios dedos. Estaba tranquila, pero a la vez expectante. Había que darle tiempo a Soares. Ya se movía alguna figura en los ventanales de los pisos de enfrente, seguramente algún marinero que madrugaba demasiado. O que había llegado a esa hora a casa. Un camión de reparto del Covirán se dirigía al centro y un coche de la autoescuela de Eligio salía del pueblo, seguramente de prácticas a Coruña con algún alumno. Eligio. La sargento bajó la cuesta del casco viejo mientras pensaba en Eligio, en Somoza, en Trillo... y en Insua. En las playas de Arnela. Sin darse cuenta, llegó hasta la rotonda donde está el monumento al emigrante. Se inauguró en 1993. Cuentan en el pueblo que, por entonces, un grupo de *fisterráns* que se fueron a hacer las Américas enviaron dinero al Ayuntamiento para que instalara un reloj, pero se decidió que era mejor dedicarle a esos hombres generosos una escultura. Para honrar su memoria y la de tantos que quisieron probar a hacer fortuna en el Nuevo Mundo, se levantó esa estatua que representa a un viajero, en piedra y bronce, con una maleta. El grabado que Traba leyó en una de las columnas lo dice todo sobre su motivación: LEVA O NOSO AMOR OS GALEGOS ESPALLADOS POLO MUNDO . También se instaló el reloj, en la lonja.

Volvió sobre sus pasos, subió por la calle Santa Catalina mientras el fuego del amanecer intentaba regalar el primer calorcito al hostal de Erundina, a la mercería de Pili y a la tienda de informática, y regresó adentro del cuartel. Se hizo un *ristretto* en la Nespresso comunitaria. Y esperó un poco más en el pasillo de la entrada hasta que apareció Soares. Traba estaba preocupada por ella, por si podría aguantar la presión. Ver al cabo Ramón Trillo semimuerto le había dolido demasiado, pero no más que las insinuaciones que la propia Carla continuaba vertiendo sobre él. Lo que ese día pasara sería la prueba de cargo definitiva para que Traba regalase su confianza total a Soares. Soares lo sabía. Porque Soares era leal, sí, e ingenua, también, pero justa.

El interrogatorio de Somoza no había sido corto. Buena señal.

—¿Y bien?

—Lo he devuelto al calabozo. Ha cantado como un jilguero que se cree fuera de la jaula, sargento. Esa bola que ha contado de la cárcel de Teixeiro y el juez lo dejó temblando.

—Siento haber recurrido a esa estrategia, pero había que hacerlo.

¿Qué ha cantado?

—Todo, sargento.

—Por dios, Soares, qué es todo. Ya sabe a quién se me está pareciendo en estos instantes. —Soares sonrió.

La joven agente seguía con el pelo al natural, no se lo había teñido en la última semana. Carla Traba nunca la había visto tan radiante, tan atractiva, con tanto nervio en el cuerpo, en el buen sentido de la palabra. Se notaba que estaba ansiosa por saber. A la vez, su gesto era serio. Se estaban acercando al cierre de un caso que a Soares le hacía daño por su relación personal con el cabo.

—Ha cantado todo lo que usted pensaba que iba a cantar, sargento. Primero, asegura que él no forma parte de la organización.

—Primera mentira. ¿Qué más?

—Que hace siete años, en Arnela, los narcotraficantes robaron uno de sus camiones y lo usaron para aquella descarga. Y que entonces Ramón Trillo lo obligó. No pude evitar gritarle, sargento. Un poco por interpretar el papel, otro poco porque...

—Lo sé, tranquila. Lo obligó a qué. Dígalo, Soares, no se preocupe. O lo suelta ahora o no lo hará nunca. Además, es la declaración de un preso, él dirá lo que sea con tal de salvar su pellejo.

—Que el cabo lo obligó a meterse. —La agente sentía pena, pero había reunido el valor suficiente para que no se le notase—. Que cuando descubrieron su camión en Arnela, el cabo lo obligó a meterse en la organización. Le prometió que se harían millonarios y que habría cero riesgo. Que le hizo concertar una comida con Castijo, a él y Eligio, el de la autoescuela, para ofrecerles sus vehículos al circuito de los novísimos.

—Aquella comida...

—Sí, en Sardiñeiro.

—¿Usted le cree, sargento?

—Yo ya no me creo a nadie, Soares. Y menos a este elemento. ¿Por qué dice que aceptó?

—Dice que se negó, pero que lo amenazaron.

—¿Quién?

—No ha querido soltar un nombre.

—Ya. Nunca se sabe con quién tendrá que aliarse. ¿Y qué ha dicho sobre el sargento Santiago Insua?

—Que también estaba en el ajo.

Traba se quedó pensativa. Tenía sentido.

—¿Y qué más?

—Nada, sargento. No ha querido ni entrar. Le insistí en que debía concretar, que a qué se refería, pero se negó a hablar más del

sargento. Creo que nombró a Insua en el fragor del interrogatorio y que, tan pronto lo soltó por la boca, se arrepintió. Supongo que porque está muerto.

—Sí, pero no por respeto, sino porque no va a poder acusarlo de nada. Por lo tanto habla, pero no todo lo que debiera. También porque tiene que protegerse. Ahora quiero un resumen al pie, Soares. ¿Qué pasó para llegar a esta situación en la que casi matan al cabo?

—Dice que Cañón y el Charcutero quisieron empezar a vender droga por su cuenta. Y que los narcos los mataron. Que con la muerte de Cañón, se pudo hacer la vista gorda, porque al fin y al cabo era un yonqui, pero la del Charcutero... Dice que eso asustó a... a Trillo. Que fue a pedirles explicaciones y que..., bueno, el resto sí que lo sabe a ciencia cierta, sargento.

—Soares, lo que sabemos es que este hombre nos ha contado solo lo que quería contarnos. Pero ya se ha involucrado. Buen interrogatorio. ¿Cómo justifica su presencia en el matadero?

—En este punto coincide con la declaración de Trillo, sargento: el cabo le habría enviado un mensaje de ayuda.

—Interesante. Vamos a mi despacho.

—¿Y el cabo? ¿Qué pasará ahora? —Al final, la preocupación de la agente afloró. Era normal, pensó Carla.

—Hay que esperar. Hay muchas lagunas todavía. Mucho que resolver. Ahora, hágame un favor: páseme la grabación, prepare un equipo para que me acompañe y vaya con una pareja de agentes a buscar al tal Eligio, a ver qué se cuenta. Uno de sus coches acaba de salir de Fisterra. Y de este interrogatorio, ni media palabra a nadie, Soares. Aún nos queda otro paso.

—¿A dónde va usted?

—Falta una visita.

Las *amnesias* de Trillo y las contradicciones desveladas entre las declaraciones del cabo y del empresario Manel Somoza llevaban ahora a Carla Traba a acordarse del extracto de aquella novela ambientada en Aquitania, de la escritora Eva García Sáenz de Urturi: «Ante un suceso improbable, inesperado e incomprensible, pregúntate: ¿a quién favorece?». ¿A quién favorecía este caos? No tenía ni idea, pero sabía dónde podría encontrar un poco de orden.

Cuando Carla Traba se presentó en su casa, tras advertirla por teléfono de su visita, Manuela Elisa estaba limpiando la cocina exterior adyacente a la parrilla. La madre del sargento Santiago Insua no se había extrañado de la llamada.

—*Ola, filla* —la saludó desde la ventana que daba a la entrada.

Vestía un mandil por encima de su ropa de luto—. *Fasía tempo que non nos víamos, mais ben é serto que solo nos vimos unha ves* . *

—Buenas tardes, Manuela Elisa.

La señora salió al recibidor.

—*Como está Moncho? Xa me enterei do que lle pasou... Pobriño, aquí sábese todo!* ** —dijo mientras se secaba las manos con un trapo.

—Bien, el cabo se está recuperando satisfactoriamente.

—*Alégrome muito. Sabes? Desde que morriu Chago non o invitei a senar ninghún día. Ao mellor eche ahora un bo momento* . ***

—Manuela Elisa, yo quería...

—*Manola, chámame Manola. Pero ven tomar algho oh, que xa sabes que non me ghusta que pases fame. Teño aquí unhas ...* ****

Traba la cortó.

—Su hijo no se suicidó ni tuvo un accidente, lo mataron.

Y la anciana calló unos segundos. Aunque pronto siguió hablando.

—*Vouche servir un café cunhas ghalletas* . *

Sentadas en el salón de la casa, un salón antiquísimo, con alacenas adornadas con cubertería de plata tras los cristales, Manuela Elisa ocupó una butaca orejera estampada y descansó sus piernas en el reposapiés. Carla Traba ocupó el sofá, de un tapizado de hojas verdes idéntico al de la butaca. No había tenido otra opción que aceptar la invitación, al menos si antes de actuar quería hablar con ella.

—¿No quiere saber nada más, Manuela Elisa?

—*Que me chames Manola* .

—¿No quiere?

—*Non, filla. Mira, os mortos non falan, os mortos ghritan, eso dise muito por aquí, i eu necesito un pouco de pas nesta casa. Pero muitas jrasias por todo o que fixestes* . **

Otros segundos de silencio. Como si la madre conociese, desde el principio, el final de su hijo. Como si no necesitase confirmación. Manuela Elisa, siempre imperturbable, hasta con el asesinato de su Chago. ¿Qué es lo que puede convertir a una mujer en mármol? Eso quería saber Traba.

—Yo sí querría pedirle un favor.

—*O que, nena* . *

—Necesito registrar la habitación y el despacho de su hijo.

—*Claro, vai. Casi nin o toquei desde que morriu. Pra que? Podemos ir aghora* . ** —Y se levantó del sillón.

—Para buscar las notas que escribía, su diario, las hojas que formaban parte de su terapia.

—*Ui* ... —Manuela Elisa se volvió a sentar con un gesto de decepción—. *Pois non as vas a encontrar, filla* .

—¿Y eso? —preguntó Traba, extrañada.

—*Queimeino* . ***

Traba se sobresaltó tanto en ese instante que al incorporarse tiró el juego de café que le había servido la madre del sargento Insua. Eran tazas pequeñitas, de diferentes colores, y en cada una de ellas había dibujado un gato, con esos ojos de pupilas verticales que tanto se parecían a los de Manuela Elisa. Traba se empapó el uniforme. Le dio igual, también le dio igual el café derramado, las tazas rodando por el suelo y la preciosa alfombra manchada. Era de un estilo tropical, selvático.

—¡¿Cómo dice, Manuela Elisa?!

—*Que lle prendín lume* . *

—¿¡Por qué!? —preguntó Traba con cierta violencia.

—*Non o sei. Intuición de nai* ** —respondió serena, mientras cogía una galleta de la mesa camilla que tenía al lado y la mordisqueaba—. *Non te preocupes por eso, dispois o recollo. E teño aquí un quitamanchas... Espera, que vou por el* . ***

—Manuela Elisa —añadió la sargento con un rictus desagradable y un tono grave—, esas notas podrían ser la pista definitiva de lo que le pasó a su hijo, ahí podría permanecer escrita la verdad sobre por qué lo asesinaron, ese diario constituía una prueba clave de una investigación policial mucho más profunda.

—*Non sei, filla* —siguió, quitándole importancia a la vida—, *non quería que seus pensamentos quedaran co cu ao aire* . ****

Para la sargento suponía un esfuerzo de titán tratar de comprender las motivaciones de la madre de Santiago Insua. ¿Era esto una partida de ajedrez? Y si lo era, ¿por qué? ¿Qué quería ganar Manuela Elisa? ¿Qué pieza quería mover? ¿Dónde coño estaba el tablero? O, mejor preguntado: ¿a qué rey estaba protegiendo? Traba se acordó entonces del ajedrecista Akiba Rubinstein, que al parecer sufría de esquizofrenia y se retiraba a un rincón de una sala cada vez que hacía un movimiento, para dejar pensar a su oponente, y también para pensar él. Decía el polaco, cuyos problemas mentales nunca sanaron y cuya extravagancia fue adquiriendo más locura con el paso del tiempo, que no existe tanto misterio en diez asesinatos como en una partida de ajedrez. Así que esa conversación no podía ser tan difícil de desenredar: Carla Traba optó por la vía del pragmatismo.

—¿Cuándo los quemó? —quiso saber.

—*Ah, eso ben cho digo* . —Y dio otro sorbo al café—. *Acordaste da primeira ves que viñestes a casa? Xusto cando ti entrabas, marchaba Ramón. Ai, o galopín de Moncho. E estivemos falando diso* . *

—¿De qué?

—*Diso, dos papeis .* **

—¿Los quemó porque se lo ordenó él?

—*Non oh, deixeinos a queimar mentres falaba contigho. E queimeinos porque quixen eu. Pero a el non lle paresiu mal .* ***

—¿Se los enseñó?

—*Non, carallo, xa che digho que non quería que os leera ninquén. Nin eu .* *

—Pero... ¿por qué no me dijo nada entonces?

—*Porque non me preghuntastes .* **

No merecía la pena ocupar más el tiempo de aquella manera, así que Carla Traba aceptó el quitamanchas que le prestó.

—Una penúltima pregunta, Manuela Elisa. ¿Dónde está Lara?

—*Hoxe é o seu último día eiquí, comigo. Mañán ven sua nai por ela. En fin. Deixeina ir a casa dunha amigha. Eu creo que non quere marcharse, pero onde manda patrón non manda mariñeiro i eu son unha mandada. A verdá, é incrible como se está recuperando a nena. Vai ser forte. Máis ca seu pai, e casi máis ca min .* ***

«Mejor», pensó la sargento. Se despidió, con la escasa amabilidad que fue capaz de exhibir, y Manuela Elisa fue directa al piso de arriba.

26

¿La verdad? ¿Qué es la verdad?

La madre del sargento Santiago Insua no había quemado el diario. La dejé en casa después de nuestra charla surrealista, fui al coche, regresé a su domicilio con la orden de registro que guardaba en la guantera y con los agentes que me estaban esperando en la entrada. Ahora sí la sorprendía. Al principio no reaccionó. Encontré el cuaderno escondido entre las sábanas de repuesto de la cómoda de su habitación, en el piso superior. Mientras miraba desde las escaleras de la entreplanta cómo el equipo completaba la intervención, Manuela Elisa susurraba que me había mentido porque quería proteger el legado de su familia. Había leído el diario. Yo no entendía nada. ¿Protegerlo de qué? ¿De quién? Empezó a gritar. Detrás de ella, la pared estaba cubierta de cuadros y fotografías de su hijo y de su nieta, y de otros hombres y mujeres que yo no conocía pero que parecían arroparla.

«¿Qué quería proteger?», recuerdo que traté de razonar con ella una vez más. «*Cousas que entenderás cando sexas nai* », * me espetó. Para ella, y en eso había basado su manera de actuar, el cabo Ramón Trillo era como otro hijo, y dijo que ninguna madre podía permitirse el lujo de perder a dos, por mucho que estuvieran enfrentados o condenados. A ella no le tocaba dirimir juicios. Después contó algo de Caín y Abel, de la Biblia y de Dios, pero ya no la quise escuchar más. Estaba harta de tantas excusas escondidas en la veneración o en el temor a la divinidad. La razón había abandonado a esa mujer, pobre en lo emocional, culpable por demasiados pensamientos. Ya solo le quedaba ampararse en lo indemostrable, en lo inmaterial, quizá en lo inexistente. El gran amor que parecía sentir por su familia le había nublado el escaso juicio que a lo mejor todavía le quedaba. O que le quedó en algún momento.

Mandé que la llevasen al coche. Y por primera vez desde que la conocí, aquel día nublado en el entierro de su hijo, del de verdad o, mejor dicho, de su hijo natural, de Santiago Insua, vi a esa mujer llorar sin contenerse y arrastrarse por un laberinto de ánimos. No sé a quién le leí que la exageración más tonta es la de las lágrimas, porque es fastidiosa como un grifo que no cierra bien. Pues de esas lágrimas Manuela Elisa iba a poder beber demasiado tiempo.

Analicé el diario, que se remontaba años atrás. Me llevó días enteros. No daba crédito a cada palabra. ¿Qué era esto? Nada tenía sentido y, a la vez, sabía que lo que ahí estaba escrito confería sentido a tanto misterio. Ya sé que suena contradictorio. Pero ahora lo verán. Por culpa de las incoherencias de tantos relatos diferentes, el recorrido judicial del caso y el desenlace de la Operación Arnela es una incógnita. Justamente porque lo más complicado de la instrucción será enfrentar la prolija confesión del cabo Ramón Trillo contra las pasionales descripciones del diario del sargento Santiago Insua. Todas sus mentiras y sus escasas verdades. Era lo que ambos buscaban, aunque seguramente habrían preferido que no fuese así, al menos porque uno seguiría vivo y el otro, libre.

Meses después de localizar el diario, he unido cada versión, hecho y contradicción de las que dispongo en este libro que ahora tienen ustedes en sus manos. He intentado ser objetiva, como una narradora omnisciente que solo describe lo que refleja el espejo pero... pero que sabe lo que oculta el cristal por detrás. O cree saberlo. Por eso a veces mis sentimientos me han ganado sin yo permitírselo y la narración está contaminada. Supongo que en eso consiste el poder de la palabra: cada uno de nosotros quiere escribir desde la verdad, pero ¿qué demonios es la verdad si desde la verdad también se puede engañar? ¿No lo creen? Miren.

Tenemos la *verdad* de Santiago Insua. Del diario he seleccionado solamente los capítulos más vinculados a la Operación Arnela. Hay algo en él que me escamaba muchísimo al principio. En las páginas de los primeros años se ve a un hombre escribir sobre su día a día más personal, ni rastro de los asuntos laborales. Solo se lee a una persona que sufre por sus tormentos y por los de su familia, que siempre son los mismos, nada ajeno a lo humano. Puedo decir que Insua tenía un mundo interior bastante desordenado. Y como mantenía su madre —en esto sí que acertó Manuela Elisa—, merece el respeto de que ese mundo continúe siendo privado. Lara, por cierto, su pequeño universo, vive ahora con Celia.

Sin embargo, esa intimidad del sargento se va esfumando en las últimas entradas de manera absolutamente consciente. Desde que Santiago Insua se refiere por primera vez a la muerte de Cañón, quiere hacer creer a quien lo descubra que el diario está enfocado a un único fin: resolver la Operación Arnela y los enigmas que la rodean. Uno de ellos, comprobar si su equipo está untado por Castijo y Mangana. La pregunta que puede formular cualquiera cuando llega a este punto es: ¿a qué se había dedicado el sargento los años anteriores?

Según Santiago Insua, Ramón Trillo colaboraba con los

narcotraficantes. Los ayudaba, formaba parte de la organización porque necesitaba el dinero o simplemente porque quería más dinero. El sargento reunió unas pruebas que procuró que no existieran más que en sus recuerdos, desenmascaró al cabo y se puede intuir que, arrepentido, Trillo intentó expiar su culpa y delitos. ¿Cómo? Con un regalo envenenado para Insua: poniéndole en bandeja a los capos de la droga. El final del sargento, incierto. «¿Qué van, a matarme?», se preguntó en la última entrada del diario a la que tuve acceso. Lo que nos lleva a la segunda *verdad* , la de Ramón Trillo, escrita en sus confesiones. Según ellas, tanto él como Insua estaban infiltrados en secreto en la red para dinamitarla desde dentro. Eran agentes encubiertos, pero formaban parte de una maniobra que solo conocían ellos. Siete años de trabajos ingratos y solitarios. Y cuando estaban a punto de acariciar el éxito, de detener a los novísimos, la bomba les explotó en sus propias manos. ¿Es esto creíble? Insua fue asesinado y Trillo, Trillo dice que esperó su oportunidad. Su oportunidad de qué, si muerto su jefe, su compañero, su amigo, ¡su hermano!, mantuvo oculta su *verdad* hasta que casi lo asesinan a él. Nos detenemos aquí en Manel Somoza, el empresario de los congelados. Ya saben que cantó «como un jilguero que se cree fuera de la jaula» —me encantó la expresión de Soares—. Admitió que acabó trabajando para los narcos, pero ni por un momento se le ocurrió cubrir a Trillo ni a Insua: los acusó de obligarlo a meterse en el circuito. Recordó aquella historia de la playa de Arnela, la de Muxía, de una forma muy diferente a la que narraba el cabo: cuando Insua y Trillo descubrieron la descarga y su camión robado, decía, se aprovecharon de él. Lo amenazaron y... Por cierto, va a ser curiosa la aportación en el juicio de su compinche Eligio, el de la autoescuela. Nosotros no le hemos podido sacar nada pero acudirá al proceso como testigo. La científica no halló rastro alguno en sus coches más allá de unas ruedas gastadísimas. Y eso que Soares insistía en que seguramente transportaría droga en los maleteros de su flota. Pero está limpísimo. El contenido de aquella comida que protagonizó con Castijo en Sardiñeiro es, de momento, un secreto que solo ha compartido Somoza. Así que lo único claro de aquello es que comieron, y ¿a quién van a empapelar por darse un homenaje que está pagado?

En fin. Qué es lo que yo pienso sobre todo esto, me preguntaba pa los primeros días, cuando tuve acceso a tantas versiones de un mismo suceso. Pienso que los dos eran corruptos. No, no lo pienso: lo sé. Sé que Santiago Insua y Ramón Trillo eran corruptos, que se metieron en la organización, que protegían las descargas y los alijos, que a saber hasta qué estamento de la red criminal ascendieron y que, sobre todo,

cada uno tenía preparada su verdad para tratar de cubrirse las espaldas cuando algo saliera mal. Y algo salió mal cuando se cargaron al yonqui de Cañón. Sé que los extractos de Trillo no son más que una absolución de su persona y que el diario de Insua es una tapadera. Sé que Insua señala a Alvariñas y a Soares para enredar. Sé que Trillo no ha sido capaz de cometer la misma indecencia. Y sé que en sus contradicciones esconden una intención planeada por ambos: que la Operación Arnela sea irresoluble. ¿Cómo? Eliminándose mutuamente a través de dos confesiones milimétricamente preparadas para anularse: es la única manera de que cuando el caso los salpicara, cuando alguien lo destapara, como no podía ser de otra manera, no se ahogaran en el cenagal. Y así es cómo varias verdades anulan la única verdad: Santiago Insua y Ramón Trillo formaban parte con Castijo de Dios y Benítez, alias Mangana, de un conglomerado. Se hicieron de oro. Sacaron tajada. Eran los dueños de la droga en la Costa da Morte. Y algo se les fue de madre. Es lo más improbable, incomprensible e inesperado, sí. Pero es lo que favorecía a todos.

Hasta que la cosa se torció.

Pa, en su papel de investigador casero, insistía continuamente en las sombras sobre la figura de Marifé, la psicóloga de Insua y amante de Trillo. Decía que escondía no sé qué. Que cómo se había atrevido a decir que Insua se había suicidado, que si su relación con el cabo la convertía en sospechosa, cuando menos, de encubrirlo. «¿Y si le contaba sus sesiones con el sargento? ¿Y si urdió la excusa del suicidio de Insua con Trillo? Eso podría pasar, *filla* », llegó a preguntarme papá. Divagaba fruto del exceso, o quizá no. La relación de Cañón con el Charcutero, la del Charcutero con Trillo... A Marife, de momento, no hay por dónde meterle mano. Si escamotea algo, saldrá a la luz: no aguantará la presión del juicio. Es la única de los protagonistas de esta historia que sigue con su vida normal, con sus huidas al extranjero y sus periodos de reclusión en la consulta. De vez en cuando visita en la cárcel a su Moncho, *oh, l'amour* , solo cuando sabe que no lo hace Elsa. Pobre Elsa.

Pa, por cierto, murió.

Un día sacó el Mariquinha I para dar su primera vuelta tras la operación del cáncer de vejiga y volvió a casa cargado de ilusión. Los médicos le habían recomendado muchísimo más reposo pero él estaba feliz: el tratamiento funcionaba. No fui capaz de negarle que saliera a navegar, así que lo acompañé a dar un paseo hasta la Lobeira. Por entonces, Andrés y yo nos habíamos trasladado a su casa para cuidarlo. «Vale, pero solo un tiempecito, ¿eh?», nos dijo, como si no nos quisiera cuando sabíamos que a nosotros era lo único que quería.

Nunca lo había visto tan contento. ¡Ni siquiera me atosigaba con la *teima* de los hijos! Al día siguiente no despertó. Le dio un infarto. Al menos murió tranquilo. Fue hace dos semanas y ni siquiera Andrés está siendo capaz de romper de nuevo mi coraza.

A la una de la madrugada del día del velatorio, solo quedábamos en la funeraria Andrés y yo. Nos acurrucamos en un sillón demasiado cómodo para la ocasión, en una esquina enfrente del féretro abierto con el cuerpo de pa maquillado en lo poquito de su piel que quedaba expuesta. Lo vestí de traje. Con corbata y todo. ¿Por qué? Ni idea. También le dejé la cadena de oro con el Cristo en la cruz que le había regalado mamá cuando se casaron. Me acordé de la última vez que los vi juntos, en ese box en el que la ciencia no fue suficiente y pa siguió entregándose a... a sabe Dios qué. No entiendo por qué sigo velando la muerte, si cuando todavía no la conocía no me dejaban hacerlo y cuando tuve que comprenderla ya no creía en nada que me la explicase. No derramé ni una lágrima frente a ese escaparate mortuorio. Me levanté y eché a Andrés de la sala. Me iba a quedar a dormir una última vez con papá y quería hacerlo sola. Otra vez sin hablarle, como aquella noche en el hospital. Sin escucharlo.

Andrés pareció entenderlo, pero no sé si yo quería que lo entendiese.

—¿Apago la luz? —me preguntó antes de irse.

—No, aunque no lo vea me va a doler igual.

Y se fue.

Y no quise que volviera.

Ya no vivimos juntos.

He empezado a aprovechar la terapia que Marifé le enseñó al sargento Santiago Insua, para ver si con el tiempo soy capaz de superar lo que ha ocurrido en este último año, para ver cuánto atraviesa todavía mi pecho.

1. Pa murió por mi culpa.

2. Los jefes de la Operación Arnela son unos corruptos.

3. Voy a dejar a Andrés antes de que me deje él e irme de Fisterra, no soporto tanta *borraxeira* .

Acabo este libro con la cabeza cargada de recuerdos.

Y eso, eso sí que pesa.

Notas

* A lo largo de la novela, varias expresiones en gallego se reproducen fonéticamente, tal y como se pronuncian en el área fisterrana de la Costa da Morte. Destacan el fenómeno de la «gheada», el seseo o el intercambio del diptongo «oi» por el «ui». También se incurre en galleguismos.

* Hija.

* Cuando pienso que te fuiste, / en el mismo sol te me muestras, / y eres la estrella que brilla, / y eres el viento que zumba.

* Ramón, es mejor tenerte en foto que darte de comer.

* Una cosa, Moncho, es que te gusten las mujeres y otra lo que has hecho.

* Ramón, hombre, no te sé, pero cada uno tiene que pagar por lo que hace y por lo que le hacen.

** ¿Qué piensas, que tu padre no lo hacía? Y era un hombre magnífico. Magnífico.

* No me jodas, me cago en el coño.

* Paliza.

* ¿No me habías dicho que hoy no trabajabas? Pues cuida de tu hija, que ya se está criando sin madre como para tener que hacerlo también sin padre.

* No los oí, carajo, que están diciendo que no juega Donato.

* Qué dices.

* ¡¡¡Ellos nada, hostia!!!

* ¿Sabes? Cuando volvió a Fisterra, ya no estaba bien. O sea, bien, entiéndeme. La cabeza siempre le funcionó, pero estaba triste. Yo nunca quise que se metiese a verde, pero qué le iba a decir. Guardia civil. En fin. Su padre se mató cuando él era muy niño y después del internado, pues quiso ayudarme y nada más fácil que hacerse policía. Entonces no te hacían ni las pruebas esas, los psicotécnicos. Empezó de tráfico, pero en seguida lo dejó porque decía que había que ser muy cabrón. En fin, pobre Chago...

* Sí, niña, Chago, Chaguito, de Santiago. El nombre se lo pusimos por el apóstol, pero bueno, no nos salió muy cristiano. En fin. Que no hago más que hablar y seguro que tú me quieres preguntar alguna cosa.

* Ay... ese pillín de Ramón... Es un hombre bueno, lo quiero como a un hijo más. Su padre también se mató, ¿lo sabías? Pero... la vida son dos días y él siempre va por el tercero. Mira, hija, no te voy a mentir. Es un alivio. Es un alivio saber que no se mató, que seguramente fue un accidente. Esa carretera del faro es mucho y a veces mi Chago iba con demasiada prisa...

* Me ha dicho que a lo mejor me haces unas preguntas, pero yo poco te voy a poder ayudar. Bastante tengo con cuidar ahora a la pequeña. ¿Sabes? Pensé que no iba a poder seguir adelante, porque nada hay más antinatural que te muera un hijo. Ese dolor se te clava aquí y no sale para afuera. Pero verla sonreír... me da alguna fuerza.

** ¿Por qué lo dices?

*** ¡Bueno, ya veremos, ya veremos! La pequeña tiene que estar donde sea feliz. A lo mejor es su madre la que tiene que venir para aquí. Y hacer algún sacrificio por ella, que en eso consiste ser madre, ¿no?

* ¿Que su padre se hubiese matado? No quiera Dios, hija. Ella, bueno, pues está un poco triste. Conmigo se lleva bien, hay que decir que ya estábamos acostumbradas a estar solitas. Bueno, solitas, a tenernos a nosotras, porque Chago no estaba mucho por casa. No porque anduviera por ahí haciendo el perro como Ramón... Pero bueno. Y la madre..., pues la veía de vez en cuando, cuando podía, que es una mujer muy trabajadora e independiente. Me dijeron que estaría bien que llevase a Lara a un psicólogo, pero...

* ¿Sabes quién te puede ayudar? Su psicóloga.

** No, se llama Marifé. Yo le dije que no fuera, porque a mí estas cosas... ¡Ni que mi hijo estuviera loco! Él estaba bien. Estaba un poco triste después del divorcio pero... Yo casi prefiero que lo mataran, no me entiendas mal, ¿eh?, hijita, pero que lo mataran quiere decir que por lo menos no se le cruzó algo en la cabeza, que era una persona normal.

* Bueno, supongo que es lo normal, ¿no? Ella le podrá decir lo que le pasaba por la cabeza. Un día, cuando lo fui a buscar a su despacho para cenar, vi que estaba escribiendo algo. ¿Qué haces?, ¿la carta de los reyes magos?, le pregunté. Y me dijo que no, que eran cosas de loqueros. Pero era algo que hacía mucho, escribir.

* Eso sí, dígale de mi parte a esa Marifé que yo ya sabía que mi hijo nunca se mataría.

* Carla, mujer, que no llegas para ver a tu padre con la Virgen del Carmen.

* Tienes que venir, me cago en el coño.

* Mejor mañana.

* No sé. Parecía un hombre muy hecho.

* Ahora ella viaja siempre que puede. Normalmente dice que asiste a eventos sobre tratados de enseñanza psicológica, pero yo estoy convencido de que solo trata de huir.

* Hombre, hijo, un Mercedes lo tiene cualquier bobo que llega de Suiza después de trabajar allí treinta años sin gastar un peso en comer, pero ¿un Porsche? Ja, aquí solo lo manejo yo.

* Calla.

* Que te den por el culo.

* ¡Que si mi marido está muerto!

* ¡No puedo, no puedo!

** ¡No puedo decir nada, coño! ¡No puedo decir que he estado ahí!

* ¡Pero no me escuchan! ¡Que tienen que entrar!

** ¡¿Para que me maten también?!

*** ¡Ya lo he dicho!

**** ¡Tienen que entrar, Moncho está allí, muerto!

* ¿Qué haces, joder? ¿Qué mierda haces? ¡Joder!

* Hola, hija. Hacía tiempo que no nos veíamos, pero bien es cierto que solo nos hemos visto una vez.

** ¿Cómo está Moncho? Ya me he enterado de lo que le ha pasado... Pobrecito, ¡aquí se sabe todo!

*** Me alegro mucho. ¿Sabes? Desde que murió Chago no lo he invitado a cenar ningún día. A lo mejor es ahora un buen momento.

**** Manola, llámame Manola. Pero ven a tomar algo, *oh* , que ya sabes que no me gusta que pases hambre. Tengo aquí unas...

* Te voy a servir un café con unas galletas.

** No, hija. Mira, los muertos no hablan, los muertos gritan, eso se dice mucho por aquí, y yo necesito un poco de paz en esta casa. Pero muchas gracias por todo lo que has hecho.

* El qué, niña.

** Claro, ve. Casi no lo he tocado desde que murió. ¿Para qué? Podemos ir ahora.

*** Uy... Pues no las vas a encontrar, hija. Lo quemé.

* Que le prendí fuego.

** No lo sé. Intuición de madre.

*** No te preocupes por eso, después lo recojo. Y tengo aquí un quitamanchas... Espera, que voy a por él.

**** No sé, hija, no quería que sus pensamientos quedaran con el culo al aire.

* Ah, eso bien te lo digo. ¿Te acuerdas de la primera vez que viniste a casa? Justo cuando tú entrabas, marchaba Ramón. Ay, el galopín de Moncho. Y estuvimos hablando de eso.

** De eso, de los papeles.

*** No, *oh* , los dejé a quemar mientras hablaba contigo. Y los quemé porque quise yo. Pero a él no le pareció mal.

* No, carajo, ya te digo que no quería que los leyera nadie. Ni yo.

** Porque no me preguntaste.

*** Hoy es su último día aquí, conmigo. Mañana viene su madre a por ella. En fin. La he dejado ir a casa de una amiga. Yo creo que no quiere marcharse, pero donde manda patrón no manda marinero y yo soy una mandada. La verdad, es increíble cómo se está recuperando la niña. Va a ser fuerte. Más que su padre, y casi más que yo.

* Cosas que entenderás cuando seas madre.

Los muertos también gritan
David Lema

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Los muertos también gritan*

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la cubierta, Silas Manhood / Trevillion Images

© David Lema Pérez, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023

ISBN: 978-84-670-6988-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Delito

Chaparro, Carme
9788467069389
504 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

CREÍAS QUE YA NO SE PODÍA IR MÁS LEJOS EN EL THRILLER. TE EQUIVOCABAS. CARME CHAPARRO HA VUELTO A ROMPER LOS LÍMITES.

El primer ser humano revienta contra el asfalto a las diez y cuarenta y dos minutos de la noche del domingo dos de junio. Un hombre que camina al

otro lado de la plaza levanta instintivamente la vista. Le da tiempo a ver a varias personas —no sabría decir cuántas, le cuenta luego a la policía— en los alféizares de las ventanas de un rascacielos. Y de repente, antes incluso de que pueda asombrarse por lo que está pasando, todas ellas saltan a la vez.

Saltan a la vez y estallan contra el suelo casi al mismo tiempo.

Y, de nuevo, ese ruido indescriptible. Aunque mucho más intenso.

Esa cálida noche de verano en Madrid diez personas se arrojan al vacío desde diez habitaciones de la planta séptima del hotel que preside la Plaza de España. Ninguna de ellas se había registrado en recepción. No llevan nada que les identifique. Hay una joven que apenas habrá cumplido los treinta años, pero también alguien de más de ochenta. Un cadáver lleva encima ropa por valor de más de seis mil euros. Otro viste con prendas que le había entregado una ONG. Sus mundos nunca se han cruzado. No se conocen. No hay huésped o empleado que recuerde haberlas visto en el hotel, ni objeto personal en las habitaciones desde las que han saltado; aunque sobre la mesilla de noche de la número setecientos dieciséis los investigadores encuentran un par de velas encendidas que parecen rezar a una pequeña virgen a la que iluminan con suavidad. Esa es sólo la primera de las sorpresas.

Carme Chaparro, autora de la exitosa trilogía de Ana Arén, regresa con su más endiablada y sorprendente novela. Tras una primera página de impacto, el lector se verá inmerso en una historia que no le dará respiro y que le mantendrá en vilo mientras acompaña por el infernal y desasosegante verano madrileño a sus protagonistas, entre los que destaca Santiago Munárriz, el especialista más carismático, para lo bueno y también para lo peor, del Instituto Anatómico Forense.

Lo que han dicho los lectores:

«Carme Chaparro ha escrito un thriller increíble. Una trama fantástica, retorcida, que desde el inicio, impactante hasta el final te atrapa y te mete en la vida de los protagonistas de una manera magistral. Una historia estremecedora, con **toques de humor negro** y una narrativa fluida. La riqueza de los diálogos, la complejidad de los personajes y la trama convierten a Carme Chaparro en **una escritora que nunca decepciona».**

«Brutal: me encanta como desnuda el alma de cada personaje. Además nos acerca una faceta muy humana de sus personajes policiales. El

ritmo del libro es maravilloso una vez más. **Engancha y exige a la vez una lectura muy entregada** . Recomendadisimo. Gracias una vez más a la escritora por su talento».

«**Remueve conciencias** y sigue sorprendiendo. Grande».

Cómpralo y empieza a leer

Houston, yo soy el problema

García Sierra, Óscar
9788467068481
72 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Houston, yo soy el problema es el libro que he escrito en las notas del móvil mientras estaba de fiesta encerrado en el baño, y también es el libro que he escrito a base de tuits que me daba vergüenza sacar de la carpeta de borradores, y también es un libro con referencias a Britney Spears y a Lydia Davis y a Spring Breakers y a Hannah Montana, y también es un libro dedicado a un diseñador ruso y a una modelo y

actriz de Fast and Furious, y también es un libro que habla de medicinas y de extraterrestres y de la Deep Web, y también es el libro que le hubiese gustado escribir a David Foster Wallace.

Cómpralo y empieza a leer

Hija de la lluvia

López, Haizea
9788467070064
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La maldición persigue a la familia Agirregoitia y llega a calarles tanto y tan profundo como la lluvia en los campos de viñedos alaveses.

Hace doce años, Ainize dejó Artziniega y **perdió todo contacto con los suyos** : con su padre, Ramón Agirregoitia, pequeño viticultor del

valle, encerrado en sí mismo desde que su mujer los abandonara; con Gorka, su hermano mellizo, uña y carne durante la infancia, y con Elsa, la mujer que cuidó de la casa y de todos ellos como si de su propia familia se tratara. Ainize se fue **huyendo de la locura que palpita entre las paredes** de Haize Hegoa, **el caserón familiar, desde hace generaciones** , y ahora vive en París con Pierre, propietario de una galería de arte. No le pesa haber dejado **el valle donde siempre llueve .** Ni siquiera le pesa haber roto con Haritz, su amigo de la infancia, su amor de adolescencia, el chico capaz de sacarla de su mundo, por quien lo habría dado todo... menos su vida.

A punto de inaugurar su primera exposición, Ainize recibe una llamada de Elsa: ha de regresar con urgencia a Artziniega porque **su padre ha muerto;** la maldición lo atrapó al fin y hay decisiones que tomar sobre la herencia. De nuevo en **el caserón destartalado, en el viñedo descuidado ,** Ainize ha de volver a **enfrentarse a sus miedos** y jugar una extraña partida de ajedrez contra un contrincante invisible que solo parece existir en su mente y contra un amor que aún permanece en su corazón.

Tras el éxito imparable de sus novelas anteriores, Haizea López, también conocida como Búho, regresa al *thriller* psicológico con este drama familiar que amenaza la capacidad de amar de sus protagonistas en una Álava verde de viñas y gris de lluvia.

@haizealopez

Cómpralo y empieza a leer

Cómo hacer que te pasen cosas buenas

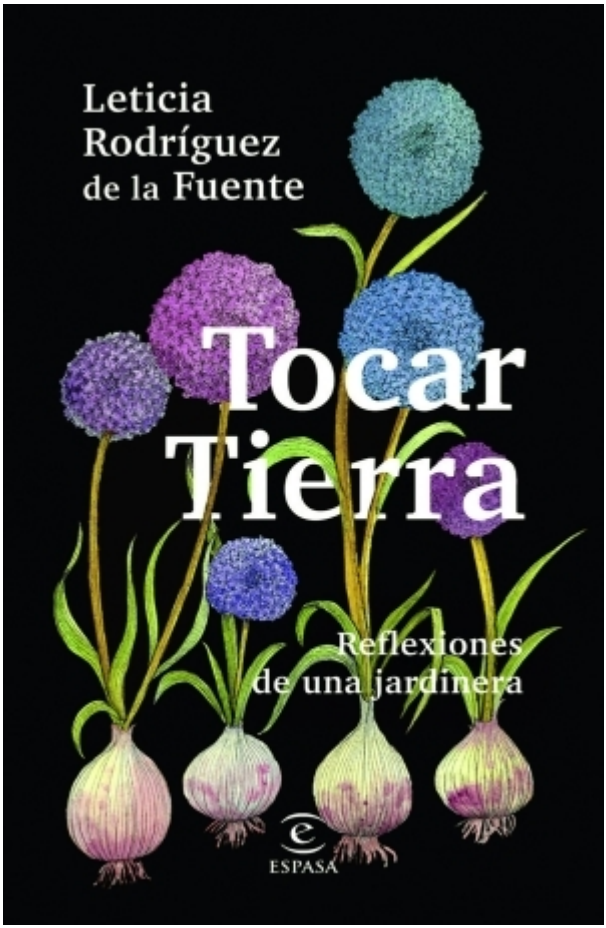
Rojas Estapé, Marian
9788467053982
232 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Uniendo el punto de vista científico, psicológico y humano, la autora nos ofrece una reflexión profunda, salpicada de útiles consejos y con vocación eminentemente didáctica, acerca de la aplicación de nuestras propias capacidades al empeño de procurarnos una existencia plena y feliz: conocer y optimizar determinadas zonas del cerebro, fijar metas y objetivos en la vida, ejercitar la voluntad, poner en marcha la

inteligencia emocional, desarrollar la asertividad, evitar el exceso de autocrítica y autoexigencia, reivindicar el papel del optimismo…

Cómpralo y empieza a leer



Tocar tierra

Rodríguez de la Fuente, Leticia
9788467070156
192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Las reflexiones de una jardinera que ha heredado el amor y el respeto por la naturaleza.

Leticia Rodríguez de la Fuente nos invita a acompañarla en un recorrido por su granja de flores (que es también un recorrido por su

vida), donde nos describe lo que se encuentra en cada zona: la casa, el jardín, el huerto de flores para cortar, la alberca de agua viva, los rosales, las flores de bulbo, las vivaces y gramíneas… Todo ello en un relato a medio camino entre la **reflexión personal de una mujer que ha creado algo único en España** y los **consejos prácticos para aprender a cultivar, hacer ramos o centros de flores,** conocer las ventajas de cada tipo de flor y aprender a distinguirlas en todos sus detalles.

Como dice Menchu Gutiérrez en el Prólogo: «Al final de este libro apasionado queda la imagen de una jardinera a solas con sus manos. La fe de unas manos entregadas a una tarea en la que desaparece».

Cómpralo y empieza a leer